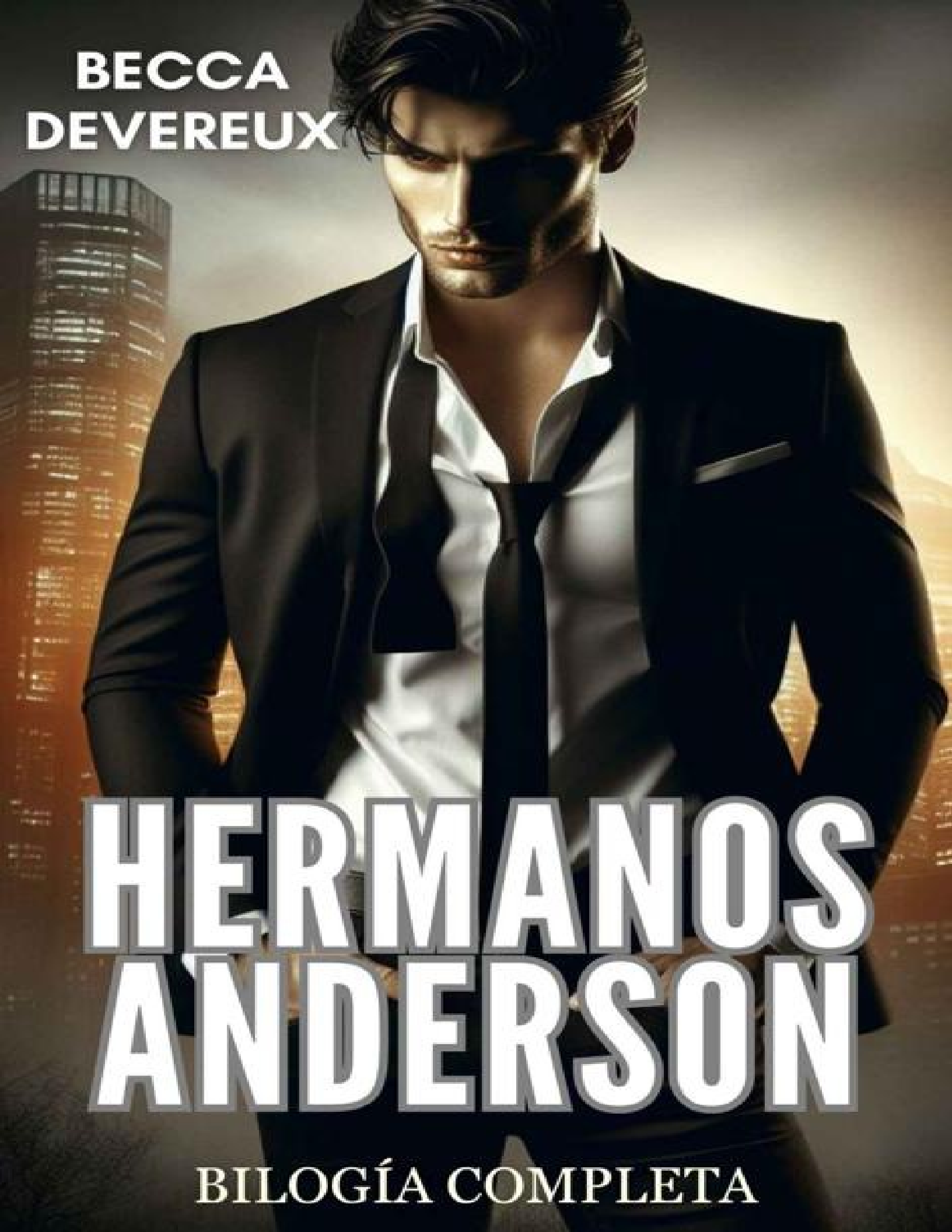


A man with dark, wavy hair and a light beard is looking down with a serious expression. He is wearing a dark suit jacket over a white shirt and a dark tie. The background is a city skyline at dusk or dawn, with a tall building on the left and a hazy sky.

**BECCA  
DEVEREUX**

# **HERMANOS ANDERSON**

**BILOGÍA COMPLETA**

# **Las siete reglas de Bruce**

**Becca Devereux**

Queda prohibida, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de la obra sin la autorización expresa del titular del copyright.

© Por el texto: Becca Devereux, noviembre de 2022

© Imagen de la portada: BECCA DEVEREUX

**Índice**

[Hace quince años...](#)

1

[Hace quince años...](#)

2

[Hace catorce años...](#)

[3](#)

[Hace trece años...](#)

[4](#)

[Hace doce años...](#)

[5](#)

[Hace once años...](#)

[6](#)

[Hace diez años...](#)

[7](#)

[Hace nueve años...](#)

[8](#)

[Hace ocho años...](#)

[9](#)

[Hace ocho años...](#)

[10](#)

[Hace ocho años...](#)

[11](#)

[Hace ocho años](#)

[12](#)

[Hace siete años...](#)

[13](#)

[Hace siete años...](#)

[14](#)

[Hace siete años...](#)

[15](#)

[Hace siete años...](#)

[16](#)

[Hace siete años...](#)

[17](#)

[Hace siete años...](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[Tres meses después...](#)

[Sobre mí](#)

## Hace quince años...

Lo primero que había que saber sobre Meg O'Brien es que nunca aceptaba un *no* por respuesta. La primera palabra que aprendió fue *no*. La segunda habría sido *ni de coña* si su madre hubiera sido más malhablada. Porque Meg O'Brien tenía trece meses y los pulmones de un gigante cuando su abuela intentaba alimentarla con una papilla y ella se puso roja de furia y gritó «¡no!», con tanto genio que su abuela estuvo a punto de caerse de la silla. Luego su abuela siguió intentando meter cucharadas de papilla en la boca de aquella bebé rechoncha y malhumorada y le dijo a su madre: «la pequeña Meg tendrá mucho carácter cuando sea mayor».

La abuela de Meg no se equivocaba.

Meg se había criado con su madre y su abuela. De su padre jamás hablaban, y Meg no tenía el menor interés en conocer cualquier dato absurdo sobre el hombre que jamás había querido saber nada de ella. Por tanto, había crecido en un matriarcado. Las mujeres de su familia eran fuertes y testarudas, razón por la que a nadie debería haberle extrañado que ella hubiese heredado semejante carácter. Con un poquitín de mal genio y grandes oleadas de obstinación, para ser sinceros.

Cuando cumplió diez años, se mudaron a Emerald Beach porque su madre había encontrado un mejor empleo en la fábrica de cerveza del pueblo. Emerald Beach era un precioso pueblo costero de acantilados verdes bañados por el mar. A Meg le encantó en cuanto miró por la ventanilla del coche. Pegó la cara al cristal, abrió los ojos de par en par y pensó que aquel sitio era el lugar más maravilloso del mundo.

Hasta que conoció a Bruce Anderson.

Se podría decir que Bruce y Meg no empezaron con buen pie. ¿Habría sido todo diferente si se hubieran conocido en otras circunstancias? Nunca lo sabremos, así que ponte cómodo y prepárate para conocer su historia.

Meg y Bruce eran dos niños muy diferentes. Él se había criado con todo: unos padres ricos, una mansión lujosa y un montón de empleados que siempre le hacían la pelota. A los doce años era el primogénito mimado de la familia y en el pueblo todos lo adoraban porque sus padres eran los dueños de la fábrica de cerveza, la cual empleaba a más de la mitad del pueblo. Por tanto, Bruce Anderson no estaba acostumbrado a que le dijeran que no porque se lo consentían todo. Meg, por el contrario, se había criado en una casa en la que no escaseaba el cariño, pero sí los lujos. Veía a su madre y a su abuela trabajar duro todos los días. En su familia, quejarse por tonterías era considerado de mal gusto. Aunque a Meg le encantaba llevar la razón, rara vez dejaban que se saliera con la suya.

Era irremediable.

Estaban destinados a encontrarse. Y a ser enemigos acérrimos.

A Meg no le hizo falta que su madre le pidiera que hiciera amigos. En cuanto llegó al pueblo, se puso las botas de agua y salió a conocer gente nueva. Su casa estaba en la calle central de un pueblo de menos de quinientos habitantes y su madre la despidió con una sonrisa. Meg era una niña charlatana y de sonrisa fácil. Venía de un pueblo muy grande en el que le sobraban los

amigos. Todos la adoraban. Aquello estaba chupado.

Pero no contaba con Bruce.

Se acercó a un grupo de niños que jugaban en el único parque del pueblo. Llevaba un peto vaquero, las botas de agua de color amarillo y un jersey ajado de rayas turquesas. Ella era una niña con estilo y jamás permitía que mamá o la abuela le dijeran como vestirse. A la edad de diez años ya había decidido que pasar desapercibida no era lo suyo.

—¡Hola! —saludó a todos los niños.

Los niños siguieron columpiándose y la ignoraron de manera deliberada, pero Meg no se rindió. En esta vida, si querías algo tenías que ir a por todas. Se acercó al más alto de todos porque parecía que era el que llevaba la voz cantante. Si se lo ganaba a él, seguro que se haría un hueco en la pandilla. El niño dejó de columpiarse y frunció el ceño cuando la vio acercarse.

Lo primero que Bruce pensó de Meg es que era una entrometida.

—¡Hola! —insistió Meg.

—Ya te hemos oído —respondió él.

Meg se cruzó de brazos.

—¿Y por qué no me devolvéis el saludo? —replicó ella sin venirse abajo—. Es de mala educación no saludar a las personas.

—¿Y eso quién te lo ha dicho? ¿Mamá o papá? —se burló el niño.

Los demás se rieron y Meg se puso colorada de indignación. Puede que el hecho de no tener padre le importara un pimiento, pero no le hacía ni pizca de gracia que se lo restregarán por las narices. Aquel niño larguirucho y de ojos verdes se merecía una lección. Obviamente, ella estaba dispuesta a dársela.

—No necesito que mi madre me dé lecciones de educación. Se llama inteligencia, bobo. Es normal que tú no lo entiendas.

El niño se sobresaltó cuando ella lo llamó «bobo». Meg sonrió con suficiencia. Los demás niños abrieron los ojos de par en par. Por lo visto, pensó Meg, acababa de insultar al cabecilla del grupo. Pero Meg no tenía ni idea de que Bruce no solo era el cabecilla, sino el amigo favorito de todos que tenía una casa con piscina y cuyos padres eran los jefes de sus amigos.

—A mí no me insultes, zanahoria con patas —respondió furioso el niño.

A Meg se le encendieron tanto las mejillas que estuvo a punto de explotar en aquel preciso momento. Bruce y sus amigos se rieron tan alto que aquello solo aumentó su indignación. Pero Meg no era la clase de niña que se achantaba ante una humillación.

—Estamos en Irlanda. Qué poco original. Este país está lleno de pelirrojos. Para mí es un orgullo —respondió ella sacando pecho—. Y prefiero ser una zanahoria con patas que un bicho palo con ojos de sapo.

Uno de los amigos de Bruce se cayó de espaldas después de escuchar aquella respuesta. Las risas de aquellos niños fueron un regalo para los oídos de Meg. Desde muy pequeña fue la clase de persona que se crecía cuando tenía público. Bruce, por el contrario, enrojeció hasta las orejas y se

levantó del columpio. «¿Quién se creía que era aquella pelirroja insoportable para hablarle así? ¡Nadie le hablaba de tal forma! Y él no tenía ojos de sapo. Su madre solía decir que sus ojos eran como dos esmeraldas y que cuando fuera un adulto tendría un montón de pretendientas».

—Lárgate de aquí, chica nueva —le ordenó enfadado—. Aquí no pintas nada. Este es nuestro sitio.

—¡Sí, eso! —lo secundó Max, su mejor amigo, pero no con toda la vehemencia que a él le habría gustado. Porque Max estaba impresionado por las agallas de aquella niña. Por eso le susurró a su amigo al oído—: ¿Podemos pedirle que juegue con nosotros?

—¡No! —exclamó Bruce.

Max agachó la cabeza en señal de rendición y le dedicó una mirada de disculpa a la niña. Meg puso los ojos en blanco.

—¿Es tu jefe? —preguntó indignada.

—Podría ser tu jefe —respondió Bruce, esbozando una sonrisa fanfarrona—. Tengo doce años y tú tienes pinta de no haber cumplido los siete. Hay que obedecer a los mayores, *Cómotellames*.

—Me llamo Meg y tengo diez años —respondió ella levantando la barbilla—. Y antes prefiero comer acelgas durante una semana que obedecer a un zoquete como tú.

Se dio la vuelta con un estudiado movimiento de cabello para tener la última palabra. Bruce se quedó perplejo y tardó unos segundos en reaccionar. Meg no era rencorosa. Podía perdonar muchas cosas. Pero ¿qué le dijera que aparentaba siete años? ¡Todos los adultos que la conocían decían que ella era muy adelantada para su edad! Quizá por esa razón se dirigió a un charco lleno de barro, hizo una bola y se la lanzó a Bruce cuando él intentó acercarse a ella.

Aquel fue el principio del fin. Bruce, por supuesto, jamás admitiría en voz alta que en realidad se había arrepentido de haberla tratado mal y estaba dispuesto a ofrecerle que se uniera a su pandilla. Cuando la bola de barro impactó en su cara y la niña se rio tan fuerte que se le saltaron las lágrimas y se dobló por la mitad para abrazarse la barriga, Bruce decidió que aquella enana pelirroja y entrometida era su enemiga. Por su parte, Meg salió corriendo porque sabía que no tenía nada que hacer contra un niño que le sacaba dos cabezas. Cuando se escondió en la primera calle que encontró, una niña de pelo negro azabache con dos trenzas que le colgaban por los hombros le tocó el brazo.

—¡Ha sido alucinante! —exclamó la niña—. ¡Acabas de poner en su sitio a Bruce Anderson! ¡Y le has tirado una bola de barro! ¡A Bruce Anderson!

La niña hablaba de carrerilla y Meg la escuchó con una mezcla de regocijo y sorpresa.

—¿Y quién diantres es Bruce Anderson?

La niña le contó que Bruce era el hijo de los dueños de la fábrica de cerveza y que todos los niños del pueblo le hacían la pelota porque su familia era inmensamente rica. Meg no sabía lo que era el capitalismo, pero un día escuchó la palabra en la televisión y decidió que aquello estaba mal. Puede que su madre fuera a trabajar para los padres de Bruce, pero él la llevaba clara si creía que podía mangonearla.

—Me llamo Saoirse, por cierto.

La niña le tendió la mano y no le importó que la suya estuviera manchada de barro.

—Meg O’Brien.

—Saoirse Anderson.

Meg puso los ojos como platos. La niña se rio. En aquel momento, Meg se percató de que la niña tenía los mismos ojos verdes que Bruce. Pero los suyos no eran para nada como los de un sapo. O puede que le gustaran sus ojos porque aquella niña era muy simpática.

—Tranquila, me caes bien. ¡Y alguien debía poner en su sitio a mi hermano mayor! ¿Quieres que seamos amigas?

Desde aquel instante, la amistad de Meg y Saoirse se fue fortaleciendo como lo hacía la enemistad de Bruce y Meg. De hecho, aquel día Bruce estuvo malhumorado porque sus amigos no dejaban de bromear sobre la pelirroja. Pero ¿quién se creía que era aquella niña pelirroja e insignificante para aparecer en su pueblo y tirarle una bola de barro?, se preguntó indignadísimo.

Se había declarado la guerra.

Hacía casi un año que Meg no pisaba Emerald Beach, pero había regresado para quedarse. Al principio había tenido sus reparos en aceptar el puesto que le habían ofrecido en el departamento de marketing y relaciones públicas de Anderson & Sons, la fábrica de cerveza del pueblo. Pero ver a *El indeseable* solo era un mal menor. Al fin y al cabo, como Community Manager podría realizar casi todo el trabajo de manera online y pasaría la mayor parte del tiempo cuidando de su madre, que fingía que la quimioterapia no le afectaba.

Estaba cerca de casa y el sueldo era muy bueno. Además, trabajaría con Saoirse, su mejor amiga. Y sabía que se merecía el puesto. Si lo pensaba fríamente, no trabaja para *El indeseable*, sino para sus padres. Y Kennet y Margaret eran dos buenas personas. En un futuro ya se preocuparía por el hecho de que Bruce y Saoirse heredarían un día la empresa familiar. Mientras tanto, solo debía ignorar a Bruce. Y no provocarlo. Aunque ella no lo provocaba, desde luego. Simplemente se limitaba a ponerlo en su sitio porque Bruce necesitaba que alguien le recordara que no era el rey del mundo.

Meg se desperezó cuando el conductor del coche compartido le informó que estaban llegando al pueblo. No había podido evitar echarse una cabezadita. Habría sido más cómodo alquilar un coche, pero Meg no era una persona de gastos excesivos y ahora que su madre no estaba trabajando ella debía arrimar más el hombro en casa. Se despidió del conductor cuando llegó a la entrada del pueblo. Allí, con los inconfundibles ojos verdes de los Anderson y la sonrisa amplia, la estaba esperando su mejor amiga. Ambas se fundieron en un abrazo que duró casi una eternidad.

—¡Cuánto te he echado de menos! —exclamó Saoirse.

Meg se echó a reír porque era una exagerada. Se habían visto por última vez hacía un par de semanas cuando Saoirse fue a visitarla a Dublín.

—¿Un café por los viejos tiempos? —sugirió su amiga—. Y nos ponemos al día.

—Siempre tengo tiempo para tomarme un café contigo, pero no hay mucho que contar.

Saoirse le agarró la muñeca y a Meg se le escapó una sonrisa cuando su amiga señaló el anillo de su dedo anular.

—¿Y esto?

Meg puso los ojos en blanco.

—Ya sabes que Colin me pidió matrimonio...

—Pero ¡quiero los detalles! —exigió Saoirse—. Dios mío, ¿no me puedo creer que vayas a casarte!

A decir verdad, Meg tampoco podía creérselo. Nunca había sido la típica mujer romántica que soñaba con un final feliz. Quería a Colin. Él se había convertido en un buen amigo durante la universidad y ella supuso que podía darle una oportunidad cuando él se atrevió a pedirle una cita hacía un par de años. Todos decían que eran la pareja perfecta. Jamás discutían.

Las dos amigas fueron a la única cafetería del pueblo para ponerse al día. Katie, la dueña,

estrechó a Meg con fuerza cuando la vio llegar. Emerald Beach era su hogar. Un pueblo pequeño donde todos se conocían y siempre había alguien dispuesto a echarle una mano. Meg puso cara de sopor cuando Saoirse le confesó que había vuelto a discutir con Kevin. A Meg no le gustaba el novio de su amiga. Era un americano pijo y estirado al que Saoirse se desvivía por hacer feliz. Meg le había dicho a su amiga miles de veces que se merecía algo mejor, pero ella no quería ni oír hablar del tema. Estaba ciega.

Meg apoyó la taza de café sobre el periódico local. Lo hizo a propósito para pisarle la cara a Bruce. «Qué pesadilla. ¿Nunca se cansaba de salir en la portada del periódico del pueblo? Debía ser una tortura tener un ego como el suyo», pensó Meg. Pero, de repente, se atragantó con el café al leer el titular. Saoirse adivinó lo que había llamado su atención y se empezó a reír.

—Ah, sí. Mi hermano ha decidido sentar la cabeza —dijo con tono jocoso—. No sabemos cómo se ha enterado la prensa, pero ahora todas las mujeres solteras del pueblo le dedican miraditas para llamar su atención.

Meg no supo cómo digerir la noticia. En primer lugar, pensó; «¿quién sería la pobre mujer que se casaría con Bruce? Aguantarle durante toda la vida debía ser un suplicio». Y luego frunció el ceño y se preguntó por qué alguien tan mujeriego como Bruce había decidido buscar pareja estable. Aquello no tenía ningún sentido. A no ser que estuviera delirando por una fiebre muy alta. Entonces tenía todo el sentido del mundo.

—Seguro que lo ha filtrado él. Le encanta llamar la atención.

—No seas mala —le pidió Saoirse, y luego le pellizcó el brazo—. Me pregunto quién será mi futura cuñada...

Meg también se lo preguntó. Pero en lugar de formular aquella pregunta en voz alta, aprovechó que Saoirse se levantó para ir al baño y le pintó dos cuernos y un rabo a la foto de Bruce. Lo miró con una sonrisa traviesa y murmuró:

—¿Qué mosca te ha picado, Bruce?

## Hace quince años...

El curso escolar había comenzado y había algo que Bruce tenía muy claro: era afortunado de ser dos años mayor que Meg porque así se libraba de coincidir con ella en clase. La pelirroja se había ganado fama de tener mal carácter y solo llevaba un par de meses en el pueblo. Pero había algo que a Bruce le molestaba por encima de todas las cosas: a Meg la llamaban *dura*.

¡Dura!

¡Lo que había que oír!

Él era el chico más duro de Emerald Beach. No tenía miedo de saltar del acantilado para bañarse en el mar y los profesores lo enviaban al despacho del director cada dos por tres. Pero Meg estaba empeñada en hacerle la competencia. Un día le dio por saltar del acantilado cuando un niño le dijo que no tenía agallas. Él intentó ser amable con ella —Saoirse se lo había pedido y Bruce tenía debilidad por su hermana pequeña—, y le dijo a Meg que no estaba obligada a hacerlo solo porque un chico mayor la retara. Pero ella le sacó la lengua y saltó del acantilado. Luego, los profesores comenzaron a enviarla al despacho del director. Ella decía que nunca tenía la culpa, pero él sabía que la castigaban con toda la razón del mundo.

Era una enana que hablaba por los codos y siempre quería tener la última palabra. O sea, una niña insoportable.

Poco a poco, Meg fue ganando adeptos. No importaba que él le metiera una araña en la mochila o que escribiera «pelirroja apestosa» con un rotulador imborrable en la taquilla de su instituto. Ella siempre conseguía salir airosa y se lo devolvía con creces. Y, por si fuera poco, le estaba haciendo la competencia en el instituto. La mayoría de los días se sentaban el uno al lado del otro en la sala de espera del despacho del director y se lanzaban miradas de soslayo. Meg sonreía con orgullo cuando el director resoplaba y decía: «¿otra vez aquí, Señorita O'Brien? Voy a pensar que me está cogiendo cariño». A Bruce lo sacaba de quicio que recibiera toda aquella atención tan inmerecida. ¡Solo tenía diez años! Sus travesuras no eran nada comparadas con las de él.

El día del décimo primer cumpleaños de su hermana, Meg se las apañó para convertirse en la protagonista cuando deleitó a todos con un improvisado baile de hip hop. Él se cruzó de brazos y la observó con resentimiento porque bailaba fatal. Además, era el cumpleaños de su hermana. ¿Por qué no se limitaba a quedarse sentada en un rincón sin armar jaleo? Para colmo, no se sintió ni un poquito impresionada cuando él le enseñó su colección de videojuegos. Y puso mala cara cuando, con la intención de asustarla, él le mostró la iguana que tenía en el terrario. Entonces Meg se limitó a decir: «ese animal debería estar en libertad». «Y tú en un zoológico», replicó él. No soportaba que aquella niñita de diez años intentara darle lecciones. Luego se enzarzaron en una discusión, él le tiró de una trenza y su madre lo castigó porque lo pilló con las manos en la masa. O, mejor dicho, con las manos en el pelo de aquella niña insufrible.

Ahora Bruce estaba castigado y observaba con envidia como todos los niños menos él se divertían en el cumpleaños de su hermana. Casi nunca lo castigaban, pero aquello había empezado a cambiar cuando Meg apareció en su vida. Sus padres estaban encantados porque Saoirse, una niña muy tímida y solitaria, se había hecho amiga de Meg. Sus padres veían aquella amistad con buenos ojos y por eso le echaban la bronca a Bruce cada vez que él intentaba

ponerla en su sitio.

«¡Menuda injusticia! Repudiado por sus padres. ¿Qué sería lo siguiente? ¿Qué le ofrecieran a Meg su propia habitación?».

Bruce estaba llevando su castigo lo mejor posible. Soportó aquella humillación en estoico silencio mientras veía a los niños comer pastel de chocolate. Se le escapó un suspiro de añoranza porque era un goloso. Entonces se percató de que alguien lo estaba mirando fijamente y se sobresaltó. Puso mala cara al ver a Meg. Para colmo, ella se sentó a su lado con un plato de pastel de chocolate.

—Lárgate —le espetó.

—¿Quieres un poco?

Bruce entornó los ojos. Allí había gato encerrado. No se fiaba ni un pelo de ella. Sacudió la cabeza con vehemencia para demostrarle que no lo engañaba.

—Déjame en paz. Estoy castigado por tu culpa.

—Estás castigado porque me has tirado del pelo.

—Te lo merecías por haberme llamado gigantón.

—Tú me has llamado pecosa insoportable y yo no me pongo a lloriquear.

—¡Yo no lloriqueo! —exclamó indignado.

Meg lo miró exasperada. A veces, Bruce se sentía como si ella fuera mayor que él. No era una sensación agradable. En absoluto. Bruce estaba acostumbrado a que todas las niñas del pueblo suspiraran por sus huesos y a que todos los niños quisieran ser su mejor amigo. Que Meg lo tratara de aquella forma era tan raro como desconcertante.

—¿Quieres un trozo de pastel o no? —insistió ella.

Bruce observó el pastel con hambre, pero se mantuvo firme.

—No.

Meg se puso colorada como un tomate.

—¿Por qué no? —exigió saber—. Te lo estoy ofreciendo con mi mejor intención.

—Porque no quiero nada que venga de ti.

Meg se quedó tan sorprendida que a Bruce le extrañó su reacción. Luego se echó a reír porque siempre era un placer dejarla sin palabras. De repente, Meg se levantó de un salto y le estampó el plato de pastel de chocolate en la cara. Bruce dejó de reírse y comenzó a gritarle todo lo que se le pasó por la cabeza. La habría perseguido de no ser porque el chocolate se le había metido en los ojos.

—¡Meg O'Brien! —exclamó la madre de la niña—. ¡Estás absolutamente castigada!

Bruce intentó aguantarse la risa para parecer una víctima. La madre de Meg le ofreció una servilleta para que se limpiara. Bruce observó el rapapolvo que le caía a Meg como si fuera el mejor momento de su vida.

—Pídele disculpas a Bruce ahora mismo si no quieres estar castigada de por vida —le ordenó su

madre.

Meg estaba roja de humillación. Al ser pelirroja y pálida sus emociones siempre le traicionaban las mejillas. Tenía el pelo ondulado y de un tono azafrán que la hacía sobresalir a kilómetros de distancia. Era bajita para su edad, pero la falta de estatura la compensaba con mala leche. Su rostro estaba cubierto de pecas doradas que le llegaban hasta las pestañas. Y sus ojos eran de un color castaño avellana tan raro que Bruce no lo había visto en otra persona. No entendía por qué había memorizado tan bien cada centímetro de su cara.

—Siento... —comenzó Meg—. Siento no haberte pegado otro tartazo.

—¡Meghan! —la censuró su madre—. ¡Estás castigada!

La obligó a sentarse justo al lado de Bruce y él apartó la pierna cuando ella lo rozó sin querer. Ambos pusieron mala cara. Su gozo había durado poco tiempo. ¿Acaso había una mayor tortura que pasar un castigo acompañado de aquella niña? Él sinceramente lo dudaba.

—Me caes fatal —siseó ella.

—Tú me caes peor.

—Tú me caes peor más infinito.

—¿No te han dicho nunca que eres una pesada? —replicó él—. Jamás te vas a echar novio. A los hombres no nos gusta que nos lleven la contraria.

Se lo había oído decir a su tío, pero él no estaba del todo seguro de aquello. De todos modos, lo dijo para fastidiarla.

—A ti no te gusta que te lleven la contraria porque eres un zoquete inmaduro y primitivo. Yo pienso tener todos los novios que me dé la gana.

—A nadie le gustas.

—Le gusto a mucha gente.

—Fingen que les caes bien para no tener que escucharte. Tienes una voz chillona que se te mete en los oídos. —Bruce se tapó las orejas cuando ella comenzó a gritar y luego esbozó una sonrisa de satisfacción porque la acababa de sacar de sus casillas—. ¿Lo ves? Tengo razón.

—Al menos a mí no me hacen la pelota por ser rica.

—¡Eso es mentira! —exclamó ofendido—. ¿O tú eres amiga de mi hermana por su dinero?

—Tu hermana no es una boba como tú —respondió ella, y luego añadió sin pestañear—: Algún día te enamorarás de una mujer a la que no le importe todo tu dinero y será el peor día de tu vida porque ella no sentirá lo mismo que tú. Las cosas buenas no se pueden comprar con dinero.

Bruce frunció el ceño. ¿De qué hablaba? Él solo tenía doce años. No pensaba enamorarse jamás. Ni siquiera le gustó cuando le dio su primer beso a Scarlett, una niña de su clase que solo sabía hablar de Justin Bieber.

Meg se levantó para dar la conversación por zanjada. Él la atrapó de la muñeca antes de que pudiera escaparse.

—¿A dónde vas? Estás castigada.

Meg se zafó como si fuera una culebra.

—Pues no me da la gana de estar castigada. Me voy a jugar con el resto de los niños. ¡Yo no recibo órdenes de nadie!

Meg salió disparada hacia el jardín. Bruce sacudió la cabeza sin dar crédito y la observó con un deje de admiración. Había que reconocer que aquella niña no tenía el menor respeto por las normas. Incluso él, que se había ganado fama de ser rebelde, obedecía a sus padres sin rechistar. Se permitió un momento de fascinación antes de ponerse de pie y buscar a la madre de Meg para decirle que su hija se había largado. Él no era ningún chivato, pero por aquella niña entrometida estaba dispuesto a hacer una excepción.

Bruce estaba furioso porque alguien había filtrado a la prensa que estaba planteándose la opción del matrimonio. Nunca había tenido una pareja estable. Su relación más larga había durado dos semanas. Pero para él aquello no era ningún impedimento porque cuando quería algo siempre lo conseguía. Bruce tenía veintisiete años y había decidido que había llegado la hora de formar una familia. Pero antes quería hacer las cosas bien: conocer a una chica, salir con ella durante unos meses y luego pedirle matrimonio. Después tendrían todos los hijos que ella quisiera. A él le gustaría tener dos, pero estaba dispuesto a ceder porque creía que los hombres jamás serían capaces de sobrevivir a un embarazo.

La primera vez que habló con alguien del matrimonio fue con su amigo Max. Acababan de salir de una reunión de la junta directiva. Bruce estaba agotado e indignado porque los empleados no lo respetaban. Sabía que todos le hacían la pelota, pero estaba convencido de que nadie lo tenía en alta estima porque creían que estaba allí por ser el hijo de los jefes. A ver, era el hijo de los jefes. Pero se había formado y trabajado duro para merecer el puesto. Quería estar preparado para la responsabilidad que iba a desempeñar.

Le dijo a Max algo así como:

—En el fondo los problemas de verdad vendrán cuando seamos padres que deben lidiar con sus hijos adolescentes.

Él lo miro sorprendido.

—¿Mi amigo Bruce quiere ser padre?

—Por supuesto que quiero ser padre —respondió Bruce de manera tajante.

—¿Y casarte? —lo puso en duda.

—De hecho, me gustaría encontrar a la mujer indicada lo antes posible.

Max estaba perplejo.

—No te creo.

—¿Por qué no? —respondió con naturalidad.

—Porque te tiras a todo lo que se mueve, Bruce.

—Supongo que eso podría cambiar si encuentro a una mujer que me interese —repuso, y al estar charlando con su amigo de toda la vida se sinceró sobre lo que opinaba del matrimonio—. Yo sé que esa mujer está en alguna parte esperándome. Aunque me veas como un cínico, creo en el amor porque mis padres llevan treinta años casados.

—Tus padres están enamorados —le recordó su amigo—. Y la fidelidad es una parte muy importante del matrimonio. A no ser que vayas buscando una relación abierta. Entonces me callo.

—De eso nada —sentenció Bruce—. Puedo ser fiel si me lo propongo.

—Si tú lo dices...

A Bruce le fastidió que su mejor amigo tuviera tan poca confianza en él. Era cierto que había tenido una soltería bastante disoluta, pero era perfectamente capaz de sentar la cabeza. Por eso, y porque creía que nadie los estaba escuchando, le dijo:

—Me casaré cuando encuentre a la mujer que cumpla mis siete reglas.

—Tus siete reglas —repitió su amigo divertido—. ¿Cuáles son?

—Debe ser atractiva, tener un sentido del humor que le permita reírse de sí misma y un gran corazón. Que sea muy inteligente, pero no alardee constantemente de ello. Que le gusten los niños, sea familiar y se lleve bien con mis padres. Para mí esa es una sola cualidad. Que sea una mujer trabajadora a la que no le dé miedo esforzarse para conseguir lo que quiere. Ah, y que se lleve bien con Marvel.

—A ver si lo he entendido. Atractiva, divertida, buena persona, inteligente, familiar, trabajadora y que se lleve bien con tu perro. ¿Me he dejado algo?

—No.

—Buena suerte —bromeó Max.

—Creo que he sido bastante flexible.

—Oh, sí, desde luego —ironizó Max—. Todos hacemos una lista cuando buscamos pareja.

—Lo mínimo que me merezco es que cumpla mis estándares de calidad.

—¿Estás buscando una esposa o un coche nuevo?

«Una esposa», pensó Bruce para sus adentros. «A un coche jamás le pondría tantos reparos». Por el contrario, sí era muy exigente con la mujer con la que quería compartir el resto de su vida.

—Mira, colega, si algo sé del amor es que no entiende de reglas.

Bruce no le hizo ni caso. Ninguno de los dos se percató de que Bruce tenía encendido el altavoz de su despacho por el que anunciaba las noticias importantes a los empleados de la empresa. Así fue como todos se enteraron de que quería casarse y de que su futura mujer debía cumplir siete reglas. En menos de veinticuatro horas, la noticia se había publicado en el periódico local bajo el titular: *Bruce Anderson, el soltero más cotizado de Emerald Beach, está buscando esposa y la elegida debe cumplir siete reglas.*

Ahora Bruce tenía que soportar las miraditas cargadas de intenciones de todo el mundo y estaba absolutamente indignado.

## Hace catorce años...

A Meg se le daban bien muchas cosas porque no tenía sentido del ridículo. Para ella, la vergüenza era un lastre que te impedía ser tú misma. Y, cuando no eras tú misma, renunciabas a la posibilidad de hacer lo que te diera la gana sin que te importara la opinión de los demás.

Bruce, por el contrario, se había criado sabiendo que ser el primogénito de los dueños de una gran empresa conllevaba muchas responsabilidades. Cuando cumplió trece años entendió que se esperaba mucho de él. Quizá por eso intentaba compensar sus ataques de rebeldía siendo el mejor estudiante de su clase. Daba lecciones de francés e italiano, sabía de protocolo y prestaba atención a todas las conversaciones telefónicas de su padre porque él aspiraba a ser un gran hombre de negocios.

Meg y Bruce eran dos meteoritos que viajaban a toda velocidad. La colisión era inevitable.

Después de salir del colegio, Meg y Saoirse pasaban todo el tiempo juntas. A Saoirse le encantaba ir a casa de Meg y charlar con la abuela de esta, que preparaba una tarta de manzana deliciosa. A Meg, por su parte, también le gustaba ir a casa de Saoirse porque los padres de su amiga les daban plena libertad para hacer lo que les diera la gana. ¡Aquello sí que era vida!

Aquel día, Meg se estaba divirtiendo con su amiga jugando al fútbol. Saoirse era malísima y ella se partía de risa cada vez que le marcaba un gol. No había visto a Bruce en toda la tarde, lo cual era bastante raro porque él siempre iba a molestarlas. El hermano de su mejor amiga era un cotilla por mucho que intentara disimularlo.

Meg no entendía del todo a Bruce. El día que intentó hacer las paces con él en el cumpleaños de Saoirse, él rechazó su ofrecimiento como si no valiera la pena. Meg se enfureció porque lo había hecho de corazón. Por eso le estampó el pastel de chocolate en la cara. Jamás se había sentido tan ninguneada. Y la humillación había dado paso a la rabia. Ella, a la que le importaba un pimiento la opinión de los demás. Tal vez por eso empezó a darse cuenta de que las niñas miraban a Bruce con otros ojos. Y eso, por algún extraño motivo, la irritó más.

¿Por qué todas las niñas de su clase suspiraban por los huesos de aquel zoquete con ojos de sapo? ¡No entendía nada!

Ella tenía once años, pero ya sabía ciertas cosas. Puede que le gustara mancharse las botas de barro, correr por el bosque y perseguir a las ardillas, pero no era una ingenua. Algunas niñas de su clase ya hablaban de dar besos y enviarles cartas de amor a los chicos. A ella se le retorció el estómago porque solo estaba interesada en ser una niña. No obstante, no podía evitar preguntarse qué tenía Bruce de especial para ser el chico de trece años por el que suspiraban todas las niñas de Emerald Beach.

¿Era por su dinero? Meg lo dudaba. Saoirse tenía tanto dinero como él, pero casi todo el mundo la evitaba. Meg era consciente de que su amiga era una niña muy tímida. Sintió mucha tristeza cuando Saoirse le confesó que antes de que ella se mudara al pueblo no tenía ninguna amiga. Meg le aseguró que a partir de ese momento jamás la dejaría sola. «Tú y yo vamos a ser amigas para siempre», le prometió.

—¿Dónde se ha metido el zoquete de tu hermano? —preguntó como la que no quiere la cosa.

Saoirse frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Porque me parece raro que no esté aquí intentando robarnos la pelota para molestarnos.

—Ah —respondió su amiga encogiéndose de hombros—. Los hijos de unos amigos de mis padres están de visita. Bruce está con ellos en su habitación. Son unos esnobs.

A Meg le hizo gracia que su amiga utilizara aquella palabra. Casi nunca hablaba mal de nadie.

—¿Por qué son unos esnobs? —quiso saber.

De repente, a Saoirse se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Da igual —musitó avergonzada.

—Eh. —Meg se acercó a su amiga y le dio un abrazo—. A mí puedes contármelo.

Saoirse contuvo un hipido y la miró con los ojos vidriosos.

—Siempre se están riendo de mí. Dicen que soy fea, estúpida y tartamuda.

—¡Ellos sí que son estúpidos! —exclamó furiosa.

A veces, Saoirse tartamudeaba cuando se ponía nerviosa. Al principio Meg no se había dado cuenta porque a su amiga casi nunca le pasaba con ella. Pero luego se percató de que Saoirse tartamudeaba en clase cuando le tocaba salir a la pizarra o el niño que le gustaba le pedía un lápiz. La gente era muy cruel con las personas tímidas.

—¿Tú crees que soy fea?

—Por supuesto que no —respondió Meg con sinceridad. Ella creía que Saoirse era preciosa. Tenía una sonrisa que resplandecía y era más alta que todos los niños de su clase. Su amiga era tan bonita por dentro como por fuera.

—¿Y entonces por qué la gente no me quiere?

—Porque tienen mal gusto —respondió Meg sin dudar—. Y hay mucha gente que te quiere. Tus padres, Bruce, mi abuela, mi madre, yo...

Saoirse esbozó una media sonrisa y Meg le apretó la mano para demostrarle lo mucho que le importaba. Luego le guiñó un ojo.

—Mejor calidad que cantidad —intentó bromear, pero luego se puso seria—. ¿Bruce sabe que sus amigos son crueles contigo?

—No —admitió Saoirse—. No se lo he dicho. Él sí les cae bien.

—¡Pues ya va siendo hora de que se entere de cómo te tratan sus amigos!

—¡No, Meg!

Pero Meg era demasiado impulsiva como para medir las consecuencias de sus actos. En aquel momento, el afecto que sentía por su amiga la impulsaba a querer vengarse. Por eso salió disparada hacia el establo en el que estaban los caballos. Cogió un cubo, se puso unos guantes y lo llenó de estiércol. Saoirse la miró escandalizada y trató de disuadirla, pero cuando a Meg se le metía algo en la cabeza no había nadie que pudiera persuadirla.

Meg esperó a que los amigos de Bruce salieran de la casa para pillarlos por sorpresa. Le pidió a Saoirse que entretuviera a su hermano porque no quería pagarlo con él. La venganza era un plato que se servía frío y Meg supo que debía tener paciencia. Por eso permaneció oculta hasta que aquellos niños salieron a campo abierto y se apoyaron en un árbol para fumar a escondidas. Meg puso los ojos en blanco.

El bombardeo de bolas de estiércol los pilló desprevenidos. No tenían donde refugiarse. Ella era tan pequeña y rápida que ellos no vieron de dónde les venía el ataque. Una de las bolas impactó en el pecho del chico más bajo. Otra en la cabeza de uno al que le entró una arcada. Meg estaba eufórica y no podía parar de reír mientras repartía justicia. Hasta que el chico más fornido la pilló escondida detrás de un árbol y la señaló con un dedo. Meg intentó escapar, pero los tres comenzaron a perseguirla y se tropezó con la rama de un árbol.

—¿Quién eres? —preguntó el más fornido, retorciéndole el brazo con mucha fuerza.

—Tu peor pesadilla —respondió ella, e intentó darle una patada.

El chico le dio un empujón que la tiró bocarriba. Todos los niños apretaron los puños y la miraron con rabia. Ahí fue cuando Meg entendió el alcance de sus actos y sintió una punzada de miedo. Se tapó la cara cuando el chico más fornido fue a darle un puñetazo. Pero el golpe no llegó. Entonces Meg abrió los ojos de par en par.

Y allí estaba Bruce.

—¡No la toques! —bramó Bruce fuera de sí.

—¡Nos ha tirado estiércol!

—¡Le vamos a dar una paliza!

Bruce se interpuso entre Meg y sus amigos. Ella jamás lo había visto tan furioso. Tan... mayor.

—Por encima de mi cadáver —respondió Bruce.

—Tú lo has querido, Bruce.

El chico más fornido se abalanzó sobre él y Bruce consiguió esquivarlo. Se liaron a puñetazos. El otro era más grande, pero no contaba con la rabia de Bruce. De hecho, Bruce habría ganado la pelea de no ser porque los otros lo asaltaron a traición. Bruce soltó un gruñido de dolor cuando le dieron un puñetazo en las costillas.

—¡Tres contra uno no es justo! —exclamó Meg.

Y entonces se unió a la pelea y le dio un mordisco en el brazo al primero que se cruzó en su camino. El chico comenzó a aullar como una bestia herida.

—¡Dejad en paz a mi hermano y a mi amiga! —gritó Saoirse blandiendo un palo.

Saoirse consiguió atizarle a uno en la pierna. Aquellos chicos eran más grandes que ellas, pero no contaron con su furia. En cuanto las fuerzas estuvieron empatadas, Bruce consiguió vencer al más grande. Lo agarró del anorak y lo miró sin piedad.

—Pídele perdón a mi hermana —le ordenó.

—Lo siento —murmuró el joven.

—Lo sentimos —dijeron los otros.

—Y pídele perdón a Meg.

Meg se sobresaltó porque no se lo esperaba. De mala gana, el chico más fornido dijo en voz baja:

—Perdón.

—Más alto. No te hemos escuchado —respondió Bruce con tono inflexible.

—¡Perdón!

Bruce lo soltó como si le diera asco.

—Fuera de mi casa. Aquí no sois bienvenidos.

—¡Se lo vamos a decir a nuestros padres! —le advirtió uno de ellos antes de marcharse.

Bruce resopló por la nariz. Meg tenía el pulso disparado por la emoción. Contuvo la respiración cuando Bruce se volvió hacia ella y la miró a los ojos. Sus ojos verdes le ofrecieron una mirada fiera. Meg pensó que él le echaría la bronca y se preparó para contestarle.

—¿Estás bien?

La pregunta la pilló desprevenida. Meg asintió mientras un intenso calor se apoderaba de sus mejillas.

—Sí —respondió turbada y sin saber por qué—. Gracias por defenderme.

Bruce no dijo nada. Se limitó a alejarse de ellas y se encerró en la casa mientras el corazón de Meg intentaba recuperarse de la impresión.

A Meg le encantaba adentrarse en el bosque para dar un paseo. Le gustaba el crujido de las hojas secas bajo sus pies y el cantar de los pájaros. El olor a hierba mojada, la brisa que la despeinaba y beber del riachuelo que estaba helado. Lo había echado mucho de menos mientras vivía en la ciudad. Regresó al pueblo al cabo de una hora mientras recordaba por qué decidió marcharse. Tuvo un repentino ataque de malhumor e intentó apartar aquel recuerdo doloroso de su cabeza.

Le llegó un mensaje de Colin cuando camina por la carretera principal. Colin. Su Colin. Tan dulce, encantador y previsible. No tenían una relación apasionada, pero ella había aprendido a quererlo de una forma que le resultaba muy fácil.

### **Te echo de menos.**

Meg estaba a punto de responderle cuando un coche dobló la esquina y frenó de golpe. Se quedó paralizada por la impresión y se llevó una mano al pecho. Cuando consiguió recuperarse, se acercó a la ventanilla para pedirle disculpas porque sabía que había sido culpa suya. En ese momento, el tipo se bajó del coche.

—¿Está bien?

—Bruce —dijo Meg.

Ella frenó de golpe. Él la miró fijamente. Ella apretó la mandíbula y puso mala cara. En los ojos de Meg había una mezcla de resentimiento e irritación porque se había dicho a sí misma que el reencuentro no la afectaría. En los ojos de Bruce había tanta sorpresa que no supo disimularla. Llevaban casi un año sin verse. Los últimos encuentros habían sido forzados por la relación en común que tenían con Saoirse y habían estado llenos de monosílabos y un montón de respuestas cortantes.

—Hola —la saludó él—. Cuánto tiempo sin verte.

—Hola —respondió ella con frialdad—. La próxima vez mira por dónde vas.

Bruce respiró profundamente. No llevaban ni un minuto juntos y ella ya intentaba ponerlo en su sitio. Típico de Meg.

Ambos se fulminaron con la mirada.

—Ibas caminando por la carretera mirando el móvil. Mira tú por dónde vas si no quieres que te atropellen.

—Te habría gustado atropellarme, eh.

—No digas tonterías.

—¿Me estás llamando tonta?

—No pongas en mi boca palabras que yo no he dicho.

—Así que ahora estoy loca...

—Ya sabía yo que era mucho pedir que la madurez te hubiera quitado las ganas de gresca.

—¿Me estás diciendo que soy una persona violenta? —ella enarcó una ceja y se cruzó de brazos.

Bruce estuvo a punto de responderle, pero entonces la miró y se le escapó una sonrisa. Qué mujer tan exasperante. Seguía arrugando la nariz cuando se enfadaba.

—No has cambiado nada.

—Algunas personas somos fieles a nosotras mismas, *Brucie* —respondió ella con retintín.

Los ojos verdes de Bruce echaron chispas cuando ella lo llamó así. Meg sonrió satisfecha. Desde que se conocían se habían dedicado múltiples apelativos, pero ella sabía de sobra que *Brucie* le molestaba especialmente. Sonaba infantil y ridículo.

—Ya veo que sigues siendo tan orgullosa como de costumbre.

—Mira quién fue a hablar. El soltero de oro que se cree tan bueno que le pone reglas a su futura mujer —respondió ella con ironía—. ¿Ya has encontrado a la candidata perfecta? ¿Qué mosca te ha picado con el matrimonio?

—¿A qué pregunta quieres que te responda primero?

—Ninguna. Solo eran preguntas retóricas. Tú opinión no me interesa.

—No te creo. —Bruce cortó la distancia que los separaba y ella se sobresaltó un poco—. Pareces un poco celosa.

Meg se rio en su cara.

—Dios, sigues pensando que todas las mujeres van a caer rendidas a tus pies. —Meg sacudió la cabeza y se echó a reír de nuevo—. Ay, Bruce. Por favor, no me hagas ser cruel contigo. Ni siquiera llevo veinticuatro horas en el pueblo y ya me están dando ganas de vomitar.

—Siempre has sido una mujer encantadora.

Meg le ofreció una sonrisa que era todo dientes.

—Lo sé.

—Bienvenida a la empresa, por cierto —antes de que ella pudiera responder, él añadió—: No te creas que vas a tener un trato de favor porque mis padres te hayan contratado. Soy muy exigente con todos mis empleados.

Ella entornó los ojos.

—*Brucie*, no eres mi jefe. Métetelo de una vez en la cabeza: soy demasiada mujer para ti. Ya sé que uno de tus mayores sueños es darme órdenes, pero eso jamás va a suceder porque yo no acepto órdenes de un tipo que se mira cuatro veces en el espejo antes de salir de casa.

—Yo no hago tal... —Bruce se contuvo porque sabía que ella intentaba provocarlo—. Paso de ti, Meg. Eres imposible.

—Yo no soy la que se ha bajado del coche para iniciar una conversación forzada.

—No sabía que eras tú —respondió él entre dientes—. De lo contrario...

—¿Me habrías pasado el BMW por encima?

—Habría agachado la cabeza para que no me reconocieras. Eres una tortura. Lo sabes de sobra. En cuanto mi madre me dijo que volvías a Emerald Beach me entró dolor de cabeza.

—Me alegro.

Bruce apretó los dientes y ella se cruzó de brazos. Estuvieron así durante un buen tiempo. Y, mientras se miraban, ambos se contemplaron intentando descubrir cuánto podía cambiar una persona en un año. Bruce se fijó en que Meg seguía teniendo aquel brillo dorado en los ojos color avellana y el mismo pelo ensortijado, pero un poco más largo. Meg se percató de que aquel idiota seguía siendo igual de atractivo que de costumbre. Algunas cosas no cambiaban.

—¿Qué tal tu novio? —preguntó él de repente—. Qué gran hombre. Lo tienes intimidado. Siempre he pensado que el hombre que te aguantase tendría el cielo ganado.

—Prometido.

A Bruce se le atragantaron todas las palabras en la garganta cuando contempló el anillo de su dedo anular. Perdió todas las ganas de bromear de golpe. Fue como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Él daba por hecho que Meg ya habría cortado con aquel tipo porque no pegaban nada. Un simple vistazo le bastó para detestarlo con todas sus fuerzas cuando coincidieron en aquella fiesta de navidad.

—Vaya, enhorabuena —consiguió mascullar.

—Gracias.

Se la quedó mirando hasta que ella frunció el ceño. Entonces se percató de que tenía una ramita enredada en el pelo. Supo sin necesidad de preguntar que ella había estado de excursión por el bosque. En el fondo seguía siendo aquella niña pelirroja e intrépida a la que le gustaba meterse en los charcos y perseguir a todos los animales salvajes. Y le entró un súbito ataque de nostalgia.

Meg se quedó paralizada cuando Bruce estiró un brazo para tocarle el pelo. Su primer impulso fue darle un empujón y gritarle: «¿qué demonios haces?», pero por alguna misteriosa razón no pudo hacerlo cuando él le rozó la mejilla. Meg sintió que volvía a convertirse en aquella chiquilla vulnerable de dieciocho años a la que era muy fácil romperle el corazón. Contuvo el aliento cuando él le quitó una ramita del pelo. La mano suave y cálida de Bruce le produjo un montón de sensaciones que ya creía olvidadas. Hasta que él le pellizcó la mejilla.

—Mi enana zanahoria favorita se ha sonrojado —dijo él con tono burlón.

—Por el asco que me produces —replicó ella encendida, y se apartó de él—. ¿Quién te crees que eres para tocarme?

—Tenías una ramita enredada en el pelo —dijo con inocencia, pero la miró de una forma muy intensa—. Así que vas a casarte con Steven.

—Colin —lo corrigió indignada—. Sabes de sobra cómo se llama.

—Es un tipo bastante olvidable.

—Retira eso.

—No me da la gana.

—Eres odioso.

—Me ha dado la impresión de que no pensabas lo mismo cuando te tocaba.

—Uy, no quieres saber lo que se me ha pasado por la cabeza.

—Por favor, alúmbrame.

—No, *Brucie*. Llevo cuatro horas en el pueblo y no me apetece perder el tiempo discutiendo contigo. Y ahora, si te apartas de mi camino...

—No me llames así.

—¿*Brucie*? —preguntó con regocijo—. Ya eres mayorcito para tener una autoestima tan frágil.

—Mira quién fue a hablar. La que se pica porque digo que su prometido es un tipo olvidable.

—Colin no es olvidable.

—Tienes razón —respondió él con una sonrisa ladeada—. Jamás podría olvidar a un tipo que hace chistes sin gracia y utiliza medio bote de gomina para peinarse. ¿Sabes que se va a quedar calvo antes de cumplir los treinta?

—Él al menos tiene sentido del humor.

—Seguro que te ríes mucho con él —respondió él con tono sarcástico—. Se notaba que era la bomba. Lo supe en cuanto se pasó toda la fiesta de navidad pegado al puesto de quesos.

—Me importa un bledo lo que opines de Colin. Uy, a ver si vas a ser tú el que está celoso.

—¿Celoso? —preguntó molesto—. ¿Por qué iba a estar celoso de ese soso que tienes por novio?

—Porque, a diferencia de él, tú sí que me pareces olvidable.

Bruce se quedó tan descompuesto que no dijo nada cuando ella lo rodeó para seguir su camino. Durante unos segundos permaneció allí parado, intentando asimilar que Meg acababa de decir que él era olvidable. Bruce tuvo ganas de gritarle que su historia no había sido olvidable. Que sabía de sobra que ella había pensado en él tanto como él en ella durante los últimos siete años. Pero, en lugar de ello, se limitó a darse la vuelta y contempló marchar a la pelirroja más exasperante que había conocido en toda su vida. Y una parte de sí se preguntó por qué la dejaba escapar de nuevo.

## Hace trece años...

Cuando Meg tenía doce años, se dio su primer beso con un compañero de clase llamado Stuart. El experimento le produjo tanto asco que no quiso repetir la experiencia. Además, ella solo se había besado con Stuart porque la mitad de las niñas de su clase ya habían dado su primer beso y a ella le produjo curiosidad saber lo que se sentía. En fin, ya lo sabía y no quería repetirlo de nuevo.

Bruce, por su parte, tenía catorce años y despertaba suspiros allá donde iba. Había tenido tantas novias que Meg ya había perdido la cuenta. Si a morrear a chicas y meterse mano en su habitación podía llamársele tener novia. A Saoirse y Meg les encantaba molestarlo cuando llevaba a una chica a su casa. Llamaban a la puerta de su habitación y salían corriendo, o lanzaban globos de agua contra su ventana hasta que él se asomaba y les gritaba que se largaran a incordiar a otro.

Para Bruce, Meg era la horma de su zapato.

Para Meg, Bruce era el insoportable hermano mayor de su mejor amiga.

No tenían nada en común. Y, sin embargo, tampoco podían estar demasiado tiempo separados. Ella solía buscar alguna excusa para provocarlo, y a él le encantaba chincharla hasta que se ponía colorada como un tomate.

Tampoco ayudaba que Emerald Beach fuera un pueblo tan pequeño...

Los fines de semana todos los jóvenes del pueblo se reunían en la playa para pasar el rato. Meg y Bruce siempre estaban rodeados de gente porque ambos eran muy populares. Meg tenía esa clase de personalidad extrovertida y magnética con la que la gente solía sentirse tan a gusto. Era la reina de las locuras y con ella la diversión estaba asegurada. Mientras que Bruce se había convertido en un muchacho atractivo con un aire rebelde que resultaba arrebatador para las chicas.

—No pienso hacer un pulso contigo —insistió Max.

Max era el mejor amigo de Bruce. A pesar de ello, se llevaba muy bien con Meg porque todo el mundo la adoraba. De hecho, Max creía que la única persona que no soportaba a Meg era Bruce, pero jamás se lo decía porque no quería cabrearlo.

—¿Te da miedo perder contra una chica menor que tú? —preguntó Meg con tono burlón—. O a lo mejor solo te da miedo perder contra una chica.

Max se vio obligado a competir con ella cuando todos soltaron una risilla. Le habría gustado contar con la ayuda de Bruce, pero su amigo estaba demasiado ocupado enrollándose con Wendy.

—No quiero hacerte daño, Meg.

Meg puso los ojos en blanco.

—Ya soy mayorcita.

Max conocía lo suficiente a Meg como para saber que era imposible llevarle la contraria. Cuando

algo se le metía en la cabeza solo podías seguirle la corriente, a no ser que fueras tan bruto como Bruce.

—Tú lo has querido —dijo, remangándose la manga del jersey.

Meg puso cara de dura porque todos la observaban. No pensaba perder aquella competición de pulsos. Uno de los chicos de su clase había dicho que las mujeres no eran tan fuertes como los hombres y ella había decidido iniciar una competición mixta para callarle la boca. Por ahora las chicas iban perdiendo por uno. La contemplaban como si fuera la elegida para hacer justicia. Por eso Meg le dio la mano a Max y lo contempló con ojos fieros.

—En serio, no quiero hacerte daño.

—No seas bobo, Max.

Meg sabía de sobra que Max tenía más fuerza que ella. Era dos años mayor y lo había visto partir leña con su padre. Se retorció de dolor cuando su brazo comenzó a bajar. Ni siquiera los ánimos de Saoirse y sus amigas consiguieron darle fuerzas. Hasta que vio a Bruce, a lo lejos, morreándose con la petarda de Wendy. De repente, un súbito ataque de rabia le subió por el estómago. Apretó los dientes y venció a Max, que se la quedó mirando con los ojos abiertos de par en par. Todos la ovacionaron y un chico se rio de Max.

—No seas estúpido —le riñó porque no quería avergonzar a Max.

Meg estuvo el resto del día con el ceño fruncido. No entendía qué había sido aquello. No comprendía por qué se había enfadado tanto al ver a Bruce besando a Wendy. Ella ya sabía que él se morreaba con muchas chicas, pero verlo con sus propios ojos... aquello fue...

—¿Qué te pasa? —preguntó Saoirse.

Su amiga se sentó a su lado y la miró preocupada.

—Nada —respondió encogiéndose de hombros.

—No parece que te pase nada.

—Pues no me pasa nada.

—¿En serio?

—En serio.

—¿Entonces por qué estás de malhumor?

—Tengo que irme. —Meg se puso de pie—. Había olvidado que le prometí a mi abuela que la ayudaría a arrancar las malas hierbas.

Saoirse se quedó bastante sorprendida porque su amiga era el alma de la fiesta y jamás se iba la primera, pero la dejó marchar porque no sabía qué mosca le había picado. Cuando Meg pasó por el lado de Bruce y Wendy, fingió tropezarse y le dio una patada a la arena para salpicarlos.

—¡Eh! —se quejó Wendy.

—Uy, perdón —fingió disculparse, porque estaba encantada de haberles cortado el rollo.

Bruce tenía los labios hinchados por culpa de aquel beso. La observó con una sonrisa burlona que a ella la enervó. Como si le estuviera diciendo que ella era una niña que no podía entender lo

que él había hecho con Wendy.

—Enhorabuena por la victoria.

Meg se puso colorada sin poder evitarlo porque no se esperaba que él la hubiera estado observando.

—Ha sido pan comido.

—Eres una cría —dijo él, y Wendy se partió de risa—. ¿Cuándo dejarás de jugar a cosas de niños?

A Meg no supo qué le molestó más. Si el comentario de Bruce o las carcajadas desagradables de Wendy. Se sintió tan humillada que se agachó para coger un puñado de arena y se la lanzó a Bruce antes de echar a correr. Él le gritó que ya se las pagaría.

Cuando Meg llegó a su casa, no entendió por qué tenía tantas ganas de echarse a llorar. Se tumbó bocarriba en la cama con los ojos vidriosos y el corazón acelerado. ¿Qué le estaba pasando?

—Hola, bichito.

La voz de su abuela provocó que rompiera a llorar. Su abuela se sentó en el borde de la cama y le dio una palmadita afectuosa en la mano.

—¿Quién ha hecho llorar a mi bichito?

—Nadie —respondió enfurruñada—. Soy una chica dura. Nadie puede hacerme llorar. Solo he tenido un mal día.

—Ay, bichito —la abuela la miró con ternura—. Las chicas duras también lloran y sufren porque otros les hacen daño.

—Yo no.

—Eres dura —admitió su abuela—. Eres valiente porque no te importa trabajar duro, ni proteger a tus amigos o luchar por aquello en lo que crees. Eres una chica muy dura, Meg. Por eso no deberías huir de lo que sientes. Las personas valientes nunca le dan la espalda al corazón.

Meg no se sintió ni mejor ni peor después de aquel consejo que le dio su abuela, pero sí bastante pensativa.

Bruce sintió que la bilis le subía por la garganta. Ni siquiera se puso de mejor humor cuando sacó a pasear a Marvel, su pastor alemán. Permaneció todo el día cabreado con el mundo mientras intentaba asimilar que Meg se iba a casar. Con el paso del tiempo, Bruce había aprendido a conocerse a sí mismo. Por eso no le costó admitir que estaba celoso. Y se enfadó consigo mismo porque él daba por hecho que ya se había olvidado de aquella pelirroja tan exasperante por la que, para su desgracia, se sentía tan atraído.

Al menos su hermana pequeña apareció en su casa para alegrarle el resto del día. Bruce adoraba a su hermana. Debía reconocer que Meg era una gran amiga. De hecho, era la única amiga de Saoirse porque ella era tan tímida que le costaba conocer gente nueva. Y para una vez que había hecho una excepción había conocido al imbécil de su novio.

—A ti te pasa algo —dijo Saoirse mientras veían *Fast & Furious 5*.

—No me pasa nada.

—Apenas has prestado atención a la película.

—Me la sé de memoria.

—Te encanta esa película. —Saoirse se lo quedó mirando fijamente hasta que Bruce se sintió incómodo—. ¡Te has encontrado con Meg!

—¿Ya te ha ido con el cuento?

—Qué va.

—Ah. —Se sintió como un imbécil porque para Meg aquel reencuentro no había significado nada—. Pues claro que la he visto. Este pueblo es diminuto.

—Por eso estás de malhumor.

—Estoy de malhumor porque he tenido un mal día en el trabajo.

—Estás cabizbajo porque te has enterado de que se va a casar con Colin —dijo su hermana con suavidad—. Ay, Bruce... ¿por qué no le dices lo que sientes?

—¿Qué diantres quieres que le diga?

—Que sigues enamorado de ella.

Bruce se levantó de un salto.

—Yo nunca he estado enamorado de Meg.

—Bruce...

—Eres demasiado romántica, hermanita.

—Te conozco demasiado bien para que me engañes.

Bruce le dio la espalda y subió las escaleras para cambiarse de ropa. Saoirse resopló cuando lo vio vestido con su ropa de deporte.

—Vas a salir a correr.

—Necesito despejarme.

—Pues sí que estás enfadado.

—Ya te he dicho que he tenido un mal día.

—Ojalá la carrera te aclare la mente.

—Lo tengo todo clarísimo.

—¡Los dos sabemos que eso es mentira! —gritó ella cuando él salió de la casa.

Bruce escuchó música a todo volumen porque no quería oír sus pensamientos. Él no debía aclararse porque ya lo tenía todo clarísimo. Meg se iba a casar con su novio. Que le fuera bien. No era el fin del mundo. Sí, se sentía muy atraído por ella. No iba a negarlo. Pero sabía de sobra que no estaban hechos el uno para el otro. Por eso él encontraría a una buena mujer de la que enamorarse y a la que le propondría matrimonio. O eso se dijo mientras intentaba sacarse a Meg de la cabeza.

## Hace doce años...

El día que Meg cumplió trece años sus amigos le organizaron una fiesta sorpresa. Nadie quiso perderse el cumpleaños de la pelirroja más famosa de Emerald Beach. Saoirse se encargó de todo junto con la madre y la abuela de Meg, pero tampoco les faltó ayuda. Todo el mundo quería poner su granito de arena. Estaban todos sus compañeros de clase y la mayoría de los jóvenes del pueblo. A Meg le encantaban las sorpresas porque durante un instante sentía un cosquilleo nervioso en el centro del estómago. Como cuando subía a la caída libre del parque de atracciones y bajaba en picado. Le entraba la risa floja y los ojos se le llenaban de lágrimas de alegría.

Saoirse la llevó a la playa con la excusa de dar un paseo. Meg se ponía de buen humor cuando era su cumpleaños porque le encantaba celebrar la vida, pero aquel día estaba enfurruñada porque había discutido con Bruce en el instituto. Ahora el hermano mayor de su mejor amiga se había convertido en un muchacho de quince años alto y apuesto —para qué negarlo—, que se empeñaba en apuntarse a todos los cursos habidos y por haber. Meg no sabía por qué se sentía tan decepcionada con Bruce cuando él era el primero en marcharse de una fiesta porque al día siguiente tenía un examen. O cuando se vestía con un traje para acompañar a su padre a alguna reunión de negocios porque quería aparentar que era mayor. En el fondo, aunque jamás lo admitiría, Meg echaba de menos al chico que le devolvía las pullas y le lanzaba miradas de soslayo cuando coincidían en el despacho del director. Bruce se había vuelto un aburrido. Y ella, incapaz de mantener la boca cerrada, se lo dijo aquella mañana cuando se tropezaron en el pasillo del instituto. Ella iba huyendo de Tom, un compañero de su clase al que le había atado los cordones de las zapatillas porque se había quedado dormido en clase de literatura. Bruce puso mala cara porque se le cayeron los libros de la clase de química avanzada.

—Mira por dónde vas, Meg.

Ni enana zanahoria ni pelirroja apestosa. Aquello era el colmo. ¿Qué mosca le había picado a Bruce?

—¿Por qué de repente te has vuelto un aburrido? —le soltó a bocajarro.

Bruce recogió los libros del suelo y le lanzó una mirada atravesada.

—¿De qué vas?

—¿De qué vas tú? —insistió ella—. Ya no eres el mismo de antes.

—Tengo quince años —respondió a la defensiva.

—No te comportas como un chaval de quince años. No sé por qué te disfrazas con esos trajes de ejecutivo de Wall Street. Deberías estar bebiendo y saltando en el acantilado. Te has vuelto un estirado.

—He madurado —dijo con los dientes apretados—. Y tú deberías seguir mi ejemplo.

—Porque soy una cría —respondió ella con tono burlón—. Prefiero ser una cría que un estirado que está demasiado ocupado intentando cumplir las expectativas de los demás. Yo por lo menos estoy aprovechando mi juventud.

—Eres una niñaata.

Meg se sobresaltó porque no se esperaba aquel golpe bajo. Al ver la cara que ella puso, Bruce la miró arrepentido y abrió la boca para decir algo, pero las palabras no llegaron a brotar de sus labios. Entonces la rodeó y se alejó caminando a paso ligero hacia su clase de química avanzada.

\*\*\*

Meg se lo estaba pasando en grande en su cumpleaños. Había sándwiches de bacon y queso fundido, la famosa tarta de manzana de su abuela y una enorme tarta de tortitas, su postre favorito. Y estaban todos sus amigos, que se habían tomado la molestia de fingir que no se acordaban de su cumpleaños para darle una gran sorpresa.

Meg se lo estaba pasando en grande. Era espontáneamente feliz y se reía a carcajadas, pero no podía evitar echar de menos a cierta persona de ojos verdes. Sí, puede que fuera su archienemigo, pero Meg se había acostumbrado a que fuera una constante en su vida. No podía creer que todo el pueblo estuviera allí para celebrar su cumpleaños y que Bruce ni siquiera se hubiera pasado a felicitarla y beberse un refresco.

¿Tan poco significaba para él?

Porque ella lo había felicitado en todos sus cumpleaños. Y, como ambos adoraban a Saoirse, los padres de Bruce lo obligaban a invitar a Meg a su cumpleaños. Por su parte, la madre de Meg también la obligaba a invitar a Bruce a su cumpleaños porque quería que se llevara bien con el hermano mayor de su mejor amiga. Por tanto, se había convertido en una costumbre que fueran al cumpleaños del otro y lo obsequiaran con una retahíla de provocaciones verbales a las que el cumpleañosero respondía con gusto.

Al atardecer, Meg asimiló que Bruce no iría a su cumpleaños y no supo cómo sentirse al respecto. Se enfadó consigo misma cuando notó un pellizco de decepción en el centro del pecho. De repente, la embargó la tristeza y caminó por la orilla para intentar enfriar aquel batiburrillo de sentimientos.

—Hola.

Meg se sobresaltó cuando escuchó su voz. Tenía las mejillas encendidas y por eso no se dio la vuelta. Sabía que Bruce la estaba observando y clavó la mirada en el mar mientras intentaba tranquilizarse. Él le dio un suave tirón del pelo.

—¿Qué haces? —preguntó con voz áspera.

—Felicidades, enana zanahoria.

A ella se le aflojó una sonrisa y agradeció que él no estuviera viéndole la cara. Bruce la pilló desprevenida cuando pasó un brazo por encima de sus hombros y le dio un beso en el pelo. Un montón de sensaciones confusas se apoderaron del cuerpo de Meg. Quiso apartarse para hacerse la dura, pero no pudo.

—Creías que no vendría, eh —dijo él con tono burlón.

Meg intentó apartarse porque la enfureció que él le tomara el pelo, pero Bruce la atrajo con fuerza hacia su pecho y ella no pudo zafarse. O no quiso. No lo tenía del todo claro.

—¿Por qué ibas a querer venir al cumpleaños de una niñata? —replicó ella con un deje de resentimiento.

—Porque después de tres años te he cogido algo de aprecio.

«Aprecio».

Meg no supo por qué aquella palabra le molestó tanto. Pero sintió la necesidad de alejarse de Bruce y se escabulló de su abrazo. Entonces lo miró a los ojos. Los ojos verdes de Bruce la observaron de una forma que ella no supo discernir. Había ternura en ellos. A ella le dolió darse cuenta de que él siempre la vería como la amiga irritante de su hermana pequeña.

—Voy a volver con los demás.

—Espera —le pidió, cogiéndole la mano—. Tengo un regalo para ti.

Meg sintió un calorcillo en la punta de los dedos. Bruce entrelazó sus dedos con los de ella y Meg sintió que encajaban de una forma extraña y desconcertante.

—No quiero un regalo que tus padres te han obligado a comprarme —dijo indignada.

—Nadie me ha obligado a hacerte un regalo. —Bruce le ofreció un paquete envuelto—. Lo he comprado porque he querido. Espero que te guste.

A Meg se le aflojó una sonrisa. Aceptó el paquete y rasgó el envoltorio. Era un dvd recopilatorio con todas las temporadas de *Veronica Mars*, su serie favorita. Bruce lo sabía porque cuando ella iba de visita a su casa se apropiaba del mando del televisor para ver *Veronica Mars* en bucle. Él siempre le tomaba el pelo.

—¿Te gusta? —preguntó algo nervioso.

—Sí —respondió ella con el corazón acelerado—. Gracias, *Brucie*.

—Si vuelves a llamarme *Brucie*, te ahogo en la orilla.

—*Brucie*.

Meg salió disparada y Bruce la persiguió por la orilla mientras le prometía que la iba a meter en el agua. Y aquello... para Meg aquello fue la felicidad en estado puro.

Meg sentía miedo cuando contemplaba a su madre tumbada en el sofá. Estaba más pálida de lo normal y llevaba varias capas de ropa encima. La quimioterapia era un proceso muy duro, pero su madre se empeñaba en fingir que lo estaba sobrellevando de la mejor forma posible. Meg sabía que había hecho bien en regresar a Emerald Beach. Su abuela ya tenía ochenta y tres años y no podía cuidar sola de su madre, aunque ambas se empeñaran en aparentar que eran muy fuertes.

Meg se preguntó si aquello era hereditario y llegó a la conclusión de que sí lo era. Cuando cumplió dieciocho años, ella se marchó del pueblo para estudiar en Dublín y fingió que no le habían roto el corazón. Ahora su madre fingía que la quimioterapia no la dejaba hecha polvo y Meg tenía que morderse la lengua para no decirle que dejara de hacerse la fuerte y aceptara su ayuda. Sabía de sobra que su madre estaba enfadada consigo misma porque le encantaba su trabajo en la fábrica de cerveza, pero tuvo que dejarlo por recomendación de los médicos. La familia de Bruce había sido muy generosa y se habían comprometido a sufragar todos los gastos del tratamiento médico, algo a lo que la madre de Meg había intentado negarse porque era muy orgullosa. Por suerte, ella y su abuela lograron convencerla de que aceptara la ayuda de la familia Anderson.

Meg preparó una taza de chocolate caliente y se la ofreció a su madre.

—No tengo apetito, cariño.

Meg dejó la taza de chocolate sobre la mesa del salón y le dio un beso en la frente. Su madre llevaba un pañuelo de flores en la cabeza. Había perdido su preciosa mata de rizos rojos, pero ni siquiera había llorado una lágrima. Se limitó a decir que el pelo volvería a crecerle.

—¿Qué tal tu primer día en el pueblo? —se interesó su madre.

—Genial —mintió como una bellaca, porque el reencuentro con Bruce la había alterado más de lo que estaba dispuesta a admitir en voz alta—. He estado con Saoirse. Me preocupa que siga saliendo con ese americano que no la trata del todo bien. Creo que ella no me cuenta la mitad de las cosas. Ay, no quiero agobiarte. Perdón. Necesitas descansar.

—Meg... —su madre le apretó la mano sin fuerza—. No hagas eso.

—¿Qué?

—Tratarme como si fuera una enferma que solo merece compasión. Sigo siendo tu madre. No quiero que la palabra cáncer se interponga entre nosotras.

Meg tuvo que hacer un gran esfuerzo para no echarse a llorar.

—Vale, mamá.

—No presiones a Saoirse. A mí tampoco me gusta su novio, pero solo se puede ayudar a quien se deja ayudar. Ella no parece preparada para admitir que tiene un problema. Sois buenas amigas. Ya acudirá a ti.

—Eso espero.

Meg apoyó la cabeza en el regazo de su madre y ella le dio un beso en la mejilla. Permanecieron así durante varios minutos, hasta que a su madre se le escapó un gruñido de dolor y Meg se levantó para colocarle más almohadas debajo de la espalda.

—¿Y qué tal con Bruce?

La pregunta la pilló desprevenida y Meg no pudo evitar ponerse colorada. Cuando se sonrojaba, odiaba ser pelirroja porque no podía enmascarar sus sentimientos.

—No lo he visto —volvió a mentir—. Ni idea.

Su madre la observó fijamente y Meg se puso a recoger el salón para salir del paso. Jamás le había contado a nadie lo que sucedió cuando tenía dieciocho años. Se tragó el dolor, hizo las maletas y se marchó a Dublín. Pero su madre la conocía de sobra y sabía que la marcha de Meg había estado relacionada con Bruce.

—Se va a casar —dijo su madre con fingida inocencia.

Meg resopló.

—En el hipotético caso de que encuentre a una mujer que lo aguante.

—A las mujeres de este pueblo les encanta Bruce Anderson.

—Porque es rico.

—Porque es un buen hombre.

Meg puso mala cara.

—Yo también voy a casarme —respondió con aparente naturalidad—. Por cierto, Colin vendrá de visita dentro de un par de semanas. Te manda recuerdos.

Su madre forzó una sonrisa. Meg sabía que a su madre no le gustaba Colin y habían discutido un par de veces por el tema. Meg no la entendía. Colin sí que era un buen hombre. Un hombre que la adoraba y respetaba. Jamás tenían un desacuerdo. Con su prometido era muy fácil estar. Meg sabía que él nunca le haría daño.

Meg salió al jardín delantero de la casa porque de repente sentía la necesidad de romper algo. Se puso los guantes de jardinería y aprovechó para arrancar las malas hierbas. Le encantaba arrancar las malas hierbas porque se desestresaba. Llevaba quince minutos de trabajo y tenía el rostro encendido cuando alguien carraspeó a su espalda. Meg se dio la vuelta y estuvo a punto de caerse de espaldas cuando se encontró con Bruce.

¡Por segunda vez en el mismo día!

¿Aquel hombre estaba empeñado en fastidiarle su primer día en Emerald Beach?

—¿Qué haces aquí? —preguntó irritada.

Estaba furiosa porque llevaba un peto vaquero, las botas de agua y el pelo hecho un asco. Se había prometido que cuando volviera a verlo llevaría el vestido negro ajustado que le sentaba tan bien y la boca pintada de rojo. Todo su look le gritaría a aquel engreído: «¡Mira lo que te has perdido!».

—He venido a hacerle una visita a tu madre.

Meg lo miró como si le hubiera gastado una broma. Puede que Bruce conociera a su madre desde que era un niño, pero ella no entendía qué pintaba allí.

—Mi madre necesita descansar. Hoy no tiene un buen día.

—Le prometí que vendría hoy para jugar una partida de ajedrez.

Meg apretó los labios. A su madre le encantaba el ajedrez, pero Meg apenas tenía paciencia para jugar al ajedrez porque era un juego que requería estrategia, algo imposible para una persona tan impulsiva como ella.

—Vengo todos los jueves —dijo él—. Creí que lo sabías.

Meg entornó los ojos. No tenía ni idea de que Bruce viniera de visita.

—Vienes desde que ella...

—Sí —la interrumpió él con suavidad—. Vine por primera vez cuando le diagnosticaron el...

—Sí, puedes decirlo.

—La primera vez que vine solo quería preguntarle qué tal estaba y traerle las pastas que le encantan —se excusó Bruce—. Me preguntó si me apetecía jugar una partida de ajedrez. No soy tan bueno como ella, pero la verdad es que ya me he acostumbrado a nuestras partidas. Creo... que le hacen mucho bien.

—Ah.

De repente, Meg se sintió culpable de no haber regresado antes a casa. Su madre y su abuela intentaron convencerla para que aceptara el puesto de trabajo en Dublín porque era una gran oportunidad, pero al final Meg se arrepintió un mes y medio después de que a su madre le diagnosticaran cáncer de pecho. Y aquí estaba, intentando cuidar de ella mientras asimilaba que Bruce había estado ahí todo el tiempo. No supo cómo sentirse al respecto.

—Le voy a preguntar si le apetece tener visita —dijo levantándose.

A su madre se le iluminó la expresión cuando ella la informó de que Bruce había venido a visitarla. Meg lo hizo pasar, pero no se quedó con ellos porque permanecer encerrada en la misma habitación que Bruce se le antojaba muy complicado. Todavía seguía resentida con él. No podía evitarlo. Por eso volvió a arrancar las malas hierbas con tanta fuerza que terminó jadeando. El tiempo se le pasó volando hasta que alguien le tocó la espalda. Podría haber reconocido aquella mano entre miles de manos. Jamás olvidaría el tacto de su piel.

—Ya hemos terminado. —Bruce le ofreció una taza de té—. Hace mucho frío y he pensado que querrías tomar algo caliente.

Meg tenía las mejillas heladas y aceptó la taza de té.

—Gracias.

—Es lo más amable que me has dicho en todo el día. —Él esbozó una de sus sonrisas de medio lado.

—Pues no te acostumbres.

Bruce sacudió la cabeza y se echó a reír.

—¿De qué te ríes?

—Nunca cambiarás —de repente, se puso serio y la miró preocupado—. ¿Qué tal lo llevas?

—Bueno... —a Meg se le llenaron los ojos de lágrimas porque era la primera vez que alguien le preguntaba cómo lo llevaba en lugar de preguntarle por su madre—. Yo, en fin...

Meg intentó contener las lágrimas y se tapó la cara con las manos porque no quería que él la viera llorar. No estaba preparada para que Bruce se acercara a ella y le acariciara la espalda. Se sintió confundida cuando, en lugar de darle un empujón, rompió a llorar como una niña pequeña.

—Es normal que estés preocupada, Meg.

—Me da miedo perderla —musitó con un hilo de voz—. No estoy preparada para... ¿Y si ella...? Yo no... no puedo pensarlo porque...

—Eh —dijo él con suavidad, y la envolvió entre sus brazos—. Se pondrá bien. Lo sé.

Meg no se apartó cuando él la abrazó. Se limitó a esconder la cabeza en su pecho mientras lloraba a moco tendido y Bruce le acariciaba el pelo. Se sintió más aliviada porque ya no tenía que fingir que no estaba muerta de miedo. Bruce estaba duro y su cuerpo era un refugio cálido. Meg no debería haber disfrutado al abrazarlo, lo sabía de sobra. Pero era débil y no pudo evitar sentirse un poco atontada cuando aspiró su olor. Él siguió acariciándole el pelo con una mano mientras con la otra le frotaba los brazos. Entonces apoyó la boca en su frente y le dio un beso. Un intenso calor se apoderó del rostro de Meg. Ella se sintió tan conmovida que le dio un empujón. Aquello no estaba bien. Ella iba a casarse con un buen hombre. Alguien que no le daba una de cal y otra de arena. Un hombre que la quería y jamás le rompería el corazón.

—Será mejor que te vayas —dijo con tono ronco sin mirarlo a los ojos.

Bruce estiró el brazo y le acarició la mejilla. A Meg se le escapó el aire por la boca cuando él le limpió una mancha de tierra. Bruce apoyó el pulgar contra su mejilla. A Meg le temblaron las rodillas unos segundos antes de apartarse.

—Vete —le ordenó.

—Meg...

Pero Meg no quiso escuchar lo que él iba a decirle. Por eso subió las escaleras del porche, entró en la casa y se cerró dando un portazo. Solo así se sintió a salvo de Bruce.

## Hace once años...

Bruce perdió la virginidad a los dieciséis años con una chica a la que conoció en un crucero por la costa amalfitana. A partir de ese momento se convirtió en un muchacho que levantaba pasiones allá donde iba. Pero últimamente algo lo tenía muy mosqueado. Algunos compañeros de su clase hablaban abiertamente de las chicas que les gustaban, y en más de una ocasión tuvo que apretar los dientes y morderse la lengua cuando escuchó el nombre de Meg.

Meg era una niña.

Tenía catorce años.

Todavía perseguía ardillas y disfrutaba jugando al fútbol. No era como las demás chicas de su edad. Iba sin una pizca de maquillaje y le importaba un bledo lo que pensarán de su aspecto. Le encantaba mezclar colores alegres, ir con el pelo suelto y tomar el sol hasta que le nacían pecas nuevas.

Solo era una niña.

La amiga de su hermana pequeña. Y, por eso, él debía protegerla. O eso se dijo cuando se apartó de Aisling para atravesar con la mirada al chico mayor que Meg que estaba ligando descaradamente con ella. Aquel idiota tenía diecisiete años. ¿Por qué no se fijaba en alguien de su edad?

—¿A dónde te crees que vas? —pregunto Aisling.

Le rozó el muslo y sonrió con picardía. Había sido un error enrollarse con Aisling. Era muy guapa, pero cuando lo besaba le metía la lengua hasta la campanilla. Bruce sintió unas ganas tremendas de librarse de ella.

—Me voy a dar una vuelta.

—Pero...

—Eres una chica increíble, Aisling —dijo él con tono diplomático. Ya se había hecho un experto en encontrar las palabras perfectas para romper con una chica y buscar a otra—. Pero lo nuestro no puede funcionar. Estoy demasiado centrado en mis estudios. Si sigo contigo, suspenderé todas las asignaturas. Eres una gran distracción. Lo siento.

Aisling lo miró con cara de pena y lo dejó ir. Bruce caminó a paso ligero por la playa. Allí estaban. Meg se estaba riendo porque aquel idiota le había contado algún chiste. Él puso la mano en su pantorrilla y ella no se apartó. A Bruce se lo llevaron los demonios. Le sacaba tres años. No estaban en igualdad de condiciones.

—Meg, te llevo a casa.

Meg puso mala cara cuando se percató de que tenían compañía.

—Todavía no me voy. Mi madre me deja quedarme hasta las diez.

—Yo creo que deberías venir conmigo.

Meg frunció el ceño.

—Olvídame, Bruce.

—¿Podemos hablar un momento a solas? —preguntó con toda la educación que pudo reunir.

Meg resopló.

—¿Por qué no sigues enrollándote con Aisling y me dejas en paz?

El chico que estaba a su lado se rio. Bruce lo fulminó con la mirada y aquel imbécil dejó de reírse.

—No me iré de aquí hasta que hables conmigo —insistió, con un tono tan categórico que Meg puso los ojos en blanco y lo siguió hasta que se alejaron unos metros de todo el mundo para hablar a solas. Bruce respiró profundamente y la miró a los ojos—. Mira, no quiero meterme donde no me llaman.

Meg cruzó los brazos por encima del pecho.

—Pues no lo hagas.

—Ten cuidado con *ese*.

—Se llama Connor.

—Me da igual cómo se llame —respondió Bruce, pero ya supo cómo se llamaba aquel chaval con las manos tan largas—. Tiene diecisiete años.

—¿Y qué?

—Que te saca tres años.

Meg lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—Sé contar.

—Pensé que eras más lista.

—*Brucie*, no me gusta hacia dónde va esta conversación —le advirtió indignada.

—Es un cerdo. Te va a utilizar.

—A lo mejor yo quiero que me utilice —dijo con tal de provocarlo. En realidad, Meg no tenía la menor intención de perder la virginidad con catorce años. Solo lo dijo para sacarlos de sus casillas. Y lo consiguió.

—No estás hablando en serio —dijo Bruce con los puños apretados—. Eres una niña.

—Que tú me veas como a una niña no significa que lo sea.

—Tienes catorce años.

—¿Y?

—Deberías perseguir ardillas, meterte en los charcos y jugar al fútbol. Eso es lo que de verdad te gusta. Ni siquiera sé por qué estás tonteando con un idiota que te saca tres años. No te pega nada.

—Estás celoso —se burló de él.

—Estoy preocupado por ti —la contradijo furioso—. Yo nunca, jamás, podría verte de otra forma que no sea como la mejor amiga de mi hermana pequeña.

Meg intentó mantener la compostura.

—¿Quién te crees que eres para meterte en mi vida? —le ladró fuera de sí—. ¡Yo no te interrumpo cuando te estás morreando con alguna de tus amiguitas!

—¿Estás celosa? —preguntó atónito—. Porque yo jamás te vería de esa forma. Ya te lo he dicho. No me fijo en crías.

Meg quiso darle un empujón, pero en lugar de eso se alejó a toda prisa y fue directa a Connor para demostrarle a Bruce lo cría que era. Lo ignoró cuando él la llamó a voces. Le dio un beso con lengua a Connor que le produjo muchísimo asco. Pero Bruce no tenía por qué saberlo. Cuando se dio la vuelta, comprobó que Bruce se marchaba de la playa hecho una furia. Sonrió para sus adentros y se puso de pie.

—¿Vamos a un sitio más tranquilo? —preguntó Connor emocionado.

—Me voy sola a mi casa —respondió ella.

Meg regresó a su casa con la impresión de que había ganado aquella batalla.

A Bruce solo le bastó un abrazo para sentirse como aquel chico de veinte años que no le puso límites a sus sentimientos. Habían pasado siete años de aquello. Él creía, de verdad, que lo tenía superado. Pero le había bastado abrazar a Meg para que todos los sentimientos que creía olvidados lo atacaran de golpe. Sin piedad. Para recordarle lo estúpido que fue cuando la dejó marchar.

No podía quitarse de la cabeza la mano pálida y pequeña de Meg en cuyo dedo anular lucía su anillo de compromiso. De repente, la realidad lo aplastó como si fuera una piedra enorme.

Meg se iba a casar con otro.

Su Meg.

La pelirroja más exasperante de Irlanda.

Pasó un montón de horas diciéndose a sí mismo que no le importaba. Que ya lo tenía más que superado. Que lo suyo había sido el cuelgue pasajero de dos adolescentes que no sabían nada de la vida. Pero entonces empezó a recordar todos los momentos que habían vivido juntos. Y no pudo evitarlo. Se trasladó a aquel día que todavía tenía grabado a fuego en la memoria. Se acordó de sus labios hinchados y de su pelo desparramado. De ese olor que lo volvía tan loco. Del tacto suave de su piel.

Mierda.

Meg se iba a casar con otro.

Bruce cogió el hacha y se puso a partir leña para desquitarse. Le iba a dar algo. Porque la verdad cayó sobre él sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Y lo comprendió de golpe. Se lo había intentado negar a sí mismo durante los últimos siete años, pero allí estaba.

Seguía enamorado de Meg.

Él creía que la había olvidado. Pensaba que era más fuerte. Dejó de partir leña y se sentó en el suelo sosteniéndose la cabeza con las manos. Tuvo ganas de gritar porque entendió que la iba a perder si no hacía nada para remediarlo.

Estaba enamorado de Meg. Probablemente, jamás había dejado de estarlo. Ahora que lo pensaba fríamente, comprendió que Meg era la mujer que cumplía aquellas siete reglas. Él las había mencionado sin pensar porque su subconsciente lo había traicionado. Porque él solo quería casarse con Meg.

- Atractiva: Meg era la mujer más atractiva que él había conocido. Su pelo rojo y sus ojos color avellana lo volvían jodidamente loco.
- Sentido del humor: definitivamente, Meg tenía un gran sentido del humor y siempre se reía de sí misma cuando se caía en un charco o metía la pata al confundir el nombre de alguna persona.
- Gran corazón: se lo había demostrado cientos de veces. Meg lo daba todo por las personas que le importaban y protegía a Saoirse como si fuera su hermana.
- Inteligencia: era rabiosamente lista. Se había marchado a Dublín y se había

graduado en Publicidad y Marketing siendo la primera de su promoción. Pero no era una persona que alardease de ello y se limitaba a restarle importancia cuando alguien la felicitaba. Por eso sus padres la habían contratado. Porque sabían que Meg tenía buenas ideas y sería una gran incorporación para la empresa.

- Era familiar: tenía facilidad con los niños y sus padres la adoraban.
- Trabajadora: Meg era tenaz, luchaba por las causas perdidas y no se rendía hasta que conseguía lo que se proponía.
- Marvel: Bruce no sabía si su perro se llevaría bien con Meg. A ella le encantaban los animales y de pequeña rescataba a cualquier animalito desamparado.

Pronto lo averiguaría. Estaba convencido de que Meg cumplía sus siete reglas. Ahora solo tenía que descubrir cómo recuperarla.

\*\*\*

Las situaciones críticas requerían medidas críticas, por eso Bruce llamó a Max, su mejor amigo, para trazar una estrategia. Max lo escuchó con una amplia sonrisa cuando Bruce se fue por las ramas hasta que admitió que estaba enamorado de Meg. Entonces su amigo se echó a reír y le dio una palmadita en la espalda.

—¡Por fin! —exclamó satisfecho—. Has tardado quince años en admitir que estás enamorado de ella.

—No llevo quince años enamorado de Meg.

—Bruce —su amigo intentó aguantarse la risa—. Te conquistó la primera vez que la viste. A todos nos conquistó, pero tú la mirabas con otros ojos. Todos sabíamos que estabais hechos el uno para el otro. Para mí fue una sorpresa que se marchara a Dublín. Siempre pensé que acabarías juntos.

—Se va a casar con otro.

—Y tú vas a hacer algo al respecto.

—Exacto.

Max se frotó las manos.

—Le vas a decir lo que sientes.

Bruce lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—¿Qué? No. Ni de coña. La conozco de sobra. Si le digo que estoy enamorado de ella, saldrá corriendo en dirección contraria. Ni siquiera sé por qué se marchó hace siete años. Necesito aclarar las cosas con ella.

—Muy bien, ¿y cómo vas a hacerlo?

—Voy a pasar más tiempo con ella. Nos veremos cada día en la empresa.

—Suenas bien.

—Por eso necesito que me des el número de tu prima Maeve.

Max levantó los brazos.

—Ah, no. Ya sé por dónde vas. De eso nada, Bruce.

—Conozco a Meg. Para saber si siente algo por mí debe creer que va a perderme. Si cree que me voy a casar con otra, quizá se ponga celosa y me deje acercarme a ella.

—Es una idea pésima.

—Es una gran idea —insistió Bruce, al que cuando se le metía algo en la cabeza podía ser tan terco como Meg.

—¿Tiene que ser Maeve?

—Es la única persona que realmente podría molestar a Meg.

Max se dejó caer en el sofá de Bruce.

—Estás loco.

Bruce comenzó a marcar el número de Maeve. Le haría una oferta que sabía que ella no rechazaría. Si su instinto no le fallaba, su plan saldría rodado. Porque en su corazón no había espacio para otra persona que no fuera la pelirroja más exasperante que había conocido.

## Hace diez años...

A los dieciséis años Meg fundó el primer club de lectura de Emerald Beach. Era una apasionada de la novela negra y se pasaba horas leyendo tumbada en la arena mientras trataba de desentrañar quién era el asesino del libro. Su autora favorita era Agatha Christie y por eso bautizó al club de lectura con su nombre.

Aquella tarde lo organizó todo para que la inauguración del club de lectura fuera un éxito. Saoirse la ayudó a preparar limonada casera y rollitos de canela porque quería que los asistentes del club se sintieran como en su propia casa. Hacía dos semanas que había repartido invitaciones por todo el instituto y estaba convencida de que el pequeño salón de su casa se quedaría pequeño. Quizá debería haberle pedido al librero del pueblo que hicieran la charla en la librería, pero ella pensaba que los clubs de lectura se hacían en las casas y quería ser la anfitriona.

Meg siempre triunfaba en todo lo que se proponía. Como aquella vez que se encadenó al árbol más longevo del pueblo cuando el alcalde decidió talarlo porque se interponía en el camino de la nueva carretera comarcal. Meg amenazó con hacer huelga de hambre y al final consiguió salirse con la suya gracias al apoyo de los vecinos de Emerald Beach. O aquella ocasión en la que adoptó a una ardilla con la pata rota y su madre y su abuela se vieron obligadas a aceptar en casa a aquel animal salvaje hasta que estuvo lo suficiente recuperado para volver al bosque.

Meg siempre conseguía sus objetivos. Por eso le ofreció una sonrisa tranquilizadora a Saoirse cuando dieron las diez y nadie llamó a la puerta. Y puso los ojos en blanco cuando pasaron quince minutos y siguieron estando solas. Se encogió de hombros y dijo: «la gente de este pueblo siempre es muy impuntual». Pero comenzó a inquietarse a la media hora porque nadie había aparecido. Y se mordió la uña del dedo pulgar cuando transcurrió una hora sin que ningún alumno del instituto llamara a la puerta. A su lado, Saoirse se había bebido dos vasos de limonada y la miraba con cara de pena.

—Meg, deberíamos ir recogiendo —dijo con suavidad.

—Estarán al llegar.

Su amiga se mordió el labio y sacudió la cabeza.

—No va a venir nadie, Meg —respondió con tacto—. Están en la playa bebiendo cerveza. No les interesa la lectura.

Meg intentó disimular su decepción y comenzó a recoger, pero por dentro estaba muy desanimada. No podría creer que todos sus amigos la hubieran dejado tirada por una lata de cerveza caliente. Aquella fue la primera vez que Meg O'Brien se dio cuenta de que las cosas no siempre salían como uno quería por mucho que se hubiera esforzado.

\*\*\*

Una semana después de aquel fracaso, Saoirse le pidió que se fueran a su casa porque le había bajado la regla y solo se animaría si comía un pedazo de pastel de chocolate de su abuela. Meg

aceptó porque en el fondo solo tenía ganas de estar encerrada en casa. Seguía enfurruñada por no haberse salido con la suya, pero era demasiado orgullosa para admitirlo en voz alta. Por eso se quedó boquiabierta cuando al entrar en el salón se encontró con Bruce y Max. Estaban sentados en el sofá con dos ejemplares de *El asesinato de Roger Ackroyd*. Meg sintió un calorillo reconfortante subiéndole por el vientre cuando sus ojos se encontraron con los de Bruce.

—Llegáis tarde —dijo él con fingida indiferencia.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Meg.

Bruce resopló, se metió un rollito de canela en la boca y se tomó todo el tiempo del mundo para masticarlo antes de responder:

—Venimos al club de lectura.

—A ti no te gusta leer.

—Porque tú lo digas, enana zanahoria.

—Nunca te he visto con un libro.

—¿Te sientas o me voy?

Meg se sentó mientras intentaba disimular una sonrisa. Saoirse la miró de reojo y sonrió. Cuando le contó a su hermano que Meg estaba muy desilusionada porque su club de lectura había sido un fracaso, Bruce le prometió que lo solucionaría. Aquello había sido toda una sorpresa para Saoirse.

Estuvieron casi dos horas comentando el libro. Meg y Bruce se enzarzaron en un caluroso debate sobre el final del libro. Ella puso el grito en el cielo cuando él lo catalogó de previsible. Max y Saoirse se rieron porque estaban más que acostumbrados a verlos discutir. Estaba anocheciendo cuando a Max se le escapó un bostezo. Saoirse se había quedado dormida en el sofá. Bruce miró el reloj de su muñeca y frunció el ceño. El tiempo se le había pasado volando mientras debatía con aquella niña exasperante que estaba empeñada en llevar la razón. Pero luego comprendió que Meg ya no era una niña. A los quince años se había convertido en una muchacha preciosa que levantaba pasiones por su personalidad arrolladora.

Max dijo que ya era muy tarde y se despidió de Meg. Sin decir nada, Bruce se levantó para recoger la mesa. Meg lo miró con los ojos entornados y se limitó a ayudarlo. Fueron a la cocina y él metió los platos en el lavavajillas mientras ella esbozaba una sonrisa burlona.

—¿De qué te ríes?

—Es raro ver al señorito Anderson recogiendo la casa de una plebeya.

—Señorito Anderson —repitió molesto—. ¿Es un apelativo nuevo?

—Supongo, pero te pega porque eres un esnob.

—Ni tú te crees lo que acabas de decir.

—Así que ahora me vas a decir lo que pienso de ti.

—No me hace falta —respondió él con naturalidad—. Sé que te has alegrado de verme cuando has abierto la puerta. Tus ojos de ilusión lo decían todo.

—¡Porque me alegraba de tener gente para mi club de lectura! —exclamó indignada—. Me habría alegrado de ver hasta a Jeremy Parker.

Jeremy Parker era el abusón oficial del instituto.

—Mentirosa.

Meg levantó la barbilla y lo fulminó con la mirada.

—No te des tanta importancia, *Brucie*.

—Eres imposible, enana zanahoria.

De repente, ella echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Bruce sacudió la cabeza, pero en sus ojos brillaba una pizca de diversión.

—Gracias por venir —musitó ella—. Aunque tu hermana te haya obligado.

—Venir ha sido idea mía.

—No te creo.

—Quería hacerte feliz.

A Meg se le secó la boca. Su corazón se aceleró y no pudo hacer nada por evitarlo. Pensó que Bruce le estaba tomando el pelo, como de costumbre, pero no pudo evitar hacerse ilusiones. ¿Por qué se sentía tan bien de repente?

—¿Por qué querrías hacerme feliz? —preguntó desconcertada.

Bruce la miró a los ojos con intensidad.

—Porque me importas.

Las palabras de Meg se quedaron atascadas en su garganta. Ella, que siempre tenía algo elocuente que decir, de repente se sintió hechizada por los ojos verdes de Bruce. Y comenzó a sonrojarse. Bruce lo notó, pero no dijo nada. En lugar de ello levantó el brazo y le rozó la mejilla cuando le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Él fue a decir algo cuando Saoirse los llamó desde el salón. Entonces se sobresaltó y la dejó sola en la cocina mientras Meg se preguntaba qué diantres acababa de pasar entre ellos.

Meg jamás reconocería que estaba nerviosa porque era su primer día en la empresa. En sus veinticinco años de vida había tenido empleos de los más variopintos. A ella no se le caían los anillos por trabajar duro. Fue dependienta en una tienda de ropa, trabajó de cajera en un supermercado y de aparcacoches para un restaurante de lujo. Sus primeros empleos fueron para pagarse los estudios y el alquiler en Dublín. Cuando terminó la carrera había ido escalando poco a poco hasta conseguir aquella oferta laboral en la ciudad. Y ahora era la Community Manager de la empresa de los padres de Bruce.

¿Por qué se sentía tan intimidada si sabía de sobra que era muy válida para el puesto?

Maldito Bruce. Era por su culpa. Aquel abrazo había removido viejos sentimientos que ya creía olvidados. Se dijo a sí misma que estaba enamorada de Colin cuando cruzó la puerta de la oficina. Se recordó que iba a casarse con un hombre maravilloso cuando se dirigió a la sala de juntas. Y se prometió que no volvería a caer en las redes de aquel cretino cuando sus miradas se cruzaron en la sala de juntas.

¿Por qué tenía que ser tan atractivo?

Rondaba el metro noventa y tenía un cuerpo al que parecían haberle cosido el traje encima. El pelo negro azabache cortado a cepillo y aquellos ojos verdes que resplandecían en un rostro bronceado y muy atractivo. Su mentón anguloso tenía un hoyuelo en el centro de la barbilla. Meg se había pasado un montón de horas preguntándose por qué le gustaba tanto aquel condenado hoyuelo.

—Bienvenida, Meg —dijo él con tonillo—. Eres muy puntual.

—¿Cuál es mi sitio? —respondió con frialdad.

Meg no se sorprendió de que él hubiera llegado cinco minutos antes. Bruce era la persona más competitiva del mundo después de ella. Meg sabía de sobra que la responsabilidad de ser el primogénito de la familia Anderson siempre lo había intimidado. Bruce no soportaba que la gente creyera que se lo habían regalado todo y por eso se había esforzado para ser un hombre muy preparado. Aquello no podía discutírselo.

—Ese es el único sitio libre —la informó Bruce—. ¿Qué nuevas ideas traes?

—Ya las verás cuando estén todos.

—Qué misteriosa.

Meg dejó la carpeta sobre la mesa y le enseñó una sonrisa que era todo dientes. Bruce echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Meg resopló porque no soportaba que él no la tomara en serio. Seguro que daba por hecho que no se merecía el puesto y que sus padres la habían contratado por compasión. Genial, ella iba a demostrarle que era una gran profesional.

—¡Meg, querida!

Margaret, la madre de Bruce, entró en la sala de juntas y abrió los brazos para darle un abrazo. Estuvieron hablando durante un buen rato para ponerse al día mientras Bruce la contemplaba de una forma que la hizo sentir incómoda. No se volvió para gritarle «¿y tú qué miras?», porque

Margaret estaba presente. Luego llegaron Saoirse, Kennet, el padre de Bruce, que le revolvió el pelo como solía hacer cuando era una niña, y el resto de los integrantes de la junta directiva. Después de que Margaret la presentara como la nueva revelación de la compañía, Meg se enjugó la voz y explicó de manera pormenorizada las ideas que tenía para la campaña de marketing. Se percató de que Bruce no le quitaba la vista de encima y se preguntó qué diantres apuntaba en una libreta.

Respiró aliviada cuando la reunión llegó a su fin. Sabía que se había lucido en la presentación y por fin se había quitado aquel peso de encima. Ahora tenía mucho trabajo por delante.

—Has estado fabulosa —dijo Saoirse—. Tengo una reunión con recursos humanos. Deséame suerte.

Meg le dio un apretón cariñoso en el brazo.

—No dejes que te intimiden.

Su amiga puso cara de pena y se marchó a su departamento. Saoirse había estudiado derecho y era la directora de recursos humanos. Era una gran profesional, pero se asustaba cada vez que tenía que hablar en público y todavía seguía tartamudeando cuando se ponía nerviosa. Meg la vio marchar con una mezcla de cariño y compasión. A lo largo de su amistad había protegido a Saoirse de un montón de idiotas sin empatía que se habían burlado de ella por su timidez exacerbada.

—Lo hará bien —dijo Bruce, leyéndole la mente.

—Deberían respetarla más. El día de mañana será la dueña de la mitad de la empresa.

—El respeto te lo tienes que ganar.

—Pero...

—Si la ayudamos jamás se impondrá —la interrumpió con suavidad—. Tiene que quitarse ese miedo. Es buena en su trabajo. Todos lo saben. Solo necesita ganar confianza en sí misma.

Meg tenía debilidad por Saoirse, al igual que Bruce. Pero, con el paso del tiempo, su hermano mayor había aprendido que no podía sobreproteger a Saoirse porque ya no era una niña.

—Lo has hecho bien —dijo de repente.

Meg lo miró tratando de averiguar si le estaba tomando el pelo hasta que llegó a la conclusión de que Bruce estaba siendo sincero. Intentó que el alivio no se le notara en la cara. No quería demostrarle lo mucho que le importaba su opinión.

—Te enseño tu despacho.

—Puedo ir sola.

—Insisto. —Bruce le abrió la puerta—. Tú primero.

Meg apretó los labios porque la inesperada amabilidad de Bruce la dejó confundida. Ella estaba más que preparada para discutir con él y ponerlo en su sitio, pero le costaba sentir rencor cuando él actuaba de esa forma. En aquel momento no sabía cómo sentirse. Bruce le puso una mano en la espalda cuando ella salió de la sala de juntas. Meg se sofocó sin poder evitarlo a pesar de que había sido un contacto efímero por encima de la ropa.

—Bonito vestido —susurró Bruce contra el lóbulo de su oreja—. Te queda bien.

—Lo sé.

—¿Te lo has puesto para impresionar a alguien?

—Yo no necesito impresionar a nadie —respondió Meg, rozándole la barbilla con la boca cuando se giró para mirarlo a los ojos—. Sé lo que valgo.

Se alejó por el pasillo a pesar de que no tenía ni idea de dónde estaba su despacho. Supo que Bruce estaba sonriendo mientras la contemplaba. Era más alto que ella y no tardó en alcanzarla. La cogió del brazo antes de que doblara la esquina.

—Por aquí —la condujo—. Entonces, ¿cuándo es la gran boda del año?

Lo preguntó con una ironía que la sacó de sus casillas. Ella se zafó de su agarre y puso mala cara.

—Dentro de seis meses.

Se percató de que a él se le cambiaba la expresión y se preguntó si estaba celoso, pero luego recordó que Bruce ya no sentía nada por ella y que estaba buscando esposa. Y eso, por alguna razón, la enfureció todavía más.

—¿Ya has encontrado a la gran mujer de tu vida? —le preguntó ella.

—Sí —respondió Bruce mirándola a los ojos.

A Meg se le encogió el corazón. No se esperaba aquella respuesta. Tuvo muchísimas ganas de estar sola. No le entraba en la cabeza que Bruce fuera a casarse y se preguntó quién sería aquella misteriosa mujer que le había robado el corazón.

—Espero que te guste —dijo él, abriéndole la puerta del despacho.

Era un despacho enorme, acristalado y con vistas a la playa. Meg contuvo un gritito de ilusión porque nunca había tenido un despacho tan grande. Incluso poseía su propio minibar.

—Le tendré que dar las gracias a Saoirse.

—Lo he escogido yo —respondió Bruce con naturalidad—. Te dejo que te instales.

Meg intentó digerir aquella noticia. Bruce estaba siendo muy generoso con ella. No era, en absoluto, la bienvenida fría que ella se esperaba. Entonces lo entendió todo cuando él la dejó sola. Bruce estaba siendo tan agradable con ella porque se iba a casar con otra y quería demostrarle que su historia ya estaba más que zanjada. Meg le dio una patada al cubo de la basura y luego se dejó caer sobre la silla del escritorio.

Estupendo. Para ella aquella historia ya estaba más que olvidada. De hecho, fue un capítulo que jamás debería haber sido escrito. Que le dieran a Bruce. Ella se iba a casar con un hombre maravilloso y eso era todo lo que importaba.

\*\*\*

Pero Meg se pasó el resto de la mañana preguntándose quién era la misteriosa mujer que le había robado el corazón a Bruce. Él debía estar muy enamorado si iba a casarse con ella. Se dijo que

solo sentía curiosidad porque había dado por hecho que Bruce era el típico mujeriego que jamás sentaría la cabeza.

Sí, simple curiosidad.

No obstante, cuando salió de su despacho con el bolso colgado al hombro, no pudo evitar preguntárselo a Saoirse cuando se cruzaron en el vestíbulo.

—¿Con quién se va a casar tu hermano? —preguntó a bocajarro.

—Ni idea.

—Pero se va a casar con alguien.

—Eso parece.

—Pues no lo entiendo. —Meg se cruzó de brazos—. ¿Qué mosca le ha picado?

Saoirse fue a decir algo, pero de repente las dos se quedaron boquiabiertas. Una mujer que reconocieron apareció en el vestíbulo y se lanzó a los brazos de Bruce. Meg sintió que se ponía enferma cuando ella le dio un beso en la mejilla y lo llamó cariño. Saoirse no pudo disimular su incredulidad.

*Aquella mujer.*

¿No podía ser otra?

¿No había otra forma más humillante de restregárselo por la cara?

Tenía que ser Maeve.

—Ahora soy yo la que no entiende nada —dijo Saoirse con las cejas enarcadas.

—Yo lo entiendo todo perfectamente —respondió Meg hecha una furia.

Se marchó de la oficina a paso ligero mientras se la llevaban los demonios. Todos los dolorosos recuerdos del pasado la golpearon. Quiso odiar a Bruce porque se iba a casar con Maeve. Pero fue incapaz de odiarlo porque en el fondo se sentía ridículamente traicionada por segunda vez. Se dijo que no era asunto suyo. Que estaba enamorada de Colin. Que ella había pasado página. Que ya no tenía dieciocho años, era ingenua y le podían romper el corazón. Pero, cuando llegó a su casa y se tumbó bocarriba en la cama, se dio cuenta de que no eran más que mentiras. Y se cabreó todavía más con Bruce. Luego se prometió que le demostraría que ella ya no sentía nada por él y se sintió un poco más tranquila. Que le dieran por saco a Bruce.

## Hace nueve años...

El día que Bruce cumplió dieciocho años celebró una fiesta por todo lo alto. Fingió enfadarse cuando sus padres le dijeron que invitase a Meg, pero, en realidad, él la iba a invitar de todas formas porque Meg era una parte indispensable de su vida.

Sí, discutían a todas horas.

Sí, era una pelirroja exasperante.

Sí, lo sacaba de sus casillas cuando lo llamaba *Brucie*.

Pero aquel cumpleaños no habría sido lo mismo sin ella. Él lo sabía, pero era demasiado arrogante para admitirlo en voz alta. Por aquel entonces ya había llegado a la conclusión de que no podía vivir sin ella. Para él siempre sería una niña, pero se lo pasaba en grande cuando ella estaba viendo *Veronica Mars* y él le apagaba la tele. Ella le gritaba la primera barbaridad que se le pasaba por la cabeza y él le tiraba ganchitos. Sabía que echaría de menos verla sonreír cuando llovía y saltaba en los charcos. O cuando perseguía a una ardilla herida y luego se le llenaban los ojos de lágrimas al soltarla en el bosque.

Aquel cumpleaños estaba siendo tan grande como se esperaba del primogénito de la familia Anderson. No faltaba ni un vecino del pueblo. Bruce estaba intranquilo mientras intentaba aparentar lo contrario. Estrechó las manos de un puñado de hombres de negocio. Entabló conversaciones para las que no estaba preparado. Se sintió como un auténtico impostor porque lo único que quería era ser un joven de dieciocho años que bebía cerveza con sus amigos.

Alguien le tocó la espalda. Bruce habría reconocido aquel olor en cualquier parte. Meg era la única persona capaz de sacarlo de sus casillas y al mismo tiempo no molestarlo cuando quería estar solo. Por eso no se sorprendió cuando ella lo encontró en el mirador del jardín. Había ido hasta allí para refugiarse de sus propias inseguridades.

—Felicidades, Bruce.

Se volvió hacia ella y se le escapó una sonrisa cuando le tendió un paquete. Bruce la miró a los ojos antes de rasgar el envoltorio. Era un juego de ajedrez porque sabía que le encantaba.

—El tablero está grabado con tu nombre porque sé que no te gusta que toquen tus cosas —dijo ella, poniendo los ojos en blanco.

Bruce acarició el grabado que había en el tablero de madera.

—Gracias, me encanta.

—Lo sé —respondió orgullosa—. Se me da genial hacer regalos.

—Tú siempre tan humilde.

Meg se asomó a la barandilla y Bruce intentó no reírse cuando ella se vio obligada a ponerse de puntillas porque era muy bajita. Él se colocó a su lado con la espalda apoyada en la barandilla.

—Qué vistas tan bonitas... —musitó ella—. No sé cómo eres capaz de renunciar a este sitio.

Bruce suspiró. Él también se lo preguntaba. Se marchaba a estudiar derecho a Yale. Él quería quedarse en Irlanda, pero sus padres opinaban que debía terminar los estudios en Estados

Unidos. Y él no había tenido agallas para negarse porque estaba empeñado en ser lo que todos esperaban que fuera.

—¿Alguna vez has querido ser otra persona? —le preguntó él.

Meg lo miró extrañada.

—No.

—Pues claro —respondió Bruce—. Tú eres demasiado auténtica para ser una impostora.

—Lo dices como si fuera algo malo.

—Te voy a confesar algo: te tengo envidia.

Meg se echó a reír sin dar crédito. Entonces estiró el brazo y le puso la mano en la frente para tomarle la temperatura.

—¿Cuánto has bebido? —bromeó.

—Estoy sobrio.

—Acabas de hacerme un cumplido. Me voy a caer de espaldas.

—Más bien era una crítica hacia mí mismo —él le restó importancia—. Porque me voy a Estados Unidos cuando lo único que quiero es quedarme aquí.

—Pues no te vayas.

—Haces que parezca fácil.

—Es difícil si dejas que lo sea. La vida es demasiado corta para desperdiciarla haciendo lo que los demás quieren que hagas.

—Tengo obligaciones, Meg —le recordó con aspereza.

—La mayor obligación debería ser vivir tu vida.

Bruce suspiró.

—Somos muy diferentes.

Meg asintió y no dijo nada, pero se percató de que su mano estaba apoyada en el brazo de Bruce. Entonces, Bruce le cogió la mano y le dio un beso en el dorso que la dejó conmovida.

—¿Qué haces?

—No sé. Dejarme llevar. Como has sugerido.

Meg se ruborizó y apartó la mano.

—No quiero que vuelvas a hacerlo —musitó.

—¿Tan desagradable ha sido? —preguntó Bruce con tono socarrón—. Eres demasiado orgullosa para admitir que te ha gustado.

—Y tú demasiado arrogante para entender que no eres irresistible para todas las mujeres.

—Conque esas tenemos.

—Bruce...

Meg levantó los brazos porque comprendió lo que él pretendía. Tenía un brillo travieso en los ojos, como cuando era un niño que le metía lagartijas en la taquilla del colegio. Ella retrocedió y comenzó a reírse.

—Ya eres mayorcito —se le escapó la risa floja.

—Mira quién fue a hablar. La que se mete en todos los charcos.

—No tienes lo que hay que tener, *Brucie*.

—Vuelve a llamarme *Brucie* y me las pagarás.

—*Brucie*.

Él comenzó a hacerle cosquillas mientras ella se retorció de la risa. Meg consiguió zafarse y echó a correr bajando las escaleras que daban acceso a la playa. A Bruce lo sorprendió tanto como a ella perseguirla en lugar de quedarse en la fiesta. Corrieron por la playa y se salpicaron agua. Parecían dos niños.

—No te atreves a meterte en el agua —lo provocó ella.

—Está helada.

—¡Cobarde!

Meg comenzó a quitarse la ropa y a Bruce se le paró el corazón. Intentó no mirarla. Enterró la mirada en la arena porque sabía que aquello no estaba bien. Hasta que Meg se quedó en ropa interior y corrió hacia la orilla. Bruce no supo qué se apoderó de él cuando se quitó la ropa y la siguió. El agua estaba tan fría como cabría imaginar.

—Estás loca.

—¡La vida es más divertida cuando estás un poco loca!

Y, entonces, Bruce lo supo. Recordaría aquel momento durante el resto de su vida. Cuando echara la vista atrás reconocería que el momento más especial de haber cumplido dieciocho años fue darse un baño en la playa con la pelirroja más exasperante y especial de Irlanda.

Bruce estaba muy satisfecho de que su plan hubiera dado resultado. Había visto a Meg salir hecha una furia de la oficina cuando Maeve lo llamó cariño. Todo estaba saliendo a pedir de boca. Por supuesto, no le había contado a Maeve que quería fingir que eran pareja para poner celosa a Meg. Lo único que le había explicado era que necesitaba una prometida falsa para quitarse de encima a las mujeres del pueblo porque no lo dejaban en paz después de que se hubiera filtrado la noticia, lo cual tampoco era del todo falso. Maeve había aceptado a cambio de una generosa oferta económica.

—¿Está todo claro entre nosotros? —preguntó Bruce, porque no quería que Maeve se hiciera ilusiones de ningún tipo.

—Clarísimo —respondió ella, y luego le acarició el cuello—. Pero no me importa mezclar los negocios con el placer.

Bruce se apartó y esbozó una sonrisa tensa.

—A mí sí —respondió con tono tajante—. Prefiero que la nuestra solo sea una relación profesional.

—¿Durante cuánto tiempo tenemos que fingir?

—No lo sé.

Bruce esperaba que fuera durante poco tiempo porque en realidad no soportaba a Maeve. Solo la había elegido porque sabía que era la persona indicada para darle celos a Meg. Y no se había equivocado.

\*\*\*

Al día siguiente, Meg no le dirigió la palabra durante la jornada laboral. Se la cruzó un par de veces por la oficina y ella se limitó a mirarlo de soslayo cuando creía que él no se daba cuenta. Meg salió de su despacho como una exhalación cuando dieron las dos, pero Saoirse la cogió del brazo antes de que pudiera escaparse.

—¿A dónde te crees que vas? —preguntó con alegría—. Te vienes conmigo al pub de Aidan. Quiero celebrar que por primera vez he logrado hacerme valer delante de mis empleados.

Meg suspiró. Bruce sabía que Saoirse era su debilidad y no podía negarse. No le avergonzaba admitir que estaba escuchando detrás de la máquina del café. Salió al encuentro de las dos antes de que se marcharan.

—¡Enhorabuena, hermanita! —le dio un abrazo—. Me apunto a una cerveza.

—No estás invitado —replicó Meg.

Bruce miró a su hermana y ella se encogió de hombros.

—Me apetece celebrarlo con dos de las personas a las que más quiero en el mundo —dijo

Saoirse con tono diplomático.

Meg no pudo escaparse cuando Saoirse se colgó de su brazo, pero la mirada iracunda que le ofreció a Bruce lo informó de que estaba furiosa. Sonrió para sus adentros porque sabía que estaba celosa.

Cuando llegaron al pub, Bruce fue a pedir a la barra. Regresó a la mesa y se encontró a Meg sola porque Saoirse estaba saludando a un viejo conocido. Se sentó a su lado y ella puso mala cara.

—¿Cuánto te ha costado?

Meg fue a coger la cartera y Bruce le puso una mano encima de la suya para que no lo hiciera.

—Invito yo.

—No quiero que me invites —respondió ella con sequedad.

—No seas ridícula.

—¿Te parece ridículo que quiera pagar mi propia cerveza?

—Me parece ridículo que estemos discutiendo por una cerveza.

—Y a mí me parece ridículo que a ti te parezca ridículo que yo quiera pagar mi cerveza.

—Pues a mí me parece ridículo que a ti te parezca ridículo que a mí me parezca ridículo que quieras pagar esa cerveza cuando yo te quiero invitar.

—Y a mí... —Meg cerró la boca porque había perdido el hilo.

Bruce se echó hacia atrás y soltó una carcajada. Siempre era un placer ganar a aquella pelirroja tan belicosa. Meg apretó los dientes.

—Te has quedado sin palabras.

—No seas crío.

Bruce se la quedó mirando. Le encantaba aquel adorable rostro en forma de corazón. Los ojos color avellana de Meg echaron chispas cuando sus miradas se cruzaron. Ella se bebió la mitad de la cerveza de un trago y Bruce la contempló impresionado.

—Para el carro, pelirroja. Que nos conocemos y cuando bebes dices cosas de las que te arrepientes.

Meg lo fulminó con la mirada.

—No necesito beber para decirte lo que pienso.

Bruce se repantingó en la silla y la observó sin pestañear.

—Soy todo oídos.

—Creo que tienes un gusto pésimo para elegir a la mujer con la que vas a compartir el resto de tu vida. ¿En serio, Bruce? —le dio otro trago a la cerveza y volvió a atravesarlo con la mirada—. ¿Maeve? Qué bajo has caído.

—Maeve es una gran mujer.

Meg se rio en su cara.

—Seguro que tenéis muchas cosas en común —bromeó ella—. ¿Cumple todas y cada una de tus siete ridículas reglas?

—No son ridículas.

—Me imagino todas tus reglas. Que sea guapa, que tenga buen culo, que tenga una buena delantera, blablablá...

Bruce se tensó.

—¿En serio crees que soy tan superficial?

Meg resopló.

—¿Hace falta que te responda?

—Sí.

—Eres el tío más superficial que me he echado a la cara.

Bruce se inclinó hacia ella y clavó una mirada hambrienta en su boca.

—Eso no te lo crees ni tú.

—Y, además de superficial, eres un engreído.

—Embustera.

Meg se echó hacia atrás todo lo que pudo y Bruce volvió a inclinarse sobre ella. Estaban muy cerca. Tanto que Bruce podía ver todas sus pecas. Todas las pecas de aquel condenado rostro que estaba deseando besar. Porque aquella mujer lo volvía loco y él sabía que se cometían un montón de locuras por amor.

—Creído.

—Falsa.

—¿Falsa yo? —puso el grito en el cielo—. ¡Mira quién fue a hablar! El que se mudó a Estados Unidos solo para complacer a sus padres.

Bruce intentó encajar aquel golpe bajo.

—Tú siempre has hecho lo que te ha dado la gana. No puedes entenderlo.

—Yo soy valiente.

—Si fueras valiente, admitirías que estás celosa.

Meg le dio un empujón.

—No puedo estar celosa porque sé que me he quitado un gran peso de encima.

—¿Y entonces por qué me estás mirando con deseo?

—Tú alucinas —respondió indignada y colorada como un tomate—. ¡Es mi cara de asco!

En ese momento, Saoirse carraspeó.

—¿Interrumpo algo? —bromeó.

## Hace ocho años...

Bruce se marchó a estudiar a Yale mientras Meg terminaba el último curso del instituto. Durante aquel año se vieron poco. Ambos eran demasiado orgullosos para admitir que se echaban de menos, pero no desaprovechaban la oportunidad de saber del otro. Meg le preguntaba a Saoirse por Bruce, y Bruce hacía lo mismo cuando llamaba a su hermana por teléfono. Por aquel entonces, Bruce se había ganado una merecida fama de mujeriego y Meg estaba saliendo con un chico de su edad llamado Finn.

Meg tenía diecisiete años y sabía de sobra que no estaba enamorada de Finn. No notaba aquellas dichosas mariposas de las que todo el mundo hablaba. Los besos de Finn no le aceleraban el pulso, ni tampoco tenía ganas de dar el siguiente paso con aquel muchacho rubio y desgarrado. Pero Finn le caía bien, la respetaba y tenían muchas cosas en común. A Meg le pareció haber hecho una gran elección hasta que el cretino de Bruce reapareció en su vida aquel verano, conduciendo un descapotable y con esa expresión de arrogante que la sacaba de sus casillas.

Bruce, por su parte, no perdió el tiempo cuando regresó al pueblo. Tenía una legión de pretendientas que le duraban menos de una semana. No obstante, se quedó bastante sorprendido cuando su hermana le contó que Meg estaba saliendo con Finn, pero fingió que no le importaba porque ahora él era un hombre de mundo.

«Que haga lo que quiera. Solo es una niña. ¿Y a mí qué?», replicó un día. Saoirse resopló y le gritó que él solo tenía dos años más que ellas. Bruce se encogió de hombros y respondió: «pues eso, unas crías».

Emerald Beach era un pueblo pequeño y la playa se convertía en un hervidero de turistas durante el verano. Por eso Meg y Bruce coincidían más de lo que les habría gustado. Él estaba obstinado en ignorarla porque en el fondo notaba un resquemor ácido en el estómago cuando la veía morrear con aquel rubio larguirucho. Y Meg no se quedaba atrás porque ponía cara de asco cada vez que él se metía mano con alguna chica del pueblo.

Una noche en la que Max compró cervezas, alguien sugirió que podían jugar a la botella. Finn se había marchado pronto porque al día siguiente trabajaba en el negocio familiar. Meg, que si de algo estaba sobrada era de arrojo, se apuntó la primera después de darle un trago a la cerveza. Bruce la miró de reojo y frunció el ceño.

—¿Vas a jugar sin tu novio?

—Ni que fuera mi dueño —respondió ella poniendo los ojos en blanco.

Los demás le rieron la gracia. A esas alturas Bruce no debería estar impresionado, pero la verdad era que miles de kilómetros de distancia no habían cambiado nada. Jamás había conocido a alguien tan auténtica como Meg. Y eso le irritaba.

—A mí no me gustaría que mi novia jugara a la botella —insistió, porque estaba empeñado en sacarle aquella idea de la cabeza.

—Porque eres un cromañón.

—Llámame cromañón, pero cuando quieres a alguien de verdad no necesitas besarte con otros.

—Finn y yo tenemos una relación muy moderna.

—Porque no te gusta.

Meg lo atravesó con la mirada.

—¿Y tú qué sabes?

Bruce se acercó a ella, le apartó el pelo de la cara y le rozó a propósito el cuello. Acercó la boca a su oreja y murmuró en voz baja:

—Porque a él no lo miras como me miras a mí.

Meg se sobresaltó y Bruce aprovechó para apoyar la mano en su rodilla. Un intenso calor se apoderó de los muslos de Meg. Bruce dejó la mano encima de ella como si tal cosa mientras la observaba con una sonrisa socarrona. Meg no pudo soportarlo más y le dio un codazo. Volvió el rostro hacia él y le dedicó una mirada en la que saltaban chispas.

—Tienes razón —dijo con fingida inocencia—. Jamás seré capaz de mirar a Finn como te miro a ti.

Bruce entrecerró los ojos. Meg le puso una mano en el pecho y comenzó a dibujar círculos con el dedo índice. Se percató de que Bruce entreabría los labios y la miraba de una forma muy intensa. Ella sonrió satisfecha.

—Porque a ti te miro con asco, *Brucie*.

Lejos de sentirse ofendido, Bruce sacudió la cabeza y comenzó a reírse.

—Embustera.

—Creído.

Meg apoyó las manos en la arena y fingió estar muy interesada en la botella, pero lo estaba mirando de reojo. Él también la miraba de soslayo. Sus manos se rozaron sobre la arena. Ninguno de los dos se apartó. Meg contuvo el aliento y se ordenó dejar de participar en aquel jueguecito tan absurdo con el hermano de su mejor amiga, al cual no soportaba. En absoluto. Porque era un cretino. Un cretino muy atractivo de ojos verdes y que le estaba acariciando el dorso de la mano.

—Te toca, Bruce —dijo alguien—. A ver quién es la afortunada...

Meg observó girar la botella y contuvo la respiración. La botella señaló a Quinn, una chica que suspiraba por Bruce. Lejos de estar celosa, Meg le dio una palmadita en el brazo a Bruce y contuvo una risilla. Quinn no era para nada el tipo de Bruce. Lo llevaba persiguiendo desde que tenía doce años y Bruce huía de ella porque todos decían que le olía el aliento a pescado.

Bruce se rascó el cuello y carraspeó incómodo. Quinn lo miró esperanzada mientras él comenzaba a ponerse colorado.

—Vamos, Bruce. No seas cobarde —lo provocó Meg.

Bruce no supo cómo salir del paso. Ni por asomo estaba dispuesto a besar a Quinn *aliento de pescado*. De repente, contempló la botella y frunció el ceño porque encontró una escapatoria. Cualquier cosa con tal de escaquearse de besar a Quinn.

—En realidad, la botella te señala a ti —le soltó.

Meg se sobresaltó y observó la botella. Estaba entre medio de Quinn y ella, pero clarísimamente desplazada unos centímetros a favor de Quinn.

—Mentiroso, ¡señala a Quinn! —exclamó Meg hecha una furia.

—¡Sí, es a mí! —vociferó Quinn.

—Pues ahora que lo dices... —murmuró Max—, yo creo que señala a Meg.

—Sí —concordó Saoirse, que se había tomado tres cervezas de más y a quien la situación le resultaba divertidísima—. Claramente señala a Meg.

Meg hinchó las mejillas porque aquella situación era una completa injusticia. A su lado, Bruce sonreía de oreja a oreja. Sabía que Meg no tendría agallas de besarlo. Se había salido con la suya.

—¿Tienes miedo? —le preguntó con tono burlón—. Tranquila, no te haré pasar un mal rato. Pero ya conoces las reglas. Ahora tienes que abandonar el juego como la cobarde que eres.

Meg apretó los dientes. Ella podía ser muchas cosas, pero desde luego que no era una cobarde. Aunque tuviera que besar a Bruce para demostrárselo a todo el mundo. Se cruzó de brazos y puso cara de dura.

—¿Miedo de ti? —replicó Meg—. ¡Ja! He besado a un montón de chicos que valían más que tú. Será una experiencia desagradable, pero cerraré los ojos e imaginaré que eres Bradley Cooper.

Bruce la observó nervioso porque aquello no se lo esperaba. Maldita pelirroja exasperante. Siempre tenía que quedar por encima de él. Bruce le miró la boca durante una fracción de segundo en la que se le aceleró el pulso. No podía besar a Meg. Era una cría. Solo tenía diecisiete años y era insoportable. Y preciosa, pero...

—Paso de este juego de niños. —Bruce se puso de pie—. No pienso besarte.

Meg se sintió humillada cuando Bruce se alejó caminando. Estaba tan furiosa que se levantó de un salto y corrió detrás de él. Hizo una bola de arena y se la tiró a la espalda. Bruce soltó un juramento y se volvió hacia ella.

—Venga, Meg, que ya no tienes diez años.

—¿Quién te crees que eres para menospreciarme delante de todos?

Bruce se metió las manos en los bolsillos y ladeó la cabeza.

—Conque es eso. Haberlo dicho antes. Si me suplicas que te bese, lo haré.

—Tú deliras. —Meg le dio una patada a la arena y levantó una polvareda. Se sintió muy satisfecha cuando él comenzó a toser—. ¡Antes prefiero pasar de nuevo la varicela!

—Entonces, ¿por qué te enfadas?

—Porque te has escaqueado poniéndome de excusa cuando en realidad eres tú quien se muere de ganas de besarme.

Bruce cortó la distancia que los separaba y la miró a la cara. De repente estaba muy cabreado con ella.

—No te hagas ilusiones conmigo, Meg.

—Ese es tu problema, *Brucie*. Te crees que me voy a hacer ilusiones contigo cuando eres tú el que lleva siete años deseándome.

Bruce estaba respirando con dificultad. Ella también. Se miraron. Había tanto deseo en sus ojos que el agua de la playa podría haberlos quemado. Meg contuvo el aliento cuando él levanto el brazo y puso la mano sobre su cadera. Su otro brazo ascendió lentamente por su costado y le rozó un pecho. Ambos se estremecieron. Bruce apretó la mandíbula y retrocedió asustado de sí mismo.

—Eres una cría.

—Tú sí que me pareces un crío —respondió ella con voz temblorosa—. Sabes lo que quieres, pero eres incapaz de cogerlo porque tienes miedo.

Meg lo dejó allí plantado y regresó al juego de la botella. Al fin y al cabo, ella tenía derecho a divertirse porque no era quien había roto las reglas. Pero Bruce se la quedó mirando durante un largo rato mientras se gritaba a sí mismo que ella no tenía razón. Y se lo repitió hasta que consiguió creérselo.

Saoirse tuvo que interponerse entre ellos para que la sangre no llegara al río, pero Meg y Bruce estuvieron todo el almuerzo lanzándose miradas atravesadas. Meg estaba furiosa con él. ¿Cómo se atrevía a sugerir en voz alta que ella estaba celosa? ¡Qué poca vergüenza! ¿Quería humillarla? Meg no era la clase de persona que se dejaba intimidar por nadie, ni siquiera por aquel cretino de ojos verdes que en un futuro próximo sería su jefe. Bruce tendría que nacer tres veces para doblegarla, y ni aun así lo conseguiría sin que ella opusiera resistencia. De eso nada.

—Así que te vas a casar con Maeve... —dijo Saoirse sin venir a cuento, y observó a su hermano con los ojos entornados—. Pero no he visto que ella lleve anillo de compromiso.

—Me gusta tomarme las cosas con calma —respondió Bruce—. Nos estamos conociendo.

—Ya la conoces —replicó Meg con ironía—. En el pasado te metió la lengua hasta la campanilla un montón de veces.

—Me dejó con las ganas de más —respondió Bruce.

Meg puso cara de asco.

—¿Cuándo se la vas a presentar a nuestros padres? —insistió Saoirse—. ¿Cuánto lleváis juntos?

—¿Me estás haciendo un interrogatorio, hermanita? —bromeó Bruce para salir del paso—. Llevamos poco tiempo. Se la presentaré a nuestros padres cuando decida que vamos a ir en serio.

—Ay, pobre incrédula. —Meg se partió de risa—. ¿Con quién vas a ir tú en serio, fantasma? Si la relación más seria que has tenido es con tu coche, y te habrá durado como mucho un par de años.

—Me puedo permitir cambiar de coche cada dos años —respondió indignado—. Y soy perfectamente capaz de tener una relación seria con una mujer.

—Lo que tú digas.

—No me conoces tanto como crees.

—Vas a tener una relación seria con Maeve.

—Ya se verá —respondió Bruce con los dientes apretados.

—A tus padres les va a encantar —siseó Meg.

—¿Qué? —Bruce fingió no haberla oído.

—Que tienes un gran gusto, Bruce —ironizó ella.

Bruce la miró a los ojos.

—Lo sé.

Meg se levantó de forma abrupta porque no soportaba mirarlo durante más tiempo. Se excusó para ir al servicio y se encerró dentro para echarse agua en la cara. Se miró al espejo y notó que la bilis le subía por la garganta. Contuvo un grito de rabia. Pero ¿qué demonios le pasaba? A ella debía traerle sin cuidado que Bruce se casara con otra. Se dijo que era por Maeve. Nunca se llevó

bien con aquella estirada. Y lo que sucedió hace siete años todavía le dolía porque no habría sido plato de buen gusto para nadie. Eso era todo.

—Estoy bien —le dijo a su reflejo.

Forzó una sonrisa y salió del baño. La sonrisa se esfumó en cuanto se tropezó con Bruce. Él tuvo que sostenerla por los hombros para que no perdiera el equilibrio. Ella se zafó de su agarre como si fuera un animal salvaje. Bruce levantó los brazos en son de paz. Meg se llevó una mano al pecho para intentar tranquilizarse.

—Te ibas a caer —dijo Bruce.

—Ya, muy amable por tu parte.

Bruce ladeó la cabeza y se limitó a mirarla hasta que ella se sintió incómoda. Cruzó los brazos por encima del pecho y enarcó las cejas. Bruce siguió observándola fijamente. Entonces Meg le devolvió la mirada hasta que sintió que iba a volverse loca.

—¿Qué miras? —pregunto ella con sequedad.

—A ti.

—¡Ya sé que me estás mirando a mí!

—Entonces, ¿para qué preguntas?

—Porque me estás sacando de mis casillas.

—Tiene gracia. Tú me sacabas de mis casillas cuando era un niño. —Bruce no la dejó responder—. ¿Te molesta que te mire?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—Venga, Meg. —Bruce tuvo que aguantarse la risa y Meg se enfureció todavía más—. Siempre has sido una mujer muy sincera. Seguro que me lo puedes decir.

—Me molesta que me mires porque pretendes intimidarme.

—A ti no hay nada que te intimide.

Meg respiró profundamente. De repente, el pasillo en el que se encontraban le resultó muy estrecho porque Bruce lo ocupaba casi todo con su envergadura. La vida era una gran injusticia. Le resultaba muy difícil detestar a un hombre tan atractivo como Bruce. ¿Por qué no podía ser bajito o tener barriga cervecera? Pero era demasiado orgullosa para admitir que se sentía intimidada por su presencia, así que se apoyó en la pared con gesto despreocupado.

—Así que Maeve...

—Así que Colin...

—Yo llevo saliendo tres años con Colin. —respondió irguiéndose—. Es normal que vayamos a casarnos.

—Porque lo de seguir las reglas impuestas por la sociedad va mucho contigo. Sí, claro.

Cuéntaselo a otro que pueda creerte. Yo te conozco demasiado bien.

—Guau —murmuró—. ¿Me vas a explicar tú los motivos por los que me caso con Colin?

—Crees que te conviene.

—Por supuesto que me conviene. Es un buen hombre.

—Te has conformado con él porque sabes que es un aburrido de cojones. Con él no corres ningún riesgo. Te sientes a salvo. Por eso vas a casarte.

—No vayas por ahí.

—No deberías casarte con un hombre con el que no puedes ser tú misma.

—¡Soy yo misma cuando estoy con Colin! —estalló ella fuera de sí.

Bruce apoyó las manos en la pared, a ambos lados de la cabeza de Meg. La miró a los ojos y a ella se le saltó un latido.

—Con él no te he visto reír ni una sola vez.

—Eso no es...

—Te aburres como una ostra.

—Tú qué sabes.

—Porque tu sonrisa lo ilumina absolutamente todo y la echo muchísimo de menos. No te conformes con menos de lo que mereces, Meg.

—¿Y qué es lo que me merezco según tú?

—Un hombre con el que puedas ser feliz —respondió él sin vacilar—. Un hombre con el que te rías de verdad, discutas de verdad y folles de verdad. Alguien con quien no vivir la vida a medias.

Meg cerró los ojos cuando creyó que él la besaría. Pero Bruce le acarició la barbilla con la boca y Meg contuvo el aliento. Bruce le dio un casto beso en la mejilla y sonrió cuando ella no se apartó. Entonces Meg abrió los ojos para fulminarlo con la mirada, pero no pudo hacerlo. Se dijo que debía gritarle que parase, pero fue incapaz de detenerlo cuando él le dio otro beso en la punta de la nariz. Meg notó que le ardía la piel y se preguntó si estaba enferma. Sí, enferma de deseo. Porque Bruce la estaba acariciando como ella llevaba tanto tiempo deseando que lo hiciera. A Bruce le brillaron los ojos con una emoción diferente cuando se encontraron con los suyos. Enterró una mano en su pelo y esbozó una sonrisa cargada de afecto.

—He echado de menos tu pelo —le confesó.

Meg abrió la boca para decir algo, pero volvió a cerrarla porque no fue capaz de articular ninguna frase coherente. Se miraron. La mano de Bruce bajó por su cara, le acarició el pómulos, le rozó el brazo y terminó apoyada en su pierna. Meg quiso decirle que terminara de una vez con aquella tortura. Que ya lo había demostrado. Sí, seguía existiendo atracción entre ambos. Y, Dios, la estaba matando.

De repente, a ella le sonó el móvil. Reconoció el tono porque era el que utilizaba para identificar una llamada de Colin. Se sintió terriblemente culpable y se apartó de Bruce. Él fue a decir algo,

pero se quedó callado cuando contempló su expresión arrepentida.

—Esto... —murmuró Meg—. Esto, lo que sea que acaba de pasar entre nosotros, ha sido un error.

Meg salió del pub y le dijo a Saoirse que la cerveza le había sentado muy mal. Y luego llamó a Colin e intentó fingir que estaba muy segura de su compromiso.

## Hace ocho años...

Meg se llevaba bien con casi todo el pueblo, pero había una gran excepción llamada Maeve Murphy. Por alguna extraña razón que Meg no llegaba a entender, Maeve siempre intentaba provocar a Meg. Y como ella era demasiado temperamental para ignorarla, se dedicaba a devolverle los ataques como si fuera una tenista experimentada. Meg, por supuesto, siempre ganaba todos los partidos.

Saoirse tenía una opinión al respecto: Maeve molestaba constantemente a su amiga porque todo el pueblo sabía que entre Bruce y Meg existía algo que ellos no estaban dispuestos a admitir en voz alta. Pero jamás se lo contó a su amiga porque entonces se habría ganado su furia. A Saoirse le habría encantado que su mejor amiga se convirtiera en su cuñada, pero era lo bastante lista para mantenerse al margen el noventa y cinco por ciento del tiempo. El cinco por ciento restante lo dedicaba a urdir un plan con Max para que aquel par de cabezotas acabaran juntos.

Aquella tarde, Meg estaba enfurruñada porque Finn había roto con ella. Por lo visto, no tenían una relación tan moderna como ella pensaba y Finn se puso hecho una furia cuando se enteró de que ella se había morreado con Ronan jugando a la botella. A Meg le pareció que Finn era un exagerado y decidió que no iba a perder el tiempo llorando por él. ¿Estaba indignada porque él había roto con ella? Sí, un poco. Pero no era el fin del mundo y había más peces en el mar. Además, Bruce tenía razón —sin que sirviera de precedente—, porque realmente a ella no le gustaba Finn.

Se lo estaba pasando en grande jugando al fútbol en la playa cuando contempló a Bruce enrollándose con Maeve Murphy. Max regateó y le quitó el balón. Meg ni siquiera se inmutó. Los ojos le echaron chispas mientras contemplaba aquella escena tan asquerosa. Uf, con la de chicas que había en Emerald Beach y Bruce tenía que enrollarse con aquella zopenca.

—Míralos —los señaló con la cabeza—. Ni siquiera le gusta. Solo la está besando porque sabe que lo estamos mirando. Le encanta fingir que es super mayor.

—Pues yo creo que le está poniendo mucho empeño —respondió Saoirse.

Meg no pudo evitarlo y se dijo que estaba haciendo justicia. Hacía un par de días que Maeve la había llamado horterera delante de todos sus amigos por llevar un peto vaquero. Desde entonces se la tenía jurada, y qué mejor momento para devolvérsela que mientras se estaba morreando con Bruce.

—No, Meg... —le suplicó Saoirse, que le leyó el pensamiento.

Pero Meg era demasiado impulsiva para razonar aquella decisión que nació de lo más profundo de su alma. Corrió a por la pelota, le hizo un regate a Max y le dio una patada a la pelota con todas sus fuerzas. La pelota salió disparada y le dio en la cabeza a Bruce. Meg se dobló por la mitad y se partió de risa porque no se le ocurría una forma mejor de cortarles el rollo. A ver, ella había apuntado a Maeve. No tenía la culpa de que un golpe de viento hubiera desviado la pelota de su trayectoria...

Maeve comenzó a protestar y Meg puso los ojos en blanco cuando la chica examinó la cabeza de Bruce con gran preocupación. Qué exagerada, pensó Meg. Solo era una pelota de gomaespuma.

—¡Te parecerá gracioso! —le chilló hecha una furia.

—¿Es una pregunta? —replicó Meg sonriendo.

Bruce le dijo algo al oído y Maeve se relajó. Desde aquella distancia Meg no pudo escucharlo, así que se acercó a ellos porque le pudo la curiosidad. Bruce puso mala cara a medida que ella se aproximaba. De repente, se olvidó de Maeve y atravesó a Meg con los ojos.

—¿Qué le has dicho? —exigió saber Meg.

—Que no te lo tenga en cuenta porque eres una cría —respondió Bruce.

A Meg le ardieron las mejillas cuando él la llamó cría. Ya tenía diecisiete años, ¿por qué la seguía llamando cría? Maeve apoyó la cabeza en el hombro de Bruce y comenzó a reírse como si él hubiera dicho algo muy gracioso. Meg se sintió enferma al observarlos. Se dio la vuelta y los dejó allí mientras intentaba contener la rabia que sentía. En vez de seguir jugando al fútbol, Meg cogió una botella de tequila y comenzó a beber a morro. Se sentó con los chicos mayores para demostrarle a Bruce que ella no tenía nada de cría. Podía notar la mirada de Bruce clavada en su nuca cuando comenzó a coquetear descaradamente con Ronan solo para molestarlo. Pero el plan se le torció porque de repente le sobrevino una arcada. Se levantó como pudo y corrió en dirección a las rocas para vomitar sin que nadie la viera. Ya no le parecía tan buena idea haberse bebido media botella de tequila. Le sobrevino otra arcada. Alguien le sostuvo el cabello para que vomitara. Supuso que era Max porque Saoirse ya se había marchado después de lanzarle una mirada censuradora.

—¿Mejor? —le preguntó Bruce con suavidad.

Meg se sobresaltó cuando escuchó su voz. Bruce se limitó a acariciarle la espalda hasta que ella se sintió un poco mejor. Meg lo miró porque sabía que ahora él se burlaría de ella, pero en lugar de burlarse, se limitó a observarla preocupado.

—Esta situación ya es bastante humillante. Vete —le pidió sin fuerzas.

Meg se tambaleó y Bruce la sujetó del brazo. Le pasó un brazo por debajo de las piernas, otro por la espalda y la cogió sin esfuerzo. Meg ahogó un grito de sorpresa. Bruce se alejó de la playa y Meg supo sin necesidad de preguntar que iba a llevarla a casa. Escondió el rostro en el pecho de Bruce y musitó:

—Prométeme que no vamos a hablar nunca de esto.

—Te lo prometo.

Meg se refugió en su olor. No era una situación agradable, pero una parte de ella la estaba disfrutando. Jamás se había sentido así con Finn, ni con ningún otro chico. Le ardía la piel y tenía el rostro colorado por la emoción. Bruce la sostenía como si no pesara nada. No hablaron durante todo el trayecto. Él le pidió las llaves cuando subió las escaleras del porche de su casa.

—Puedo abrir yo.

—Ni siquiera te tienes en pie. Dámelas, Meg.

Meg obedeció porque estaba realmente mareada. Agradeció que su madre y su abuela estuvieran dormidas porque no habría sabido explicar aquello. Bruce fue directo a su habitación y la depositó sobre la cama. Meg contuvo el aliento cuando sus miradas se cruzaron. Él la tapó con

una manta, y justo cuando estaba a punto de irse, ella le cogió la mano.

—¿Por qué Maeve? —preguntó en un susurro.

—¿Por qué Finn? —replicó él.

—No lo sé.

—Pues yo tampoco.

—Pero te gusta.

—¿Te molesta que me guste? —preguntó él con tono ronco.

—Es una imbécil.

—No has respondido a mi pregunta.

—¿Te molesta a ti que haya salido con Finn?

—¿Hayas? —él la miró sorprendido.

Meg resopló.

—Ha roto conmigo. Venga, ríete.

Pero Bruce no se rio. En vez de eso, se sentó en el borde de su cama y se limitó a observarla. Meg no sabía cómo sentirse cuando él la miraba de aquella manera tan intensa. A veces, cuando dejaba a un lado la animadversión que sentía por él, pensaba que Bruce solo tenía aquella mirada para ella. Y era un pensamiento muy agradable.

—¿Por qué ha roto contigo? —preguntó con curiosidad.

—Resulta que nuestra relación no era tan moderna como yo pensaba.

Bruce se rio y ella puso los ojos en blanco.

—Yo también me habría enfadado, Meg.

—Pero tú no eres mi novio.

Los dos se quedaron en silencio. Bruce jugó con un hilo suelto de la colcha. Se miraron hasta que ambos se sintieron tan incómodos que desviaron la mirada hacia el suelo. Bruce sabía que debía marcharse, pero algo muy dentro de él le suplicó que se quedara allí.

—Me siento muy solo en New Haven —le confesó él.

—Pensé que tenías muchos amigos en la universidad —respondió ella sorprendida.

—No son mis amigos. Solo son compañeros de universidad. Aquí es diferente. Me siento... no sé, más libre. Echo muchísimo de menos Emerald Beach. En Yale todo el mundo aparenta ser algo que no es y yo me siento el mayor impostor de la universidad.

—Algún día serás un gran hombre de negocios, Bruce.

Él esbozó una sonrisa sarcástica.

—Seré el propietario de la empresa familiar porque mis padres me la han regalado. Todo el mundo lo sabe. No creas que no he escuchado cuchichear a la gente del pueblo. Todos fingen que me aprecian porque mis padres son sus jefes.

—No digas eso, Bruce... —Meg estiró el brazo y le apretó la mano—. Yo no pienso eso de ti.

—Ah, ¿no?

Meg tragó con dificultad.

—No.

—Pensé que para ti era un niño rico mimado.

—Eres rico. —Meg puso los ojos en blanco—, pero te mereces todo lo que tienes. Algún día callarás muchas bocas. Qué les den a todos.

—¿Y tú qué piensas hacer?

—Creo que estudiaré marketing. Todavía no lo tengo del todo claro.

—Siempre has tenido mucha imaginación. ¿Te irás del pueblo?

—Quiero estudiar en la universidad que hay a media hora en coche. De aquí no me mueve nadie. Ni siquiera tú, *Brucie*.

Él sacudió la cabeza y se echó a reír.

—Podrías volver y terminar tus estudios en Irlanda —sugirió ella, y cuando lo dijo en voz alta se dio cuenta de que lo había echado muchísimo de menos.

—No puedo.

—Sí puedes, pero te da miedo defraudar a tus padres. ¿Hasta cuándo vas a vivir la vida que otros han trazado para ti? Y antes de que me digas que soy una niña que no sabe de lo que habla...

—No creo que seas una niña, Meg.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados porque no tenía del todo claro si él se estaba burlando de ella. Pero Bruce parecía muy serio. Tanto que a ella se le secó la boca cuando se percató de que seguía cogiéndole la mano. Bruce entrelazó sus dedos y a ella se le aceleró el pulso.

—Siempre me llamas cría —le recriminó bastante dolida.

—Porque sé que te molesta —admitió él—. Tú no dejas de llamarme *Brucie* y sabes que me saca de mis casillas.

—¿*Brucie*? —bromeó ella—. Seguro que nadie te llama *Brucie* en esa carísima universidad llena de pijos. A mí no me engañas. En el fondo lo has echado de menos.

—Qué va.

—¿Ni un poquito?

Bruce sonrió con picardía.

—Ni un poquito.

Ella arrugó la nariz.

—No te creo. Debe ser agotador que allí todos te hagan la pelota. Tú necesitas que te den caña, *Brucie*.

Él suspiró.

—¿Sabes lo que he echado de menos?

—No.

—A ti.

Meg se habría mareado de no ser porque estaba tumbada en la cama. Un intenso rubor se apoderó de sus mejillas. Pensó que Bruce le estaba gastando una broma, pero él permaneció muy serio. La mano que no estaba entrelazada con la suya se enterró en su pelo. Meg entendió que había muchas cosas que se podían decir con una mirada. O eso quiso creer cuando Bruce y ella se miraron a los ojos. No supo por qué sintió tantas ganas de llorar. Quizá porque quedaban dos semanas para que él regresara a Estados Unidos. Quizá porque sintió muchísimo miedo. Quizá porque sintió que él tenía miedo.

—Bruce.

Fue una súplica. Él lo notó. Bruce la soltó de golpe, se levantó como si le hubiera entrado mucha prisa y se marchó de su habitación. Y Meg se quedó allí, con los ojos clavados en el techo y la respiración acelerada. Porque le había suplicado que la besara y Bruce había salido huyendo. Porque, en el fondo, sabía de sobra que él siempre la vería como una niña. Como la exasperante mejor amiga de su hermana pequeña.

Bruce se despertó sobresaltado a las cuatro de la mañana porque recibió una llamada. Masculló una palabrota y estiró el brazo para coger el móvil. El corazón estuvo a punto de salirse del pecho cuando contempló el nombre de Meg en la pantalla. Porque hacía exactamente siete años que ella no lo llamaba por teléfono, lo cual significaba que había sucedido algo muy grave.

—Meg, ¿estás bien? —preguntó muerto de miedo.

—No —respondió llorando.

—¿Dónde estás? ¿Qué te pasa? —preguntó de carrerilla mientras se vestía con lo primero que encontraba—. Meg, por favor. No soporto oírte llorar. Dime dónde estás y...

—Es Saoirse —lo interrumpió hecha un mar de lágrimas—. Me ha llamado hace veinte minutos porque ha discutido con Kevin. Le pilló unos mensajes con otra y él la ha llamado loca y...

Bruce apoyó una mano en la pared e intentó tranquilizarse.

—Meg, ¿dónde está mi hermana?

—¡No lo sé! —exclamó alterada—. Eso es lo que intento decirte. Estaba muy nerviosa y le dije que iría a verla. Me dijo que estaba en la playa porque había salido a dar un paseo para relajarse. Le dije que no se moviera de allí, pero cuando he llegado ya no estaba. Ay, Bruce, ¿y si ha hecho alguna tontería? La estoy llamando por teléfono y no me lo coge. La he buscado por todo el pueblo. No sabía si llamar a tus padres o...

—Has hecho bien —dijo él con toda la serenidad que pudo—. Voy a ir a casa de mis padres para averiguar si ha vuelto. No te preocupes, seguro que estará allí.

—¿Me llamarás luego?

—Sabes que sí.

Bruce colgó y salió a toda prisa de su casa. Condujo en dirección a casa de sus padres y estuvo a punto de bajarse en marcha cuando aparcó en la entrada. Maldito Kevin. Lo caló en cuanto lo vio por primera vez. Le advirtió a su hermana que no se fiara de él porque era un oportunista, pero Saoirse lo ignoró porque estaba locamente enamorada de aquel americano cazafortunas.

A Bruce solo le hizo falta echar un vistazo a la entrada para saber que Saoirse no estaba allí. Siempre dormía con la lamparita encendida porque seguía teniendo miedo a la oscuridad, pero la ventana de su habitación estaba a oscuras. De todos modos, entró en casa de sus padres sin hacer ruido y la buscó desesperado. Ahogó un gruñido y salió de la casa. No quería preocupar a Meg, pero no le quedaba otra opción que pedirle ayuda.

—No está —le dijo en cuanto ella descolgó el teléfono.

—Ay, Dios.

—¿Dónde estás?

—En la plaza del pueblo.

—Tardo cinco minutos.

Meg lo estaba esperando nerviosa. Cuando lo vio llegar corrió hacia el coche y abrió la puerta del copiloto. Luego se sentó a su lado y lo miró angustiada. Bruce contuvo las ganas de acariciarle la mejilla. Él también estaba asustado, pero le partía el corazón que Meg estuviera sufriendo.

—La encontraremos —le prometió.

—¿Has probado a llamarla?

—Sí, pero no me coge el teléfono, lo cual no me extraña porque tampoco quiere hablar contigo.

Meg se tapó la cara con las manos y Bruce apretó el volante con fuerza. Le concedió un minuto de silencio antes de preguntar:

—¿Dónde suele ir cuando está triste?

—A mi casa.

Bruce empezó a agobiarse y Meg le pidió que condujera por el pueblo. Recorrieron todas las calles con el coche y se bajaron para transitar a pie las calles peatonales. Estuvieron más de una hora buscándola hasta que se dieron por vencidos.

—¿Deberíamos llamar a la policía? —preguntó Meg.

—Esto no es típico de mi hermana. Ella nunca comete locuras.

—La gente comete locuras por amor —respondió Meg—, y ella está ciegamente enamorada de ese idiota.

Bruce estuvo de acuerdo con Meg. Él también había cometido una locura al fingir que estaba interesado en Maeve cuando lo único que quería era impedir que Meg se casara con otro. De repente, Meg se dio una palmada en la frente y se levantó de un salto.

—¡La cueva!

—¿La cueva?

—Allí fue donde se dio su primer beso con ese imbécil.

Los dos volvieron a subirse al coche y Bruce condujo muy deprisa hasta que Meg le apretó la mano.

—Ve más despacio.

—Perdona —se disculpó avergonzado—. Estoy preocupado por mi hermana.

—Tengo una corazonada —lo tranquilizó, y él la creyó porque Meg era una persona muy sincera. Meg le acarició la mano hasta que la respiración de Bruce volvió a la normalidad—. Sé que está allí. Saoirse es como una hermana para mí.

Bruce aparcó el coche cuando llegaron a su destino y la miró con franqueza.

—Saoirse tiene mucha suerte de contar contigo.

—Solo lo dices porque estás asustado.

—No. —Bruce le devolvió el apretón—. Lo digo porque eres maravillosa y cualquier persona se sentiría afortunada de tenerte en su vida.

Meg lo miró a los ojos y contuvo el aliento. Bruce no apartó la mano de la suya. Y, a pesar de que ambos estaban muy preocupados por Saoirse, se permitieron un segundo para mirar en el alma del otro. Meg no supo o no quiso saber lo que había en el alma de Bruce porque se había dicho que debía odiarlo para pasar página. Bruce comprendió que Meg seguía sintiendo algo por él, pero no supo si sus sentimientos eran lo bastante fuertes para darle otra oportunidad. Meg le soltó la mano y salió del coche. Bruce la siguió hacia la playa.

—Déjame hablar primero con ella —le pidió Meg—. Los hombres siempre lo estropeáis todo.

—Yo no soy Kevin —respondió a la defensiva.

Meg lo miró de reojo y apretó los labios. Bruce frunció el ceño porque no la entendía. ¿Y ahora qué había hecho? De repente, sintió que volvía a tener veinte años y que Meg se largaba sin darle una explicación. Ya habían transcurrido siete años y él seguía sintiéndose tan desconcertado como aquel día. Y sí, había intentado seguir resentido con ella, pero ya no podía porque el amor le había ganado la batalla al rencor. Ahora lo único que buscaba era una explicación y una segunda oportunidad para una historia que sabía de sobra que nunca debería haber terminado.

\*\*\*

Saoirse estaba llorando amargamente cuando la encontraron en la cueva. Bruce y Meg suspiraron aliviados cuando la vieron. Entonces, Bruce se alejó unos metros para que Meg pudiera hablar a solas con Saoirse. Su amiga levantó la cabeza e hizo un puchero. Luego se echó a llorar más fuerte y Meg la abrazó para intentar consolarla. Saoirse lloró hasta que se quedó sin lágrimas y luego contuvo un hipido.

—Soy patética —musitó avergonzada.

—No digas eso.

—Estoy llorando por un hombre al que le importo una mierda. ¿Cómo llamas tú a eso?

—Idiota —respondió sin vacilar—. Él se lo pierde.

Meg le frotó los brazos para demostrarle lo mucho que la quería, a pesar de que Saoirse lo sabía de sobra.

—Sabes que volverá a pedirte perdón, ¿no?

Saoirse sacudió la cabeza.

—Dice que ya no me quiere. Que se ha enamorado de esa chica y que lo siente por mí.

—Oh, Saoirse, las dos sabemos que Kevin vendrá tarde o temprano a pedirte una segunda oportunidad. Yo le doy un mes. Se hartará de esa chica y te llamará porque sabe que tú vas a perdonarlo. Por favor, no lo perdones. No te merece. Nunca te ha merecido.

—Pero lo quiero —respondió como una niña enfurruñada—. ¿Qué hago con este amor que siento? No puedo tirarlo a la basura, Meg. Te prometo que he intentado no amarlo, pero el corazón se me sigue acelerando de todos modos cuando está conmigo.

—Lo sé —dijo su amiga con una tristeza infinita—. Yo también he estado en tu lugar.

—¿Y lo superaste?

—Sí —mintió Meg—. Porque nadie se muere de amor.

Saoirse la miró con los ojos entrecerrados.

—A mí no puedes engañarme, Meg. —Saoirse se levantó porque sabía que su hermano las estaba esperando en la playa—. Gracias por venir a buscarme. A lo mejor no soy muy afortunada en el amor, pero me tocó la lotería cuando te conocí. Eres la mejor amiga que alguien podría desear.

—¡No me hagas llorar!

Meg le pellizcó el brazo y Saoirse se echó a reír. Regresaron a la playa y Bruce abrazó a su hermana. No le dijo nada. Sabía que Meg ya había tenido una conversación con ella y no quería hacer leña del árbol caído. Los tres regresaron en silencio al coche y Saoirse se sentó en el asiento trasero, por lo que Meg volvió a ocupar el asiento del copiloto. Su hermana bostezó y le pidió que la dejara a ella primero porque estaba muy cansada. Cinco minutos después, Bruce estaba conduciendo en dirección a la casa de Meg. Algo se apoderó de él cuando giró en otra dirección. Meg se percató de que cambiaba el rumbo y tensó la espalda.

—¿Qué haces?

—Ir a un sitio solitario para descuartizarte.

Meg resopló.

—No tienes lo que hay que tener —se jactó—. ¿A dónde me llevas?

—Quiero darte una sorpresa.

—No quiero una sorpresa.

—Te encantan las sorpresas.

—Me encantan las sorpresas que provienen de personas a las que aprecio.

—Sé que me aprecias.

—Bruce, llévame a mi casa.

Pero Bruce la ignoró y siguió conduciendo. Meg estaba tan cansada que se recostó en el asiento y por una vez no tuvo ganas de discutir con él. Cuando llegaron a aquel supermercado abierto veinticuatro horas, a Meg se le hizo la boca agua al contemplar la enorme rosquilla de neón que estaba encima de la fachada. Miró de reojo a Bruce porque le había dado en su punto débil. A Meg le perdían los donuts y él lo sabía.

—Son las seis de la mañana —dijo él con naturalidad—. Está amaneciendo. Deberíamos desayunar.

—Nunca le digo que no a un donut. —Meg abrió la puerta del coche y añadió sin mirarlo—: No te hagas ilusiones. Sigo estando enfadada contigo por haberme traído en contra de mi voluntad.

Bruce le sostuvo la puerta del supermercado para que ella entrara primero. Meg pidió dos donuts y un chocolate caliente. Bruce pidió lo mismo y se enzarzaron en una pequeña discusión hasta que ella resopló y lo dejó pagar. Entonces Bruce le hizo un gesto con la cabeza para que lo

acompañara.

—¿Y ahora qué? —preguntó exasperada.

—No te vas a arrepentir.

Meg lo siguió motivada por la curiosidad. Subieron una cuesta que desembocaba en un mirador con vistas al pueblo. Meg ahogó una exclamación porque desde allí se veía todo el pueblo iluminado por un sol naciente. El cielo anaranjado bañaba el mar y las casas. Se sentó al lado de Bruce y quiso darle las gracias, pero todavía estaba demasiado enfadada con él por los recuerdos del pasado. Por eso se limitó a darle un bocado al donut.

—Cuánto lo había echado de menos...

—Ahora estás en casa, Meg.

—Nunca debería haberme ido —dijo ella, más para sí misma que para él—. ¿Crees que lo he hecho bien en mi primer día de trabajo?

Bruce esbozó una media sonrisa.

—¿De verdad quieres saber mi opinión?

—Serás mi futuro jefe.

—Lo has hecho genial. Tienes grandes ideas. Mis padres hicieron bien en contratarte.

Meg no supo por qué le importó tanto su opinión. Ignoró los latidos acelerados de su corazón cuando él se reclinó hacia atrás y le rozó el muslo con la rodilla. Clavó la vista en el paisaje porque deseaba con todas sus fuerzas mirar a Bruce.

—¿Ya te has comido los donuts?

—Hace cinco minutos.

—Siempre fuiste una alimaña hambrienta —bromeó Meg.

—Mira quién fue a hablar. La que se zampó una tarta de manzana entera porque no quería que yo la probara.

—Ay, no me lo recuerdes. —Meg se llevó una mano a la barriga—. Estuve tres días con dolor de estómago.

—Me alegro. Tenía buena pinta.

A Meg se le escapó la risa floja.

—Estaba enfadada contigo porque mi abuela hizo aquella tarta solo para ti y me prohibió comerla porque me peleé con el profesor de geografía.

—¿El Señor Collins?

—El mismo.

Bruce hizo una mueca.

—El profesor más insoportable del instituto.

—¿A qué sí?

Meg y Bruce estuvieron un buen rato contando anécdotas del instituto. De repente, él le dio un bocado a su donut y Meg abrió los ojos de par en par.

—Bruce Anderson, ¿acabas de morder a traición mi donut?

—Me lo estabas regalando.

Ella se metió el resto del donut en la boca antes de que él pudiera robárselo. Bruce sacudió la cabeza y se echó a reír como si ella fuera un caso perdido. Meg se tragó aquel pedazo enorme y sonrió satisfecha. Entonces, Bruce hizo algo que la dejó petrificada. Le acarició los labios con el dedo pulgar y luego se lo llevó a la boca. Meg observó cómo se chupaba el dedo y sintió un intenso calor en el vientre.

—Qué bien sabes.

Meg se quedó allí sentada mientras se sonrojaba sin poder evitarlo. Bruce se levantó como si no acabara de hacer el gesto más erótico que ella había visto en su vida y consultó su reloj de muñeca.

—Vaya, faltan exactamente dos horas para que entremos a trabajar. ¿Nos vamos?

Meg se puso de pie e intentó serenarse.

—No hace falta que vayas a trabajar. Eres el jefe.

—El hijo de los jefes.

—Nadie te va a despedir.

—A ti tampoco te van a despedir si te tomas el día libre.

—Antes muerta.

Bruce soltó una carcajada y ambos caminaron hacia el coche. En el fondo, comprendió que los dos eran muy parecidos, porque a primera hora de la mañana se plantarían en la oficina aunque tuvieran que graparse los párpados para no quedarse dormidos.

## Hace ocho años...

Meg y Bruce no habían vuelto a dirigirse la palabra desde que él la llevó a su casa porque ella se había emborrachado y le confesó que la había echado de menos. Meg no era la clase de persona que dudaba. Si quería algo iba a por todas. Pero nunca, en toda su vida, se había sentido tan confundida.

¿Cómo se atrevía a preocuparse por ella para después ignorarla durante dos semanas?

¿De qué iba?

Estaba furiosa con él. Por eso se presentó en la improvisada fiesta que le habían organizado sus amigos para despedirlo. Al día siguiente, Bruce se marchaba a cursar el segundo año en Yale. Meg no pensaba permitir que él se largara sin aclarar lo que había sucedido entre ellos. Pero alguien le cortó el paso cuando intentó acercarse a Bruce. Meg torció el gesto cuando miró a Maeve.

—Apártate de mi camino —le ordenó.

—Aquí no pintas nada. —Maeve se cruzó de brazos y la miró con una chulería que a ella la sacó de sus casillas—. Ya lo oíste aquel día. Dijo que eres una cría.

—Si soy una cría, ¿por qué te tomas tantas molestias conmigo?

Maeve se puso colorada de rabia y a Meg le entró la risa. Qué fácil era poner en su sitio a aquella petarda insufrible.

—Bruce y yo estamos saliendo —dijo Maeve con tono engreído—. Haznos un favor y desaparece de nuestras vidas.

Meg conocía lo suficiente a Bruce como para saber que no estaba saliendo con Maeve. Además, le habían llegado rumores de que Maeve se había puesto hecha una furia porque desde hacía dos semanas él no le hacía ni caso. Concretamente, desde que llevó a Meg a su casa. Por eso Meg se envalentonó y la apartó con el hombro para llegar hasta Bruce.

—¿Podemos hablar?

Bruce se volvió hacia ella y la miró de una forma tan intensa que Meg se ruborizó de inmediato. Maeve llegó hasta ellos e hizo un mohín con los labios.

—Bruce, he intentado detenerla, pero no había manera. Vamos, dile que se vaya.

—Vete —dijo mirando a Maeve.

A Maeve le costó pillar la indirecta, pero cuando lo hizo, atravesó a Bruce con la mirada y descargó toda su rabia contra él.

—¿En serio? —replicó indignada—. ¡Eres un gilipollas!

—Deja de ser tan patética, Maeve —le pidió Meg aburrida.

—Tú sí que eres patética. ¡Ni siquiera le gustas! Dijo que solo eres una mocosa entrometida que trata de llamar su atención porque no tienes padre —le soltó Maeve.

Meg se sobresaltó porque no se lo esperaba. Miró a Bruce y deseó con todas sus fuerzas que él lo

negara, pero estaba demasiado ocupado discutiendo acaloradamente con Maeve. Aquello bastó para que Meg se diera media vuelta y los dejara allí plantados. De repente, le picaron los ojos y sintió que se rompía por dentro. Estaba acostumbrada a pelearse con Bruce a todas horas, pero que él hubiera mencionado a su padre era un golpe demasiado bajo. Alguien la alcanzó cuando ella estaba saliendo de la playa.

—¡Meg!

Bruce había llegado corriendo. Le cortó el paso y se dobló para tomar aliento.

—Déjame.

—¿No creerás lo que ha dicho?

—¿No has dicho que soy una mocosa entrometida que trata de llamar la atención porque no tiene padre? —preguntó esperanzada, porque la verdad le dolía demasiado para aceptarla.

Bruce la miró avergonzado.

—Le dije que eras una mocosa entrometida y que solo trataba de llamar la atención...

Meg le dio un empujón y trató de esquivarlo, pero él volvió a cortarle el paso. Le puso las manos en las mejillas y la miró a los ojos.

—Meg, por favor, sabes que solo estaba enfadado porque me diste un pelotazo en la cabeza. Soy un bocazas cuando me enfado. Solo lo dije porque me sentí humillado. Pero nunca mencioné a tu padre. Te lo juro.

—¡Suéltame!

Meg forcejeó con él hasta que Bruce la soltó.

—Meg, tienes que creerme.

—Has dicho que soy una mocosa entrometida. Genial, deja que me vaya.

—¿Qué querías decirme? Has venido a buscarme.

—¡Nada!

—Meg...

Ella lo miró hecha una auténtica furia cuando Bruce le cogió la mano.

—No me toques.

Bruce la soltó de golpe.

—Meg...

—Apártate de mi camino.

—Me voy mañana. ¿De verdad quieres que nos despidamos así?

—Ni siquiera estaba invitada a tu ridícula fiesta de despedida —le recriminó con aspereza—. Pásatelo bien. Esta mocosa entrometida se larga.

—¡No sabía que me habían organizado una fiesta!

—¿Sabes, Bruce? —Meg lo miró con rabia—. En el fondo me das pena.

—No digas algo de lo que puedas arrepentirte.

—Porque yo seré una mocosa entrometida, pero tú solo eres un hipócrita que solo sabe hacer lo que los demás esperan de él porque es demasiado cobarde para equivocarse tomando sus propias decisiones.

Bruce se quedó tan impactado por sus palabras que le costó reaccionar. Aquello le dolió. Le dolió tanto que ella lo supo en cuanto lo miró a la cara. Ambos estaban tan enfadados con el otro que ninguno dijo nada. Se dieron la vuelta y volvieron a alejarse porque estar cerca les dolía demasiado.

Meg estaba agotada y tuvo que hacer un gran esfuerzo durante todo el día para no quedarse dormida en la oficina. Bruce no parecía tener mejor aspecto, pero ambos eran demasiado profesionales para admitir que estaban hechos polvo. A media mañana, Bruce la llamó a su despacho y ella se preguntó qué diantres quería.

—Tienes mala cara —dijo en cuanto puso un pie en su despacho.

—¿Las ojeras no me dan un aire gótico muy deseable?

—En absoluto. Deberías dormir más.

—Tú no te has mirado al espejo. —Meg se cruzó de brazos—. ¿Qué quieres? Tengo mucho trabajo por delante.

—No lo dudo. Pero, en serio, deberías dormir un poco. Nadie espera que lo hagas todo el segundo día.

Meg puso los ojos en blanco y se dio la vuelta. No necesitaba que Bruce cuidara de ella.

—Gracias por el consejo.

—Al menos déjame ofrecerte un café.

—No hace falta que... —Meg suspiró cuando escuchó que él encendía la cafetera. Necesitaba un café si quería mantenerse despierta durante el resto del día—. Me gusta con...

—Dos terrones de azúcar y muy poca leche, lo sé.

Pues claro que lo sabía. Se conocían desde hacía muchísimos años. Pero luego Meg comprendió que conocía a todo el pueblo y Bruce era de las pocas personas que sabía cómo le gustaba el café.

—Ponte cómoda, por favor.

Meg se dejó caer sobre el mullido sofá de cuero de dos plazas. Era tremendamente cómodo. Entrecerró los ojos y suspiró. Estuvo a punto de quedarse dormida de no ser porque Bruce le ofreció el café.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti? —preguntó él con tono cordial.

—¿Algo como qué?

—Algo como jefe.

—Tienes muchas ganas de ser mi jefe, eh.

Bruce esbozó una sonrisa ladeada.

—Muchísimas.

—Ojalá tus padres tarden un siglo en jubilarse.

—¿Tan malo sería que yo fuera tu jefe? —preguntó más serio.

—Casi tan malo como que el final de *Juego de tronos*.

—¿Por qué?

—¿En serio tengo que explicártelo? —Meg soltó un bufido—. Estarías *toooooo* el santo día ladrándome órdenes porque aprovecharías cualquier mínima oportunidad para ponerme en mi sitio.

—Te equivocas. Jamás utilizaría mi posición de poder para ponerte en tu sitio, sobre todo si eres tan buena trabajadora como espero de ti.

—Me lanzarías miraditas por encima del hombro.

—Te miro por encima del hombro porque eres una enana.

—¡Eh, un respeto! —Meg intentó darle una patada y él atrapó su tobillo—. Y además... ¿qué haces, Bruce?

—Demostrarte lo mal jefe que puedo ser.

—Bruce, para.

Meg ahogó un gemido de placer cuando él le masajeó la planta del pie. Se mordió el labio porque aquello estaba tan absolutamente fuera de lugar que le resultó muy excitante. Bruce no dejó de mirarla a los ojos mientras le daba el masaje.

—¿Decías? —preguntó con una sonrisa ladina.

—Decía... que pares...

—¿Segura?

Bruce apretó los dedos en su pantorrilla y la masajeó de una forma que, desde luego, era tan agradable como moralmente inaceptable. Meg se tapó la cara con las manos y se le escapó un suspiro. Estaba agotada y no podía resistirse a aquel masaje.

—Eres odioso —musitó con la cara tapada—. ¿Por qué haces esto?

—Porque me muero de ganas de tocarte y sospecho que es la única manera de que no me des una bofetada.

—Te voy a dar una bofetada —dijo con debilidad.

Bruce le puso las dos piernas encima de las suyas y siguió dándole el masaje. Meg apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. Maldito Bruce Anderson, pensó para sus adentros. ¿Por qué le gustaba tanto que la tocara? Aquello era absolutamente inadmisible. Pero... había echado tanto de menos aquellas manos grandes y cálidas que la acariciaban con destreza que se permitió un momento de debilidad. Y se quedó profundamente dormida.

\*\*\*

Meg se despertó sobresaltada y no supo ni dónde estaba ni qué día de la semana era. Le costó unos segundos procesar que se había quedado dormida en el despacho de Bruce. Y, cuando logró procesarlo, se percató de que estaba recostada sobre un cuerpo masculino. Sí, se había echado la siesta abrazada a Bruce. Y, cuando lo miró para enfrentarse a su sonrisa fanfarrona, descubrió que él también estaba profundamente dormido.

A Meg se le ablandó el corazón de golpe.

¿Cuántas veces había soñado con amanecer así con él? Demasiadas.

Se mordió el labio y se permitió unos segundos de flaqueza. Él estaba dormido y ella podía observarlo a su antojo sin pensar en las consecuencias. No pudo evitar acariciarle el pelo. Bruce suspiró y a ella le tembló la mano.

—Te odio —musitó sin vehemencia.

Pero en cuanto lo dijo en voz alta supo que era mentira. Ella no podía odiar a Bruce, aunque lo había intentado con todas sus fuerzas. Su mano se deslizó por su mejilla y le tocó los labios. Bruce se dio la vuelta y ella perdió el equilibrio porque no se lo esperaba. Él abrió los ojos de golpe cuando Meg aterrizó en su pecho.

—¿Estabas intentando abusar de mí mientras estaba dormido? —preguntó con tono jocoso.

—¡Quítame las manos de encima, Bruce Anderson!

Bruce levantó las manos.

—No te estoy tocando.

Meg se dio cuenta de que estaba apoyada en su pecho y se apartó como si respirar el mismo aire que él le diera asco.

—No sé qué pretendes llamándome a tu despacho, dándome masajitos y echándote la siesta conmigo, pero sea lo que sea no vas a salirte con la tuya.

Se puso de pie y buscó los zapatos. Se inclinó para ponérselos y se percató de que Bruce le estaba mirando el culo de manera descarada.

—¡Cretino!

—Guapa.

—¡Neandertal!

—Diosa.

—¿Te estás cachondeando de mí? —preguntó con los brazos en jarra. Él sonrió y a aquella sonrisa atractiva fue el colmo de lo que ella podía soportar—. Estás mal de la cabeza. Tienes que dormir. No estás en tus cabales cuando no duermes.

Caminó de manera apresurada hacia la puerta y la voz grave de él la paralizó antes de que alcanzara el pomo.

—Estoy perfectamente en mis cabales cuando tú estás cerca.

Meg agarró el pomo y salió de allí mientras se gritaba a sí misma que aquellas palabras no significan nada. Solo era otra mentira del mayor embustero de Emerald Beach.



## Hace ocho años

Bruce estaba a punto de marcharse de Emerald Beach, pero algo le rondaba la cabeza y por eso todavía no había hecho la maleta. Sí, sabía que debía marcharse para comenzar el segundo año de la universidad. Pero estaba dolido porque las palabras de Meg se le habían clavado como una puñalada en el pecho. Podía entenderla; él la había llamado mocosa entrometida. Joder, era una mocosa entrometida, pero a él le encantaba que lo fuera. Le encantaba que siempre se estuviera metiendo en líos, que necesitara tener la última palabra y que fuera la única persona que le plantaba cara sin despeinarse. Le encantaba su espíritu de niña y que le importara un pimiento que los demás se burlaran de su ropa colorida. Meg era... Meg. Y a él le gustaba por ello.

Pasó todo el día con un humor tan agrio que le gritó a su hermana que se largara cuando asomó la cabeza por su habitación. Luego se arrepintió y le pidió disculpas. Saoirse se acercó a él, lo miró como si pudiera leerle el pensamiento y dijo: «no deberías perder el tiempo porque solo te quedan tres horas».

Tres horas... y luego, un montón de meses separado de Meg.

Bruce no supo por qué dio el primer paso. Era un muchacho orgulloso y todavía seguía escocido por las palabras de Meg, pero en el fondo le dolía más irse de Emerald Beach tan enfadado con ella. Por eso llamó a su puerta y dejó el paquete sobre el felpudo. Al fin y al cabo, lo había comprado para ella en aquel mercadillo de segunda mano porque se había acordado de Meg al verlo. Era su libro favorito y sabía que le haría ilusión.

Se alejó caminando de casa de Meg y esperó que aquel regalo fuera suficiente para hacerle entender que él había pasado página. Sí, estaba dolido. Pero a veces había que dejar a un lado el orgullo para conservar a las personas que te importaban, y él no quería irse del pueblo sabiendo que la pelirroja más exasperante de Emerald Beach le guardaba rencor.

\*\*\*

Meg abrió la puerta de golpe y observó el paquete sin dar crédito. Sabía que era de Bruce porque estaba asomada a la ventana cuando él llamó al timbre. El corazón se le iba a salir del pecho antes de rasgar el envoltorio.

—Ay —musitó con los ojos llenos de lágrimas.

Era una preciosa edición ilustrada de *El principito*. Meg abrió la primera página y leyó la dedicatoria que Bruce le había escrito.

*Para Meg,*

*te quiero en mi vida.*

*Bruce.*

Meg abrazó el libro contra el pecho y salió disparada a buscarlo. A Bruce no le dio tiempo a doblar la esquina cuando ella se encaramó a su espalda. Meg lo abrazó con tanta fuerza que él soltó un gruñido, pero apoyó sus manos sobre las suyas para que ella no se apartara. Meg descansó la mejilla en su espalda y aspiró su olor. Bruce olía tan bien que se le olvidaron todos los reproches. Se quedaron así un buen rato, con ella abrazándolo por la espalda mientras Bruce le acariciaba las manos. Ninguno de los dos dijo nada. De repente, Bruce le cogió la mano derecha y se la llevó a la boca para besarla. A Meg se le agruparon todas las emociones en el vientre. Se sintió tan jodidamente bien que deseó que él volviera a besarle la mano. Y luego se preguntó cómo sería besarlo en la boca y supo sin dudar que sería maravilloso.

—Lo siento.

—Yo también lo siento, Meg.

No se dieron la vuelta porque era más fácil ser sinceros sin mirarse a la cara. Bruce entrelazó sus dedos con los suyos y a Meg le gustó cómo encajaban sus manos.

—¿Pensabas irte sin despedirte de mí? —preguntó ella.

—Pensé que a lo mejor no querrías verme.

—Quería verte —admitió en un susurro.

—Y yo.

Bruce se dio la vuelta y la miró a los ojos. Estaba cansado de hacerse el orgulloso delante de ella.

—¿Podemos ahorrarnos la parte en la que discutimos por una vez?

Meg sonrió.

—Sí.

—Te voy a echar de menos, Meg.

—Yo también te voy a echar de menos, Bruce.

Bruce estiró el brazo y le acarició la mejilla. Meg contuvo el aliento mientras él la acariciaba. La acarició con tanta ternura que a ella le entraron ganas de llorar sin saber por qué. Entonces, Bruce dejó de tocarla y se alejó caminando porque sabía que no podría marcharse del pueblo si seguía tocándola. Meg era la razón más poderosa para quedarse en Emerald Beach. Y precisamente por ello debía alejarse de ella, aunque le doliera en el alma.

Bruce tenía una erección que lo mantuvo encerrado en su despacho durante el resto del día. Se había excitado después de darle el masaje a Meg. Entonces ella se había rendido al cansancio y él estuvo un buen rato observándola. Luego se quedó dormido y se levantó sobresaltado cuando ella se cayó encima de él. Agradeció que Meg estuviera tan furiosa que no se percató del bulto de su entrepierna.

Bruce se encerró en el baño de su despacho porque era incapaz de librarse de aquella erección. Se acordó de aquel cabello pelirrojo de rizos suaves que olía al mejor afrodisiaco del mundo. De sus manos pequeñas y pálidas. De los ojos color avellana más bonitos que había visto en su vida. De sus labios color cereza a los que se moría de ganas de besar. Solo necesitó pensar en Meg mientras se masturbaba y acabó en menos de tres minutos. Respiró profundamente, se cerró la bragueta y se lavó las manos. Cuando salió del baño se encontró de golpe con Maeve. Intentó enmascarar su expresión irritada con una sonrisa falsa.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con toda la educación que pudo reunir.

—Me dijiste que viniera hoy, ¿no te acuerdas?

Pues no, a Bruce se le había olvidado al tener tan cerca a Meg. Pero sí recordó que había quedado con Maeve en el vestíbulo de la oficina. No le hacía ni pizca de gracia que ella entrara en su despacho sin llamar.

—La próxima vez espérame fuera.

Bruce comprobó su reloj de muñeca. Faltaban cinco minutos para el cierre. Él solo quería que Meg lo viera con Maeve. Ponerla celosa para hacerla reaccionar y así tener una segunda oportunidad con ella.

Maeve se acercó a él y le rodeó el cuello con las manos.

—¿De verdad no quieres que llevemos nuestro acuerdo a otro nivel más placentero?

Bruce le cogió las manos para apartarla. Lo tenía clarísimo. Maeve le resultaba horrible desde que intentó poner a Meg en su contra. Desde entonces la había querido cuanto más lejos mejor. Pero si tenía que estar cerca de ella con tal de recuperar a Meg, que así fuera. ¡Las cosas que uno hacía por amor!

En ese instante, la puerta de su despacho se abrió y Saoirse puso mala cara cuando contempló a Maeve.

—Bruce, ¿podemos hablar a solas? —preguntó su hermana, visiblemente irritada.

Bruce le pidió a Maeve que lo esperase en el vestíbulo y ella se marchó guiñándole un ojo a Saoirse. Su hermana clavó una mirada desdeñosa en Maeve hasta que ella salió de su despacho.

—¿En serio, éste es tu plan? —inquirió Saoirse hecha una furia.

Bruce se encogió de hombros. No iba a contarle la verdad a su hermana. Era la mejor amiga de Meg y no se fiaba de que fuera capaz de mantener la boca cerrada.

—No sé de qué me hablas.

—¿Quieres que me crea que estás saliendo con Maeve? ¡Ni siquiera la soportas! —exclamó su hermana.

—La gente cambia.

—Oh, Bruce. —Saoirse puso los ojos en blanco—. No pretendas convencerme de que sientes algo por esa mujer. Tú estás enamorado de Meg. Le quieres dar celos, ¿no? ¡Pues claro que quieres ponerla celosa! Piensas que así caerá rendida a tus brazos. Parece mentira que no conozcas a Meg. Es demasiado orgullosa. ¡Sois tal para cual!

Bruce contuvo el impulso de contradecirla porque sabía que su plan era perfecto. Meg solo necesitaba un empujoncito para reconocer que sus sentimientos eran mutuos. Por supuesto que era orgullosa, él lo sabía de sobra. Pero la química explotaba por todas partes cuando estaban juntos, tal y como había sucedido hacía unas horas en su despacho.

—Si eso es todo lo que tienes que decirme... —Bruce recogió su americana y abrió la puerta—. He quedado con Maeve. Nos vemos mañana.

—Te estás equivocando, Bruce.

Pero Bruce ignoró a su hermana y salió de su despacho. En el pasillo se cruzó con Meg, que lo ignoró deliberadamente. Pero notó que ella lo miraba de reojo cuando Maeve pronunciaba su nombre y le daba un beso en la mejilla. Apretó los dientes cuando Maeve se colgó de su brazo. No soportaba su olor empalagoso, pero no le quedaba más remedio que fingir si quería convencer a Meg de que lo estaba perdiendo.

—¡Meg O'Brian! —exclamó Maeve cuando Meg estaba a punto de salir de la oficina—. Cuánto tiempo sin verte. No sabía que trabajabas aquí.

Meg le ofreció una sonrisa fría como el hielo. Luego clavó los ojos en la mano con la que Maeve tocaba a Bruce y apretó los labios en una fina línea de disgusto.

—Empecé hace un par de días —respondió Meg.

—Qué agradable sorpresa —dijo Maeve con falsedad—. Me alegro de verte.

Pero Meg era demasiado directa para aparentar algo que no sentía.

—No te alegras de verme. Nunca nos hemos llevado bien —respondió con naturalidad—. Eres una de las personas más malas que he conocido en mi vida. Siempre te burlabas de mí e intentabas hacerme la vida imposible. Por desgracia para ti, yo tenía bastante autoestima y me importaban un bledo tus bromas sin gracia.

Maeve se llevó una mano al pecho porque no se lo esperaba.

—Meg, querida, solo éramos unas niñas...

—¿Eso es lo que te dices para no sentirte culpable? —replicó Meg con tranquilidad—. Si algún día eres madre, sé que rezarás para que ninguna niña trate tan mal a tu hija como tú me trataste a mí. Espero, de corazón, que eso nunca suceda porque ninguna niña se merece que otra se burle de ella por su ropa o por su aspecto. Adiós, Maeve. Bruce, hasta mañana.

Meg se dio la vuelta y se marchó con la cabeza bien alta. Bruce tuvo que controlarse para no seguirla. Estaba muy orgulloso de ella por haber puesto en su sitio a Maeve sin despeinarse. En cuanto Meg desapareció de su vista, Bruce se alejó de Maeve.

—Ya puedes irte.

—Estarás de broma —dijo atónita.

—En absoluto. Hoy te haré una transferencia. Te avisaré cuando vuelva a necesitarte. Gracias, Maeve.

Maeve entornó los ojos. De repente, soltó una carcajada y lo señaló con un dedo.

—Tú no quieres fingir que estamos saliendo para que las mujeres del pueblo te dejen en paz —dijo furiosa—. ¡Tú quieres fingir que estamos saliendo para llamar la atención de Meg!

Bruce no lo negó porque le importaba un bledo lo que Maeve pensara de él.

—¿Quieres el dinero o no?

—Por supuesto que quiero el dinero —respondió con frialdad—. Pero el tiro te va a salir por la culata cuando tu queridísima pelirroja se case con otro. Solo estás obsesionado con ella porque pasó de ti. Qué bajo has caído, Bruce.

Maeve se marchó y Bruce respiró aliviado de tenerla lejos. Maeve se equivocaba. Enamorarse de Meg no era caer bajo. Enamorarse de Meg lo hacía sentir un hombre mejor porque ella era maravillosa.

\*\*\*

Bruce estaba a punto de subirse a su coche cuando vio algo que lo dejó atónito. Meg estaba derrumbada en el suelo y se tapaba la cara con las manos. Bruce se acercó con cautela porque jamás la había visto así. ¿Estaba llorando por verlo con Maeve? De repente, se sintió como una mierda y supo que iba a contarle la verdad. Le diría que la quería y asumiría las consecuencias si ella no sentía lo mismo.

—Meg...

Meg levantó la cabeza y lo miró con los ojos vidriosos.

—Mi madre —musitó.

A Bruce se le paró el corazón. Se arrodilló para darle un abrazo y Meg se dejó hacer cuando él la acunó en sus brazos. La estrechó para intentar protegerla del dolor a pesar de que sabía que era imposible. Le prometió que todo saldría bien a pesar de que no sabía lo que había sucedido. Le besó el pelo una y otra vez.

—Meg, ¿qué pasa? —preguntó angustiado.

—Mi abuela acaba de llamarme. Dice que una ambulancia ha tenido que llevar a mi madre al hospital. Llevaba toda la noche con fiebre, pero no quiso decirnos nada para no preocuparnos. Esta mañana no ha querido comer, y mi abuela se ha preocupado cuando no le bajaba la fiebre. Tenía más de cuarenta grados y ha empezado a delirar. Está ingresada y yo...

—Tranquila, te llevo al hospital. —Bruce la ayudó a ponerse de pie y Meg se agarró a su brazo porque estaba temblando. Bruce le pasó un brazo por encima de los hombros y la llevo hasta el

coche—. Tu madre es una mujer fuerte.

—Pero...

—No pienses en eso —dijo con suavidad.

Meg mantuvo la cabeza apoyada en la ventanilla y cerró los ojos. El hospital estaba a veinte minutos en coche y Bruce sabía que se estaba temiendo lo peor. Por eso encendió Spotify y buscó una canción que sabía que la pondría de buen humor. Empezó a sonar *Bitch* de Metedith Brooks. Meg lo miró de reojo y no dijo nada, pero apartó la cabeza de la ventanilla y estuvo a punto de sonreír. A mitad de la canción musitó:

—Gracias.

Meg tarareó la canción y no pudo evitar ponerse a cantar antes de que terminara. Bruce estiró el brazo y buscó su mano para agarrarla. Meg entrelazó sus dedos con los de Bruce y siguió cantando. Cuando terminó, se mordió el labio y lo miró avergonzada.

—Creerás que estoy loca. Cantar en esta situación... Pero cantar me pone de buen humor.

—No creo que estés loca. Todos tenemos derecho a sonreír incluso en las situaciones más duras.

—¿Aunque cante fatal?

Bruce sonrió.

—Aunque cantes fatal —respondió él—. Y me gusta verte sonreír. Tu sonrisa siempre...

Meg lo miró con curiosidad cuando él se quedó callado. Le apretó la mano y lo miró a los ojos.

—¿Mi sonrisa siempre...?

—Tu sonrisa siempre lo ilumina todo. Cuando sonríes, tienes la capacidad de hacer sentir mejor a todos los que te rodean. O al menos yo me siento jodidamente bien cuando sonríes. Como si fueras un rayo de luz que resplandece en mitad de una noche muy oscura.

Meg se quedó boquiabierta hasta que una sonrisa amplia se dibujó en sus labios.

—Vaya. —Meg se sonrojó sin poder evitarlo—. Eso es muy bonito, Bruce.

Bruce siguió conduciendo y se percató de que Meg lo observaba de reojo, como si tratara de desentrañar algún misterio. Al final, le soltó la mano y él sintió una profunda sensación de abandono. Parecía que ella quería decir algo y Bruce deseó con todas sus fuerzas que lo hiciera, pero ninguna palabra brotó de sus labios hasta que le sonó el móvil. Por la cara que puso, Bruce supo que se trataba de Colin porque Meg parecía arrepentida de compartir el mismo espacio que él. Y eso le dolió en el alma. Intentó no prestar atención a la conversación, pero le fue imposible.

—Sí, voy de camino al hospital. Te mantendré informado —respondió Meg con voz mecánica—. No, no voy sola. Bruce me está llevando en coche. Claro, se lo diré. No, no hace falta que vengas. Todavía no sé...

Bruce apretó el volante con fuerza. Sabía de sobra que Colin era un buen hombre que estaba enamorado de Meg. Le bastó conocerlo en aquella fiesta para saberlo. Pero no podía evitar sentir un escozor en el estómago porque Meg iba a casarse dentro de seis meses con él.

—Y yo también —dijo Meg, y Bruce comprendió que aquello significaba que ella le estaba

diciendo que lo quería. Meg colgó y mantuvo la vista fija en la carretera—. Colin te manda saludos.

Bruce asintió y fue incapaz de decir nada. No hablaron durante el resto del trayecto y Meg salió disparada en cuanto Bruce aparcó en la entrada del hospital. En aquel instante, Bruce sintió que la perdía y se preguntó si estaba haciendo lo correcto al intentar recuperarla. Quizá Meg sí estaba enamorada de su futuro prometido, y él, por encima de todo, solo quería que fuera feliz.

## Hace siete años...

Meg estaba furiosa con Bruce. Desde que se fue a Estados Unidos para empezar el segundo curso de la universidad ella lo había llamado varias veces para saber de él, pero Bruce nunca le cogió el teléfono. Al principio, Meg había dado por hecho que Bruce estaba muy ocupado, pero a las tres semanas comprendió que, en realidad, estaba pasando de ella.

Meg estaba desconcertada.

¿Aquel abrazo que se dieron antes de que él se marchara no había significado nada para Bruce? Porque a Meg se le habían removido un montón de sentimientos. Y él había ido hasta su casa para regalarle aquel libro en el que había escrito: «Te quiero en mi vida».

Meg no lo entendía. Sentía que Bruce era una incógnita que jamás resolvería. Y, cuando las dudas dieron paso a una oleada de rabia, dejó que todo lo bueno que sentía por él se convirtiera en el escozor de un amor no correspondido.

¡Estaba cansada de que él le diera una de cal y otra de arena! ¿Acaso se creía que podía hacerle ilusiones y luego pasar de ella en su universidad llena de pijos? Iba listo si pensaba que podía jugar con sus sentimientos. Probablemente, Bruce se estaba divirtiendo con alguna universitaria y daba por hecho que Meg lo estaría esperando cuando regresara por navidad. O eso era lo que se decía Meg mientras intentaba fijarse sin éxito en algún chico de Emerald Beach. Pero la navidad llegó y ella fue incapaz de pasar página con nadie.

Meg no estaba preparada para reencontrarse con Bruce. Todos los años, los padres de su mejor amiga daban una fiesta el veinticuatro de diciembre a la que ella y su familia estaban invitadas. Aquella navidad, Meg intentó convencer sin éxito a su madre y a su abuela para que se quedaran en casa, pero ellas la miraron como si se hubiera vuelto loca. Como no le quedaba más remedio, se puso un vestido que sabía que le sentaba muy bien y se maquilló por primera vez en su vida. Le faltaban un par de meses para cumplir los dieciocho años y sabía que despertaba bastante interés en el sexo contrario. Ella no se consideraba una belleza despampanante, pero sí lo bastante bonita para mostrarle a Bruce lo que se había perdido.

Intento que no se le notara el nerviosismo durante la fiesta. Se preguntó dónde diantres se había metido Bruce y no se rebajó a preguntárselo a Saoirse. Se estaba mordiendo todas las uñas cuando lo vio aparecer. Entonces, ni corta ni perezosa, se lanzó a coquetear descaradamente con Callum, un chico de su clase que llevaba todo el curso intentando ligar con ella. Lo agarró del brazo y se rio muy fuerte cuando él le contó un chiste. Ni siquiera se fijó si Bruce estaba pendiente de ella. Callum le preguntó si quería algo de beber y ella asintió. Cuando se quedó sola, notó la presencia de alguien a su espalda.

—Feliz navidad, Meg.

Todas las emociones que estaba intentado ocultar regresaron a ella de golpe. Enderezó la espalda y forzó una sonrisa cuando se volvió hacia Bruce. Mirarlo le dolió. Sus ojos verdes la observaron de una manera que le quitó el aliento.

—Feliz navidad, Bruce.

—Estás preciosa.

Meg intentó que aquel cumplido no la afectara. Se encogió de hombros y respondió con frialdad:

—Lo sé.

—Te sienta bien el color rojo.

—Ahórrate los cumplidos.

—Estás enfadada conmigo.

Meg puso mala cara. En ese momento, Callum regresó con la bebida y le tendió una copa. Bruce lo observó un segundo como quien miraba a un minúsculo insecto.

—Déjanos a solas —le ordenó Bruce.

Callum se encogió.

—Vale.

—No te vayas. —Meg lo agarró del brazo porque no quería quedarse sola con Bruce—. Él ya se va.

—Qué va —insistió Bruce con tono inflexible.

Meg maldijo que Callum fuera tan blando cuando se marchó deprisa. No podía creer que se hubiera dejado intimidar con cinco palabras. Se bebió la mitad de la copa de un trago y atravesó con la mirada a Bruce, que se limitó a esbozar una sonrisa triunfal porque se había salido con la suya.

—Sé que estás enfadada conmigo y vamos a resolverlo.

—Por supuesto que estoy enfadada contigo —respondió hecha una furia—. Porque te llamé cientos de veces y tú estabas demasiado ocupado para cogerme el teléfono. Que te den, Bruce.

Meg se dio la vuelta y lo dejó allí plantado. Esquivó a la gente y fue directa al jardín porque estaba empezando a perder los nervios. Ella no estaba preparada para reencontrarse con Bruce. Esa era la pura verdad. Flaqueaba si lo miraba a los ojos porque estaba enamorada de él como una idiota. Bruce la cogió del brazo cuando ella intentaba marcharse de la fiesta.

—Meg, espera.

—Déjame en paz, Bruce. —Se zafó de su agarre y evitó su mirada—. Me lo has dejado bastante claro. Dentro de unos días volverás a Estados Unidos, ¿y sabes qué? ¡Me alegro muchísimo de perderte de vista!

—No lo dices en serio.

—¡Estoy harta de tus puñeteras dudas! ¡No sé qué quieres de mí! —le dio un empujón cuando él intentó tocarla—. ¿Tú de qué vas? ¿Te crees que puedes jugar con mis sentimientos como si no valieran nada?

—¿No lo entiendes, Meg? —preguntó con suavidad.

Meg lo miró a los ojos.

—¿Entender qué?

—Si no te cogí el teléfono fue porque eras el motivo más poderoso para regresar al pueblo. Solo

me habría bastado oír tu voz para coger el primer avión con destino a Irlanda. No podía correr ese riesgo, Meg. Lo siento... pero no podía.

Meg se abrazó a sí misma. ¿Bruce pretendía hacerla creer que significa tanto para él que por eso la había estado evitando? Sonaba de maravilla, pero Meg no quiso creerlo porque sabía que él volvería a romperle el corazón.

—No te creo.

—Quizá prefiero que no me creas.

—No te entiendo, Bruce.

—Estar alejado de ti es lo más difícil que he hecho en mi vida, pero no me queda otra opción si quiero seguir en Yale. Tú haces que quiera mandarlo todo a la mierda y ser otra persona.

Meg tragó con dificultad y le dio la espalda. Una parte de sí misma quería creer a Bruce, pero la otra necesitaba salir huyendo para poner distancia entre ellos. Porque Bruce se marcharía a Estados Unidos y cada uno seguiría con su vida. Por eso se alejó a toda prisa cuando él pronunció su nombre.

Bruce se sentía impotente porque no sabía qué hacer para ayudar a Meg. Su madre había pillado la gripe y en su estado de salud cualquier enfermedad era muy peligrosa. Por eso, los médicos decidieron mantenerla unas horas en observación hasta que le bajara la fiebre. Ahora Meg estaba dando vueltas por el pasillo mientras se mordía todas las uñas. La abuela de Meg, sentada al lado de Bruce, observaba a su nieta con los labios fruncidos.

—¿Por qué no te la llevas a que le dé el aire? —preguntó su abuela.

—No sé yo si...

—Ve a por ella.

La abuela de Meg le dio un empujoncito para que se pusiera de pie. Había que reconocer que las mujeres de aquella familia siempre se salían con la suya. Bruce carraspeó para llamar la atención de Meg y ella se volvió hacia él.

—No me voy a mover de aquí —dijo con los brazos cruzados.

—Tu abuela quiere que salgas a despejarte. Por favor, no me hagas volver a sentarme a su lado para que me eche la bronca. Solo unos minutos. Te vendrá bien.

Meg fue a protestar, pero observó a Bruce, luego a su abuela y se dio por vencida. Acompañó a Bruce a la terraza del hospital y se sintió algo mejor cuando le dio el aire. En el fondo agradecía tener a Bruce con ella. No se había movido de su lado y le había llevado bebidas calientes y algo de comer. A Bruce se le daba bien cuidar de la gente, aunque él no lo supiera. Meg pensó que algún día sería un buen padre y se le revolvió el estómago al pensar que podría tener un hijo con Maeve.

—¿Sabes por qué estoy convencido de que tu madre se pondrá bien? —dijo de repente, y Meg lo miró con curiosidad—. Porque las mujeres de tu familia siempre os salís con la vuestra. Tu abuela acaba de hacerlo. Es genético.

Meg sabía que él solo intentaba animarla, pero Bruce no tenía del todo razón. Ella no siempre se salía con la suya. De lo contrario, las cosas habrían sido muy diferentes entre ellos.

—¿Quieres tener hijos? —le preguntó de golpe.

—Sí —respondió Bruce con naturalidad—. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada —respondió con voz queda, pero se mordió el labio inferior.

—Suéltalo, Meg. Tú nunca te andas por las ramas.

—Porque no soporto la idea de que tengas un hijo con Maeve —dijo de carrerilla—. Es una persona horrible. No me puedo creer que te hayas fijado en ella. ¿Qué mosca te ha picado?

—¿Por qué te vas a casar tú con Colin?

—Porque lo quiero.

Bruce cortó la distancia que los separaba y le sostuvo la cara con las manos. La miró de una forma que a ella le aceleró el corazón. Bruce clavó una mirada hambrienta en sus labios y Meg

deseó con todas sus fuerzas que la besara, a pesar de que sabía que aquello estaba muy mal.

—No es verdad —dijo Bruce.

—Sí lo es —respondió Meg con debilidad.

—Qué va, Meg —dijo Bruce con tono grave—. A él no lo miras como me miras a mí.

—Siempre has sido un condenado egocéntrico...

Meg puso las manos en su pecho para apartarlo de ella, pero supo que había sido un error en cuanto lo tocó. Porque todo lo que había estado intentando enterrar la asaltó de golpe. Todos los recuerdos. Todos los momentos compartidos. Un calor le recorrió las yemas de los dedos y se extendió por sus antebrazos. Bruce le acarició las mejillas con los pulgares.

—No puedo ser egocéntrico cuando se trata de ti —respondió Bruce con voz ronca—. De lo contrario, no estaría a punto de hacer esto.

Meg cerró los ojos cuando supo que él iba a besarla. Se le aceleró el pulso y lo agarró de las solapas de la camisa. Bruce le rozó los labios y ella se estremeció. Murmuró su nombre con tono grave. Y, en ese momento, se abrió la puerta de la terraza y un médico la llamó. Ambos se sobresaltaron y Meg se apartó de él. Mientras escuchaba el diagnóstico del médico y agradecía que a su madre le hubiera bajado la fiebre, se recordó que estaba prometida con un buen hombre y se juró que aquello no volvería a pasar.

\*\*\*

Bruce albergaba una pequeña esperanza que se rompió cuando, a salir de la habitación de su madre, Meg evitó su mirada y fue directa a su abuela. Le dijo que ella pasaría la noche en el hospital y la convenció de marcharse a su casa para descansar. Luego, con aparente calma, se volvió hacia Bruce para preguntarle si le importaba acercarse a su abuela.

—En absoluto —respondió él—. ¿Podemos hablar un segundo?

La abuela de Meg se despidió de su nieta y le dijo a Bruce que lo esperaría en el coche. Meg le mantuvo la mirada como si hace un momento no hubieran estado a punto de besarse.

—Meg, lo de antes...

—Ha sido un error —lo interrumpió ella—. Los dos estábamos muy nerviosos y nos hemos dejado llevar por la emoción. No te preocupes. No volverá a suceder. Tú estás saliendo con Maeve y yo me voy a casar con Colin.

—No me arrepiento —dijo Bruce con vehemencia—. Ni tú tampoco.

—Pues deberías. ¿O acaso no te importa hacerle daño a la persona con la que estás saliendo?

Bruce maldijo para sus adentros. Si le decía que Maeve le importaba una mierda, Meg pondría el grito en el cielo.

—Hablaremos de esto cuando tu madre se recupere —decidió Bruce, y añadió antes de marcharse—: Pero no me arrepiento. Llevo siete años deseando besarte, Meg.

## Hace siete años...

Había muchas cosas que Bruce no soportaba: la gente que no cedía su asiento en el transporte público a las embarazadas o a las personas mayores, los que gritaban por el teléfono móvil o el hecho de irse durante unos meses sabiendo que Meg estaba enfadada con él. Bruce sabía que había cometido un error al no cogerle el teléfono, como también sabía que haber hablado con ella habría supuesto poner en jaque todas sus convicciones. Porque él quería que su padre se sintiera orgulloso de él. Toda su familia había estudiado en Yale y él no quería defraudar a sus padres. Sabía de sobra que Meg era una gran distracción y no sabía cómo lidiar con el deber y los dictados de su corazón.

Estaba tumbado bocarriba en la cama cuando su madre llamó a la puerta de su habitación. Le pidió permiso con la mirada antes de entrar y Bruce sospechó que iban a entablar una de esas conversaciones entre madre e hijo.

—Anoche te fuiste a la cama muy temprano —empezó a decir su madre.

Sí, Bruce se había encerrado en su habitación en cuanto Meg se largó de la fiesta. Estaba cabizbajo y sabía que todo el mundo se lo notaría.

—¿Qué te pasa, hijo?

—¿Cómo sabes si estás haciendo lo correcto, mamá?

—Creo que no hay forma de saber si estás haciendo lo correcto, pero siempre podemos rectificar cuando creemos que hemos cometido un error.

—¿Y si crees que estás haciendo lo correcto, pero sabes que no es lo mejor para ti?

—Hijo... —su madre le acarició el brazo—. ¿Cómo podría ser lo correcto si te hace tan infeliz?

—Ya, mamá, pero...

—Bruce. —Su madre lo miró categórica—. Ve a por Meg y dile de una vez lo que sientes. Estoy convencida de que miles de kilómetros no van a poder interponerse entre vosotros. Nunca he conocido a dos personas que estén tan empeñadas en demostrar que no se quieren.

—Meg me intimida —confesó en voz alta—. Nunca estoy seguro de estar a su altura. Y me saca de mis casillas. Discutimos constantemente. Es como si tuviera que nadar contracorriente. Me agota, me desespera y...

—La quieres.

Bruce suspiró.

—Sí.

—Ya no es una niña, Bruce. Ya sé que el amor da miedo, pero precisamente por eso merece tanto la pena. Eres listo. Eres un buen chico. Sé que tomarás la decisión correcta.

Cuando su madre lo dejó solo, Bruce se puso los zapatos y condujo en dirección a casa de Meg. Estaba cansado de luchar contra sus sentimientos. Se armaría de valor y le confesaría que estaba enamorado de ella.

\*\*\*

Meg no era la clase de persona a la que le gustaba jugar con los sentimientos de alguien, por eso recibió a Callum en su casa cuando éste le preguntó si le apetecía dar una vuelta. Le dijo que no sentía lo mismo que él y Callum se quedó bastante decepcionado, pero era un buen chico y le deseó lo mejor. Meg lo acompañó a la puerta y le dio un abrazo y un beso en la mejilla. Cuando se despidió de él, se percató de que alguien la estaba observando. Se le aceleró el corazón al ver a Bruce. Se había marchado de la fiesta sin saber qué pensar, pero el hecho de que él estuviera allí debía significar algo.

—Hola.

—Hola —respondió Bruce con brusquedad—. ¿Qué hace ese aquí?

—Sabes de sobra que se llama Callum.

—Ya, bueno. —Bruce le dio una patada a una piedra—. Cómo se llame.

—¿Por qué has venido, Bruce?

—Ya me iba. Estaba dando una vuelta por el pueblo y había aparcado en tu calle.

—Ah —respondió decepcionada—. Vale.

—Ya nos veremos.

Bruce se alejó en dirección a su coche. Meg no pudo evitarlo. Justo cuando estaba a punto de subirse al coche, echó a correr en dirección a Bruce y le dio un empujón.

—No sé qué crees que has visto.

—No me interesa, Meg.

—¿En serio? Porque yo creo que estás celoso.

Bruce se volvió hacia ella hecho una furia.

—Lo estoy.

—Eres un zoquete, Bruce.

—Y tú eres... ¡desesperante!

—Y tú eres un burro.

—Y tú eres peor que un grano en el culo.

—Si soy un grano en el culo, ¿por qué has venido a verme?

—Ya te lo he dicho; pasaba por aquí.

—Tienes miedo porque crees que estoy saliendo con Callum.

—¿Y no estás saliendo con él?

—Sabes que no. —Meg se armó de valor y lo soltó de golpe—. Porque el que me gusta eres tú.

Bruce cortó la distancia que los separaba y la besó. Meg se agarró a él porque le temblaron las piernas. Nunca la habían besado así. Sintió aquellas mariposas de las que todo el mundo hablaba. Su corazón se aceleró a la velocidad de la luz. Bruce la besó como si llevara demasiado tiempo deseando hacerlo. Enterró una mano en su pelo y la abrazó por la cintura. Meg flotó en una nube. Se apretó contra él porque ahora que lo tenía tan cerca no soportaba la distancia. Un ramalazo de placer le recorrió todo el cuerpo cuando sus lenguas se enredaron. Bruce levantó el brazo que estaba en su cintura y acunó su rostro con una ternura que la hechizó. Meg no supo cuánto duró aquel beso, pero fue... perfecto. Protestó cuando Bruce se separó de ella para mirarla a los ojos.

—Siempre has sido tú —le confesó Bruce.

—Lo sé.

Bruce apoyó su frente sobre la suya y le acarició la boca con un dedo. Meg se estremeció y deseó que él volviera a besarla.

—Quiero tener una cita contigo, Meg.

Antes de que ella pudiera responder, Bruce la besó y Meg descubrió que estaba más enamorada de él de lo que pensaba. Algún día, cuando dejara de estar tan asustada, le abriría su corazón porque sabía que estaban hechos el uno para el otro.

Meg se tomó el día libre para cuidar de su madre. La fiebre le había bajado y los médicos eran tan optimistas que le habían dicho que si seguía mejorando le darían el alta al día siguiente. Meg estaba aliviada, pero también se sentía muy intranquila por culpa de un hombre de ojos verdes que estaba empeñado en volverla loca.

¿A qué estaba jugando Bruce? Primero salía con Maeve y luego intentaba besarla. ¿Cómo se atrevía a decirle que llevaba siete años deseando besarla? Y, maldita sea, ¿por qué ella se ablandaba en cuanto él le ponía las manos encima?

Se recordó a sí misma que Bruce le había roto el corazón, pero no sirvió de nada porque en el fondo sabía que era incapaz de odiarlo. No pudo pegar ojo y, cuando por fin se rindió al cansancio, se despertó a los pocos minutos porque ya era de día y una enfermera entró en la habitación para llevarle el desayuno a su madre. Meg se percató de que había un precioso ramo de rosas blancas sobre la mesita de noche. Las rosas blancas eran sus flores favoritas. También había una caja de bombones de chocolate negro, la mayor perdición de su madre. Meg cogió la tarjeta que había en el ramo a pesar de que sabía quién lo había enviado.

*Echo de menos nuestras partidas de ajedrez. Espero que te recuperes pronto para tener la oportunidad de ganarte.*

*Bruce.*

—Bruce desea que te recuperes para ganarte al ajedrez —informó Meg a su madre.

—Que siga soñando —bromeó su madre—. Que hombre tan considerado.

—Colin también te manda saludos. —Meg sintió la necesidad de defender a su prometido y se sintió un poco decepcionada cuando su madre ni siquiera se inmutó—. Necesito un café. Ahora vuelvo.

Meg salió de la habitación, pero en lugar de ir a la cafetería, fue a la terraza para que le diera el aire. Enseguida se arrepintió porque hacía unas horas que había estado a punto de besarse con Bruce en aquel sitio. La asaltaron los recuerdos y se agarró a la barandilla mientras intentaba respirar profundamente.

Rosas blancas.

Bruce le mandaba rosas blancas.

Bruce siempre había sido una persona muy detallista con ella. A pesar de sus múltiples peleas, siempre encontraba el gesto perfecto para aplacar sus enfados. Y entonces Meg lo quería un poco más porque le encantaba que fuera capaz de dejar a un lado su orgullo para demostrarle lo mucho que le importaba. Pero ella ya no era una niña. Por eso comenzó a enfurecerse y se dejó llevar por un impulso cuando le envió un mensaje.

¿Te crees que me puedes conquistar con un ramo de flores? No vuelvas a enviarme flores. Soy una mujer prometida.

La respuesta de Bruce no se hizo de rogar.

Las flores eran para tu madre. Tampoco te des tanta importancia.

Meg quiso arrojar el móvil por encima de la barandilla, pero se contuvo y le escribió lo primero que se le pasó por la cabeza.

Sé que eran para mí. Deja de jugar conmigo y regálale flores a tu novia.

Eres la primera mujer que se enfada porque le envío flores.

¿Le envías flores a muchas mujeres?

¿Por qué, te importa?

Más quisieras tú que me importaras. Paso de ti 😏

Eres una mujer imposible, Meg O'Brian.

¿Y por qué me envías flores si soy una mujer imposible?

Porque soy masoquista.

O sea, que las flores eran para mí...

¿Quieres la verdad o te vas a enfadar?

La verdad, Bruce.

La verdad era que quería alegrarte el día porque anoche lo pasaste muy mal y me acordé de que

te pones de buen humor cuando recibes flores.

Me voy a casar con Colin...

Ojalá no te casaras con un hombre que no te hará todo lo feliz que te mereces. Sé que es un buen tipo, eso no lo pongo en duda. Pero tú sabes que tengo razón.

Déjalo estar, Bruce.

¿Qué tal está tu madre?

Mejor, gracias por preguntar.

Me alegro de corazón, Meg.

Meg apretó el móvil contra el pecho y se mordió el labio. Su madre tenía razón: Bruce era un hombre muy considerado. Se guardó el móvil en el bolsillo trasero del pantalón porque sabía que de lo contrario no podría evitar la tentación de escribirle. Cuando levantó la cabeza, se encontró con alguien que le dedicaba una sonrisa amplia. Meg debería haberse alegrado, pero se sintió tan conmovida que su sorpresa dio paso a una intensa oleada de culpabilidad.

—Colin.

Su prometido se acercó a ella y le dio un abrazo. Meg se refugió en su olor y cerró los ojos. Intentó sentir esa turbulencia de emociones que la asaltaban cuando estaba cerca de Bruce, pero le fue imposible.

—Pensé que vendrías dentro de dos semanas.

—No quería dejarte sola. —Colin le dio un beso en la boca—. Me he pedido una semana de vacaciones para estar contigo.

—Ah —fue todo lo que pudo decir.

—Tú dime qué puedo hacer para ayudar.

—Eres demasiado bueno, Colin.

—¿Cómo no iba a estar contigo cuando más me necesitas? —le restó importancia—. Vamos a ser marido y mujer. En lo bueno y en lo malo. Te quiero, Meg.

Meg le dio un abrazo porque no quería que él le viera la cara. Ella también lo quería. Quizá no de una forma arrolladora o pasional, pero sabía que lo quería. O eso fue lo que intentó repetirse una y otra vez, porque la pura verdad era que desde que se había reencontrado con Bruce estaba llena de dudas.



## Hace siete años...

Meg estaba absolutamente nerviosa. A sus diecisiete años había tenido un puñado de citas, pero era la primera vez que sentía un remolino de inquietud en el estómago. Se cambió seis veces de ropa. Se recogió el pelo y luego se lo soltó. Se maquilló hasta que estuvo irreconocible. Al final, se limpió el maquillaje, se puso sus vaqueros favoritos y se recordó que Bruce llevaba muchos años conociéndola y ella no estaba dispuesta a cambiar por nadie.

Bruce y Meg acordaron no decirle nada a su familia. Meg sabía que todos se pondrían en plan pesados si descubrían que iban a tener una cita. Además, tampoco sabía cómo iba a reaccionar Saoirse y no le apetecía hablar del tema con su mejor amiga. A veces deseaba no haberse enamorado del hermano de su mejor amiga porque sentía que eso lo complicaba todo.

¿Y si la cita era un desastre? Ella sería incapaz de mirar a Bruce a los ojos de nuevo. Sobre todo, ahora que él sabía que ella estaba colada por él.

Meg salió de su casa hecha un mar de nervios y se dirigió al sitio en el que había quedado con Bruce. Se preguntó por qué la había citado en el bosque habiendo tantos lugares a los que podía llevarla en ese lujoso deportivo del que le gustaba tanto alardear. En cuanto lo vio, notó un cosquilleo nervioso en el bajo vientre y sonrió como una idiota.

—¿No me habrás traído aquí para descuartizarme? —bromeó.

—Anda, ven aquí. —Bruce le cogió la mano y le dio un beso en la mejilla que a ella le supo a gloria—. ¿Por qué siempre hueles tan bien?

Meg se ruborizó porque no estaba acostumbrada a que Bruce le dijera aquellas cosas. Él se tumbó en la manta y le dio un pequeño tirón para que ella se acomodara a su lado. Meg señaló la cesta de mimbre y Bruce la destapó para enseñarle todo lo que había preparado. A Meg se le hizo la boca agua. La cesta estaba repleta de fruta fresca, galletas y sándwiches.

—¿Me has traído de picnic? —preguntó ilusionada, porque no había nada que le gustara más que disfrutar de una acampada al aire libre.

—Pensé en llevarte al cine, pero sé que nos habríamos peleado por la película.

—Porque a ti te gustan esas ridículas películas de cochecitos.

—Eh, un respeto. Sale Vin Diesel. —Bruce le dio un suave tirón del pelo—. Luego pensé que podía llevarte a una heladería, pero me pareció un cliché. ¿Parezco patético si admito que no sabía cómo impresionarte?

—No —respondió Meg encantada—. Me gusta que seas sincero conmigo.

—Pues ahí va un ataque de sinceridad: te he traído al bosque porque sé que te encanta este lugar. Solo quería verte sonreír, Meg. Espero no haberte decepcionado.

Meg cogió una fresa y se la llevó a la boca.

—Sabes que me encanta estar en el bosque. Siempre te has burlado de mí porque acabo pringada de barro. Cuando tenía diez años me llamaste animal salvaje.

—No lo recuerdo —se hizo el inocente.

—Y en otra ocasión te burlaste de mí porque me caí en un charco en pleno invierno.

—¿En serio?

Bruce esbozó una sonrisa perezosa y aprovechó que ella estaba despotricando para rodearle los hombros con un brazo y atraerla hacia su pecho. Meg se calló de inmediato y él le dio un beso en la frente.

—Si hubiera sabido que solo tenía que hacer esto para aplacarte lo habría hecho mucho antes.

Meg le dio un tortazo y él se echó a reír.

—Estabas demasiado ocupado llamando cría, mocosa, niña... —le recordó con tonillo ofendido.

—Porque tú pasabas todo el tiempo incordiándome. Me sacabas de mis casillas.

—Mira quién fue a hablar. El que metió una lagartija en mi taquilla porque pensó que me iba a echar a llorar.

—Ahí aprendí que eres una chica dura.

—¿Te gustan las chicas duras, *Brucie*?

A él le brillaron los ojos de diversión.

—Vuelve a llamarme Brucie...

Meg le dio un beso que lo pilló desprevenido. Se moría de ganas de volver a besarlo desde que él le dio su primer beso. Meg era de las que pensaban que las chicas podían ser tan lanzadas como los chicos. Y ella no pensaba quedarse con las ganas. De eso nada.

Se maravilló de que la boca de Bruce fuera tan suave. Él le devolvió el beso con tantas ganas que ella se retorció de placer. Nunca se había sentido tan bien. Besar a Bruce era tan salvaje como imprevisible. Le gustaba la mezcla de urgencia y ternura con la que él la besaba. Como si estuviera muriéndose de deseos de ir un paso más allá, pero quisiera tener muchísima delicadeza con ella. Ambos se apartaron respirando con dificultad y Meg volvió a preguntarse si el beso había durado un minuto, una hora o un siglo. No le importaba.

—¿A partir de ahora me vas a besar cada vez que vaya a decirte algo que no te interesa escuchar?

—preguntó Bruce con tono socarrón.

Meg esbozó una sonrisa atrevida.

—Tal vez.

—Genial, porque no tengo ninguna objeción al respecto. —Bruce le dio un beso rápido y luego cogió un sándwich—. Estoy muerto de hambre.

Meg y Bruce devoraron toda la comida y luego se pelearon por la última fresa. Al final, Bruce se la ofreció a ella y Meg le dijo que ya no la quería. Bruce le hizo cosquillas, a Meg se le escapó la risa floja y aceptó la fresa porque sabía que él no pensaba comérsela. Tenían las manos entrelazadas cuando Meg se atrevió a preguntar:

—¿Qué va a ser de nosotros?

Bruce la miró a los ojos sin pestañear.

—¿A qué te refieres?

—Dentro de una semana te vas a Estados Unidos.

—Sí —respondió con naturalidad—. Pero eso no cambia nada. Pensé que ya lo sabías, Meg.

—¿Saber qué?

—Que te quiero en mi vida. —Bruce la besó con cariño y añadió—: Te lo dije, Meg. Pero aquel día no tuve agallas para pedirte que fueras mi novia porque pensé que sería muy duro separarme de ti.

—¿Y ahora no lo crees?

—Ahora creo que sería un imbécil si te dejara escapar.

En aquel instante, Meg estuvo convencida de que no podía ser más feliz. Era la novia de Bruce y estaba locamente enamorada de él. ¿Qué podía salir mal?

Meg regresó al trabajo al día siguiente. Cuando Bruce la vio llegar a la oficina estuvo tentado de decirle que se tomara el resto de la semana libre, pero se abstuvo porque sabía que Meg se negaría. Esperó un tiempo prudencial antes de llamar a la puerta de su despacho y respiró profundamente cuando Meg tardó casi dos minutos en decir: «adelante». Bruce entró en su despacho y se la encontró sentada y con la espalda erguida.

—Me has dejado esperando porque sabías que era yo —le recriminó indignado.

—No te des tanta importancia —respondió ella, utilizando las mismas palabras que él había empleado cuando se mensajearon—. No tengo rayos láser. No puedo ver quién hay detrás de la puerta. Además, soy una mujer ocupada. ¿Qué quieres?

—Ya sabes lo que quiero.

Bruce se repantingó en la silla con una postura relajada. Se percató de que Meg estaba tensa. La conocía demasiado bien para saber que detrás de su entereza se escondía una mujer que estaba muy nerviosa.

—Relájate, Meg —le pidió con suavidad—. He venido en son de paz.

—Tú y yo solo sabemos discutir.

—En el pasado también hacíamos otras cosas muy placenteras —le recordó, esbozando una sonrisa pícara.

Meg lo fulminó con la mirada.

—¿A eso has venido? ¿A recordarme que en el pasado echamos un polvo?

—No. —Bruce se puso más serio—. He venido a hablar de lo que sucedió el otro día entre nosotros.

—De lo que estuvo a punto de suceder —lo corrigió ella con aspereza—. Creí que ya estaba todo aclarado. Me pillaste en un momento vulnerable. Eso es todo.

—Eso no fue lo que pasó.

Meg se rio en su cara.

—Te encanta creer que todas las mujeres comen de tu mano, eh. —Meg se puso de pie para echarlo de su despacho, pero Bruce adivinó sus intenciones y fue más rápido que ella. Se levantó, le cogió la mano y comenzó a acariciarle el dorso. Meg se sobresaltó y lo miró con los ojos entornados—. ¿Qué haces?

—Demostrarte que entre nosotros sigue existiendo atracción.

—Siempre se ha dicho que los polos opuestos se atraen —respondió ella para restarle importancia—. Y tú eres un hombre atractivo. Pero que en el pasado me acostara contigo no significa que ahora esté deseando hacerlo.

—Ya, porque no te mueres de ganas.

Meg le puso una mano en el pecho.

—Tengo otras prioridades y tú ni siquiera estás en la lista.

Bruce le acarició los nudillos mientras ella fingía mantener la compostura. Él podía notar el pulso acelerado de su muñeca. Siguió tocándola y ella le sostuvo la mirada sin pestañear. Estuvieron un rato mirándose hasta que Bruce rompió el silencio.

—¿Te acuerdas de cuándo destrozaste mi colección de dinosaurios?

—Por supuesto que me acuerdo. Fue una venganza porque tú rompiste mi barbie favorita.

—Fue sin querer. Solo pretendía esconderla. Y lo hice porque tú me pusiste la zancadilla en mitad del pasillo del colegio.

—¡Porque tú me llamaste adefesio!

—No pienso que seas un adefesio —respondió Bruce con sinceridad—. Eres la mujer más preciosa que me he echado a la cara.

Meg intentó que sus palabras no la afectaran.

—¿A dónde quieres llegar?

—No lo sé. Me he acordado de repente.

—¡Bruce! —exclamó exasperada, y se percató de que él había aprovechado su despiste para entrelazar sus dedos con los suyos—. Sí, nos peleábamos porque éramos unos críos. Nos hicimos un montón de trastadas el uno al otro. Pero reconoce que todo empezó porque tú me llamaste zanahoria con patas el día que nos conocimos. La culpa es tuya. Yo solo me estaba defendiendo.

—Vale —concedió Bruce, y ella se sorprendió de que él le diera la razón—. Antes de que tú llegaras al pueblo estaba acostumbrado a que todo el mundo me hiciera la pelota. Me sorprendió que no te dejaras intimidar y por eso me porté fatal contigo, ¿satisfecha?

Meg lo miró sorprendida.

—Pues... sí.

—¿Alguna vez has pensado en cómo habrían sido las cosas entre nosotros si yo hubiera sido más amable contigo cuando nos conocimos? —preguntó Bruce.

—Sí —admitió ella—. Estoy convencida de que ahora no estarías intentando llamar mi atención porque en el fondo solo me buscas porque crees que te lo estoy poniendo difícil. Estás acostumbrado a que las mujeres caigan rendidas a tus pies. Mi actitud te molesta. Por eso quieres tenerme.

—Crees que soy un idiota que se ha encaprichado de ti —respondió Bruce, y levantó el brazo libre para acariciarle la mejilla—. Joder, Meg, no tienes ni idea. Te lo dije cuando tenía veinte años: siempre has sido tú.

Meg no se resistió cuando él la empujó contra la pared y le dio un beso en el cuello. Se le escapó el aire por la boca y su corazón se saltó un latido. Sabía que debía apartarse de Bruce, pero cerró los ojos cuando él le acarició el cuello con los labios. ¿A quién quería engañar? Si aquello era una simple atracción, entonces era la sensación más ardiente y deliciosa que había experimentado en toda su vida. Bruce clavó las manos en sus caderas y presionó su erección contra sus muslos. Meg ahogó un gemido y se mordió el labio inferior. Entonces Bruce le rozó el

costado y le dio otro beso en el cuello.

—Me vuelves loco, Meg —le dijo con voz ronca antes de besarle la barbilla—. Dime qué quieres que haga.

—Nada —musitó con voz temblorosa.

—¿Nada? —le dio un pequeño mordisco en el cuello—. Eso es imposible cuando se trata de ti, pequeña.

Meg perdió la cordura cuando él la llamo pequeña. Un montón de recuerdos la asaltaron de golpe. No fueron malos recuerdos, sino todo lo contrario. Fueron recuerdos de aquella noche en la que se habían amado tanto que a ella la vida le pareció que no podía ser más dulce. Por eso se rindió y se dejó llevar como la mujer impulsiva y pasional que era. Por eso lo agarró de las solapas de la camisa para pedirle que la besara. Y por eso se sobresaltó cuando llamaron a la puerta.

—Meg, cariño. —La voz de Colin la sacó de su ensoñación—. ¿Puedo pasar?

Meg le dio un empujón a Bruce y se atusó el pelo. Su expresión era la viva imagen del pánico. Bruce masculló una palabrota e intentó recomponerse la erección como pudo. Ninguno de los dos supo qué hacer. Meg evitó mirarlo cuando pasó por su lado y fue directa a la puerta. Se encontró con el semblante amable e inocente de su prometido y se sintió como una mierda.

—Colin —dijo, intentando sonar serena—. ¿Qué haces aquí?

—Sé que es tu hora de almorzar y me preguntaba si te apetece venir conmigo.

—Ah. —Meg forzó una sonrisa y se colgó de su brazo. No podía permitir que Colin descubriera a Bruce en su despacho, por eso salió de allí y arrastró a Colin por el pasillo—. Pues sí, me muero de hambre.

Bruce se quedó hecho polvo cuando Meg se marchó con Colin. Se pasó una mano por el pelo y luego se apoyó con las dos manos en el escritorio. Respiró profundamente para tranquilizarse porque le entraron ganas de darle una patada a la silla. Y luego se enderezó, se arregló el nudo de la corbata y se prometió a sí mismo que recuperaría a Meg porque lo que acababa de suceder entre ellos le demostraba que ella seguía sintiendo algo por él.

## Hace siete años...

Bruce se había marchado a estudiar a Estados Unidos. Ambos habían acordado mantener su noviazgo en secreto porque sabían que una relación a distancia era una prueba muy dura para dos personas que solo sabían pelearse o besarse. Por eso no querían contar con la opinión de sus familias hasta que supieran que tenían una relación sólida. Pero los sentimientos de Meg eran tan sólidos como una roca. Y ella lo echaba muchísimo de menos. Pensaba en él a todas horas y se avergonzaba cuando se tocaba fantaseando con que fuera Bruce quien lo hacía.

Quería que su primera vez fuera con Bruce porque estaba enamorada de él. Se había besado con un puñado de chicos, pero jamás permitió que ellos fueran un paso más allá porque no estaba segura. Ahora lo sabía. Quería perder la virginidad con Bruce. Y, cuando él regresara para las vacaciones de verano, se lo diría sin tapujos. Ella no se andaba por las ramas cuando estaba segura de algo.

El día que cumplió dieciocho años sus amigos le organizaron una fiesta en la playa. Meg se lo pasó genial, aunque deseó que Bruce estuviera allí con ella. Cuando la fiesta terminó y regresó a su casa, se sintió un poco decepcionada porque él no la había felicitado. Se mensajeaban todos los días y cada noche Bruce la llamaba por teléfono. A Meg le gustaba que lo último que escuchara antes de quedarse dormida fuera su voz.

Estaba a punto de enviarle un mensaje para recriminarle lo pésimo novio que era por haberse olvidado de su cumpleaños cuando un mensajero llamó a su puerta. El mensajero le entregó una caja enorme y Meg esbozó una sonrisilla en cuanto cerró la puerta. Evitó las miradas inquisitivas de su madre y su abuela y se encerró en la habitación. Leyó la nota y sintió un regocijo en el estómago.

*Felicidades, pelirroja exasperante.*

*Espero que te guste,*

*Bruce.*

Meg se rio al ver el contenido. Era un pijama de *Lilo y Stitch*, su película favorita. También había un surtido de sus dulces favoritos y un paquete de palomitas con mantequilla. Meg llamó a Bruce por teléfono y él descolgó al primer toque.

—Felicidades, Meg.

—¡Pensé que te habías olvidado de mí!

—Nunca —respondió Bruce—. Acabo de salir de un examen. Por eso programé la entrega del paquete para esta hora. Quería estar disponible cuando lo recibieras.

—¿Disponible para qué?

—Para celebrar tu cumpleaños contigo.

Bruce colgó y Meg se quedó con cara de póker. Medio minuto después, él le estaba haciendo una

videollamada. Meg sonrió ilusionada cuando le vio la cara a través de la pantalla.

—Pon *Lilo y Stich*, pelirroja.

—¿Lo has organizado todo para ver mi película favorita conmigo?

—Por supuesto.

Bruce estaba tumbado en la cama de su habitación y ya tenía la película pausada en su pantalla. Meg pensó que aquel era el cumpleaños más perfecto que había tenido nunca. Bruce le enseñó su bol de palomitas y ella le dio un mordisco a una chocolatina. Estuvieron comentando la película hasta que terminó. Entonces, Meg se tumbó bocarriba en la cama y miró a Bruce.

—Te echo de menos.

—Yo también te echo de menos, Meg.

—Ojalá pudieras estar aquí conmigo. Gracias por este día.

—No me des las gracias, Meg. Haría cualquier cosa por verte sonreír.

Meg esbozó una sonrisa amplia para demostrarle que era inmensamente feliz. Luego lo señaló con un dedo e intentó fingir que se ponía seria.

—Bruce Anderson, ni se te ocurra estropear lo que tenemos.

—¿Por qué iba a estropearlo, pequeña? —respondió con ternura—. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Te lo dije, Meg: siempre has sido tú.

—¿Siempre? —preguntó ilusionada—. ¿Incluso cuando nos conocimos?

—Incluso entonces sabía que habías llegado a mi vida para quedarte.

Estuvieron hablando durante horas hasta que anocheció. Meg se despidió de Bruce y cerró los ojos cuando él colgó. Si estaba soñando, aquel era el mejor sueño que había tenido nunca.

—Meg, ¿estás bien?

Meg se sobresaltó cuando Colin le habló. Estaba ensimismada en sus pensamientos y se martirizaba por haber estado a punto de cruzar la línea con Bruce. Colin no se merecía que ella lo traicionara. Era un buen hombre que siempre la apoyaba en todo. ¿Por qué se le iba la cabeza cuando estaba con Bruce? ¿Acaso no había aprendido nada del pasado?

—Estoy bien —mintió como una bellaca.

Colin la observó con cierto malestar.

—Tengo la impresión de que no te alegras de que esté aquí.

—¡No, no! —exclamó avergonzada y le cogió la mano—. Estoy preocupada por mi madre. Eso es todo.

Se sintió fatal por poner de excusa a su madre, pero sabía que no podía ser sincera con Colin. Jamás le había hablado de su historia con Bruce porque aquello habría implicado admitir en voz alta que todavía no lo había superado.

—Vale —respondió Colin, no del todo convencido—. Ya sabes que conmigo puedes hablar de cualquier cosa. Eres mi mejor amiga. Somos un equipo.

Meg le dio un beso en la boca y se levantó para pagar la cuenta a pesar de que Colin intentó protestar. A lo lejos vio a Bruce y no se sorprendió porque aquella era la única cafetería que había cerca de la oficina. Intentó disimular el cosquilleo que le recorrió el estómago.

—Ya han pagado su cuenta —la informó el camarero.

Meg apretó los dientes. Cómo no. Había sido Bruce y quería lanzarle un mensaje. Estupendo. Ella también le enviaría otro. Regresó a la mesa, le dio un beso a Colin para demostrarle a Bruce que ya no sentía nada por él y se colgó de su brazo. Pero Colin reconoció a Bruce cuando estaban saliendo de la cafetería y se acercó a él para saludarlo.

—¡Bruce! —exclamó como el bonachón que era—. Me alegro de verte.

Bruce esbozó una sonrisa fría como el hielo. Sus ojos estaban fijos en Meg.

—Hola, Colin.

—Mi suegra dice que eres el mejor rival de ajedrez que ha tenido. Algún día podríamos echar una partida.

—Soy un hombre muy ocupado.

Meg lo atravesó con la mirada. No se podía creer que Bruce hubiera sido tan maleducado con Colin. Su prometido forzó una sonrisa de circunstancia.

—Por supuesto.

—Nos vamos —dijo Meg, tirando de él hacia la puerta.

—¿Podemos hablar un segundo? —preguntó Bruce.

—No —respondió ella de manera brusca—. Estoy en mi tiempo libre. Las cuestiones laborales no se comentan fuera de la oficina.

—Meg —dijo Colin—. Puedo esperarte fuera.

Meg apretó los dientes cuando Colin salió de la cafetería. Bruce tuvo la poca vergüenza de esbozar una sonrisa triunfal. Entonces Meg se cruzó de brazos y puso mala cara.

—No vamos a hablar de lo que sucedió en mi despacho.

—Por supuesto que sí —replicó Bruce—. No eres una cobarde que huye de las conversaciones incómodas.

—De acuerdo, ahí va una verdad muy incómoda: voy a casarme con Colin y me arrepiento muchísimo de haber permitido que me pusieras tus asquerosas manos encima.

—Mis manos nunca te han parecido asquerosas, Meg.

—Todo en ti me parece asqueroso. Empezando por tu arrogancia.

—¿Por qué huyes de lo que sientes? —preguntó Bruce, ignorando deliberadamente que ella acababa de llamarlo arrogante—. Tú no eres así. Siempre te dejas llevar por lo que sientes.

—Porque está mal.

—¿Está mal que me desees?

—Sí —respondió ruborizada—. Porque estoy enamorada de Colin.

Bruce se sintió como si ella le hubiera dado un puñetazo en el estómago.

—Si estuvieras enamorada de él no habrías querido que te besara.

—Soy lo suficiente inteligente para separar el amor de la atracción —respondió ella con frialdad—. Y ahora, si me disculpas...

—No te pega ser una cobarde.

—Mira quién fue a hablar.

—Yo no soy un cobarde porque sé lo que quiero y voy a por todas.

Meg abrió la boca para decir algo, pero en ese momento alguien entró en la cafetería y pronunció el nombre de Bruce. Meg apretó los dientes al reconocer aquella voz chillona. Era Maeve, que se lanzó a los brazos de Bruce y le dio un beso en la mejilla. Meg notó que se le retorció el estómago al verlos juntos.

—¡Hola, Meg! —exclamó Maeve, como si fueran las mejores amigas del mundo—. Me acabo de cruzar con tu prometido. Un tipo encantador. Me ha contado que Bruce y tú estabais hablando de trabajo. ¡Mi amorcito es el hombre más trabajador de este pueblo!

Maeve le dio otro beso en la mejilla y Bruce intentó no poner cara de asco.

—Hablando de trabajo, me voy a la oficina —dijo Meg, con tal de perderla de vista.

—Nos vemos mañana —respondió Maeve.

—¿Mañana? —dijo Meg sin entender nada.

—Colin y yo hemos pensado que sería fantástico aprovechar el fin de semana para hacer una

cena de parejitas. Y así tu prometido conoce mejor el pueblo.

A Bruce y Meg se les descompuso la expresión. Cuando Meg salió de la cafetería, encontró a Colin charlando con un vecino del pueblo. Su prometido la observó con tanta inocencia que Meg volvió a sentirse culpable, y luego intentó por todos los medios borrarle la idea de cenar con Bruce y Maeve.

—Creo que deberías intentar llevarte bien con él —dijo Colin con tono conciliador—. Ya sé que no te cae bien, pero es tu jefe.

—Futuro jefe —lo corrigió Meg.

—No veo la diferencia —bromeó Colin.

—Ha sido maleducado contigo.

—No debería haberle propuesto jugar al ajedrez —le restó importancia—. Ni siquiera nos conocemos, pero estoy seguro de que podemos llevarnos bien.

—Me gusta separar mi vida personal de mi vida privada.

—Cariño —respondió Colin con dulzura—. Cuando nos casemos, me mudaré aquí a vivir contigo. Quiero ir conociendo a mis futuros vecinos. Lo que es importante para ti es importante para mí.

—No te merezco —musitó Meg con los ojos anegados de lágrimas.

—No digas eso. —Colin la abrazó y le dio un beso—. El día que aceptaste tener una cita conmigo me hiciste el hombre más feliz del mundo. Siempre pensé que solo me veías como un amigo.

Meg se dijo a sí misma que no lo veía como un amigo, pero cuando Colin volvió a besarla no sintió ese cosquilleo vertiginoso que le producía simplemente pensar en Bruce.

## Hace siete años...

Bruce regresó para las vacaciones de verano y él y Meg se escaquearon de todos para estar juntos. Pasaban todo el tiempo discutiendo o besándose hasta que se quedaban sin aliento. Un día que los padres de Bruce se marcharon con Saoirse a hacer un viaje de fin de semana a París del que él pasó porque fingió estar enfermo, Meg supo que no quería desaprovechar aquel momento.

Estaban tumbados en la cama de Bruce mientras veían una reposición de *Modern Family*. Bruce le estaba acariciando el brazo y se reía viendo la tele. Meg se acercó a él y comenzó a acariciarle la rodilla. Luego fue subiendo lentamente. Bruce se sobresaltó cuando ella le puso la mano en la bragueta.

—Meg, ¿qué haces? —preguntó con voz ronca.

Ella puso los ojos en blanco. Estaba nerviosa, pero tenía toda la intención de aparentar seguridad en sí misma para que él no creyera que era una cría.

—¿Tú qué crees? —respondió esbozando una sonrisa traviesa.

—Creo... que se me va a poner dura si no paras.

Meg le dio un empujoncito y lo tumbó bocarriba. Bruce respiró con dificultad cuando ella se sentó a horcajadas encima de él y le puso las manos en el pecho. A Meg se le escapó el aire por la boca cuando sintió aquel bulto presionándose contra su sexo. Era una sensación tan intensa... nunca se había sentido así.

—¿Quieres que pare? —preguntó con voz melosa.

Bruce se tapó la cara con las manos. Le costaba respirar.

—Sabes que no.

—¿Cuántas veces has fantaseado con tenerme así? —preguntó juguetona, y se inclinó para morderle el cuello.

Bruce enterró una mano en su pelo y la otra en su cintura. Luego la presionó contra su erección y ella gimió. Solo bastó que él enredara un mechón de pelo en su puño y le besara la barbilla para que ella comenzara a respirar de manera acelerada.

—¿Qué cuántas veces he fantaseado con follarte, Meg? —respondió él con voz ronca—. Demasiadas. Tantas que creo que podría ir a la cárcel.

Meg se rio y él le dio otro beso muy cerca de la boca. Meg deslizó las manos por su pecho. Estaba nerviosa, pero también más excitada de lo que había estado en toda su vida. Bruce debió notarlo, porque se apartó un poco para mirarla con ternura. Puso la mano en su mejilla.

—Eh, no tengo prisa —le aseguró con suavidad—. Puedo esperar, Meg. No hagas esto por mí.

—Pero tú ya lo has hecho con otras chicas.

—¿Y qué?

—Que te cansaras de mí si no...

—Nunca —respondió de manera rotunda, y le acarició la mejilla con cariño—. Quiero que te

acuestes conmigo porque de verdad lo desees, y no porque te sientas presionada. Puedo esperar, Meg. Una semana, un mes, un año. Me da igual.

—Eres un tipo afortunado, Bruce Anderson. —Meg le cogió la mano y se la llevó a los labios—. Porque estoy muerta de miedo, pero también quiero hacerlo contigo.

—¿Segura?

—Segurísima.

Bruce la besó con tantas ganas que la tiró de espaldas sobre el colchón. Meg ni siquiera se había acostumbrado a sus besos. Todavía le seguían acelerando el corazón como el primer día. Pero aquel beso fue diferente porque estaba repleto de unas ganas que la sacudieron por completo. Meg no supo dónde encontró el valor para tocarlo. Deslizó las manos por sus antebrazos y Bruce metió una mano entre sus muslos. Solo necesitó acariciarla por encima de la ropa para que ella comenzara a gemir.

—Puedes pedirme que pare en cualquier momento —le prometió—. Tú solo dímelo y dejaré de hacer... esto.

Meg ahogó un grito cuando él le desabrochó los pantalones y metió una mano para acariciarla por encima de la ropa interior. Meg se retorció de placer cuando Bruce la tocó en aquella parte tan íntima. Se llevó las manos a las mejillas porque estaba ardiendo.

—Ay, madre mía...

Le entró la risa floja porque aquello era demasiado bueno. Supo que Bruce estaba sonriendo de medio lado y contuvo las ganas de darle un guantazo para ponerlo en su sitio. Dios... pero lo hacía tan bien...

—¿Te puedo quitar el jersey?

Meg asintió y él le sacó el jersey por la cabeza. Los ojos de Bruce se oscurecieron cuando la vio en sujetador. Meg se mordió el labio. No tuvo que preguntarle si le gustaba lo que veía porque reflejada en sus ojos se sintió hermosa. Desnudó a Bruce con manos temblorosas y resopló cuando le vio los abdominales. Bruce frunció el ceño.

—¿Alguna queja?

—Estás tremendo, Bruce —dijo con toda la naturalidad del mundo, y él se echó a reír—. Y estoy un poquito enfadada contigo porque te habrán tocado un montón de chicas.

—Ninguna se te acerca ni de lejos, Meg.

Si lo dijo para complacerla, a Meg no le importo cuando él la besó. Sostuvo su cara y la besó con una mezcla de ternura y urgencia que la devastó. Luego se tomaron todo el tiempo del mundo para desnudarse. Meg no sintió ni una pizca de vergüenza cuando ambos estuvieron desnudos. Bruce la acarició sin dejarse ni un centímetro de piel.

—Eres preciosa, pequeña... —susurró, antes de besarle un pecho.

Meg gimió cuando él succionó uno de sus pezones. Creía que no podía sentir más placer hasta que él separó sus muslos y comenzó a acariciarla mientras seguía devorando sus pechos. Meg se tensó cuando él la penetró con un dedo y Bruce volvió a besarla en la boca.

—Tranquila, podemos ir despacio.

—Haz que me guste.

—Te gustará —le aseguró Bruce—. Tanto que me pedirás que lo repita.

—Eres un idiota arrogante y...

Las palabras se quedaron atascadas en su garganta cuando Bruce fue bajando por su cuerpo mientras le daba besos. Meg supo lo que estaba a punto de hacer y casi quiso gritarle que se detuviera. Aquello era demasiado. Era...

Oh... Dios..., pensó Meg.

Meg estalló de placer cuando Bruce la besó justo allí. Su lengua la atormentó de una forma tan deliciosa que ella estuvo convencida de que se moriría del gusto. Bruce se apartó para coger un preservativo y Meg lo miró con una mezcla de curiosidad y pánico.

—Tranquila. —Se apoyó sobre los codos y le dio un beso—. Mi pequeña pelirroja exasperante...

Bruce la penetró muy despacio y Meg le clavó las uñas en la espalda. Él se quedó dentro de ella hasta que Meg se acostumbró a él. Entonces, Meg envolvió su cintura con las piernas y lo atrajo para que él comenzara a moverse. Y Bruce entró y salió de ella con un ritmo que la volvió loca. Lento, al principio. Rápido y fuerte, unos minutos después. Meg tuvo el primer orgasmo de su vida y él se corrió unos segundos después. Escondió la cabeza en su pelo y se quedó dentro de ella unos segundos antes de apartarse. Meg creyó que él comenzaría a vestirse, pero Bruce se quitó el preservativo y luego regresó a la cama para tumbarse a su lado. Meg sintió que tocaba el cielo con los dedos cuando Bruce la atrajo hacia su pecho. Ella apoyó la mejilla en su pecho y sonrió como una boba.

—¿Podemos hacer esto durante el resto de nuestras vidas? —musitó.

Bruce se rio y le dio un beso en la frente.

—Cada ocho horas, como el paracetamol.

—Me parecen pocas.

—A mí también. —Bruce la abrazó con fuerza—. No te voy a dejar salir nunca de esta cama. ¿Qué te parece?

—Que tal vez deberíamos decírselo a todo el mundo porque a tus padres, a Saoirse, a mi madre y a mi abuela les va a resultar un poquito extraño que de repente seas tan cariñoso conmigo.

—Creo que estarán encantados con la situación —dijo sin dudar—. Porque era inevitable, Meg.

—Se lo diremos cuando regresen del viaje.

—Me parece bien.

Meg se sintió tan afortunada que casi le pareció injusto que la vida le diera tanta felicidad. Acababa de hacer el amor con Bruce. No quería despertarse de aquel sueño hecho realidad.

Meg salió a dar un paseo por el bosque porque no quería pagar su frustración con Colin. La sacaba de sus casillas no salirse con la suya. La idiota de Maeve los había puesto en un compromiso. Ahora tendría que fingir que le importaba un bledo que ellos se hicieran arrumacos. Se le retorció el estómago cuando los imaginó en plan cariñosos. Estaba tan furiosa que ni siquiera vio la rama del árbol con la que se tropezó. Masculló una maldición y los ojos se le llenaron de lágrimas porque se había torcido el tobillo.

—¿Meg?

No supo si reírse o echarse a llorar cuando escuchó la voz de Bruce. Él se arrodilló para examinarle el tobillo y Meg casi le dio una patada cuando le rozó la piel. Apretó los dientes y abrió mucho los ojos para no llorar.

—¿Te duele? —preguntó preocupado.

—¿Qué haces aquí? —replicó con aspereza.

—Lo mismo que tú. Dar un paseo.

—¿Desde cuándo te gusta mancharte tus carísimos trajes de barro?

—¿Te duele? —insistió él.

—Sí —admitió, porque le pareció ridículo hacerse la fuerte.

—¿Puedes caminar?

—No lo sé.

Bruce la ayudó a ponerse de pie y Meg aulló de dolor. Bruce ni siquiera le preguntó cuando pasó un brazo por debajo de sus piernas y otro por su cintura. Meg se agarró a su cuello y sintió que volvía a ser una niña.

—¡Qué te crees que estás haciendo! —protestó indignada.

—No puedes caminar, Meg.

—Ponme ahora mismo en el suelo.

—Te voy a llevar a mi casa.

—¡Ni se te ocurra!

—No seas ridícula.

—¡Qué me bajes!

—Está aquí al lado. Te aplicaré un poco de hielo y te tomarás un analgésico. Y luego, si no mejoras, te llevaré al médico. —La apretó contra su pecho—. ¿Puedes dejar de moverte? Te vas a caer.

Meg sabía que no tenía otra opción, así que soportó aquella situación humillante en silencio. Pero no pudo evitar mirar de reojo a Bruce y maravillarse porque era guapísimo. Eso no lo podía negar.

—¿Por qué has venido al bosque?

—Ya te lo he dicho —respondió Bruce—. Para dar un paseo.

—A ti nunca te ha gustado venir al bosque.

—La gente cambia, Meg.

Meg se preguntó si había ido al bosque por la misma razón que ella, pero lo dejó estar. No quería recordar que tuvieron su primera cita en el bosque. Aquello le dolía demasiado porque implicaba admitir que hubo una época en la que fue muy feliz a su lado.

Meg observó la casa de Bruce con curiosidad. No era como se la había imaginado. Era una casa de madera en mitad del bosque. Ella dio por hecho que Bruce viviría en alguna mansión ostentosa. Él se las apañó para abrir la puerta con ella en brazos. Una bola de pelo le arañó las piernas.

—Quieto, Marvel —ordenó Bruce.

—Tienes un perro —dijo sorprendida.

—¿Por qué pones esa cara?

—Por nada.

Bruce la depositó con cuidado en el sofá. Marvel, el perro de Bruce, se subió al sofá y ladró para llamar su atención. Meg lo acarició y el perro salió disparado. Regresó al cabo de unos segundos con una pelota y ella se la lanzó. Se percató de que Bruce la miraba de una forma muy extraña.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Lo sabía.

Meg enarcó una ceja.

—¿Qué sabías?

Bruce sonrió de manera enigmática y se dio media vuelta. Meg resopló cuando la dejó sola. Cualquiera lo entendía. Meg aprovechó para observar el salón. Estaba limpio, ordenado y había un montón de fotos familiares. Meg esbozó una sonrisa cuando vio una foto en la que Bruce salía abrazado a su hermana. Aquella foto se la había tomado ella.

Bruce regresó con un par de cubitos de hielo envueltos en un paño.

—Te voy a poner un poco de hielo.

—Yo puedo sola.

Bruce la ignoró y apretó el paño contra su tobillo. Meg se sobresaltó por el frío y su primer impulso fue retirar la pierna. Por eso Bruce le puso la mano en la pantorrilla. Solo fue un gesto inocente, pero a Meg se le saltó un latido. Bruce volvió a colocarle el hielo y ella clavó los ojos en un cojín del sofá porque sabía que él se lo notaría si sus miradas se cruzaban. Intentó concentrarse en el dolor, pero le fue del todo imposible cuando el frío comenzó a hacer efecto. La cercanía de Bruce la abrumaba. Le incendiaba la piel. Solo había sido necesario que Bruce le pusiera la mano encima para que ella estuviera completamente excitada. Estaba furiosa consigo misma por ser tan débil. Por permitir que él tuviera tanto poder sobre ella.

—Estás muy callada —dijo Bruce—. ¿Debería preocuparme?

—No quiero discutir —respondió de manera evasiva.

—No tenemos por qué discutir.

Meg resopló.

—Ya.

—Discutimos porque tú quieres.

—O sea, que la culpa la tengo yo.

—Yo no he dicho... —Bruce suspiró y dejó la frase sin acabar. Le acarició la pierna, esta vez con toda la intención del mundo, y esbozó una sonrisa pícaro—. Prefiero follar contigo que discutir contigo.

Meg estuvo a punto de caerse del sofá. Bruce la miró a los ojos, pero ella evitó su mirada porque estaba empezando a sonrojarse. Bruce aprovechó su mutismo para darle un masaje en la pantorrilla.

—Pues yo no prefiero ni una cosa ni la otra —respondió Meg, no con toda la vehemencia que le habría gustado—. Deja de tocarme.

—Te gusta.

—Que me guste no significa que esté bien. Te voy a dar una patada, Bruce.

Él levantó las manos para demostrarle que era inofensivo, pero Meg tenía clarísimo que Bruce era peligroso.

—No te enfades conmigo, Meg.

—Me provocas constantemente. No sé a qué estás jugando, pero no me hace ni pizca de gracia. Limitate a darle masajes a tu novia.

—Lo haré.

Meg no pudo evitar poner mala cara. Bruce le ofreció el paño con hielo y se sentó en el otro extremo del sofá. Meg se sintió fatal cuando él se alejó de ella, lo cual era ridículo porque ella se lo había pedido. Se hizo un silencio tan tenso que ella sintió la necesidad de romperlo con lo primero que se le pasó por la cabeza.

—¿Cuáles son tus siete reglas?

Se arrepintió en cuanto formuló la pregunta. ¿Y a ella qué diantres le importaba?

—Tienes mucha curiosidad, eh —respondió él con tono socarrón.

Meg se encogió de hombros.

—Todavía me duele y quiero pensar en otra cosa —respondió para restarle importancia.

—¿Te vas a reír de mí? —preguntó él, algo más serio.

—No lo sé —admitió ella—. A ver si me sorprendes, Bruce.

—La primera regla es que sea atractiva.

Meg se echó a reír.

—Lo sabía. Qué superficial eres.

—Solo es la primera regla —respondió Bruce a la defensiva—. Obviamente necesito sentirme atraído por la mujer con la que voy a casarme. ¿O vas a negar que la atracción es una parte fundamental de una relación?

—Oh, sí —respondió Meg con ironía—. Por eso estás saliendo con Maeve. Ahora lo entiendo todo.

Meg se percató de que Bruce apretaba los dientes.

—Piensa lo que quieras —dijo indignado—. ¿Quieres que te diga cuales son las otras seis reglas o te vas a seguir cachondeando de mí?

—Por favor, soy toda oídos. Me muero de curiosidad.

—Que tenga sentido del humor y sea capaz de reírse de sí misma.

—Bueno, a Maeve le encanta reírse de los demás. No sé si eso te sirve.

Bruce la ignoró y continuó como si nada.

—Es indispensable que sea buena persona. Una mujer con buen corazón que se preocupe por los demás.

Meg se partió de risa.

—Igualita que Maeve.

—Inteligente —dijo Bruce.

—Oh, sí. Maeve es muy lista y manipuladora. Sería capaz de sacarle un ojo a alguien con tal de salirse con la suya.

—Familiar. Me gustaría que tuviera instinto maternal y fuera cariñosa. Que quiera con todo su corazón.

—Ajá.

—Una mujer trabajadora, a la que no le importe esforzarse para cumplir sus sueños.

—Maeve trabaja para hacerle la vida imposible a los demás.

—Y que se lleve bien con Marvel.

—Una vez la vi darle una patada a un perro.

—¡Quieres dejar de hablar de Maeve! —protestó él.

—¿Por qué? —preguntó ella con inocencia—. Es tu novia. Debería cumplir tus siete reglas. No son malas, lo reconozco. Por eso no entiendo que te hayas fijado en alguien que no las cumple.

—Para verme como una persona tan desagradable estás muy interesada en mi vida, Meg.

—Yo no he dicho que seas desagradable.

—¿Y entonces qué soy?

«Un embaucador de la peor calaña que hace siete años jugó con mis sentimientos».

—Da igual.

—Por favor, sácame de dudas —le pidió molesto—. No sé qué te hice para que estés tan enfada conmigo. Te marchaste hace siete años sin concederme una explicación. Me merezco saber la verdad, Meg.

Ella lo atravesó con la mirada, pero Bruce permaneció impasible. Ambos se miraron con furia. Bruce estaba cabreado porque, de repente, recordó lo dolido que había estado con ella. Y Meg estaba hecha una furia porque no se podía creer que Bruce tuviera la desfachatez de hacerle una recriminación. ¡Aquello era el colmo!, pensó ella.

—La verdad es que me siento mejor y voy a marcharme —dijo ella, intentando ponerse de pie. El dolor le atravesó la pierna como si le estuvieran clavando un centenar de agujas en la planta del pie.

—Ni siquiera te puedes poner de pie. No seas terca.

—Solo necesito unos segundos.

—Mira que eres testaruda. —Bruce se levantó y le dio un pequeño empujoncito que la sentó en el sofá—. Voy a preparar dos tazas de chocolate caliente. El chocolate te pone de buen humor. Y luego mantendremos una conversación civilizada sobre lo que sucedió hace siete años.

Meg quiso gritarle que no iban a hablar sobre aquello, pero miró a Bruce a los ojos y se le cortó la respiración, porque él la miraba con tanta determinación que supo que no podía negarse. Meg asintió y él se relajó. Fue a la cocina para preparar el chocolate y Meg echó de menos al hombre atento y que le erizaba la piel con cada caricia. Se recostó en el sofá y se abrazó a sí misma.

¿Por qué no podía odiarlo?

Pero Meg no era una persona de medias tintas. Era una mujer pasional, que amaba con todo su corazón y se entregaba sin reservas. Cuando se enamoró de Bruce se lanzó de golpe a la piscina. No pensó en las consecuencias. Lo amó hasta que él le rompió el corazón como si no valiera nada. Y ahora, a pesar de todo, seguía sintiendo algo por él. Algo que la convertía en la mujer irracional que siempre había sido. Esa era la razón por la que se había comprometido con Colin. Su prometido la mantenía con los pies en el suelo. La convertía en una mujer cuerda que renegaba de la pasión.

Algo llamó su atención. Abrió los ojos de par en par porque acababa de ver un libro en la estantería. Meg tuvo una corazonada. Era un libro que casi todo el mundo tenía en su casa, pero Meg intuyó que era *su libro*. El mismo que le devolvió a Bruce sin darle ninguna explicación. Se levantó y caminó a la pata coja. Cogió el libro y lo abrió por la primera página.

Allí estaba. El libro que le había regalado Bruce. Acarició la letra de Bruce y los ojos se le llenaron de lágrimas. Supo que no estaba preparada para mantener aquella conversación porque, en cuanto hablaran del pasado, ella se vendría abajo y sería incapaz de fingir que ya no sentía nada por él. Volvería a ser la chiquilla vulnerable a la que era tan fácil engañar. Por eso se marchó cojeando. Necesitaba huir de Bruce. De lo contrario, le abriría su corazón y estaría perdida.

## Hace siete años...

Meg y Bruce habían acordado que harían oficial su relación aquella tarde. Se lo contarían a su familia y dejarían de esconderse como si estuvieran haciendo algo malo. Meg no cabía en sí de la felicidad. Amaba a Bruce. Estaba tan enamorada de él que comprendió que lo suyo era inevitable.

Había quedado con él en la playa. Ya no tenía miedo de confesarle sus sentimientos. De hecho, le parecía absurdo no habérselo dicho antes. Estaba tan contenta que se dirigió a la playa quince minutos antes porque no podía esperar más. Llegó al acantilado y lo vio en la orilla. Fue a gritar su nombre, pero prefirió darle una sorpresa y comenzó a bajar. Pero la sorpresa se la llevó ella cuando Maeve apareció en la playa. Meg se quedó paralizada y frunció el ceño. Maeve llegó corriendo hacia Bruce y le dio un abrazo. A Meg se le retorció el estómago y sintió el resquemor de los celos. No quiso sacar conclusiones precipitadas. Se quedó allí, observando la escena. Apretó los puños cuando Bruce entabló una conversación con Maeve. Y, entonces, su mundo se vino abajo cuando Maeve rodeó el cuello de Bruce y lo besó. Los ojos de Meg se llenaron de lágrimas. Quiso gritar. Quiso bajar a la playa y golpear a Bruce. Pero, en lugar de eso, se dio media vuelta y se marchó llorando.

Odiaba a Bruce, o eso se dijo cuando dejó que la rabia se apoderase de ella. Al llegar a su casa, cogió el libro que él le había regalado y tomó una decisión. Se marcharía a Dublín para estudiar lejos de Bruce. Lejos de todo el amor que la consumía y la hacía sentir la persona más estúpida de aquel pueblo.

\*\*\*

Bruce comenzó a preocuparse cuando transcurrieron quince minutos y Meg no apareció. Al principio estaba tan enfadado con Maeve que decidió relajarse antes de llamar a Meg. No se podía creer que Maeve lo hubiera besado. Se la encontró por sorpresa en la playa y charló con ella porque no quería ser maleducado. De repente, Maeve se abalanzó sobre él y lo besó. Bruce se quedó tan impresionado que tardó unos segundos en reaccionar. Maeve aprovechó para pegarse a él como una lapa y a Bruce le costó apartarse. Cuando se la quitó de encima le gritó que estaba loca. Maeve lo llamó imbécil y Bruce le dijo que estaba enamorado de Meg. Luego, Maeve se marchó hecha una furia y él pudo respirar aliviado.

¿Dónde se había metido Meg?

La llamó por teléfono y ella no respondió. Se quedó descolocado. Al cabo de media hora, decidió ir a su casa por si le había sucedido algo. Estaba a punto de montarse en su coche cuando se percató de que había un libro en el parabrisas. Bruce sintió un mal presentimiento al reconocer el libro. Era *El principito*, el libro que le había regalado a Meg. Había un post it pegado en la portada. Bruce reconoció la letra de Meg. Sostuvo la nota con una mano temblorosa. Sus ojos no daban crédito.

*No quiero saber nada de ti. Se acabó. No te quiero. No te pongas en contacto conmigo.*

Solo hacían falta diecisiete palabras para romperte el corazón, pensó Bruce. No entendió nada. Releyó la nota por si Meg le había gastado una broma pesada. El corazón se le iba a salir del pecho. No supo cuánto tiempo estuvo allí, paralizado por el dolor, hasta que comprendió que aquello iba en serio. Dio por hecho que Meg había jugado con sus sentimientos y se sintió como un idiota. Por eso se subió al coche y condujo en dirección a su casa. Meg no estaba enamorada y había decidido cortar con él con una nota. Bruce lo tenía bastante claro. Si Meg no quería saber nada de él, jamás se rebajaría a suplicarle una explicación. Aunque le doliera en el alma. A pesar de que no entendía nada.

Era la segunda vez que Meg se largaba sin darle una mísera explicación. La primera fue hace siete años y él todavía no lo había superado. Y ahora tenía la desfachatez de marcharse de su casa cuando él quería hablar del tema. Bruce estaba indignado.

¿Por qué debía ir detrás de ella como un perrito faldero?

Tiraba la toalla. Cancelaría la doble cita. Aquello no tenía ningún sentido. La actitud de Meg le dejaba bastante claro que ella no sentía nada por él. Sí, la atracción sexual era palpable. Quizá ese era el problema. Se había hecho falsas ilusiones. Pero él no pensaba conformarse con alguien que solo se sentía atraída por él. Por eso telefoneó a Maeve para explicarle que ponía fin a su acuerdo. No quería ser injusto con ella, así que le pagó lo acordado y cortó la llamada cuando ella le propuso quedar para tomar algo.

Solo quería estar solo.

Al día siguiente faltó al trabajo porque no le apetecía verle la cara a Meg. No quería demostrarle lo afectado que estaba. No quería volver a ser el joven de veinte años que se quedaba hecho polvo porque ella había cortado con él escribiéndole una nota. Pero el segundo día se puso el traje y fue a la oficina porque no iba a permitir que sus sentimientos interfirieran con su vida profesional. Se encerró en su despacho y deseó que el día se le pasara rápido. Por desgracia, a media mañana tenía una reunión con la junta directiva y tendría que reencontrarse con Meg.

\*\*\*

Meg sabía que Bruce estaba enfadado con ella. Lo conocía de sobra, y en el fondo no lo culpaba porque ella le había dado motivos al marcharse de su casa sin ofrecerle ninguna explicación. Bruce estuvo toda la reunión evitando su mirada, y ni siquiera le prestó atención cuando le tocó el turno de hablar en público. Pero había algo que la descolocaba por encima de todo: Bruce había roto con Maeve. La noticia la pilló desprevenida. Ayer estaba almorzando con Colin cuando él le comunicó que la cena se había cancelado. Meg se mostró aliviada, pero no pudo disimular su curiosidad y le preguntó por qué. Colin le explicó que Maeve y Bruce habían roto. Para qué negarlo, Meg se alegró e hizo un gran esfuerzo por fingir que le importaba un bledo.

Aquello no tenía ningún sentido.

Primero, Bruce faltaba al trabajo. Luego, volvía a estar soltero. Quizá ahí estaba el quid de la cuestión. A lo mejor estaba pasándolo mal porque Maeve había roto con él. Pero Meg sabía que Maeve había ido siempre detrás de Bruce. ¿Por qué iba a romper con él? Las preguntas se agolparon en su cabeza.

—Meg. —Saoirse le dio un codazo—. Te están haciendo una pregunta.

—¿Sí? —preguntó avergonzada.

El padre de Bruce le preguntó sobre un tema relacionado con su presentación y ella respondió de manera mecánica. Luego intentó concentrarse en la reunión, pero la mirada se le iba a Bruce. Él

mantenía la vista fija en su carpeta. Llevaba toda la reunión ausente y apenas había hablado.

Todos se levantaron cuando la reunión llegó a su fin. Bruce suspiró con desgana y se plantó a su lado. Carraspeó cuando ella no se levantó y la observó exasperado.

—¿No vienes? —preguntó con frialdad.

—¿A dónde? —respondió ella desconcertada.

—Ya has oído a mi padre. Quiere que trabajemos en equipo en el proyecto que has presentado.

—Ah —fue todo lo que pudo decir Meg.

Había estado distraída durante toda la reunión y apenas había prestado atención. No se sentía orgullosa. Siguió a Bruce y se puso nerviosa cuando se dirigieron al despacho de él. La tensión podía cortarse con un cuchillo. Bruce se sentó al otro lado del escritorio y ella supo que estaba marcando la distancia. Se pusieron a trabajar en el proyecto y Bruce le habló con una frialdad a la que ella no estaba acostumbrada. Meg no pudo soportarlo más. Aquella situación era muy incómoda y después de una hora y media estaba agotada de que él le respondiera con monosílabos cortantes o un puñado de frases cortas.

—¿Podemos hablar?

—Estamos hablando —respondió él con sequedad.

—Me refiero a hablar de lo que nos sucede.

—Ahora quieres hablar —respondió él con sarcasmo—. Limitémonos a trabajar, Meg. Íbamos por la estrategia de redes sociales. Deberíamos...

—Bruce —lo interrumpió Meg—. Sé que te debo una disculpa. Siento haberme marchado de tu casa sin despedirme.

—Disculpas aceptadas —respondió él sin mirarla—. Volvamos al trabajo. Como iba diciendo...

—Me marché porque vi el libro.

Bruce apretó la mandíbula, pero no dijo nada. Meg se envalentonó porque no soportaba que él se comportara de aquella manera con ella.

—Cuando vi el libro se me removieron un montón de sentimientos del pasado. Sé que debería haberme despedido de ti, pero ya sabes que soy una mujer muy impulsiva.

—Desde luego que lo sé. —Bruce se levantó—. Voy a dar una vuelta.

—¿Y el trabajo?

—¿Te refieres al trabajo que no quieres hacer porque te empeñas en hablar de algo que no tiene ningún sentido?

—Pensé que querías hablar conmigo —musitó avergonzada.

—Quería —dijo él con tono glacial—. Pero ya he llegado a la conclusión de que no merece la pena. Espero que podamos tener una relación cordial en el trabajo.

Meg se levantó y lo siguió cuando él se dirigió a la puerta. No pudo evitarlo. Se interpuso entre él y la puerta y Bruce la miró agotado.

—No me parece que estemos teniendo una relación cordial.

—La tendremos si te apartas de la puerta —respondió Bruce.

—Podríamos ser amigos.

Bruce esbozó una sonrisa desganada.

—Tú y yo nunca vamos a ser amigos —dijo, y abrió la puerta cuando ella se apartó conmovida—. Me tomo el resto del día libre. Espero que seas muy feliz con tu prometido.

Meg lo observó marchar y sintió que había algo que se le escapaba. Tenía la impresión de haber metido la pata hasta el fondo y no sabía cómo arreglarlo. Pero no tuvo el valor de seguir a Bruce porque eso implicaría hacerle daño a un hombre que no se lo merecía.

Bruce tenía la impresión de que Meg estaba jugando con él. Justo cuando él se daba por vencido y decidía alejarse de ella, Meg tomaba la decisión de hablar con él. De eso nada. Bruce no tenía ningún problema en admitir —para sí mismo—, que seguía enamorado de ella. Pero también tenía el suficiente amor propio para dejar de hacer el ridículo.

Durante una semana, Bruce mantuvo la distancia y Meg lo aceptó con resignación. Bruce apenas la miraba ni le dirigía la palabra. Le dolía saber que ella iba a casarse con Colin, para qué negarlo. Pero empezaba a aceptar que Meg nunca lo había querido. No era un sentimiento agradable, pero tenía que hacerse a la idea de una vez por todas. Intentó no pensar demasiado centrándose en el trabajo. Por las mañanas salía a correr hasta que le faltaba el aliento. Una tarde, Saoirse se presentó en su casa sin avisar y lo arrastró hacia su cafetería favorita, que estaba en un pueblo cercano. Bruce aceptó de mala gana porque sabía que su hermana lo estaba pasando fatal después de su desengaño amoroso.

—Te sentirás mejor después de comer un gofre.

—Me encuentro perfectamente —se hizo el digno.

—Sí, ya. Finge que no lo estás pasando fatal porque Meg se va a casar con Colin. A mí no me engañas.

Bruce no dijo nada porque le pareció ridículo negarlo. Su hermana lo conocía muy bien, a pesar de que nunca habían hablado del tema. Bruce se quedó perplejo cuando vio a Meg sentada en una mesa. Estaba a punto de darse la vuelta cuando Saoirse le dio un empujón y cerró la puerta.

—¿A qué viene esto? —preguntó estupefacto.

—Sois un par de cabezotas. Tal para cual. No os vais a poner de acuerdo sin un poco de ayuda. Os quedareis aquí encerrados todo el día. Conozco a la dueña y me debía un favor. Vendré mañana por la mañana a abrir la puerta. Para entonces, espero que hayáis tenido una conversación.

—Saoirse. —Bruce aporreó la puerta de cristal, pero su hermana se limitó a alejarse—. ¡Saoirse, no tiene ni puñetera gracia!

Meg carraspeó a su espalda y Bruce se volvió hacia ella con mala cara.

—Siempre te tienes que salir con la tuya.

—¿Perdona? —Meg enarcó una ceja—. Yo no tengo nada que ver en esto. A mí también me ha engañado. Llevo una hora y media aquí encerrada.

—Hazme un favor y quédate calladita. Me está empezando a doler la cabeza.

—¡Hablaré si me da la gana!

—Como quieras.

—Oye, Bruce, yo no... —Meg dejó la frase sin acabar cuando él pasó por su lado.

Bruce caminó hacia el otro extremo de la cafetería porque quería estar muy lejos de ella. Se sentó y se cruzó de brazos. Estaba convencido de que aquel iba a ser un día muy largo. Se masajeó las

sienes cuando el dolor de cabeza se hizo más fuerte. Llevaba una semana sin dormir bien. Meg permaneció alejada hasta que no pudo soportarlo más. Se acercó a él y le ofreció un vaso de agua y una pastilla que Bruce observó con los ojos entrecerrados. Ella puso los ojos en blanco.

—Es para el dolor de cabeza. No es veneno, Bruce.

—Gracias —respondió con frialdad.

Bruce se tomó la pastilla. Meg no quería incomodarlo, así que se dirigió a la cocina de la cafetería y se remangó las mangas del jersey. Preparó gofres porque sabía que era la merienda favorita de Bruce. Luego sirvió dos tazas de chocolate caliente y regresó a su lado. Bruce la miró de reojo cuando ella se sentó a su lado.

—El chocolate que te debía.

—Qué amable por tu parte —respondió él con acritud.

—Venga, Bruce. Vamos a estar aquí encerrados todo el día. Lo he hecho con mi mejor intención.

—Al ver que él no comía, Meg le acercó el plato—. ¿Quieres que te dé de comer como si fueras un crío? Sabes que soy capaz.

—Eres imposible.

Bruce se metió un trozo de gofre en la boca y contuvo un gemido de placer porque estaba delicioso. Meg esbozó una sonrisa satisfecha y ambos comieron en silencio. Pero a Meg la incomodaban los silencios y volvió a la carga.

—Siento que lo tuyo con Maeve no haya funcionado —dijo con suavidad.

Bruce se echó a reír sin dar crédito.

—No lo sientes. No la soportas.

—Tienes razón, pero sí lo siento. No me gusta ver que lo pasas mal. Estás enamorado de ella y no me alegro de verte sufrir. Pensé que me conocías mejor.

—Y yo pensé que tú también me conocías mejor —respondió él hecho una furia—. ¿Qué estoy enamorado de Maeve? ¿Te has vuelto loca? Sería incapaz de sentir algo remotamente romántico por ella.

—¡Te ibas a casar con ella! —exclamó Meg, dejándose llevar por la rabia.

—No me iba a casar con ella. —Bruce se tapó la cara con las manos y se echó a reír—. Venga, Meg. No me digas que todavía no te has dado cuenta.

—¿Darme cuenta de qué? —preguntó aturdida.

—Solo intentaba llamar tu atención —admitió avergonzado—. No había nada entre Maeve y yo. Quería darte celos porque tenía la esperanza de que te acercaras a mí.

—Yo no... —Meg se quedó tan desconcertada que le costó hablar—. ¿Por qué querías acercarte a mí?

—Maldita sea, Meg. —Bruce la miró a los ojos. Estaba tan dolido que ella se quedó impactada—. Porque me parte el corazón que te vayas a casar con otro.

Meg no pudo soportarlo más. Se sentó en su regazo y lo besó como llevaba siete años deseando

hacer. Se olvidó del resentimiento porque el amor que sentía era más grande. Y volvió a ser esa mujer pasional e impulsiva que se contenía cuando estaba con el hombre al que no amaba.

Bruce mandó al infierno la promesa que se hizo de mantenerse alejado de Meg cuando ella lo besó. Sí, era débil. Estaba jodidamente loco por esa pelirroja exasperante a la que siempre había querido. Por eso le devolvió el beso con tantas ganas que ella gimió contra sus labios. Bruce la abrazó por la cintura y la pegó más a él. Se maravilló cuando ella respiró sofocada y le acarició el pecho. Bruce enterró una mano en su pelo y le dio un pequeño mordisco en el labio inferior.

—Voy a follarte, Meg —le advirtió—. ¿Es lo que quieres?

Ella se agarró a su camisa y lo miró con los ojos nublados por el deseo.

—Sí.

Bruce barrió la mesa con un brazo y tiró todos los platos al suelo. Luego tumbó a Meg en la mesa y volvió a besarla. Sus lenguas se enredaron. Se tocaron por encima de la ropa. Ella comenzó a desabrocharle la camisa y Bruce la agarró de las muñecas. Sostuvo sus brazos por encima de su cabeza y le acarició la boca con la suya. Ella se estremeció y protestó cuando él no hizo nada.

—Llevo siete años esperando este momento —dijo él con voz ronca—. No va a ser rápido.

—Te necesito dentro de mí.

Bruce perdió la cordura cuando la escucho. No supo cómo fue capaz de mantenerse firme. Metió una mano por dentro de su falda y la acarició por encima de la ropa interior. Meg estaba completamente mojada. Bruce dejó un reguero de besos cortos por su cuello y le soltó las manos para que ella pudiera tocarlo. Meg estaba temblando de placer. Él le arrancó las bragas y la penetró con un dedo.

—Oh, Dios... —musitó ella.

—Quiero hacerte de todo. —Bruce le mordió el lóbulo de la oreja y repitió con voz grave—: De todo, Meg.

Meg separó las piernas para demostrarle que estaba de acuerdo, y él la masturbó hasta que ella estalló de placer. Se quitaron la ropa a trompicones. A ambos les trajo sin cuidado hacerlo en aquella cafetería. Se necesitaban. Esa era la única verdad.

Meg cogió de la mano a Bruce para que él se tumbara en el suelo. Bruce respiró de manera acelerada porque supo lo que ella iba a hacer. Meg se metió su erección en la boca y Bruce soltó un gruñido. Ella utilizó la boca y las manos hasta que él no pudo más. Entonces la tumbó bocarriba en el suelo y comenzó a frotar su erección contra su sexo mientras le susurraba un puñado de palabras sucias al oído.

—Pequeña... —Bruce la besó en la boca—. Cuánto te he echado de menos.

Bruce la penetró de un solo movimiento y ambos contuvieron la respiración. Él enterró la cara en su pelo y aspiró su olor. Meg le arañó la espalda y arqueó las caderas para buscarlo. Entonces Bruce comenzó a moverse y ella envolvió su cintura con las piernas.

—No pares... —le pidió.

Bruce aceleró el ritmo cuando sintió que ella estaba a punto de llegar al orgasmo. Se corrió dentro de ella sin pensar en las consecuencias y se desplomó sobre su cuerpo. Meg estaba temblando y él se apartó al cabo de unos segundos porque no quería aplastarla. Dejó el brazo encima de su pecho porque se negaba a dejar de tocarla. Aquello había sido demasiado bueno para ser real.

—Meg.

—No hables —dijo ella—. Abrázame, por favor.

Bruce obedeció sin rechistar. Se tumbó bocarriba y la envolvió con sus brazos. Meg apoyó la mejilla en su pecho. Tenía los ojos húmedos y él comprendió que estaba llorando. La abrazó con más fuerza y le dio un beso en la frente. Sabía que Meg estaba luchando contra sus sentimientos. Debía sentirse fatal por lo que acababa de suceder entre ellos.

—Meg...

—¿Sabes qué es lo peor de todo? —dijo ella con un hilo de voz—. Que no me arrepiento, Bruce.

Él respiró aliviado y la estrechó entre sus brazos. Meg continuó llorando y él le prometió que todo saldría bien. Quería decirle que la amaba con todo su corazón, pero se contuvo porque no sabía si era lo que ella necesitaba oír en aquel momento. Por eso se limitó a consolarla mientras le acariciaba el pelo. Al cabo de una hora, ella se rindió al cansancio y se quedó dormida. Bruce también estaba agotado porque todo había sido muy intenso.

—Te quiero, pelirroja —dijo antes de quedarse dormido.

Meg se despertó sobresaltada cuando alguien aporreó la puerta de la cafetería. Al principio, le costó recordar dónde estaba. Tardó varios segundos en reconocer que había hecho el amor con Bruce y se había quedado dormida sobre su pecho. Supuso que ya era de día y Saoirse estaba llamando a la puerta para despertarlos. Meg se preparó para darle una explicación a su mejor amiga, pero entonces se sobresaltó cuando su mirada se cruzó con la de su prometido.

Al principio, Colin pareció sorprendido. Como si ella le hubiera gastado una broma y él tratara de hacerse a la idea de que aquello que veían sus ojos no eran real. Hasta que Bruce se despegó y le dio un beso en el hombro. En ese momento, Colin sacudió la cabeza sin dar crédito. Meg se tapó avergonzada. Colin se dio media vuelta y se marchó sin decir nada. Los ojos de Meg se llenaron de lágrimas porque acababa de herir a un buen hombre. ¿En qué clase de persona se había convertido? Hacía siete años que Bruce le rompió el corazón y ahora ella traicionaba a su prometido acostándose con él.

—¿Ese era...? —preguntó Bruce, dejando la frase sin acabar cuando ella comenzó a temblar—. Mierda.

Meg se tensó cuando él le puso una mano en el hombro. Se levantó de un salto y corrió hacia la puerta envuelta en la manta. Golpeó el cristal de la puerta con un puño y gritó el nombre de Colin.

—Meg. —dijo Bruce con suavidad. Ya estaba de pie justo detrás de ella—. Tal vez deberías darle tiempo antes de hablar con él.

Meg se tapó la cara con las manos y rompió a llorar, pero se puso hecha una furia cuando Bruce intentó abrazarla y le dio un empujón. Se sentía furiosa consigo misma y no pudo evitar descargar su rabia contra él.

—Todo esto es culpa tuya.

—Mía —repitió sin dar crédito—. Ambos somos adultos.

—¡Llevas toda la vida queriendo hacerme daño! —chilló fuera de sí.

—Estás nerviosa porque tu prometido acaba de descubrir que lo has engañado. Lo puedo entender. Pero no lo pagues conmigo, Meg. Los dos sabemos que lo que ha sucedido entre nosotros ha sido algo mutuo. No me echas la culpa.

—Ya has conseguido lo que querías. Enhorabuena.

—¿Crees que yo quería esto? —preguntó atónito.

—¡Pues claro que querías que rompiera con Colin para salirte con la tuya! —Meg se alejó de él y comenzó a recoger su ropa desperdigada por el suelo. Se vistió sin mirarlo y Bruce también hizo lo mismo—. Solo querías acostarte conmigo para quedar por encima de mí.

—No digas tonterías.

—¿Sabes que es una tontería? Haberme acostado contigo cuando me iba a casar con un hombre maravilloso.

—Con un hombre al que no amas.

Meg levantó la barbilla y lo fulminó con la mirada.

—¿Y tú qué sabes?

—Porque me quieres a mí —respondió Bruce con naturalidad. Cortó la distancia que los separaba y le puso las manos sobre los hombros—. Ya sé que estás asustada, pero...

—No. —Meg se apartó de él y ni siquiera lo miró a los ojos—. Llevas compitiendo conmigo desde que eras un crío. No me vas a volver a engañar. Tú solo te quieres a ti mismo, maldito egocéntrico.

Bruce se encogió como si ella lo hubiera golpeado. Le dio la espalda para que ella no viera lo afectado que estaba y dijo con voz queda:

—No sé qué crees que sucedió hace siete años, pero yo nunca te engañé. He pasado siete años preguntándome qué diantres hice mal para que te largaras sin darme una explicación.

—Besarte con Maeve, por ejemplo —respondió ella con resentimiento—. Y no te di ninguna explicación porque no te la merecías. Me rompiste el corazón.

—¿Crees que te engañé con Maeve? —preguntó sorprendido, y se volvió hacia ella para mirarla a los ojos—. ¿De verdad te fuiste sin hablar conmigo? ¿Tan poco confiabas en mí? ¿En serio, Meg? ¿Llevamos siete años separados por un maldito malentendido?

—Eres un mentiroso —respondió ella—. Ni siquiera merece la pena hablar del tema. Ahora lo único que quiero es pedirle perdón a Colin.

Bruce asintió, cogió una silla y la estampó contra la puerta de cristal, que se hizo pedazos. A Meg se le escapó un chillido de sorpresa.

—Ve a buscarlo —dijo con frialdad—. Tranquila, yo pagaré los desperfectos. Espero que obtengas su perdón. El mío no vas a tenerlo porque llevo demasiado tiempo enamorado de una mujer que cree que no soy lo bastante bueno para ella. ¿Y sabes qué, Meg? Que me he cansado de luchar por lo nuestro. Tú ganas.

Meg se quedó impresionada cuando él salió de la cafetería. Estaba abrumada por lo que acababa de suceder y por sus palabras. Le era imposible reconocer que se había equivocado porque llevaba siete años viviendo con una herida abierta que le escocía cada vez que se acordaba de Bruce. Por eso fue en busca de Colin. Enfrentarse a su prometido le pareció lo más fácil, a pesar de todo.

\*\*\*

Meg se encontró con Colin cuando llegó a su casa. Su prometido estaba guardando su equipaje en el maletero de su coche. Meg supo que él ya había tomado una decisión. Lo entendía perfectamente porque ella conocía el dolor de una traición. Y en el fondo se sentía agradecida de no tener que ser ella quien cortaba la relación porque no quería hacerle más daño.

—Colin —musitó.

—Déjame en paz —gruñó, pasando por su lado sin dirigirle una mísera mirada—. Te seguí y no me siento orgulloso, pero al menos descubrí por qué estabas tan rara. Estuve seis horas esperando fuera porque no me atrevía a ver con mis propios ojos que me habías traicionado. Adiós, Meg.

—Lo siento muchísimo. —Agarró la puerta del coche para impedirle que la cerrara—. Siento muchísimo haberte hecho daño.

—Lo peor de todo es que tenía la verdad delante de mis narices y no quería darme cuenta. Siempre te pones nerviosa cuando estás delante de él. Pensé que te caía mal, pero estás enamorada de él. ¿Cómo he podido ser tan imbécil?

—Yo no... —Meg dejó la frase sin acabar porque supo que Colin tenía razón. Por eso se limitó a mirarlo avergonzada y se apartó para que él pudiera cerrar la puerta—. Ojalá algún día puedas perdonarme. Espero que encuentres a la mujer que te mereces. Lo siento, Colin.

La respuesta de él fue dar un portazo y pisar el acelerador. Meg se derrumbó cuando se quedó sola. Permitió que los sentimientos fluyeran como un río desbocado. Lloró hasta que se quedó sin lágrimas. Y, cuando al cabo de un par de horas consiguió tranquilizarse, admitió la verdad que llevaba tanto tiempo negándose: seguía enamorada de Bruce. En realidad, nunca había dejado de amarlo.

Era la primera vez en su vida que Bruce se tomaba unas vacaciones anticipadas, pero necesitaba poner tierra de por medio para enfriar sus sentimientos. Estaba destrozado y ya no tenía ganas de fingir ser el hombre de negocios mujeriego y triunfador al que todo le importaba una mierda.

Volvió a sentirse como el chaval de veinte años que se quedaba hecho polvo porque su novia lo abandonaba sin una mísera explicación. Pero ahora que sabía la razón por la que Meg se había marchado preferiría haber vivido en la ignorancia. Porque Meg lo veía como un miserable que no era digno de confianza. Mientras que él... él la veía como la mujer de su vida.

Y joder, aquel nuevo desengaño dolía tanto o más que el anterior. Le atravesaba la piel y echaba sal en una herida que no había cicatrizado del todo.

Decidió que escogería su destino en cuanto llegara al aeropuerto. París, Lisboa o Madrid. Poco le importaba mientras estuviera bien lejos de ella. Porque había tomado la determinación de olvidarla de una vez por todas. Porque estaba cansado de luchar contra un huracán llamado Meg O'Brian que había derribado todos los cimientos de su autoestima.

Meg era una persona muy impulsiva. Hace siete años, no se lo pensó dos veces al abandonar a Bruce sin darle una explicación. Y ahora sabía que algo no cuadraba y estaba dispuesta a salir de dudas. No se iba a quedar con la incertidumbre de no saber si había metido la pata. Se quedó tan impresionada cuando Bruce rompió la puerta que, para cuando quiso reaccionar, ya era demasiado tarde. Por eso, ni corta ni perezosa, se plantó en la casa de la única persona que podía sacarla de dudas. Meg se prometió que conocería la verdad aunque tuviera que arrancársela a la fuerza.

—Meg —dijo sorprendida Maeve.

Meg introdujo el pie cuando Maeve quiso cerrar la puerta.

—¿Qué sucedió hace siete años entre Bruce y tú? —exigió saber.

—¿Qué?

—Creo que cometí el mayor error de mi vida al desconfiar de él. Os vi en la playa. Vi que os besabais. Dime la verdad, Maeve. Me conoces de sobra y sabes que no me voy a ir de aquí hasta saber qué sucedió entre vosotros aquel día en la playa —dijo con determinación, y añadió cuando Maeve puso mala cara—: Ni se te ocurra colarme una mentira porque ya sé que entre Bruce y tú no hay nada. Solo salió contigo para ponerme celosa. En el fondo sabes que nunca te ha querido, así que deja de ser una egoísta y por una vez haz algo bueno en tu vida.

Maeve se apoyó en el quicio de la puerta y soltó un resoplido.

—¡Vale! —se rindió—. Yo besé a Bruce aquel día, pero él no me devolvió el beso. Me dijo que estaba enamorado de ti y que lo dejara en paz, ¿satisfecha?

Meg se tambaleó cuando comprendió que llevaba siete años guardándole rencor a Bruce cuando ella era la única culpable de lo sucedido. Maeve la observó con los brazos cruzados y ladeó la cabeza.

—No me puedo creer que hayas renunciado a un hombre maravilloso porque tenías miedo de que te hiciera daño. —Maeve fue a cerrar la puerta, pero antes añadió—: Te las das de lista, pero en el fondo eres muy tonta.

Meg supo que se merecía aquellas palabras y no dijo nada cuando ella dio un portazo. Se sentó en las escaleras del porche y se sostuvo la cara con las manos. ¿Cómo había podido ser tan imbécil? Si al menos le hubiera concedido la oportunidad de explicarse no habrían estado siete años separados. Meg sintió que todo el peso de la culpa cayó sobre ella, y cuando consiguió recuperarse de la impresión, se echó a reír como si se hubiera vuelto loca.

—Bruce me quiere.

Se levantó de un salto y echó a correr hacia su casa. Bruce la quería. Ella lo quería. Y, como la mujer pasional que era, no encontraba ninguna razón para que estuvieran separados. Sí, puede que hubieran transcurrido siete años, pero ella le demostraría que el tiempo que iban a pasar juntos merecería la pena.

Roma.

Bruce había comprado un billete de ida porque no sabía cuándo iba a volver. Se encogió de hombros cuando la azafata le preguntó el destino y le pidió que le vendiese el primer vuelo que estuviera a punto de despegar. La azafata lo miró extrañada, pero obedeció aquella petición tan insólita. Ahora, Bruce estaba a punto de pasar el control de seguridad mientras se prometía que se olvidaría de Meg para siempre. Iba a escanear el billete cuando alguien gritó su nombre.

—¡Bruce!

Aquello debía de ser una broma. Bruce se tensó y ni siquiera se giró para mirarla. Definitivamente era la mujer más exasperante que se había echado a la cara. La ignoró y fue a escanear el billete, pero ella le cogió el brazo.

—Sé toda la verdad.

Así que era eso, pensó Bruce. Se apartó de ella y fue directo a otra máquina, pero Meg se interpuso en su camino con los brazos extendidos. Bruce respiró profundamente y le dedicó una mirada glacial, pero algo se quebró en su interior cuando sus ojos se encontraron con los de Meg. Aquella pelirroja pequeña y testaruda lo iba a volver loco.

—Apártate, Meg.

—¿Por qué no fuiste a buscarme cuando rompí contigo dejándote aquella nota? —preguntó ella.

—¿En serio, Meg? —replicó hecho una furia—. ¡Me hiciste daño! No entendía nada. ¿Te crees que los hombres no podemos sufrir por amor? Pregúntale a tu prometido. Seguro que se arrepiente de haberte conocido. Yo lo hago.

Meg se encogió como si él la hubiera golpeado y Bruce se arrepintió de haberle dicho un comentario tan hiriente. Pero Meg se recuperó en seguida y lo miró con una determinación renovada.

—No hablas en serio.

—Lo único que sé es que me limité a hacerte caso cuando me dijiste que no querías saber nada de mí. Me dolió, Meg. Y me sentí como una mierda porque di por hecho que no te importaba. No sabía qué pensar... y cuando te fuiste, capté el mensaje.

—Lo siento —musitó avergonzada—. Llevo siete años pensando que me fuiste infiel con Maeve. Me marché porque no soportaba seguir en el pueblo. Sabía que me derrumbaría si me encontraba contigo.

—¿Cómo me has encontrado? —se limitó a responder.

—He buscado en todos los sitios en los que podías estar, y como nadie sabía dónde te habías metido, me pareció raro y tuve una corazonada. No es típico de ti dejar el trabajo para tomarte unas vacaciones.

—Tampoco es típico de ti ser tan insegura, pero decidiste que yo era un cabrón y te marchaste porque tuviste miedo.

—Sí —respondió Meg sin vacilar—. Tenía miedo porque estaba enamorada de ti.

—De eso hace ya siete años —respondió él con sequedad.

—No, Bruce. —Meg le cogió la mano y lo miró a los ojos—. Nunca he dejado de quererte. Siento haber sido una cobarde que no te lo dijo en tu vida, pero ahí va: estoy enamorada de ti. Y, aunque tú estés muy enfadado conmigo para admitirlo, sé que tu sientes lo mismo.

Bruce intentó mantener a raya sus sentimientos, pero le fue del todo imposible. Sí, estaba furioso con ella. Pero su amor era tan grande que podía competir perfectamente contra su enfado.

—Te vas a casar con Colin —dijo, y lo humilló sentirse tan celoso.

—Colin ha roto conmigo.

—¿Te crees que estoy dispuesto a ser tu segundo plato? —replicó indignado.

—Sabes de sobra que nunca he estado enamorada de Colin. Iba a casarme con él porque tenía la impresión de que andaba sobre seguro. Pero prefiero una vida llena de discusiones contigo que una vida previsible y segura con él. Esa es la gran verdad.

—Meg... —él se apartó de ella y sacudió la cabeza—. Estoy cansado.

Bruce se dirigió hacia otra máquina, escaneó el billete y las puertas se abrieron. Antes de que él pudiera cruzar, Meg se interpuso en su camino y las puertas se cerraron. Ella no consiguió apartarse a tiempo y se llevó un golpe en el costado. Bruce soltó la maleta y le sostuvo el rostro para examinarla.

—¿Te has hecho daño? —preguntó preocupado.

—Un poquito —musitó con los ojos vidriosos—. Eres un cabezota. Quédate conmigo, Bruce. ¿En serio te lo tengo que pedir por favor?

Bruce apoyó su frente sobre la suya y contuvo una sonrisa. Aquella mujer era imposible, pero era la mujer de la que se había enamorado. Sabía que su camino en común estaría lleno de baches, pero se le encogió el corazón cuando ella se llevó aquel golpe.

—Me lo tienes que pedir por favor.

Meg se puso colorada, pero se apartó para mirarlo a los ojos y musitó.

—Por favor, Bruce.

—Eres la mujer más exasperante que me he echado a la cara.

Meg sonrió porque sabía lo que eso significaba. Lo atrajo de las solapas de su camisa y le acarició la boca con la suya.

—Yo también te quiero, Bruce.

—Siempre has sido tú —respondió él antes de besarla.

Y, a pesar de aquel malentendido que los había tenido siete años separados, cuando se besaron ambos supieron que tendrían toda una vida entera para ponerse de acuerdo sobre lo mucho que se amaban.

## Tres meses después...

La relación de Meg y Bruce no dejó de ser intensa por el hecho de que estuvieran saliendo juntos y todos a su alrededor fueran muy felices con la noticia. Porque Bruce y Meg discutían casi tanto como se querían, pero al menos sus reconciliaciones eran alucinantes.

Saoirse estuvo muy satisfecha de convertirse en su cuñada, y los padres de Bruce recibieron la noticia con gran entusiasmo. La madre de Meg comenzó a mejorar y estuvo encantada de poder llamar yerno a su rival favorito de ajedrez, y la abuela de Meg dijo que se alegraba de que por fin se hubieran puesto de acuerdo en algo.

Ahora, ambos estaban en la cama y respiraban con dificultad. Bruce se tumbó bocarriba y se echó a reír. Acababan de tener un fogoso encuentro después de haber discutido porque no se ponían de acuerdo sobre qué ver en Netflix. Ahora, Meg tenía los labios hinchados y respiraba de manera acelerada a su lado.

—Casi prefiero llevarte la contraria porque la recompensa es increíble.

Meg le dio un pellizco en el brazo.

—Pero vamos a ver la serie que he elegido —respondió ella, que siempre se salía con la suya.

Bruce decidió picarla un poco porque le encantaba ver cómo arrugaba la nariz.

—No pienso ver una serie de hombres lobo. Ya no eres una niña, Meg. La fase de *Crepúsculo* la pasaste hace unos años.

—Te voy a dar una razón de peso por la que vamos a ver esa serie. —Meg se tumbó encima de él y le acarició el pecho. A él se le volvió a poner dura—. Las embarazadas merecen ser complacidas porque llevan una vida en su interior.

—No entiendo a qué viene... —Bruce dejó la frase sin acabar. La miró con los ojos abiertos de par en par y ella esbozó una sonrisilla—. Meg, ¿estás embarazada?

Meg asintió. Bruce la abrazó con fuerza y le besó la cara. Todavía no habían hablado de tener hijos, pero Bruce quiso a ese pequeño en ese mismo instante. Meg lo miró un tanto asustada.

—¿Te hace ilusión? —preguntó preocupada.

—Pequeña, me acabas de hacer el hombre más feliz del mundo. Te quiero. —Le dio un beso en la boca y luego le acarició la barriga—. Y también lo quiero a él. O a ella.

Meg respiró aliviada y apoyó la cabeza en su hombro.

—Ya sé que no entraba en nuestros planes, pero...

—Seremos unos buenos padres —respondió Bruce con suavidad—. Ojalá sea una niña.

—¿Por qué?

—Porque me gustaría que fuera igual que tú.

—¿Igual de exasperante? —bromeó Meg.

—Dos contra uno. Podré soportarlo —respondió él con naturalidad, y tumbó a Meg en la cama

porque tenía toda la intención de celebrar aquella noticia haciéndole el amor a la futura madre de su hijo—. Te quiero, Meg. Aunque seas la pelirroja más exasperante que he conocido en mi vida. Antes de que ella pudiera quejarse por aquella última frase, Bruce la besó para acallar sus protestas. Y nunca volvieron a alejarse porque ambos sabían que siempre habían estado destinados a estar juntos.

# El chico perfecto

## Becca Devereux

### SINOPSIS:

Saoirse Anderson es una experta en elegir al hombre equivocado: gay, estafador, infiel... ¡Tiene una radar para los tipos despreciables! Por lo que, después de su último desengaño amoroso, se marcha de vacaciones durante una temporada con la firme decisión de no volver a enamorarse. Todo va bien hasta que conoce a Jack Preston, un americano arrogante y que siempre parece conseguir todo lo que quiere. ¿El único problema? Ahora la quiere a ella.

Mientras Saoirse intenta resistir la innegable atracción que hay entre ella y Jack, se da cuenta de que Max, el mejor amigo de su hermano, tal vez sea el buen hombre en el que nunca se había fijado. Sobre todo cuando él parece interesarse repentinamente en ella. Sin embargo, el amor no tiene manual de instrucciones y el chico perfecto no existe... ¿o tal vez sí?

Queda prohibida, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de la obra sin la autorización expresa del titular del copyright.

© Por el texto: Becca Devereux, agosto de 2022

*Dedico esta historia a las románticas empedernidas que han besado a algún sapo, pero siguen creyendo en el amor.*



# Índice

1. [Soy una idiota](#)
2. [Soy invisible](#)
3. [Soy una nueva persona](#)
4. [¿Quién es ese bombón de ojos verdes?](#)
5. [¿Puedo hacer de niñera, por fa?](#)
6. [Dos niños a falta de uno](#)
7. [Despertar encima de una roca](#)
8. [Volvemos a encontrarnos... Ojazos](#)
9. [El Sr Matini ataca de nuevo](#)
10. [Me encantan las mujeres de ojos verdes con carácter](#)
11. [¿Te acuerdas de aquella chica...?](#)
12. [Un demonio muy sexy](#)
13. [Tómate una copa conmigo](#)
14. [Qué les den](#)
15. [Ten cuidado con ese capullo](#)
16. [Dando un paseo por el campo cuando...](#)
17. [Una despedida de soltera, ¡yupi!](#)
18. [¿Estás borracha?](#)
19. [La bella durmiente](#)
20. [Jamás había dormido tan bien](#)
21. [¿Qué... haces tú aquí?](#)
22. [Reconozco que estoy desesperado](#)
23. [¿Te apetece hacer de canguro?](#)
24. [Joder, estoy nervioso](#)
25. [Una cita](#)
26. [Una chica muy interesante](#)
27. [¿Damos un paseo?](#)
28. [Si pudieras verte a través de mis ojos...](#)
29. [Es la primera vez que...](#)
30. [¿Por qué tienes tan mal gusto?](#)
31. [¿Por qué todo es tan complicado?](#)
32. [Así que este es tu mundo...](#)
33. [No puedo pensar cuando haces esas cosas...](#)
34. [¿Puedo quedarme a dormir?](#)
35. [A la mierda las dudas](#)
36. [Pero ¿qué...?](#)
37. [Quiero hacerte feliz](#)
38. [Un día raro](#)
39. [Todo es confuso y difícil](#)
40. [Si va a ser la última vez que nos veamos...](#)

41. [Carta de despedida](#)
  42. [Como si no le importara](#)
  43. [Un mes después...](#)
  44. [Ten cuidado, amigo](#)
  45. [¿Qué me pasa?](#)
  46. [¿Podría funcionar?](#)
  47. [¡Has vuelto!](#)
  48. [Lucha por ella](#)
  49. [¿Qué haces aquí?](#)
  50. [Tres meses después...](#)
- [Sobre mí](#)

## 1. Soy una idiota

*Saoirse*

*Hace tres meses...*

Solo una idiota —romántica—, pero idiota al fin y al cabo, tropezaría tantas veces con la misma piedra. ¿Conoces ese refrán que dice que para encontrar al príncipe azul hay que besar muchos sapos? Bueno, dejémoslo en que yo he perdido la cuenta del número de sapos que he besado. Y los hubo de todo tipo: infieles, mentirosos compulsivos, niños de mamá, cazafortunas... Podría escribir un libro sobre cómo no encontrar al tipo perfecto. De hecho, a estas alturas, estoy convencida de que el chico perfecto no existe.

—¡Saoirse! —exclama Andrew, mi último fracaso amoroso.

Ignoro sus gritos y corro todo lo deprisa que puedo hacia el Mini rojo cereza que hay aparcado en la entrada de su casa. Lo malo de salir con un corredor olímpico es que es más rápido que tú. Tampoco vayas a pensar que Andrew es un importantísimo deportista de élite. Se retiró al cumplir los treinta después de haber encadenado un fracaso tras otro. Su padre era amigo del mío, por lo que lo enchufó en nuestra fábrica. Un par de semanas después, mi madre me convenció para que tuviera una cita con el «bueno» de Andrew, que según ella bebía los vientos por mí y no se atrevía a dar el paso. En fin, soy una persona de carácter manipulable. Pero solo quería hacer feliz a mi madre y en el fondo albergaba la esperanza de que Andrew fuera el definitivo, ¿por qué no? Después de aquel *playboy* que me convenció de donar cien mil libras para una supuesta organización benéfica para niños con cáncer que resultó ser un fraude, y el abogado que me engañó con su secretaria, creí que a mis veintisiete años ya tocaba un poco de buena suerte. Por eso decidí darle una oportunidad a Andrew, que resultó ser encantador. Me dejaba hablar, le gustaban los animales y no quiso acostarse conmigo en la primera cita. Ni en la segunda. Ni en la séptima. Debí suponer que aquello era una mala señal. ¿Qué hombre de treinta años quiere ir despacio con una mujer que encuentra atractiva? En fin, ese era el problema... que Andrew no me encontraba deseable porque lo suyo eran... los penes.

Ojalá no hubiera tenido la estúpida idea de presentarme en su casa para darle una sorpresa vestida con una gabardina que oculta un carísimo conjunto de lencería de encaje. Así me habría ahorrado ver cómo se besaba con ese hombre.

—¡Saoirse! —me suplica, interponiéndose entre el coche y yo—. Por favor, no se lo cuentes a nadie.

—¿En serio, Andrew? —parpadeo con incredulidad—. Estamos en el siglo XXI. Puedes acostarte con quien te dé la gana. ¡A nadie le interesa!

—Mis padres son... un poco estrictos —dice avergonzado.

Por un instante siento pena de él. Luego recuerdo que me ha hecho perder el tiempo durante un mes, haciéndome un montón de promesas y sugiriendo que hiciéramos un romántico crucero por las islas griegas este verano. De acuerdo, tiene unos padres homófobos. Pero eso no le da derecho a utilizarme.

—Mi madre te adora. —Hace un puchero e intenta cogerme la mano, pero no se lo permito—. Solo quería...

—Tener una tapadera mientras te f-follabas a ese t-tipo —replico dolida.

Uf, ya he vuelto a tartamudear. Me sucede desde que era una niña. Cuando me pongo nerviosa, tartamudeo sin remedio. A la mayoría de mis parejas les avergonzaba. Andrew era una excepción. Solía cogerme la mano con delicadeza y me decía que no tenía de qué preocuparme. Me gustaba lo buena persona que era. Ni siquiera me sentía atraída por él. Me conformaba con estar a gusto al lado de una persona a la que le interesaba. Así de bajos son mis estándares.

—Saoirse, lo siento tanto... —se disculpa. Parece sincero—. Te aprecio de verdad. Eres una buena chica. Podríamos ser...

—¡N-no! —decido tajante.

Subo al Mini, arranco y piso el acelerador. Solo entonces me permito derramar las primeras lágrimas. Estoy cansada de creer en el cuento con final feliz que nos han vendido a todas las mujeres. Se acabó: a la mierda el amor. Me va mejor sola.

## 2. Soy invisible

**Max**

Cojo en brazos a mi ahijada, que no para de berrear. Bruce sostiene la teoría de que ha salido igual de mandona y belicosa que su madre, pero yo creo que mi amigo es un bruto que se pone nervioso cuando tiene que coger en brazos a su hija de cuatro meses. Cree que es de porcelana y va a romperse si no la trata con exagerada delicadeza.

—No entiendo por qué llora —se queja exasperado—. Pensé que ser padre sería más fácil.

Acuno al Lizzy contra mi pecho y me pongo a hacerle carantoñas. Es una bebé preciosa. Ha heredado el cabello pelirrojo de Meg y los ojos verdes de Bruce. De repente, Lizzy se parte de risa y sus mejillas se tornan sonrosadas. Bruce frunce el ceño.

—¿Qué clase de brujería es esta? —se queja—. Conmigo nunca sonrío.

—Porque estás obsesionado con que le pase algo malo. Le transmites tu nerviosismo.

—Habló el hombre que no es padre.

Su comentario me escuece un poco. Ganas no me faltan. De hecho, ya me habría puesto a repoblar el mundo si la candidata perfecta estuviera por la labor. Por desgracia, ella nunca ha tenido ojos para mí. A ver, que nadie me malinterprete. No soy virgen. He salido con varias mujeres mientras esperaba una oportunidad que nunca llegaba y cruzaba los dedos para que alguna de esas mujeres llegara a mi corazón. Por desgracia, ninguna de ellas tiene su sonrisa infantil ni la cascada de pelo negro.

—Oh, qué mono. —Jen, la secretaria de Bruce, me lanza una miradita cargada de intenciones cuando me ve jugar con Lizzy—. Se te da fenomenal. Algún día serás un padrazo.

—Solo tiene que encontrar a la chica perfecta. —Bruce me guiña un ojo. Para colmo, murmura que tiene *algo* que hacer y me deja a solas con Jen.

Mi amigo cree que me está haciendo un favor, pero en realidad Jen nunca me ha interesado y no soy la clase de capullo que le da falsas esperanzas a las mujeres. El problema es que la echo jodidamente de menos. Se fue de vacaciones hace tres meses. A todos nos pilló desprevenidos. Nunca ha estado tanto tiempo fuera de Emerald Beach. Meg habló de una «necesaria crisis de independencia». Intenté poner la oreja, pero lo dejé estar porque no quería ser un cotilla.

Sí, estoy colgado de Saoirse Anderson, la hermana pequeña de mi mejor amigo.

Es mi mayor secreto.

Nadie lo sabe.

Para los padres de Bruce soy uno más de la familia.

Soy la mano derecha de Bruce en la empresa.

Uno de los mejores amigos de Meg.

Y Saoirse y yo... somos... cercanos. Siempre hemos estado presentes en la vida del otro. Nos respetamos. Nos caemos bien. Una vez hablamos durante una hora sobre *El padrino*. Fue una hora jodidamente maravillosa. Pero ella nunca me ha visto de esa forma y yo, en un intento absurdo de llamar su atención, he buscado alguna novia con la que suplantarla cuando ella aparecía acompañada de algún capullo que al final le rompía el corazón.

Esa es nuestra *no* historia.

Para mí, ella es la única.

Para ella, solo soy el mejor amigo de su hermano.

### 3. Soy una nueva persona

#### *Saoirse*

En serio, lo soy. Nada que unas vacaciones a todo lujo por la Costa Amalfitana durante tres meses no puedan arreglar. He hecho submarinismo, me he tostado bajo el sol, he leído una novela negra —nada de historias románticas que alimenten mi corazoncito—, y he pasado de los italianos macizos que se acercaban para echarme crema y susurrarme falsas promesas de amor al oído.

¡Soy una nueva Saoirse!

Más segura, decidida y con menos complejos.

Si algo he aprendido en estas vacaciones improvisadas es que puedo disfrutar de la soledad. No necesito a nadie a mi lado para rellenar mi supuesto saco de imperfecciones. Soy la directora de recursos humanos de una fábrica de cervezas, estoy bien posicionada, tengo salud y acabo de tener una sobrina monísima a la que conoceré dentro de unas horas. Además, tengo una amiga estupenda. Cuando le expliqué llorando que estaba harta de todo, me aconsejó que hiciera la maleta y me largara de vacaciones. Le recordé que me perdería el nacimiento de Lizzy, pero Meg me aseguró que hay momentos en los que debes priorizarte.

Y aquí estoy, en la cola del avión con destino a Irlanda, de regreso a Emerald Beach, donde me espera mi preciosa sobrina, mi hermano, mi mejor amiga y unos padres a los que voy a dejarles claro que soy un ser humano completo que no necesita ningún novio para ser feliz.

¡Qué bonita es la soltería!

He comprado un billete en primera clase, así que voy a la cola de acceso preferente, donde una azafata de sonrisa radiante está atendiendo a un hombre trajeado que debe sobrepasar el metro ochenta. No soy baja, pero solo le llego por los hombros. No voy a negar que los hombres altos son mi debilidad. Cuando lo miro de perfil, constato algo que ya sabía: es el típico hombre atractivo y con buena percha por el que cualquier mujer con un mínimo índice de buen gusto se revolucionaría un poco. Lo que viene siendo un tío bueno en toda regla. Rostro simétrico, ojos oscuros, tupidas pestañas y una sonrisa repleta de seguridad.

La azafata le toca el brazo con gesto coqueto, algo que me irrita un poco porque es evidente que está intentando ligar con él, lo que nos está retrasando a los demás. La antigua Saoirse se habría resignado, pero esta nueva mujer, más segura y resolutiva, da un paso adelante y le tiende el billete de clase vip, interrumpiendo sin pudor el momento de ligoteo. No es asunto mío. Solo quiero mi asiento con espacio extra, un Martini y terminar el libro que estoy leyendo.

—¡Hola! —digo con energía.

La azafata se vuelve hacia mí, irritada por la interrupción, pero en seguida se recompone al ver la tarjeta de embarque. La escanea, comprueba mi documento de identidad y me deja pasar. Me cuelgo el bolso y prosigo con la cabeza alta, sin dedicarle una mísera mirada al tipo al que acabo de interrumpir en pleno coqueteo. La antigua Saoirse habría suspirado por su atención,

pero esta mujer renovada y que huye de la presión por estar en pareja sabe que en el fondo es otro capullo. Casi todos los tíos lo son. Y los buenos están pillados.

#### 4. ¿Quién es ese bombón de ojos verdes?

##### *Jack*

En cuanto la preciosa joven de larga melena negra se marcha, pierdo automáticamente el interés en la azafata rubia que no deja de tocarme el brazo. Enderezó la espalda, le enseño el billete y miro mi reloj de mano para darle a entender que estoy deseando embarcar. Ella entorna los ojos, sorprendida por mi rechazo. Al principio no es que estuviera muy interesado, pero ha sido cruzarme con esa preciosidad morena y esbelta y sentir la necesidad de saberlo todo de ella.

Me despido de Nicole, o cómo se llame, y voy directo al avión con la esperanza de que esa belleza esté sentada muy cerca de mí. La primera clase tiene pocos asientos, así que estoy convencido de que no va a ser muy difícil.

Es como un imán.

Nada más entrar, la encuentro con la cascada de pelo negro desparramada sobre una almohada de viaje y un libro abierto en su regazo. Está muy concentrada leyendo y no presta atención a lo que sucede a su alrededor. Tiene la piel de un blanco cremoso y ese tipo de delgadez que intuyo que esconde unas curvas bien proporcionadas. Fantaseé con montármelo con ella en el estrecho lavabo del avión. Tendré que tantear el terreno para descubrir si está por la labor, pero siempre me salgo con la mía.

Soy Jack Preston. Millonario, heredero de un imperio hotelero y un amante de sobresaliente. Las mujeres me adoran.

La primera clase está formada por hileras de dos asientos, uno a cada lado del pasillo. La suerte vuelve a sonreírme y me toca el que hay más cerca de ella. El espacioso pasillo impide que nos toquemos, pero ya estoy fantaseando con hundir las manos en su pelo y descubrir si huele tan bien como imagino. De repente, la chica levanta la cabeza del libro y me mira con el ceño fruncido. Me ha pillado observándola. Por poco me sobresalto, pero soy demasiado arrogante para que algo así pueda ponerme nervioso. Le dedico una sonrisa cálida y digo:

—Que tengas un buen vuelo. —Utilizo el acento y el tono perfecto para hacerla sentir cómoda.

—Igualmente —responde secamente.

Su reacción me deja bastante atónito. No creo haber hecho algo que haya podido incomodarla. Tiene unos enormes ojos verdes, del color de dos esmeraldas que brillan bajo la luz del sol.

La chica me ignora, busca a la azafata y levanta la mano para pedir un Martini. La azafata asiente, pero se olvida de su bebida en cuanto un señor bastante cabreado se pone a discutir con ella por no tener suficiente espacio para sus piernas. La chica se relaja en el asiento y sigue leyendo. Esta vez, la observo de reojo sin ningún pudor. Ha debido de estar en la playa, pues está ligeramente bronceada. Lleva un vestido color verde menta que le llega hasta las rodillas. Tiene los brazos pecosos, la boca carnosa y los pómulos de una diosa.

Me gusta.

Es atractiva.

No va maquillada.

Bonita sin resultar artificial.

Justo mi tipo de chica, al menos en lo que a físico se refiere. En realidad, no me he tomado la molestia de conocer a ninguna de las mujeres con las que me he acostado. ¿Para qué? A mis treinta años no quiero una relación seria.

—Disculpa —llamo a la azafata cuando han transcurrido quince minutos y el avión ya ha despegado—. Un agua mineral sin gas y un Martini para esa señorita.

—Ahora mismo, caballero.

He comprobado que no le ha llegado el Martini antes de pedírselo, no soy tan imbécil. Al cabo de un par de minutos, la azafata me entrega el agua sin gas. Me niego a mirar a la chica. Quiero que sea ella la que tenga la iniciativa. Eso sería buena señal. Entonces, sin previo aviso, me percató de que me está taladrando con la mirada mientras señala el Martini como si estuviera envenenado.

—¿Se supone que debo darte las gracias? —pregunta con desagrado—. Tengo dinero para pagar mis propias copas.

Lo reconozco: me ha dejado sin palabras. La chica levanta la mano para llamar a la azafata.

—Le agradecería que no me hiciera llegar bebidas que provengan de ese desconocido con traje —la informa, señalándome con un gesto de cabeza que me obliga a enderezarme—. No quiero este Martini.

—¿Se lo retiro, señorita? —pregunta la azafata con tono educado.

—Sí —responde la chica—. Y tráigame otro con muchas aceitunas, gracias.

En cuanto la azafata se marcha con el Martini, tengo unas inesperadas ganas de gresca. Jamás pierdo la compostura delante de una mujer. Pero esto ha sido... completamente inesperado y humillante. Me cabrea que se me esté empezando a poner dura. No quiero ser la clase de pringado que tiene una erección por culpa de un rechazo.

—Sabes que te van a traer el mismo Martini, solo que esta vez con aceitunas, ¿no? —le digo.

Ella se encoge de hombros.

—¿Nadie te ha dicho que para invitar a una mujer a una copa primero debes preguntarle si quiere aceptarla?

No sé qué decir. Es la primera vez que una mujer me deja sin palabras. Y no me gusta. De hecho, me cabrea bastante.

—Solo pretendía ser amable.

Se ríe en voz baja. Enarca una ceja.

—Seguro —responde con tonillo acusador—. Para sacar algo de provecho.

No tengo tiempo de replicar porque la azafata aparece en ese momento con su Martini. La chica coge el palo con las aceitunas y se lleva una a la boca. La observo como un animal hambriento. Deja el Martini en la bandeja y vuelve a abrir su libro.

—Solo quería ser amable —insisto enfurruñado.

—De acuerdo —responde sin mirarme—. Sé amable. No me dirijas la palabra.

—Me llamo Jack.

—Me da igual —me espeta.

Abro la botella de agua con gas y me bebo la mitad de un trago. Es oficial: acabo de conocer a la mujer más guapa y antipática del mundo. Lo peor de todo es que aun así me muero de ganas de probar su boca.

## 5. ¿Puedo hacer de niñera, por fa?

### *Saoirse*

—¡Oh, dios mío! —Sostengo a Lizzy en brazos y los ojos se me llenan de lágrimas. Es una bebé preciosa, con una espesa mata de pelo pelirrojo y unos enormes ojos verdes. Tienes las mejillas rechonchas y uno de sus deditos se enreda en mi pelo. La abrazo contra mi pecho para ocultar mi emoción. De repente, me siento tremendamente culpable por haberme perdido sus tres primeros meses de vida—. Eres absolutamente adorable. Te voy a consentir durante el resto de mi vida. ¡Te quiero tanto!

—Sigo sin entender por qué te tomaste esas largas vacaciones... —murmura mi madre con tono crítico.

—Mamá —la censura Bruce—. Saoirse necesitaba descansar. Hacía demasiado tiempo que no se tomaba unas vacaciones.

—Se ha perdido los primeros meses de vida de Lizzy —insiste mi madre.

—Va a tener tiempo de sobra para estar con su sobrina. —Meg me guiña un ojo. En ese sentido, Meg y Bruce siempre me apoyan. Supongo que mis innumerables desengaños amorosos les producen mucha pena, lo que los obliga a cuidar de mí—. Además, solo la ha tenido cinco minutos en brazos y ya se nota que han congeniado.

—Uy, alguien se ha hecho caca. —Arrugo la nariz. Lizzy se parte de risa. Me voy a llevar muy bien con esta mequetrefe.

Meg me la quita de encima, pese a mis protestas, y se la entrega a Bruce para que la cambie. Estoy a punto de decirle que soy perfectamente capaz de hacerlo, pero entonces mi cuñada me agarra del brazo y me arrastra a la cocina con la excusa de servir un refrigerio.

—¿Qué tal lo has pasado? —Me da un abrazo antes de que pueda responder—. Olvida las críticas de tu madre. Bruce y yo sabemos que tomaste la mejor decisión. Vienes con muy buena cara.

Me llevo las manos a las mejillas de forma involuntaria y sonrío.

—La verdad es que me ha servido para desconectar. Quiero pensar que soy una mujer nueva. ¿Te puedes creer que me he tropezado en el avión de vuelta con un tío buenísimo que me ha invitado a un Martini?

—¿Y qué le has dicho?

—Que podía pagarme mis propias copas —respondo con la cabeza alta—. Paso de los tíos. Lo digo en serio. Ir sola de vacaciones me ha abierto los ojos. No hay nada mejor que encontrarse a una misma y saber disfrutar en soledad...

—Me alegro por ti, pero tampoco te cierres a nuevas...

—¿De qué hablan mis dos chicas favoritas? —interviene mi hermano, que aparece en ese momento con Lizzy. La bebé rompe a llorar y Bruce pone cara de angustia—. Creo que no le

caigo bien.

—¡No digas tonterías! —Meg se la quita de encima y Lizzy deja de llorar automáticamente—. Estás obsesionado con que le pase algo malo y le transmites tu miedo. Por eso llora.

—Hablas igual que Max.

—Por algo será.

—Por cierto, hoy se ha ofrecido a cuidar de Lizzy para que podamos ir al cine a ver esa película que tantas ganas tienes de ver.

—¡No! —exclamo con tanta vehemencia que ambos me miran. A ver, no tengo nada en contra de Max. Es el mejor amigo de mi hermano y un chico diez. Pero acabo de llegar y quiero pasar todo el tiempo posible con mi sobrina—. Dejad que yo sea vuestra niñera, por fa.

—Me sabe mal llamar a Max a última hora —dice mi hermano—. Siempre que necesitamos que alguien cuide de Lizzy, él es el primero en ofrecerse.

Hago un puchero. Meg me mira y se ablanda.

—Seguro que por una noche no le importa —decide en mi favor—. Además, ahora que Saoirse está aquí, vamos a tener dos niños. Tendrán que ponerse de acuerdo.

—¡Sí, sí! —exclamo eufórica—. ¡Noche de chicas!

Cojo en brazos a la pequeña Lizzy y me pongo a hacerle carantoñas. Para tener tres meses, es muy espabilada y risueña. La niña se parte de risa con mis caras de payasa. A mi hermano mayor se le cae la baba y me da un beso en la frente. Sonrío de oreja a oreja. A pesar de haber vivido unas vacaciones de ensueño, echaba de menos la calidez de mi familia.

Por fin vuelvo a estar en casa.

## 6. Dos niños a falta de uno

*Max*

Salgo temprano para ir a casa de Bruce y Meg. Desde que nació la pequeña Lizzy, mis amigos apenas han tenido tiempo de calidad en pareja. Así que me he ofrecido de vez en cuando para cuidar de la pequeña. Me llena de orgullo que confíen plenamente en mí. Los críos se me dan de maravilla y Lizzy es una bebé alegre, que no extraña a sus padres y siempre se duerme en mis brazos. Ojalá algún día encuentre a una mujer con la que pueda tener una hija. O un hijo. O varios. No me importa cuántos. Todos los que ella quiera me parecerán bien.

Al aparcar delante de la casa de mis amigos, reconozco el Mini rojo cereza de Saoirse. Mi estómago se contrae por la sorpresa. No sabía que estuviera aquí. Bruce me comentó que llegaba hoy de sus inesperadas vacaciones, y digo inesperadas porque Saoirse es una adicta al trabajo. Ahora, una parte de mí se muere de ganas de verla, y la otra prefiere ignorarla porque sabe que esta atracción no es mutua.

Respiro hondo, salgo del coche y llamo al timbre. Una desconcertada Meg me abre la puerta. Me mira avergonzada y se muerde el labio.

—Se suponía que Bruce tenía que avisarte de que...

—He comprado pañales. —Levanto la bolsa con gesto triunfal.

—No es eso...

—¡Max! —me llama Bruce. Meg se aparta de la puerta para que pueda entrar y le lanza una mirada crispada a su marido—. ¡Has venido!

—Eso decía yo... —murmura Meg.

—¿Qué pasa? —pregunto sin entender.

—Lo siento, Max —se disculpa Meg—. A Bruce se le ha olvidado decirte que ya tenemos canguro para esta noche. Saoirse acaba de llegar y quiere pasar tiempo con la niña.

—¡Tengo mil cosas en la cabeza! —se excusa Bruce—. No veo cuál es el problema. Ambos queréis cuidar de Lizzy. Solo tiene tres meses. Podéis compartirla.

—¡Bruce! —Meg le hunde un dedo en el costado—. ¡No es un juguete!

—¿Qué pasa? —En ese momento, la mujer más guapa del mundo asoma la cabeza por la puerta de la cocina. Lleva unos vaqueros anchos y un jersey celeste. El pelo suelto hasta la cintura y sus risueños ojos verdes. Se me salta el corazón al verla—. Hola, Max.

—Hola —respondo sin aliento.

Me rasco la nuca con disimulo. Solo nos separan un par de metros, pero esta distancia física me duele. No sé si será porque he pasado tres meses sin verla, pero ahora está más guapa que nunca. Ha cogido algo de color y tiene una expresión más relajada.

—A ver si lo adivino... —dice con una sonrisilla—, al zoquete de mi hermano se le ha

olvidado avisarte de que hoy soy yo la canguro.

—Sí —respondo con voz grave—. No pasa nada. Me marchó.

Saoirse abre los ojos de par en par.

—¡No! —Acorta la distancia que nos separa y me pone una mano en el brazo—. Podemos pedir pizza y cuidar juntos de Lizzy.

Observo agobiado a la chica que tengo delante. Sé que solo está intentando ser amable. Es su carácter. Desprende pura bondad. Por eso me gusta tanto. Me preparo para inventarme una excusa que la libre de mi obligada compañía cuando Bruce me da una palmada en la espalda.

—¡Decidido! —Se dirige a la puerta—. Lizzy tiene suerte de contar con vosotros.

—¡Pasadlo bien! —los despide Saoirse.

En cuanto nos quedamos a solas, el ambiente se enrarece. O eso es lo que a mí me parece. Saoirse tiene en brazos a Lizzy y le está haciendo carantoñas. Me derrito al verlas. La niña le coge un mechón de pelo y ella pone cara de dolor, pero se las apaña para soltarse.

—Bueno —me sonrío—, ¿qué tal?

—Bien —respondo con excesiva sequedad. Joder, estoy nervioso. No sé qué me pasa. Intento arreglarlo y fuerzo una sonrisa—. ¿Qué tal tus vacaciones?

—De maravilla. He vuelto super relajada.

—Me alegro —respondo, con las manos metidas en los bolsillos—. ¿Quieres que pidamos ya la pizza?

—La mía de...

—Pepperoni —digo sin pensar.

Saoirse me observa sorprendida. Uf, soy un bocazas.

—Nos conocemos desde niños. Sé que es tu pizza favorita —le resto importancia.

—Seguro que hay muchas cosas que no sabes de mí. —Me saca la lengua y va al salón con Lizzy en brazos.

Pido las pizzas y me preparo para pasar la noche con una mujer por la que llevo suspirando en secreto demasiados años. Con un poco de suerte, ella seguirá sin darse cuenta de mis sentimientos.

\*\*\*

—¿Por qué no para de llorar? —se angustia Saoirse—. Lleva más de una hora llorando. T-tal vez d-deberíamos llamar a Bruce y...

Saoirse tartamudea cuando se pone nerviosa. Es algo de lo que se avergüenza. Su hermano y yo solíamos darles palizas —sin que ella lo supiera—, a los críos del colegio que se burlaban de su tartamudez. Ahora está sosteniendo en brazos a Lizzy, que tiene la cara roja, los puños apretados y no deja de patear.

—Creo que es un cólico de lactante. A veces le pasa.

—¿Un q-qué? —Me mira asustada—. ¿Es grave? ¿Debemos llevarla al hospital?

—Los sufre muy a menudo —le explico con calma—. Déjame que la coja. Voy a probar algo que casi siempre funciona.

Saoirse obedece sin rechistar. Acuno a la niña en mi regazo y le acaricio la espalda para calmarla y que trate de eructar. Mientras tanto, le explico a Saoirse que su sobrina sufre cólicos lactantes desde las primeras semanas de vida.

—Esto suele calmarla —le digo—. De lo contrario, un baño con agua tibia también suele funcionar.

Al cabo de quince minutos en lo que meso a la niña y le acaricio la espalda, sus llantos cesan y se queda dormida en mi pecho. Saoirse, que hasta entonces había permanecido de pie con el rostro tenso, se desploma en el sofá y se tapa la cara con las manos. Dejo a Lizzy en su cuna y me acerco a ella cuando comprendo que está llorando.

—¿Te encuentras... —Le pongo una mano en la espalda—, bien?

—N-nop —tartamudea llorando—. Mi madre tiene razón. Fui una egoísta al marcharme. Me perdí el nacimiento de mi sobrina y sus primeros meses de vida. ¿Y todo porque mi nuevo novio resultó ser gay? ¡Qué les den a los tíos! No puedo creer que haya sido tan idiota...

Ahora entiendo por qué desapareció durante tres meses. Maldito Andrew, no puedo creer que la utilizara como tapadera. Me encantaría darle una paliza, pero ya no tiene ningún sentido porque hace un par de semanas salió del armario. Luego se marchó de Emerald Beach con su novio.

—Eres la persona menos egoísta que conozco —digo con suavidad.

—N-no h-hace falta que me r-regales los oídos —gimotea, tapándose la cara con las manos.

—Es la verdad.

—¡No conocí a mi sobrina!

—Ahora estás aquí, y tienes el resto de tu vida para demostrarle a Lizzy lo mucho que la quieres. Esa niña es muy afortunada de tenerte.

Saoirse se gira hacia mí. Sus ojos verdes son dos pantanos acuosos. Se muerde el labio para contener otro sollozo. No puedo evitarlo. Con suma delicadeza, le aparto el pelo de la cara y ella se estremece. Sé que no ha sido porque le haya gustado, sino porque la he pillado desprevenida.

—¿Necesitas un abrazo?

—S-sip —admite con un hilo de voz.

Sé que no debería disfrutar de este momento. Pero, joder, soy un hombre débil. La estrecho entre mis brazos y siento que encajamos de una forma que ella jamás podrá comprender. Le acaricio el pelo y me tomo la libertad de darle un beso en la frente. Ella respira hondo y se aferra a mi jersey.

—Te he llenado el jersey de lágrimas.

—No pasa nada. Era horroroso. Lo elegí por si Lizzy me vomitaba encima.

El comentario le saca una sonrisa. Entonces recuerdo que ya he visto esa sonrisa en otras ocasiones y decido utilizar toda la artillería para animarla.

—¿Te apetece jugar una partida de Rummikub?

Se le ilumina la expresión.

—Rummikub, ¡me encanta! ¿Cómo sabes qué...?

—Hay un tablero justo ahí. —Señalo la mesa que hay debajo del televisor a modo de excusa. En realidad, hay pocas cosas que no sepa de ella. La conozco desde que éramos unos críos. Sé que su color favorito es el azul cielo, le encantan las cerezas y Taylor Swift, entre otras cosas.

Me toca mover primero. Durante cuarenta minutos, jugamos una partida muy reñida hasta que consigue ganarme. Ha sido una victoria limpia. No soy la clase de tío que se dejaría ganar.

—Ha estado bien —admite de mejor humor—. No les digas a Bruce y Meg que no tenía ni idea de lo que es un cólico de lactante.

—Prometido. —Le guiño un ojo.

Saoirse se relaja en el asiento y se le escapa un bostezo.

—No voy a quedarme dormida —me promete—. Solo voy a descansar un ratito los párpados...

Cinco minutos después, está roncando como un angelito. La tapo con la manta que hay a los pies del sofá y contengo el deseo de darle un beso, pues sé que no tengo derecho. A estas alturas ya me he hecho a la idea de que debo conformarme con su amistad.

## 7. Despertar encima de una roca

### *Saoirse*

Me desperezo encima de un cuerpo duro con olor a gel de baño. Unos brazos fuertes me envuelven la cintura. Esbozo una sonrisilla, pues estoy la mar de a gusto. Tan calentita, cómoda y protegida. Hasta que me percató de que me he quedado dormida encima del pecho de Max y doy un respingo.

¡Qué vergüenza!

Nos conocemos desde que éramos unos críos. No quiero que piense que la tonta y enamoradiza hermana menor de su mejor amigo se ha colgado de él porque ha sido bueno con ella. Así que me aparto con brusquedad y me encuentro con un par de ojos azules que me observan con calidez.

—Lo siento —me disculpo ruborizada—. Me ha podido el cansancio del viaje. No debería haberte utilizado de almohada.

Me siento en el otro extremo del sofá, como si así pudiera arreglar semejante desaguado. No quiero que piense que soy una damisela en apuros que va a saltar a sus brazos a la menor oportunidad. Max es el mejor amigo de mi hermano. A diferencia del resto de sus amigos, jamás ha intentado nada conmigo. Los otros colegas de Bruce siempre buscaban sacar tajada de nuestra fortuna y me escogían como la presa fácil a la que engañar. Pero Max es demasiado leal para intentar embaucarme. Se podría decir que con el paso de los años nos hemos convertido en una constante en la vida del otro. Considero que es un tipo respetable en el que se puede confiar. Sé que puedo contar con él. Una vez pinché una rueda y él vino a rescatarme. Esa es la clase de relación que tenemos. No quiero estropearla.

—No pasa nada —le resta importancia—. No me has molestado.

—¡Venga ya! —bromeo abochornada—. Seguro que te he llenado el jersey de babas.

—¿Este jersey tan horroroso? —Se encoge de hombros—. Ya te he dicho que lo escogí por Lizzy. Le encanta vomitarme encima después de que le dé el biberón.

—No sabía que te gustaran tanto los niños —admito impresionada.

En realidad, hay pocos hombres que harían de canguro.

—No sabía que me gustaban tanto los bebés hasta que nació Lizzy —se sincera—. Te juro que la primera vez que me vio me sonrió. Se supone que un bebé recién nacido no puede sonreírte... pero ella estiró la manita y me sonrió, como si acabara de decidir que yo sería alguien importante en su vida. En fin, adoro a esa pequeñaja. Me temo que ahora vas a tener que competir conmigo para hacer de canguro. No pienso ceder mi puesto con tanta facilidad.

—Parece que se te da mejor que a mí —admito riendo—. Pero soy una persona muy tenaz. Dame un par de semanas para que me convierta en su tía favorita.

Max me dedica una mirada burlona. Me gusta que los dos queramos tanto a Lizzy. Es

evidente que podemos turnarnos para cuidarla cuando Bruce y Meg necesiten un descanso.

—Podrías tener un bebé —sugiero a bocajarro. En cuanto las palabras salen de mi boca, me arrepiento. Me pongo colorada y me miro los pies—. Es decir... que se te da bastante bien cuidar de un bebé. Se nota que serías un buen padre.

—Eso espero.

—¿Y a qué estás esperando?

Max me mira con intensidad.

—A la mujer indicada.

Se me escapa un resoplido de risa. Qué ridiculez. Ha tenido mucho éxito entre el sexo contrario. Todas sus ex hablan maravillas de él. Dicen que es un tipo encantador. Nunca he escuchado a una mujer hablar mal de Max. Y Jane, la secretaria de Bruce, lleva prácticamente toda la vida colgada de él.

—¿Por qué te ríes? —pregunta con el ceño fruncido.

—¡Ni que te faltaran candidatas! —exclamo alucinada—. ¿Con cuántas chicas has salido?

—No lo sé —responde esquivo.

—No es una crítica —lo tranquilizo—. Mi currículum sentimental da vergüenza ajena. Seguro que te supero. Lo que intento decir es... ¿Ninguna de ellas fue la indicada?

—No —responde rotundo.

Su seguridad me deja perpleja.

—¿Ninguno de ellos fue el indicado para ti?

Me tenso sin poder evitarlo.

—Solo me fijo en capullos. Mi último novio resultó ser gay. Desde luego que ninguno de ellos era el indicado.

—Perdona...

Le hago un gesto con la mano para que lo olvide.

—Da igual —respondo más tranquila. Se supone que ya he pasado página. Y ahora, al mirar a Max, con su metro ochenta, su cuerpo atlético, su pelazo rubio y sus bonitos ojos azules, me pregunto por qué el tampoco ha tenido suerte en el amor—. ¿Qué debe tener la chica de tus sueños?

—No me creerías —dice con tono misterioso.

—¿Por qué no? —me río—. Venga, sorpréndeme. Seguro que no eres tan exigente como el bobo de mi hermano, que quiso que su prometida cumpliera siete reglas porque era incapaz de admitir que estaba enamorado de Meg.

—No tengo ninguna regla...

Enarco una ceja. Todos tenemos un prototipo. Eso es así.

—La chica que te guste tendrá que cumplir una serie de requisitos... —insisto extrañada.  
Max echa la cabeza hacia atrás y se ríe con desgana.

—Ese es el caso —dice, mirándome más serio—. Ella los cumple todos.

—¿En serio? —pregunto impresionada—. ¿Has encontrado a una chica que cumple todos tus requisitos? ¡Debe de ser alguien alucinante!

Max me lanza una sonrisa tierna.

—Lo es.

—¿La conozco? —No soy una persona muy cotilla, pero me muero de ganas de saber quién es. Tal vez pueda animarlo a que se declare—. ¿Quién es?

Max respira hondo, suelta el aire de golpe y me mira fijamente.

—Esa chica e...

—¡Hooool! —Meg entra de repente en la casa—. ¿Cómo se ha portado mi bebé?

—Recordadme que no vuelva a dejar que Meg elija una película. Ha sido una tortura —se queja Bruce.

Me levanto del sofá al mismo tiempo que Max.

—Se ha portado de maravilla. Es un angelito.

Bruce se acerca a la cuna para observar a la niña. En ese momento, la niña abre los ojos y rompe a llorar con furia. Mi hermano se sobresalta y nos mira agobiado.

—¿Lo veis? ¡Me odia!

Meg le acaricia la espalda antes de coger a Lizzy en brazos.

—Chicos, millones de gracias por cuidarla. —Me da un beso en la mejilla y otro a Max—. Sois los mejores.

Bruce se deja caer en el sofá, se tapa la cara con las manos y refunfuña que no quiere vivir en un mundo donde su hija lo odie. Todos ponemos los ojos en blanco. Max y yo nos despedimos de Meg, que nos sigue a la salida. Una vez que estamos fuera, Max me acompaña a mi coche, una tontería porque está aparcado junto a su deportivo.

—Deberías lanzarte —lo animo.

Max me mira confundido, así que le doy un golpecito en el hombro.

—¡Dile a esa chica lo que sientes! —lo aliento—. Eres un gran partido. Se sentirá muy afortunada. Además, si no se lo dices, nunca sabrás si tus sentimientos son correspondidos.

Max mira al suelo y carraspea incómodo.

—Uhm... me lo pensaré.

—Buenas noches, Max. —Le doy un beso en la mejilla y aspiro ese olor tan agradable a gel de baño—. Gracias por no decirle a Bruce y Meg que no tengo ni idea de los cólicos de lactante.

Me guiña un ojo.

—Tu secreto está a salvo conmigo.

Subo al Mini, arranco y conduzco en dirección a mi casa. Ahora no puedo dejar de preguntarme quién es la misteriosa chica de la que Max está colado hasta las trancas. ¿Será alguien del pueblo? ¿Una compañera de trabajo? ¡Qué interesante!

## 8. Volvemos a encontrarnos... Ojazos

*Jack*

Bruce Anderson, mi nuevo socio, me hace un tour por la fábrica de cervezas. Mi imperio hotelero y el suyo han llegado a un acuerdo muy ventajoso. Además, hacía tiempo que no me tomaba unas vacaciones. Primero hice un viaje exprés a Italia para reunirme con nuestro delegado hotelero. Así que después de cerrar este trato, voy a permanecer unos días en Emerald Beach. Este pueblecito irlandés tiene su encanto: playas rocosas, acantilados verdes y un pequeño hotel con todas las comodidades que me gustan. Solo necesito un poco de compañía femenina para estar en mi salsa.

—Parece que mi hermana por fin ha llegado —me dice. Paramos delante del despacho de la directora de recursos humanos—. Me gustaría presentártela antes de la reunión.

—Por supuesto.

Bruce llama a la puerta y una voz femenina le indica que pase. Toda mi sangre se va al mismo sitio. Tengo que hacer un gran esfuerzo para mantener la compostura. La reconozco en cuando entramos en el despacho. Viste un traje color crema de dos piezas. Lleva la cascada de pelo negro recogida en un apretado moño en la coronilla, y los ojos verdes maquillados con un poco de rímel. El animal que hay dentro de mí sueña con ir hasta su escritorio, deshacerle el moño y estampar mi boca contra la suya.

Llevo tres putos días sin poder quitármela de la cabeza.

Y aquí está.

La hermanita de mi socio.

*Ojazos*, te he encontrado.

## 9. El Sr Matini ataca de nuevo

### *Saoirse*

—Un segundo —le pido a Bruce, pues estoy terminando un informe que me corre bastante prisa.

Mi hermano suspira exasperado. Ya sé que él se encarga de la parte directiva, pero el departamento de Recursos Humanos es muy importante si queremos tener una compañía en la que los empleados no se saquen los ojos. Pensé que no pasaría nada por irme tres meses de vacaciones, pero al volver he encontrado el departamento patas arriba. Parece que no han trabajado en mi ausencia.

—¡Listo! —Envío el informe por email al departamento correspondiente y levanto la cabeza para mirar a mi hermano—. ¿Qué es eso tan...?

—Te presento a Jack Preston —dice, y entonces me percato del hombre trajeado y apuesto que hay a su lado—. Nuestro socio.

—Ah... —La aparición me ha pillado desprevenida. Odio las sorpresas. Además, jamás olvidaría una cara como la suya. Su sonrisa lobuna y su mirada penetrante me informan de que él tampoco me ha olvidado. Mierda, me sudan las manos. No esperaba que el nuevo socio fuera el idiota del Martini. Soy una gran profesional, así que hago de tripas corazón, me pongo de pie mientras me seco con disimulo la mano en los pantalones y rodeo el escritorio para saludarlo—. Saoirse Anderson, directora de recursos humanos.

—Encantado de conocerla, Saoirse —dice con una marcado acento americano.

Tiene una mano enorme y cálida. Cuando aprieta la mía, contengo el impulso de retirarla porque me envuelve un cosquilleo eléctrico.

Su voz me pone la piel de gallina. Sigue siendo asquerosamente atractivo. Cómo no. Es esa clase de hombre. Rechacé una copa —algo de lo que no me arrepiento—, y ahora el karma me lo paga de esta manera. Sé que debo ser educada y amable con nuestro nuevo socio. Yo estaba de viaje cuando se trazó el negocio. El Señor Preston es heredero de un imperio hotelero de lujo. Su imperio va a colaborar con nuestra fábrica para crear una exclusiva carta de cervezas que solo se sirva en sus hoteles. Ese negocio va a reportar grandes beneficios a todos.

—Lo siento. —Bruce se disculpa cuando le suena el móvil y lee el nombre de la pantalla—. Es la niñera. Esta mañana Lizzy se despertó con unas décimas de fiebre.

—La familia es lo primero —lo tranquiliza Jack.

—¿Te importa llevar a Jack a la sala de juntas? —me pide Bruce—. Me reuniré allí con vosotros dentro de diez minutos.

—Claro —respondo con una sonrisa forzada.

En cuanto mi hermano nos deja solos, la tensión se puede cortar con un cuchillo. Al menos por mi parte. Yo estoy visiblemente incómoda. Él, por el contrario, parece la clase de

hombre que siempre mantiene el control y está disfrutando de la situación.

—Hola, Ojazos —dice con tono ronco. El apelativo provoca que me sobresalte—. Volvemos a vernos.

—Me llamo Saoirse —le espeto—. Seer-sha —le deletreo, pues los americanos siempre pronuncian mal mi nombre—. O Señorita Anderson, como prefieras.

Mi respuesta parece hacerle gracia, pues ensancha una sonrisa. Sus ojos oscuros brillan con una emoción que no sé descifrar.

—Me gusta más Ojazos —dice sin despeinarse—. Porque no he podido dejar de pensar en ti desde la última vez que nos vimos.

Se ha inclinado para susurrarme esa última frase al oído. Me quedo momentáneamente paralizada y un intenso calor me sube por las piernas. Luego recuerdo a todos los capullos con los que he salido, me recompongo y voy hacia la puerta. La abro de par en par y digo sin mirarlo:

—Si yo soy Ojazos, entonces tú eres el chico Martini —suelto irritada—. Así que más te vale tratarme con el respeto que requiere esta reunión profesional. De lo contrario, todos van a pensar que eres uno de esos americanos arrogantes que creen que todo se compra con dinero. Y ese tipo de hombres caen fatal por estos lares.

No espero a ver su reacción. Camino con la espalda erguida en dirección a la sala de juntas. Sé que me está siguiendo. No me cabe la menor duda de que ha captado el mensaje. Conmigo ya no se juega.

## 10. Me encantan las mujeres de ojos verdes con carácter

*Jack*

Sigo a Ojazos de camino a la sala de juntas. No puedo evitar mirarle el culo, aunque tampoco lo disimulo. Una cosa es que me haya pedido que sea profesional y otra muy distinta que no tenga ojos en la cara. Y, las cosas como son, la señorita Ojazos es una belleza de quitar el hipo. Estatura por encima de la media, curvas bien proporcionadas y un pelo de un negro intenso apretado en un moño que me muero de ganas de deshacer.

—¿Me estás escuchando? —Frena sin previo aviso y estoy a punto de tropezarme con ella. Se vuelve para lanzarme una de esas miradas censuradoras que tanto me ponen—. ¿Has oído una palabra de lo que te he dicho?

Sé lo que estás pensando: soy el típico capullo que no presta atención a las mujeres cuando estas tienen algo importante que decir.

Te diré algo sobre mí: soy el menor de tres hermanas. Mi padre murió cuando era un crío y me he criado en un matriarcado. Respeto enormemente a las mujeres. El único problema es que quiero follarme a la que tengo delante y sé que se me nota en la cara.

—La sala de juntas —digo para salir del paso. Señalo la puerta que hay cerrada delante de nosotros—. Gracias por el tour. Ha sido muy... instructivo.

—Es el almacén —responde cabreada.

Genial, estoy quedando como un imbécil. Por norma general, solo tengo que soltar un par de frases hechas para llevarme a la cama a la mujer que quiero. Soy generoso en el sexo y nunca hago promesas que no estoy dispuesto a cumplir. En definitiva, disfruto al máximo de mi soltería. Así que no entiendo por qué me comporto como un cromañón delante de esta belleza.

—Disculpa, estaba pensando en... —Ella se cruza de brazos y enarca una ceja mientras yo busco una excusa convincente—. Los diferentes tipos de cervezas que vamos a incluir en la carta.

—Eso tendrás que comentarlo con los responsables del departamento —contesta con frialdad—. ¿Seguimos?

—Por supuesto. —Me enderezo—. Vuestra instalaciones son muy...

Cruza la esquina y lo que estaba a punto de decir queda suspendido en el aire. No entiendo qué demonios le pasa a esta chica. El único error que cometí fue invitarla a un Martini.

—Hemos llegado —dice con sequedad.

Le pongo una mano en el centro de la espalda para que pase primero. Ella se aparta con brusquedad y me dedica una mirada asesina.

—¿Qué haces? —me recrimina.

—Solo pretendía...

Resopla para apartar un mechón que ha escapado de su moño, y entra dedicándome una mirada cargada de desagrado. La sigo como un perrito que acaba de ser amonestado por su dueño.

—Te aseguro que no pretendía...

—Conozco a los tíos como tú —me suelta, asegurándose de que la sala está vacía—. Eres arrogante, estás acostumbrado a salirte con la tuya y vas por la vida como si la gente tuviera que apartarse a tu paso.

—En realidad, te he puesto la mano en la espalda para que entraras primero...

—¡De eso se trata! —exclama exasperada—. Primero me invitas a una copa y luego me tratas con condescendencia. Por no hablar de que me estabas mirando el culo mientras yo te daba una charla sobre nuestra compañía. Todos los tíos sois iguales —dice con desgrado.

Al principio no logro reaccionar. No estoy acostumbrado a que ninguna persona —hombre o mujer—, me hable de ese modo. Además, en lo de mirarle el culo tiene razón. Pero todo ese rollito de la condescendencia... ¡venga ya!

—¿Eres igual de antipática con todo el mundo o conmigo has hecho una excepción?

—¿Invitas a todas las desconocidas a una copa? —contrataca.

—Solo a las guapas con las que quiero acostarme.

Mi respuesta la deja con dos palmos de narices. Su rostro se tiñe de rojo y abre los ojos de par en par. Murmulla algo que no llego a entender, da un paso atrás y se agarra al filo de la mesa, como si necesitara ese apoyo para mantenerse en pie.

—Eres...

—¡Señor Preston! —exclama una mujer bajita y pelirroja. Es la responsable de marketing y la esposa de Bruce—. Qué alegría volver a verle.

Me alegro de estrechar la mano de una mujer que no quiere estrangularme ni me mira como si fuera lo peor. La sala de juntas se va llenando y todos hacen las presentaciones oportunas. Ojazos está sentada en el otro extremo y permanece inusualmente callada. Tiene los labios apretados y la expresión entre perpleja e indignada. En una ocasión, nuestras miradas se cruzan y me atrevo a sonreírle, lo que consigue enfurecerla más.

—Pues ya estaría todo —dice Bruce con aprobación—. Estoy convencido de que va a ser un negocio muy ventajoso para todos.

Se me van los ojos a Saoirse, que finge estar muy interesada en la pata de la mesa. Sonrío de oreja a oreja y digo:

—Desde luego.

—¿Cuándo coges el avión? —se interesa Meg.

—Dentro de diez días —Mi respuesta consigue captar la atención de Ojazos, que me mira enfurruñada—. Voy a hacer algo de turismo por Emerald Beach. Necesitaba unas vacaciones y me ha parecido un lugar maravilloso para relajarme.

Pronuncio la palabra «relajarme» mientras intento hacer contacto visual con Ojazos, que

mantiene la cabeza gacha y se muerde el labio. Parece más disgustada que interesada en la posibilidad de relajarse conmigo. Tiempo al tiempo. Me quedan diez días de margen y me encantan los retos. ¿Por qué no?

## 11. ¿Te acuerdas de aquella chica...?

**Max**

Conozco a Saoirse desde hace tantos años que sé cuándo está contenta, nerviosa o enfadada. Y, después de la reunión con Jack Preston, descubro a una Saoirse muy cabreada. Tiene las mejillas sonrojadas y la boca apretada, como si estuviera conteniéndose para no decir una palabrota.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto en voz baja cuando acaba la reunión.

Me percató de que Jack no nos quita la vista de encima. Soy un hombre observador por naturaleza y lo he pillado lanzándole miraditas furtivas a Saoirse durante toda la reunión. Un comportamiento tan poco apropiado como profesional. Saoirse es la dueña de la mitad de la empresa, aunque prefiera encargarse del departamento de recursos humanos. Lo mínimo que debería hacer ese tipo es respetarla. Además, ¿por qué la mira como si quisiera...?

—No —admite agobiada—. Creo que me ha dado una bajada de tensión. ¿Te importa acompañarme a la terraza? No le digas nada a Bruce y a Meg. No quiero preocuparlos.

—Tranquila. —La cojo de la mano con delicadeza y la ayudo a llegar a la terraza mientras los demás están bromeando con Jack. Saoirse se agarra a la barandilla e inspira hondo—. Ahí dentro hacía demasiado calor. Mucho mejor.

—¿Segura? —pregunto preocupado—. ¿Quieres que te traiga algo de beber? ¿Agua con hielo?

—¿Cómo sabes qué...? —Se vuelve hacia mí y me mira extrañada—. Me encanta el agua con hielo. No importa lo fría que esté.

—Nos conocemos desde que...

—Sí, ya lo sé. —Se ríe—. Son muchos años. Pero yo ni siquiera sé cómo te gusta el café.

—Largo de café, corto de leche y con dos terrones de azúcar.

—Es bueno saberlo.

—Ahora vuelvo con el agua. —Le doy un apretón cariñoso en el brazo—. No te muevas de aquí.

Regreso a la sala de juntas, donde todos se han ido a excepción de Jack. Me molesta que el tipo ande por aquí como si la empresa fuera suya. Es uno de esos hombres pagados de sí mismos que caminan como si el espacio les perteneciera. Sirvo un vaso de agua y luego cojo un par de cubitos de hielo de la cubitera ante su atenta mirada, lo que me enerva.

—La salida está por ahí —le indico por si se ha perdido.

—Sé dónde está la salida —responde, con las manos metidas en los bolsillos—. ¿Se encuentra bien la señorita Anderson?

—Perfectamente.

Jack no me cree y echa un vistazo en dirección a la terraza. Luego vuelve a mirarme y frunce el ceño.

—¿El agua es para ella? —intuye.

—Puedo ocuparme yo —le aclaro—. Somos amigos desde que éramos unos niños.

—Y nada más porque ella no quiere —comprende de golpe.

Ser tan transparente para este idiota al que acabo de conocer es un golpe que va directo a mi orgullo. Le doy la espalda y regreso a la terraza con la intención de olvidarme de ese cretino. Saoirse me sonríe cuando le entrego el vaso de agua. Tiene una sonrisa de otro planeta, lo juro. Sus ojos verdes resplandecen y le nacen un par de hoyuelos en las mejillas.

—G-gracias —tartamudea, por lo que sé que está nerviosa.

—¿Mejor? —Le froto la espalda.

—S-sí.

—A mí no hace falta que me mientas.

—Háblame de esa chica tan especial —dice con arrojo, y sé que lo hace para cambiar de tema.

Apoyo la espalda en la barandilla para poder mirarla a los ojos. Debería armarme de valor y confesarle mis sentimientos. Sé que no me ve de la misma forma, pero al menos me quitaría un gran peso de encima.

—Es una chica alucinante.

—¿Por qué?

—Es... —Pienso en todas las cosas que me gustan de ella. Me cuesta quedarme solo con unas pocas—. Tiene un gran corazón. Es la clase de persona que se ríe por compromiso cuando alguien cuenta un chiste sin gracia para que la otra persona no se sienta mal. Es absolutamente preciosa, aunque eso no es lo más importante.

—Vaya —dice impresionada—. Estás colado hasta las trancas.

—No sabes cuánto —respondo con un deje de amargura.

—Deberías...

—Lamento la interrupción. —Jack Preston aparece en la terraza y la hace completamente suya. En serio, soy un tipo con una estatura por encima de la media, pero él es un puto gigante con traje. Me ignora y mira intensamente a Saoirse, que parece algo incómoda—. Señorita Anderson, ¿se encuentra mejor?

—S-sí, g-gracias —tartamudea ofuscada.

—¿Puedo hablar a solas con usted?

Saoirse lo mira con una mezcla de recelo e irritación. Me quedo a su lado para que sepa que solo tiene que pedírmelo para sacar a Jack de la terraza. Sin embargo, me pilla desprevenido cuando asiente con seriedad.

—¿Estás segura? —le pregunto en voz baja. No sé qué hay entre ellos, pero tengo la

impresión de que ella no se siente cómoda—. Si quieres, puedo...

—Va todo bien, Max. —Me tranquiliza, tocándome el brazo—. Muchas gracias por el agua.

Salgo de la terraza de mala gana con una poderosa sensación de derrotismo, como si Jack Preston hubiera ganado una batalla que ni siquiera era consciente de estar librando.

## 12. Un demonio muy sexy

### *Saoirse*

Que quede muy clara una cosa: solo le he dicho a Jack que podía hablar conmigo porque no quiero que piense que ha ganado. Su desfachatez me ha dejado con dos palmos de narices. De acuerdo, me ha intimidado. Pero eso no significa que él deba saberlo. Tengo que ponerlo en su sitio.

—¿Q-qué quieres? —pregunto ofuscada.

Maldita sea, ahora estoy tartamudeando delante de un tipo que ha admitido que quiso invitarme a una copa para acostarse conmigo. Así no voy a ponerlo en su sitio. Seguro que se burla de mí.

—T-tartamudeo cuando me enfado —le aclaro acalorada.

Jack ni siquiera se inmuta, lo cual supone un verdadero alivio. Estoy acostumbrada a que los hombres me miren exasperados o con lástima cuando comienzo a tartamudear.

—Le pido disculpas si antes la he incomodado con mis palabras —dice, y parece sincero.

—N-no q-quiero que me pida disculpas, ¡exijo que retire lo que ha dicho! —exclamo indignada.

Jack se cruza de brazos, se apoya en la barandilla y me observa como si yo fuera una niña díscola. Menea la cabeza y esboza una media sonrisa de lo más atractiva.

—Me temo que no puedo.

—¡C-cómo se atreve!

—Mi madre me ha educado para que siempre diga la verdad —responde con calma—. Permíteme que te tutee. Te invité a esa copa porque eres una mujer preciosa y ardo en deseos de acostarme contigo.

Abro los ojos de par en par. Jack permanece impasible. Se me dilatan las aletas de la nariz y me sudan las manos. El corazón va a salirse del pecho. Mientras tanto, él se limita a mirarme como si acabara de pedirme la hora.

—¡N-no puedes hablarme así!

—¿Te hago sentir incómoda? —pregunta con calma.

—¡Por supuesto que sí!

Jack levanta los brazos en son de paz.

—No tienes nada que temer de mí. Jamás te pondré una mano encima mientras tú no quieras. Pero, si me lo pidieses, dejaría que fueras la dueña de mi mundo durante toda la maldita noche.

—Estás... —digo jadeando—, loco.

—Por ti —admite con una sonrisa lobuna—. Desde que te vi en aquel avión, no he podido sacarte de mi cabeza.

—¡No va a pasar! —le aclaro histérica—. No voy a acostarme contigo.

Jack me mira como si estuviera sopesando esa posibilidad. Entonces asiente, coge un cigarrillo de su bolsillo y lo enciende. Le da una calada y mantiene la vista clavada en el horizonte repleto de montañas.

—Voy a estar diez días por aquí —dice muy tranquilo—. Si cambias de opinión...

—No —digo con fiereza.

—Estoy convencido de que ambos lo disfrutaríamos. —Apaga el cigarro en la papelera más cercana y me mira como nadie lo había hecho antes—. Sé que yo lo disfrutaría, y sé que conseguiría que tú también lo hicieras. Probablemente me echarías de menos cuando regresara a Estados Unidos.

—¡E-eres un cretino!

Salgo de la terraza temblando, dispuesta a alejarme de ese hombre egocéntrico y absolutamente seguro de sí mismo. ¿Qué formas son esas de hablarle a una mujer? Los tipos con los que me he tropezado primero me invitaban a una cita y luego me mentían para acostarse conmigo. Ninguno de ellos me miró a los ojos y dijo que quisiera... follarme.

Ay, Dios.

¡Jack Preston está loco!

¿Y va a estar en el pueblo durante diez días?

Mi corazón se desboca de solo pensar en la posibilidad de volver a cruzarme con él. De todos los capullos sobre la faz de la tierra, en absoluto estoy preparada para uno tan arrogante como Jack Preston.

## 13. Tómate una copa conmigo

### *Saoirse*

Siempre soy de las últimas en salir de la oficina después de terminar la jornada laboral. A Max le pasa lo mismo. Trabaja en el departamento de contabilidad y, aunque los números no son los míos, tengo entendido que es un cerebritito.

—Ey —me saluda con su característica sonrisa—. ¿Ya te vas?

—De lo contrario acabarán poniéndole nuestros nombres a este edificio —bromeo.

Max se ríe. Tiene ese tipo de risa agradable y sincera que hace que confíes en él de inmediato. Emerald Beach es un pueblo pequeño y jamás he escuchado a nadie hablar mal de él. Es un verdadero encanto. Durante un tiempo fue voluntario en la biblioteca del pueblo un par de tardes a la semana porque iban a cerrarla por falta de personal. Es el mejor amigo de mi hermano, el único que jamás se le ha acercado para sacar tajada de su dinero. Ahora que Bruce se ha casado con Meg, no me cabe duda de que se ha convertido en el soltero más cotizado del pueblo. Es normal, con sus rizos rubios desordenados y sus ojos azules. Parece un querubín entrado en la treintena, con sus jerséis de lana y sus zapatillas Converse. Jamás lo he visto ponerse una corbata y una camisa a no ser que se vea obligado a asistir a una reunión. Max es la clase de tipo que miras a la cara y sabes que puedes fiarte de él.

—Te invito a una copa —dice de repente.

La sorpresa me obligaba abrir mucho los ojos. Max nunca me había invitado a tomar algo. En realidad, casi nunca nos quedamos a solas. Siempre hemos estado acompañados de Bruce, Meg, mis padres o algún amigo. Es cierto que anoche lo pasé genial con él haciendo de canguro de Lizzy, pero se me da fatal ser extrovertida y me da palo aburrirlo con mi falta de conversación.

—Otro día —sugiere al ver mi cara de espanto.

Me doy cuenta de su decepción y me arrepiento de inmediato. Tengo que aprender a deshacerme de la sensación de que soy una persona aburrida con la que nadie quiere relacionarse. Meg es mi única amiga. Cuando se marchó para estudiar fuera lo pasé fatal, pues no encajaba en el círculo social de mi familia. Bruce intentó presentarme a sus amigos, pero todos se burlaban de mi tartamudez. Max fue el único que jamás se rio. Incluso en alguna ocasión sacó la cara por mí.

—Vamos al bar de Wendy —digo más animada.

Max me mira sorprendido por mi cambio de opinión. El pueblo es muy pequeño y el bar de Wendy es el único sitio en el que podemos tomar una copa. A esta hora de la tarde está abarrotado de gente, por lo que escogemos una mesa tranquila.

—¿Qué tal el viaje? —se interesa.

—Tomé una buena decisión al marcharme. —Omito hablar de Andrew. No tengo ganas de centrarme en mi último fracaso amoroso—. Leí un montón de novela negra, tomé el sol e hice

buceo.

Le enseño el brazo para que compruebe lo morena que estoy. Max ladea la cabeza y aprieta los labios.

—¿Qué? —protesto—. ¡He cogido algo de color!

—Eres muy blanca —dice, intentando no reírse—. Tienes una piel muy bonita.

¿Eso ha sido un cumplido? Max se pone colorado y le doy un trago a mi refresco. Lo habrá dicho sin pensar. No quiero darle mayor importancia.

—¿Y tú qué has hecho durante los últimos tres meses? —me intereso.

—Trabajar.

—¿No has intentado acercarte a esa chica tan alucinante?

—Está fuera de mi alcance.

Estoy a punto de decirle que no me lo trago. Seguro que si le abre su corazón tiene una posibilidad con ella. Sin embargo, unas risas al fondo de la sala me distraen. Sobre todo por quien es el causante de ellas. En el centro del pub está Jack Preston, rodeado de algunos empleados de la compañía. La mayoría son mujeres que le tocan el brazo y se ríen como si hubiera contado un chiste divertidísimo. Me pongo de malhumor.

Qué capullo.

No lleva ni veinticuatro horas aquí y ya se está haciendo amigo de todo el mundo.

Uf, cretino arrogante.

—¡Max, Saoirse! —exclama Jane, la secretaria de mi hermano. Deja apoyada la mano en el hombro de Max y lo mira con intensidad—. ¿Os unís a nosotros?

Supongo que se refiere al grupito encabezado por Jack. Intento no poner cara de asco. En realidad no está haciendo nada malo. Simplemente, la gente extrovertida me cae mal porque delante de ellos me convierto en la chica que tartamudea y se pone colorada.

—Saoirse y yo estamos... —se excusa Max.

Me doy cuenta de dos cosas al observar a Jane: pone cara de pena ante la negativa de Max y le aprieta el hombro esperanzada, intentando llamar su atención. *Oh, vaya*. Entonces lo entiendo de golpe. ¡Jane es la chica alucinante! Tiene muchísimo sentido. La verdad es que harían una pareja preciosa. Si debo tragarme el rechazo que siento por Jack para darles un empujoncito...

—¿Por qué no? —Me levanto ante la mirada incrédula de Max—. Unámonos al resto.

—¡Genial! —Jane se cuelga del brazo de Max—. Jack es un hombre encantador. Nos estaba hablando de...

—¿Te has cortado el pelo? —la interrumpo, sin ganas de hablar de Jack—. Te queda genial, Jane. Estás guapísima. ¿A qué sí, Max?

—Te queda muy bien —responde él con educación.

Intento no poner los ojos en blanco. No sabía que Max fuera tan paradito.

—¡Mirad a quienes he traído! —exclama Jane satisfecha.

Agarra a Max y lo obliga a sentarse a su lado, por lo que me veo obligada a escoger el asiento que hay junto a Jack. Es un sillón de dos plazas demasiado pequeño para ambos. En cuanto me siento con la espalda erguida, intentando no rozarlo, sé que he cometido un grave error. Porque Jack Preston es enorme y es imposible que no nos toquemos.

Doy un respingo cuando su rodilla roza mi muslo y lo atravieso con la mirada, pero me doy cuenta de que ha sido sin querer porque sigue hablando como si tal cosa con Brandon.

—¿Otra ronda? —pregunta Jane.

No le presto atención porque estoy concentrada en permanecer lo más lejos posible de Jack. Aprieto los muslos y tenso la espalda.

—¿Te apetece otra cerveza? —me pregunta Jack cuando aparece el camarero.

Su mirada intensa y penetrante se clava en mí. Me ha pillado con la guardia baja. Las palabras se atascan en mi garganta.

—S-sí —logro tartamudear.

Algunos de mis compañeros de trabajo se ríen por lo bajo. Da igual que sea su jefa. Ese es el poco respeto que me tienen. Agacho la cabeza y me pongo colorada como un tomate. Jack se da cuenta de lo que pasa y cambia de tema con rapidez, pero el daño ya está hecho. En el otro extremo, Max me mira preocupado y mi bochorno se hace cada vez más evidente.

## 14. Qué les den

*Jack*

Me irrita la gente cruel que se burla de los defectos de los demás. Saoirse se levanta con los ojos brillantes con la excusa de ir al baño. Espero un tiempo prudencial antes de seguirla. Me quedo de brazos cruzados delante del baño.

Malditos imbéciles.

Me parece increíble que no sean capaces de respetar a su jefa. Los únicos que no se han reído han sido ese chico que parece estar colado por ella y la secretaria de Bruce, que a su vez suspira por ese tipo.

Saoirse sale del baño con los ojos rojos. Al verme, se sobresalta y retrocede. Ni siquiera me lo pienso cuando la empujo dentro del baño, cierro la puerta y echo el pestillo. Ella abre los ojos de par en par. La mirada que me dedica es entre incrédula y horrorizada.

—Tranquila. —Levanto los brazos para que sepa que soy inofensivo—. Todavía no puedes salir. Se nota que has estado llorando. Si quieres que esos cabrones te respeten, será mejor que no dejes que vean cómo te afectan sus bromas.

—Y-yo no... —Contiene un hipido y clava la mirada en la pared de azulejos. Arruga la nariz—. ¿P-por qué n-no te has reído como los d-demás?

—Porque no soy un gilipollas.

Saoirse me mira como si no estuviera del todo convencida. No la culpo. Le he mostrado mi parte más arrogante. Es lógico que no se fíe de mí.

—Sarah, mi hermana, también tartamudea cuando se pone nerviosa —le explico—. La pobre lo pasa fatal. En su graduación fue la elegida para dar el discurso. Todo iba bien hasta que unos idiotas de su clase empezaron a burlarse de ella. No pudo acabar el discurso porque empezó a tartamudear.

—La g-gente es...

—Solo quería que supieras que entiendo cómo te sientes. —Me atrevo a acortar la distancia que nos separa y le toco el brazo. No es un roce sexual. Simplemente pretendo mostrarle algo de apoyo. Para mi sorpresa, esta vez no se aparta—. He tenido esta conversación cientos de veces con mi hermana. Es una mujer inteligente y muy preparada, al igual que tú. Cuando se deja intimidar por un puñado de idiotas que deberían admirarla, me pongo de mala hostia. No te olvides de lo mucho que vales solo porque algunas personas utilizan un rasgo de tu carácter para hacerte de menos. El problema lo tienen ellos, no tú.

—V-vale —responde indecisa. Esta vez, me mira con mayor curiosidad—. ¿Qué les pasó a los compañeros de tu hermana que se burlaron de ella?

—Les di una paliza.

Saoirse abre mucho los ojos. No me apetecía mentirle. Después de la graduación de

Sarah, los busqué y me desquité con ellos hasta que apareció la policía. Pasé veinticuatro horas en un calabozo mugriento. Mereció la pena. No me arrepiento.

—N-no vayas a pegarles a m-mis empleados —me lee la mente.

Sacudo la cabeza muy despacio. Por primera vez desde que la conozco, el gesto la hace reír.

—Tengo muchísimas ganas, pero me controlaré —le prometo.

Voy al lavabo y cojo papel. Luego se lo tiendo ante su mirada confusa.

—Para que te limpies las manchas de rímel —digo con amabilidad.

—Ah. —Vuelve a ponerse colorada—. Cuando has entrado conmigo en el baño...

—No soy tan cretino. —Me encojo de hombros—. Será mejor que te deje sola.

—Gracias —dice, esta vez sin tartamudear.

Cuando salgo del baño me doy de bruces con su amigo. Creo que se llama Max. Me mira mal y le devuelvo la mirada. Yo no tengo la culpa de que esté enamorado de ella. Si yo sintiera lo mismo por Ojazos, no habría perdido el tiempo. Ni siquiera he necesitado veinticuatro horas para decirle que quería acostarme con ella. Cuando quiero algo voy a por todas.

—¿Qué eres? ¿Mi sombra?

—¿Tienes por costumbre entrar en el baño de las mujeres? —contrataca.

—Depende de si a ellas les importa —le suelto para tocarle la moral.

El tipo aprieta los dientes. Sé que me odia. Lo entiendo. Yo también sentiría lo mismo si alguien planease acostarse con la mujer por la que estoy loco.

—Ya hay que ser rastrero para abordar a una mujer en un momento de debilidad —me reprocha—. Te juro que si le haces daño...

La puerta se abre y los dos nos alejamos como si no nos hubiera pillado discutiendo. Saoirse nos mira confundida.

—¿Va todo bien?

—Sí. —El tipo fuerza una sonrisa—. Solo quería avisarte de que me iba.

—Yo también.

Me toca la moral que se vayan juntos, pero sé que no puedo hacer nada por evitarlo, así que me aparto para que puedan marcharse.

—Adiós, Jack —se despide de mí con el amago de una sonrisa—. Ha sido una charla interesante.

Le devuelvo la sonrisa. Luego le miro el culo cuando se da la vuelta. Joder, qué buena está. Todas las ganas de fiesta que tenía se van con ellas. Iré al hotel en el que me alojo y me daré una ducha de agua fría. Qué remedio.

## 15. Ten cuidado con ese capullo

**Max**

Acompaño a Saoirse hasta su coche. Me cabrea que el maldito Jack Preston se haya aprovechado de su momento de vulnerabilidad para entrar con ella al baño. Ese tipejo no tiene vergüenza. ¿Qué habrá pasado ahí dentro? ¿La habrá tocado? Desde luego, cuando se ha despedido de él no parecía en absoluto enfadada. Joder, ya sé que no es asunto mío, pero...

—No les echas cuenta —le recomiendo por lo sucedido hace un rato en el pub—. Llevaban un par de copas de más.

—Ya estoy más que acostumbrada. —Se encoge de hombros, pero la conozco y sé que le duele—. Entre lo de Andrew y mi tartamudez, soy el hazmerreír de la oficina.

—Eres la jefa del departamento de recursos humanos y la dueña de la mitad de la empresa. Te tienen que respetar les guste o no.

Saoirse esboza una media sonrisa.

—Por un segundo te has parecido a Jack.

Recibo el comentario como una patada en el estómago. Lo último que quiero es tener algo que ver con semejante capullo.

—¿Por qué ha entrado contigo en el baño? ¿Te ha hecho sentir incómoda? —Aprieto los puños—. Porque, de ser así...

—¡No! —exclama horrorizada—. Solo se ha preocupado por mí. Eso es todo.

—Ya, aprovechándose de un momento en el que te sentías vulnerable y encerrándose contigo en el baño femenino. Todo un caballero.

—Max —Se pone seria—. Sé lidiar con los tipos como Jack. Una cosa es que tartamudee cuando me pongo nerviosa, y otra muy distinta que no sea capaz de defenderme sola.

—No digo lo contrario, pero... —soy incapaz de contenerme—. Ten cuidado con ese capullo.

Saoirse resopla. De repente, parece muy disgustada.

—Sé cuidarme sola —responde indignada—. Supongo que la imagen que proyecto es todo lo contrario. Pero no me fui de vacaciones para huir de los hombres, sino para desconectar y aprender a estar sola. Te aseguro que ya no soy una niña que se traga los cuatro halagos baratos del supuesto caballero de turno.

—Cualquiera lo diría por cómo lo miras...

En cuanto hago el comentario, me arrepiento de inmediato. Saoirse enrojece hasta las pestañas y me mira boquiabierta. Sé que ya es demasiado tarde para retirarlo. En el fondo es lo que siento. ¿Por qué lo mira de esa manera? Solo es un americano egocéntrico y estirado que quiere echar un polvo. ¿Por qué no puede fijarse en mí?

—Eso ha estado fuera de lugar —me acusa cabreada—. No tienes derecho a pagarlo conmigo solo porque no tienes lo que hace falta para confesarle tus sentimientos a la chica que te gusta.

Me río con desgana.

—¿Eso crees? —Doy un paso hacia ella y le pongo las manos en los hombros—. Soy perfectamente capaz de decirle que para mí es la única. Que todas las noches me acuesto pensando en ella. Que me cuesta respirar cuando estoy cerca de ella.

—¿Y por qué no lo haces? —pregunta con voz temblorosa

—¡Porque saldrá huyendo!

—Eso... —Saoirse de queda callada y mira mi boca una fracción de segundo antes de recomponerse—... no lo sabes.

¿Acaba de...?

Joder, me estoy volviendo loco.

Qué fácil sería aplastar mi boca contra la suya y descubrir si tengo una mínima posibilidad. De ser así, no la desaprovecharía. Ella es todo lo que siempre he querido. Saoirse me mira confundida. Pero hay algo más. Lo veo en sus pupilas dilatadas. Está temblando.

—¿Seer?

—Max —dice con voz grave—. ¿Qué...?

—¡Chicos! —grita la voz estridente de Jane.

Me pego tal susto que suelto a Saoirse y ella retrocede conmovida. Ambos respiramos con dificultad. Saoirse es la primera en recomponerse. Señala a Jane con la cabeza y me mira con seriedad.

—Allí tienes a tu chica alucinante —El alma se me cae a los pies—. No seas bobo. Dile de una vez lo que sientes. Es evidente que está loca por ti.

Saoirse sube a su Mini y se aleja a toda velocidad.

No puede ser.

¿En qué momento la situación se ha dado la vuelta?

Joder.

Ahora Saoirse cree que Jane es la chica de la que estoy enamorado. ¿Se puede tener más mala suerte? Sobre todo, cuando aparece de improvisto un millonario americano que tiene toda la pinta de querer conquistarla. Si no espabilo, la voy a perder para siempre.

## 16. Dando un paseo por el campo cuando...

### *Saoirse*

Salir a correr me relaja. Me gusta estirar las piernas al menos cuatro días a la semana. Así mantengo la mente ocupada y me olvido de lo que sucedió ayer. Puedo enfrentarme a un americano engreído y que dice que quiere follar conmigo, pero su amabilidad me dejó patidifusa. Y luego está Max, que me juzgó como si fuera una idiota que no sabe sumar dos más dos.

Uf, hombres. ¿Por qué siempre lo complican todo?

Después de correr dos kilómetros por el sendero señalizado, me desvíó hacia el interior del bosque. Crecí en Emerald Beach, así que conozco este bosque como la palma de mi mano. Una ardilla trepa con agilidad por un árbol cuando me ve invadir su territorio. Estiro los brazos y respiro el aire puro. Es un pueblo pequeño y en el fondo me fastidia ser la chica insegura y tartamuda que posee la mitad de la fábrica que da empleo a la mayoría de la gente del pueblo. No puedes huir de lo que eres. Sin embargo, no me gustaría vivir en otro lugar. Los tres meses que pasé en la Costa Amalfitana estuvieron bien, pero soy una irlandesa de la cabeza a los pies.

Corro en dirección al riachuelo para rellenar la botella de agua. Hace una temperatura muy agradable y me daría un baño si me hubiera traído el biquini. Tendré que conformarme con refrescarme los brazos y tumbarme en la hierba fresca.

Emerald Beach es un pueblo pequeño repleto de senderos que parecen sacados de un cuento de hadas. La mayoría no salen en las guías turísticas, pues a los vecinos no les gusta que invadan sus lugares favoritos cuando llega la temporada estival. Por eso me sorprende que en plena primavera ya haya un hombre nadando en mi rincón favorito del riachuelo. Supongo que será algún vecino capaz de soportar la temperatura helada del agua y me doy la vuelta para concederle intimidad, hasta que una cabeza cubierta por una espesa mata de pelo negro emerge a la superficie. Doy un traspié y estoy a punto de caerme de culo.

*No... puede... ser...*

Jack Preston se pone de pie para rebelar todo su esplendor. Apenas hay un metro de agua, así que le cubre por debajo de la cintura. Las gotas de agua le salpican la espalda ancha y serpentean por sus abdominales hasta perderse en unos oblicuos que parecen haber sido tallados con un cincel.

Se me seca la boca. No puedo evitarlo. Por inercia, bajo la vista para descubrir que está completamente desnudo. Ahogo un grito al ver su polla. Debería estar flácida y ser ridículamente pequeña por culpa del agua helada, pero la tiene de un tamaño más que considerable.

—Hola, Ojazos —dice con tono socarrón.

Solo consigo balbucear una incoherencia. Tengo la mirada clavada en su miembro. Cuando me doy cuenta de que parezco una acosadora, me tapo la cara con las manos y mascullo una palabrota. Mi reacción le hace gracia, pues suelta una carcajada.

—Tranquila, no soy tímido. Puedes mirar todo lo que quieras.

Es ese tono fanfarrón el que me obliga a levantar la cabeza y fulminarlo con la mirada. Pero ¿quién se ha creído que es para venir a este pueblo tranquilo a pasear a su amiguito? ¡Por aquí vienen personas mayores y niños!

—¡Eres un cerdo! —le grito, manteniendo los ojos clavados en los suyos con bastante esfuerzo.

Enarca una ceja.

—El agua estaba deliciosa y me apetecía un baño —dice con inocencia.

—¿Desnudo? —chillo.

Jack se encoge de hombros y me regala una sonrisa canalla. *No mires abajo, no mires abajo, no mires abajo...*

—¿Y si te hubiera visto alguien? —lo sermoneo.

—Me has visto tú —responde con tranquilidad—. Y, por la cara que has puesto, sé que te ha gustado.

—F-fantasma —tartamudeo abochornada—. ¡Exhibicionista!

Se vuelve a reír. Por lo visto, verme enfadada le hace muchísima gracia, así que voy a tener que cambiar de táctica.

—Podría llamar a la policía para que te detuvieran por escándalo público. Eres un forastero que está desnudo en uno de nuestros parajes naturales. —Intento sonar dura y agresiva.

Jack ni siquiera se inmuta. Tampoco hace amago de taparse. Empiezo a tener muchísimo calor. ¿Este hombre no tiene sentido del pudor? Aunque, con ese cuerpo y... semejante envergadura, yo tampoco lo tendría.

—No vas a llamar a nadie —dice muy seguro.

Sale del agua y se planta delante de mí con una sonrisa lobuna. Mis piernas se convierten en gelatina.

—P-porque t-tú lo digas —murmuro sin vehemencia.

—Porque no traes móvil. —Me echa un vistazo de arriba abajo—. A no ser que lo lleves bien escondido en esas mallas tan ajustadas.

Me sonrojo como si estuviera a punto de darme una lipotimia cuando me observa de arriba abajo sin pestañear, con esa mirada intensa que me hace sentir casi desnuda. Trago con dificultad.

Jack me da la espalda, por lo que ahora tengo una visión perfecta de su culo. Es oficial: está cañón. No hay ni una sola parte de su anatomía a la que pueda sacarle un defecto.

—Mira todo lo que quieras —me dice por encima de su espalda—. Es gratis,

—¡I-imbécil!

Se agacha para coger la toalla, que está tendida sobre una roca. Lo hace de tal manera que puedo verle la polla y los testículos. Abro los ojos de par en par, carraspeo y luego miro hacia otra parte.

*Joder, joder, joder...*

—¿Ya estás tapado? —pregunto sofocada.

—Ajá.

Me doy la vuelta para enfrentarme a él. Tiene la poca vergüenza de haberse anudado la mini toalla alrededor de la cintura. Seguro que si mueve un poco la pierna puedo volver a verle el rabo. Es un sinvergüenza. Su sonrisa de lado me lo confirma.

—Te podría haber visto algún niño —le recrimino.

—Según la amable recepcionista del hotel, a esta hora están todos en el colegio o en el jardín de infancia.

—¡Alguna ancianita!

—Esta ruta es demasiado complicada para una anciana.

—Pues... ¡alguien! Por ejemplo, una corredora que venía a rellenar su botella de agua y lo último que esperaba encontrar flotando en el agua era tu... —Me quedo callada porque lo estoy arreglando. Se ríe.

Me tiende la mano para coger mi botella.

—¿Quieres que te la rellene?

—¡Ni de coña! —Abrazo la botella contra mi pecho—. Paso de beber por accidente uno de tus vellos púbicos.

Jack entorna los ojos, pero al final vuelve a traicionarlo la sonrisa.

—Has mirado lo suficiente para comprobar que voy depilado.

—¡No he mirado nada! —Me pongo colorada como un tomate.

—Eres una pésima mentirosa, Saoirse.

—¡Guarro!

—Me estaba dando un baño...

—¡Sinvergüenza!

—Me han llamado cosas peores. —Acorta la distancia que nos separa y me recorre con la mirada de una forma tan íntima que debería abofetearlo. Sin embargo, nadie me había mirado así. Y estoy... desconcertantemente excitada—. ¿Tú también estás depilada?

Abro la boca para responder, pero las palabras se atascan en mi garganta. Entonces hago lo único que me parece coherente en esta situación. Lo golpeo con la botella de plástico en la cabeza. Jack se sobresalta y frunce el ceño. No ha sido un golpe tan fuerte, pero le he debido de hacer algo de daño.

—¿Me acabas de...?

—¡Aléjate de mí! —le grito retrocediendo—. ¡Mi vello púbico no es de tu incumbencia!

—Ahora no podré soñar con otra cosa... —dice con una mezcla de desesperación y burla.

Retrocedo, impactada por su poca vergüenza, y me tropiezo con una piedra. Me caigo de

culo y acabo despatarrada delante de este energúmeno que no tiene decencia y acaba de preguntarme si voy depilada después de haberme enseñado su miembro viril.

—¿Te has hecho daño? —Se agacha para ofrecerme una mano.

Me niego a tocarlo, por lo que clavo las rodillas en el suelo lleno de piedras y me hago bastante daño. Le lanzo una mirada malhumorada. Me sonrío. Resoplo para apartarme un mechón que me cubre el ojo. Lo señalo con un dedo.

—¡Eres un...!

—Me deseas —me interrumpe sin perder la sonrisa—. Eso se soluciona rápido. En la cama de mi hotel o en tu casa. No tengo preferencias.

—¡Capullo!

—Guapa.

Me echo hacia atrás como si fuera contagioso.

—¿Me estás vacilando?

—No —responde muy serio—. Eres preciosa. Te lo dije. Desde que te vi en el avión, no he podido dejar de pensar en ti. Si me dejaras, enterraría la cabeza entre tus piernas y haría que gritaras mi nombres hasta que te quedaras afónica.

—¡Estás mal de la cabeza! —Recojo mi botella del suelo y me alejo a toda prisa de él—. ¡Majadero!

—Los locos no saben lo que quieren —dice, dedicándome una mirada oscura—. Yo sí: te quiero a ti.

Me tapo las orejas para dejar de escuchar sus sandeces y corro en dirección al sendero que lleva de regreso al pueblo. Estoy cabreadísima. Con él, pero sobre todo conmigo. ¿Cómo es posible que me haya puesto tan cachonda por escuchar los comentarios de semejante cerdo con una pene descomunal? Ay, Dios... soy una perversa.

## 17. Una despedida de soltera, ¡yupi!

### *Saoirse*

El único motivo por el que he accedido a venir a la despedida de soltera de Norma, la secretaria de Meg, es que mi amiga me ha suplicado por activa y por pasiva que no la dejara sola. Al ser una ciudad tan pequeña, la despedida se realiza en el salón de celebraciones del único hotel del pueblo, por lo que hay muchas probabilidades de que me cruce de nuevo con el idiota de Jack.

—Me voy después de la primera copa —le prometo a Meg.

—Pero ¿por qué tanta prisa? —Se queja. Mi amiga siempre ha sido el alma de la fiesta, pero desde que nació Lizzy se ha tenido que contener. Le tiene bastante aprecio a Norma, su secretaria, pero dice que una fiesta sin su mejor amiga (o sea, yo), no es lo mismo. Así que aquí estoy, haciendo de tripas corazón con unos empleados que, si tartamudeo porque me pongo nerviosa, se reirán de mí con malicia.

Entre Meg y yo no hay secretos, así que la cojo del brazo para arrastrarla a un rincón desierto.

—Dos palabras: Jack Preston.

Me mira con suspicacia.

—Tendrás que ser más explícita.

—¿Te acuerdas del tío que quiso invitarme a un Martini en aquel vuelo?

—¡No fastidies! —Se lleva las manos a la boca—. Era Jack.

—Ajá —digo con desagrado—. Y, desde entonces, no ha dejado de mostrar interés en mí.

—¿De qué tipo?

Me aclaro la garganta antes de decir:

— *Desde que te vi en el avión, no he podido dejar de pensar en ti. Si me dejaras, enterraría la cabeza entre tus piernas y haría que gritaras mi nombres hasta que te quedaras afónica* —finjo la voz profunda y grave de Jack.

Meg ahoga un gritito.

—¡Qué tío más lanzado!

—No ha dejado de... perseguirme —musito.

—Un segundo —la voz de mi amiga cambia—. ¿Te ha tocado sin tu consentimiento? ¿Te ha hecho sentir incómoda?

—No —admito de mala gana—, pero... ¡no está bien que diga ese tipo de cosas!

Le hago un resumen de todo lo que ha sucedido entre Jack y yo desde que volvimos a

vernos en la empresa. Meg asiente sin pestañear.

—Cielo santo, Saoirse. —Me abraza con fuerza y dramatismo y susurra a mi oído—: Estás cachonda como una perra.

—¡Meg! —protesto, desembarazándome de su abrazo—. Eso no es... Y-yo n-no...

—¡Es normal! —Me da una palmadita en la espalda—. Está tremendo, es directo y sabe lo que quiere. Un tío así le revolucionaría las hormonas a cualquier mujer. ¡No tienes que avergonzarte de sentirte atraída por él!

—El problema es que pasé tres meses en Amalfi y me juré que no volvería a tocar a otro tío ni con un palo.

—Cariño. —Me mira como si fuera una niña díscola—. Te fuiste para aprender a estar sola. Y te aseguro que has vuelto siendo más segura e independiente que nunca. ¡Eso es maravilloso! Pero una cosa es que renuncies a tener una relación romántica con un hombre, por el momento, y otra muy distinta que no puedas acostarte con uno que te atrae muchísimo. No veo el problema. El sexo y el amor se pueden separar.

*No si eres una ilusa romántica como yo...*

—¡Ronda de chupitos! —Norma viene hacia nosotras con una bandeja repleta de chupitos de color rojo cereza y una diadema con una mini polla en la cabeza. Al verla pienso en el miembro de Jack, precisamente por la diferencia de centímetros—. ¡Fiestaaa!

—¿De qué son? —Cojo uno a regañadientes.

—¡Ni idea! —exclama Norma con alegría—. ¿A quién le importa? Tú bebe y pásalo bien. Dentro de veinte minutos llega el stripper.

Genial, un tío untado en aceite que se va a restregar por obligación con todas las mujeres de la fiesta. No veo el momento de salir de aquí. Meg me ofrece otro chupito que sabe a piruleta y me susurra al oído:

—El amor y el sexo no siempre forman parte de la misma ecuación. Eres una mujer joven y tienes derecho a disfrutar. —Me estampa un beso en la mejilla.

Me trago el chupito y me invade el calor. No voy a acostarme con Jack Preston. Tiene la palabra ADICTIVO grabado en la frente. Es uno de esos tíos de los que te enamoras. Seguro que ha roto un montón de corazones. No, gracias.

Prefiero estar sola. Para todo lo demás, ya tengo el *satisfyer*.

## 18. ¿Estás borracha?

*Jack*

Cuando estás obsesionado con una morena de ojos verdes y piel pálida, la ves en todas partes. Por ejemplo, incluso en la terraza del hotel en el que te alojas y a la que has salido a tomar el aire. La recepcionista me ha informado de que no se me ocurriera acercarme a una sala de celebraciones donde hay una despedida de soltera, así que he cogido mi copa de whisky y me he largado a la terraza con vistas al acantilado.

La chica que se parece a Saoirse se tambalea hasta llegar a la barandilla. Murmura algo que no llego a entender, se dobla por la mitad y se parte de risa. Lleva un vestido de satén verde que hace juego con sus ojos, y el pelo recogido en una trenza que le cuelga por la espalda. De repente, escucha un ruido y se agacha.

—¡Saoirse! —grita una mujer—. ¿Dónde te has metido? ¡El stripper quiere jugar contigo! ¡Ha traído un bote de nata! ¡No seas mojigata!

La chica, que al final ha resultado ser Saoirse, pone cara de horror y gatea hasta una butaca para esconderse. Una mujer rubia y muy contenta aparece en la terraza para buscarla. Sin pensarlo, me siento en la butaca para ocultar a Saoirse de esa mujer.

—Uy, hola —me saluda riendo—. ¿Has visto a una chica...?

—No —respondo tranquilo—. Aquí solo estoy yo.

—Vaya.... ¿dónde se habrá metido?

La mujer se marcha. Al cabo de unos segundos, Saoirse se levanta. Al verme da un respingo. Se nota que ha bebido demasiado, pues tiene problemas para mantener el equilibrio. La agarro del brazo y con un movimiento rápido la siento a mi lado.

—¿Cuánto has bebido? —pregunto con tono suave.

—Malditas despedidas de solteras y malditos chupitos de piruleta...

—¿De verdad no quieres jugar con el stripper? —pregunto con tono jocoso.

Pone cara de angustia. Me pilla desprevenido cuando oculta la cara en mi pecho y murmura:

—Sácame de aquí sin que me vean, por favor.

No necesito más para ser útil. La agarro de la cintura e intento no disfrutar al palpar las curvas de su cuerpo. La conduzco en dirección al ascensor más alejado de la sala de celebraciones y la cubro con mi cuerpo cuando una mujer con una diadema con una polla grita su nombre. Saoirse se estremece. Pego mi boca a su cuello y se tensa.

—Tranquila —le digo en voz baja—. No va a acercarse a una pareja que se está enrollando.

—No me beses —me advierte arrastrando las palabras.

—Solo te besaré el día que me lo pidas.

*Y ese día, pienso para mis adentros, no estarás borracha.*

Entramos dentro del ascensor y pulso la planta que conduce a mi habitación. Saoirse apenas puede sostenerse en pie. Al final, acaba apoyada en mi hombro y permite que le pase un brazo por la cintura para estabilizarla. Huele a chupitos de piruleta y champú de fresas.

—¿A dónde vamos? —pregunta con recelo.

—A mi habitación.

—No vamos a...

—Para que te quites esos tacones, bebas agua y descanses. Sé que piensas que soy un capullo, pero jamás me aprovecharía de una mujer que está borracha, por mucho que la desee con cada célula de mi cuerpo.

—V-vale —balbucea—. Pero sigo sin fiarme de ti. Y eres un capullo.

Me rio cuando salimos del ascensor. Llegamos a mi habitación mientras va haciendo eses. Me alojo en la única suite del hotel, que tiene una cama enorme. Saoirse lo observa todo con recelo. Solo necesito ponerle el dedo índice en el hombro para que se siente en la cama.

—¡Eh! —protesta enfurruñada—. ¿Qué haces?

Me arrodillo a sus pies y me mira boquiabierta. Sus pupilas se dilatan por culpa del deseo. Diga lo que diga, sé que la atracción es mutua. Al principio tenía mis dudas, pero esta mañana lo he confirmado al ver cómo me miraba en el riachuelo. Le gusto. Tal vez considere que soy un capullo, pero se siente atraída por mí.

—¿Qué vas a...?

Le desabrocho la hebilla del tacón izquierdo y se lo quito con toda la parsimonia del mundo. Aprovecho para acariciarle los tobillos y a ella se le escapa un suspiro de placer. Luego hago lo mismo con el otro tacón. Entonces, ella respira hondo, planta los pies en el suelo y me mira como si fuera una niña a la que acaban de llevar al parque de atracciones. Esos ojos verdes, mirándome de esa manera, desatan algo que no sabía que existía en mi interior.

—Gracias —musita, mordiéndose el labio.

*Por Dios, no te muerdas el labio. Estoy intentando portarme bien...*

—¿Qué puedo hacer para que te sientas mejor?

—No lo sé. Me duele la cabeza, odio este vestido...

Abro el minibar, cojo una botella de agua y una chocolatina y se la entrego para que le baje el alcohol. Luego voy al cuarto de baño y abro el armario para coger un albornoz de algodón. Cuando regreso a la cama, Saoirse tiene la boca manchada de chocolate y me entra la risa.

—¿Qué? —pregunta con el ceño fruncido.

—Tienes... —No puedo evitarlo. Le paso el pulgar por la comisura y me lo llevo a la boca. Sencillamente delicioso.

Me pone un pie en el pecho y me mira mal.

—No vamos a follar.

—Ojazos. —Le agarro el pie y comienzo a darle un masaje—. El día que te folle, no estarás borracha de chupitos de piruleta.

—Creído...

Aparta el pie y le da un trago a la botella de agua. Le ofrezco el albornoz. Lo mira con suspicacia.

—Déjate la ropa interior puesta.

—No llevo ropa interior —dice para mi sorpresa—. Con este vestido se nota todo.

Entonces soy consciente de la tela que se pega a sus curvas. Sus pezones se intuyen bajo la seda. Me muero por morderlos. Quiero arrancarle ese puto vestido y hundirme dentro de ella como un animal. Deshacerle la trenza y tirarle del pelo.

*Joder...*

—Ponte el albornoz —le ordeno.

Espero que haga alguna réplica, pero se limita a levantarse y a mirarme contrariada. Entonces me da la espalda y resopla.

—Necesito ayuda con la cremallera.

La cremallera le llega hasta el culo. Inspiro hondo. Soy una mala persona porque estoy teniendo un montón de pensamientos libidinosos con su culo en este momento. Saoirse comienza a impacientarse.

—¡La cremallera!

Se la bajo muy despacio y me inclino hasta rozarle el cuello. Noto cómo se estremece. Le susurro al oído:

—Deberían prohibir este tipo de vestidos.

—¿Por...?

—Eres demasiado tentadora con él puesto. A partir de esta noche, solo podré soñar con arrancártelo.

Saoirse escapa de mis brazos en cuanto le bajo la cremallera. Se encierra en el cuarto de baño y tarda más de veinte minutos en salir. Cuando aparece en la habitación, viste el albornoz y lleva el pelo suelto. Está preciosa. Esta mujer va a ser mi condena. Se sienta en el borde de la cama y me mira de reojo.

—Soy inofensivo —le aseguro.

Para demostrárselo, me levanto de la cama y voy hasta la silla del escritorio. Abro el portátil y aprovecho para responder algunos emails.

—La cama es toda tuya —le digo sin mirarla—. Tengo trabajo. Descansa si es lo que necesitas.

—No me fío de ti.

—Haces bien. —Sonrío de medio lado—. Pero esta noche no pienso tocarte.

Se le escapa un suspiro de cansancio y se tumba en la cama sin quitarme la vista de encima. Al cabo de unos segundos se ha quedado dormida.

## 19. La bella durmiente

### *Saoirse*

Me despierto acurrucada debajo de un edredón de plumas. Estoy tan a gusto que ni siquiera me pregunto por qué no estoy en mi habitación. Me doy la vuelta y choco con una pared de músculos que me da la espalda. Abro los ojos de par en par y reconozco ese cuerpo que parece hecho con Photoshop.

¡He dormido con Jack Preston!

No quiero hacer ningún ruido para que se dé cuenta de que me he despertado. Aguanto la respiración. Levanto el edredón y descubro que debajo llevo puesto el albornoz que me dejó anoche.

De acuerdo, no perdamos la calma. Parece que no ha sucedido nada sexual entre nosotros. Respiro hondo, tratando de serenarme. Debo de hacer algún ruido, pues Jack se despereza lentamente. A pesar de que no puedo verle la cara, sé que tiene esa sonrisa arrogante. Levanta el brazo y golpea la mullida almohada que separa nuestras piernas.

—No pensaba dormir en el suelo —me explica con tono somnoliento—. La cama es enorme y pensé que no tendrías ningún problema si ponía una almohada entre nosotros para que supieras que no iba a tocarte. Pero te has pasado toda la noche moviéndote y la almohada ha acabado en nuestros pies.

Un intenso rubor se apodera de mis mejillas. Hundo la cara en la almohada para no tener que mirarlo. Se está riendo. No necesito que me dé más detalles. Estoy acostumbrada a dormir abrazada a un enorme oso de peluche que me regaló mi padre cuando era una cría. Seguro que esta noche me he pegado a Jack como una lapa mientras él intentaba alejarse de mí utilizando una almohada como escudo.

*Oh, Dios... qué vergüenza.*

Finjo seguir dormida para no tener que hacer frente a la situación. Sí, una decisión muy madura y adulta por mi parte.

—Sé que estás despierta. —Noto que se sienta en la cama. Me acaricia el pelo, lo que me provoca un estremecimiento de placer. Lo hace con delicadeza y parsimonia, como si estuviera acostumbrado—. A pesar de haberme llevado alguna que otra patada, no me importaría despertar así todas las mañanas.

Suelto un gruñido a modo de respuesta. No pienso mirarlo a los ojos. Debo de tener un aspecto lamentable.

—¿No vas a dejar que te vea la cara, Ojazos? —pregunta con un tono zalamero al que me cuesta resistirme. Me toca el pelo, pero sigo con el rostro enterrado en la almohada—. Entonces pensaré que lo que ha pasado esta noche entre nosotros ha sido un sueño.

—¡No ha pasado nada entre nosotros! —exclamo vehemente. Levanto la cabeza para mirarlo a los ojos y comprendo que he caído en su trampa.

Maldito sea, está condenadamente sexy por las mañanas. Pelo negro despeinado, ojos oscuros somnolientos, sonrisa de lado y un único hoyuelo en la mejilla izquierda. Me quedo un segundo mirando sus labios gruesos antes de respirar hondo.

—Pues claro que no ha pasado nada entre nosotros —me aclara, por si tenía alguna duda—. He sido todo un caballero, aunque tú me lo hayas puesto muy difícil. No te he tocado ni un pelo, y no ha sido precisamente por falta de ganas.

Me pongo del color de un tomate maduro. Jack ni siquiera se inmuta. Va al armario, elige su ropa y luego se dirige al baño.

—Por cierto, ¿quién es Baloo? —bromea—. No dejabas de pronunciar su nombre mientras intentabas abrazarme.

—Mi oso de peluche —respondo avergonzada—. Obviamente estaba dormida. Cuando estoy despierta tengo mejor gusto.

Jack se ríe y entra en el baño. Me apresuro a recoger mis cosas para vestirme a toda prisa. No quiero encontrarme con él cuando salga del baño. Anoche ya hice suficiente el ridículo. Me emborraché y acabó cuidando de mí.

¡Jack Preston cuidó de mí y ni siquiera se aprovechó un poco!

Antes de irme, voy al escritorio y anoto algo en un *post it*. No quiero irme sin darle las gracias. Ante todo soy una mujer educada. Luego desaparezco como alma que lleva el diablo, corriendo por el pasillo con los tacones en la mano.

## 20. Jamás había dormido tan bien

*Jack*

Joder, qué bien he dormido.

Da igual que me haya llevado algunas patadas, pues resulta que Ojazos se mueve mucho mientras duerme. Ni tampoco que me viera obligado a poner una almohada como escudo para que no se sintiera incómoda si se despertaba antes que yo. Tenía todo lo que necesitaba en esa cama, aunque no pudiera tocarlo. Su olor a piruleta y fresa. Su sedoso pelo negro haciéndome cosquillas en la nuca.

Estoy absolutamente cachondo.

Solo me quedan nueve días aquí y ya sé que no voy a poder quitármela de la cabeza si no me acuesto con ella.

Me desea, de lo contrario no insistiría.

¿Qué puedo hacer para llevármela a la cama?

¿Y si le pido una cita?

No soy de aquí. No tengo ni idea de a dónde llevarla, pero soy un tío con experiencia. Algo se me ocurrirá.

Esos ojos verdes.

Esa boquita de piñón.

Esas piernas largas.

Esa nariz pequeña y cubierta de pecas.

Joder, me ha dado fuerte.

Abro el grifo de la ducha y me meto debajo. Me froto todo el cuerpo con el gel de baño. Pienso en su respiración acompasada mientras dormía. Se me pone dura. Recuerdo los gemidos que brotaban de sus labios cuando se abrazaba a mí sin ser consciente de ello. Pienso en sus protestas cuando la apartaba con delicadeza y volvía a interponer la almohada entre nosotros.

Comienzo a masturbarme con furia. Si no puedo tenerla, al menos fantasearé con ella hasta correrme como una bestia. Apoyo la espalda contra la pared de azulejos, dejo que el agua recorra mis brazos y ejerzo la presión perfecta. Me imagino que es su boca la que me acaricia. Que me mira con esos ojos verdes que me vuelven loco. Que, incluso, tartamudea un poco al pronunciar mi nombre.

Es todo lo que necesito para correrme como un animal. Me trago el grito. No quiero hacer ruido y espantarla. Salgo de la ducha, me seco con la toalla y me visto a toda prisa.

Decidido: voy a pedirle una cita.

El alma se me cae a los pies cuando descubro que se ha marchado. Hay una nota en el

escritorio.

*Gracias por salvarme anoche (y por no haberte aprovechado de mí).*

*Me gustaría compensártelo de algún modo. He llamado a recepción para que carguen tu estancia a mi tarjeta de crédito.*

*Tienen un spa genial.*

*SAOIRSE.*

Hago una bola de papel que tiro a la papelera.

¿En serio, Ojazos?

¿Acabas de pagar mi habitación de hotel por las molestias?

De repente me siento sucio, usado e imbécil, pues yo soy el que paga las habitaciones de hotel y se marcha siempre el primero. Si le contara a alguna de mis hermanas lo que acaba de suceder, se reirían en mi cara y luego dirían que me lo tengo merecido.

Mierda.

Qué bajón.

No tengo ni idea de qué hacer para que Ojazos se fije en mí, pero me quedan nueve días en el pueblo y no soy la clase de tipo que se da por vencido tan fácilmente.

## 21. ¿Qué... haces tú aquí?

**Max**

—¿Saoirse? —pregunto confundido.

La veo salir del hotel con los zapatos en la mano y el bolso a modo de escudo, como si así nadie pudiera reconocerla. Se sobresalta cuando pronuncio su nombre y me mira con una mezcla de pánico y alivio. Sé que anoche estuvo en la despedida de soltera de Norma, la secretaria de Meg. Y, por lo visto, se ha quedado a pasar la noche en el hotel.

En el mismo hotel en el que se aloja Jack, pues es el único del pueblo...

Intento hacer a un lado mis celos. No tienen fundamento. Saoirse es una mujer libre. Otra cosa es que esté loco por ella desde hace años.

—¿Una noche movidita? —intento bromear.

—Me quedé a dormir en una habitación —me informa, y no sé si está siendo sincera o le da vergüenza admitir que se acostó con Jack. En todo caso, no es asunto mío—. Demasiados chupitos de piruleta y una horrible historia con un stripper y Norma persiguiéndome para que... —Hace un gesto con la mano—. Prefiero olvidar lo que sucedió anoche.

¿Prefiere olvidarlo porque me ha contado la verdad o porque se arrepiente de haberse acostado con Jack? En el segundo caso, me parece que es un cabronazo que debería haberse tomado la molestia de acercarla a su casa.

—¿Y tú qué haces aquí? —se interesa.

—No había nadie disponible para recibir a los Smith. Scarlett siempre se encarga de su recepción, pero se ha despertado con gripe. —Los Smith son un matrimonio alemán que tienen un acuerdo de negocios con la fábrica. Una vez al año, vienen a visitarnos y les organizamos un tour de actividades por Emerald Beach—. Acabo de dejarlos en el hotel. ¿Necesitas que te acerque a algún sitio?

—Iba a pedir un taxi... —Mira a su alrededor. Está abochornada de que alguien la vea así. Su vestido de seda está arrugado, tiene el maquillaje emborronado y el pelo le cae en ondas por la cintura. Incluso descalza y resacosa me parece muy guapa—. Me ha dicho que iba a tardar veinte minutos. Ya sabes cómo funcionan los taxis por aquí. Si a ti no te importa...

—En absoluto.

La conduzco hacia mi deportivo con una sonrisa y le abro la puerta. Saoirse me sonríe agradecida. Pongo su emisora de radio favorita. Sé que le encanta la música pop. Suena una canción de Taylor Swift y su expresión se ilumina un poco.

—De verdad, gracias por sacarme de aquí. —Apoya la frente en la ventanilla y cierra los ojos.

—¿Tienes hambre? ¿Cuándo fue la última vez que comiste?

—No pienso dejarme ver de esta guisa en ningún sitio.

—No hace falta. Han abierto un supermercado a diez minutos en coche de aquí. No tienes que salir del coche. Creo que venden donuts con glaseado de fresa y esos batidos de chocolate que...

Me percató de que Saoirse me mira de forma extraña. Sigo conduciendo y finjo que no me percató. Es oficial: acabo de quedar como un rarito.

—Los donuts con glaseado de fresa y los batidos de chocolate son mi perdición —dice confundida—. ¿Cómo...?

—Tú y Meg solíais colaros en la habitación de Bruce para molestarnos. Bueno, a mí me daba igual que quisierais jugar con nosotros, pero él se ponía hecho una furia. Un día te robó tus donuts de glaseado de fresa a modo de venganza. Te pusiste hecha una furia y estuviste tres días sin dirigirnos la palabra. Que conste que yo no tuve nada que ver. Intenté quitarle aquella idea de la cabeza, pero ya sabes cómo se las gastaba Bruce con Meg...

—¡Ahora me acuerdo! —Saoirse estalla en una carcajada. Los ojos le brillan de diversión. Me gusta hacerla reír—. En realidad, Meg me obligó a dejar de hablarte. Decía que debíamos ser duras con vosotros por el robo de los donuts, pero siempre supe que no tuviste nada que ver.

—Quince años después me siento muy aliviado.

Los dos nos reímos.

—Qué tiempos aquellos... —dice con añoranza—, en los que Bruce y Meg estaban locos el uno por el otro y no tenían agallas para admitirlo. ¿Te imaginas que hubieran seguido así? ¡Lizzy no habría nacido! ¡Menuda tragedia!

Trago con dificultad.

—Pues... sí.

—Por eso tienes que ser valiente y decirle a Jane lo que sientes. —Me da un golpecito con el hombro—. Me he dado cuenta de que a ella también le gustas.

Me sudan las manos mientras conduzco. Joder, ¿en qué momento le ha dado por pensar que estoy enamorado de la secretaria de Bruce?

—Seer... —digo incómodo—. Jane y yo no...

—¡Hemos llegado! —aplaude emocionada—. Por favor, que tengan donuts con glaseado de fresa y batido de chocolate.

Coge la cartera para pagar, pero le pongo una mano en la muñeca para detenerla.

—Invito yo.

—Pero...

—Insisto.

—Vale, vale —se rinde—. Al próximo desayuno improvisado invito yo.

\*\*\*

Saoirse está devorando el tercer donut. No sé dónde echa tantas calorías. Tiene un cuerpo esbelto y bien proporcionado. Le da un sorbo al batido de chocolate y me sonrío como si acabara de llevarla a Disneyland. Mi corazón, por supuesto, se derrite sin remedio.

—Siento que te haya tocado encargarte de los Smith.

—No son tan...

—... ¿gilipollas? —Saoirse se ríe al pronunciar esa palabrota. No suele hablar mal de nadie—. Son insoportables. Mis padres hicieron negocios con ellos, y ahora nos toca a los demás aguantarlos. No me extraña que a Scarlett le haya entrado la «gripe».

—¿Crees que su «gripe» ha sido muy conveniente?

—Oh, desde luego.

—En fin, alguien tenía que hacerlo.

Saoirse me mira y sacude la cabeza, pero sonrío.

—Eres demasiado considerado. Scarlett sabía que la cubrirías. No sabes decir que no. — Me pone una mano en el brazo al ver mi expresión circunspecta—. ¡Eh! Yo creo que tienes un gran corazón. Es solo que... no me gusta que los demás se aprovechen de ti. Hubo un tiempo en el que los tíos que conocía también se aprovechaban de mí. No estoy diciendo que seas igual de patético que yo...

—No eres patética —digo con vehemencia.

Saoirse abre los ojos de par en par. Me he inclinado hacia ella y le he puesto una mano en la mejilla. No me atrevo a acariciarla. Solo... me conformo con tocarla y perderme en el verde esmeralda de sus ojos.

—Nadie que te conozca lo suficiente puede pensar que lo seas.

—G-gracias —musita.

—No me las des por ser sincero, Seer.

Dejo caer la mano. Ojalá tuviera valor para ser más sincero. Pero algo me dice que con el puñetero americano pululando por el pueblo no voy a tener ninguna oportunidad con ella.

—Seer —repite ilusionada—. Eres el único que me llama así.

—¿En serio? —pregunto extrañado.

—Mi hermano y mis padres me llamaban así de pequeña. Hasta que un día me enfadé con ellos, no recuerdo por qué, y les grité tartamudeando que no volvieran a hacerlo. No sé por qué estaba tan enfadada, pero funcionó.

Me rasco la nuca.

—Lo siento, no sabía...

—Me gusta —me interrumpe con una sonrisa—. Me gusta que me llames Seer. Me traslada a mi infancia, donde todo era más sencillo.

Ella mira su móvil y se horroriza al ver la cantidad de llamadas perdidas.

—Mierda, debería estar en la oficina.

—Será mejor que antes te lleve a casa, ¿no?

—Sí. —Se ríe—. No puedo aparecer allí con estas pintas.

Arranco el coche y conduzco en dirección a su casa. Me percató de que Saoirse me mira de reojo y aprieta los labios. Está pensando en algo.

—Siento haber discutido contigo la última vez que nos vimos —me confiesa—. No debería haberte dicho que lo estabas pagando conmigo por no tener valor para declararte a tu chica alucinante.

—Yo también lamento haberte dicho que tuvieras cuidado con ese capullo.

—Jack —me corrige—. Pero no pasa nada. Los dos dijimos cosas de las que nos arrepentimos.

—Está olvidado.

—Olvidadísimo. —Me sonrío—. ¿Puedo subir el volumen de esta canción?

—Claro.

Antes de subir el volumen de la radio, Saoirse me mire y sacude la cabeza mientras se ríe.

—Tienes que aprender a decir que no, Max...

Conduzco con la voz de Dolores O'Riordan durante el resto del trayecto hasta que aparco delante de su casa. Doy por hecho que Saoirse va a bajarse sin más, pero entonces se vuelve hacia mí y me da un abrazo que me deja helado. Estoy tan sorprendido que ni siquiera logro corresponderla. Cuando se aparta, me dedica una sonrisa tímida.

—Tendríamos que hacer esto más a menudo.

—¿El qué...?

—Salir juntos, tonto. —Me da un golpecito en el brazo—. Ya sabes, ir a desayunar o lo que sea que hacen los amigos. Ha estado guay pasar tiempo contigo.

Se baja de mi coche sin darse cuenta de que acaba de aplastarme el corazón. Un amigo. Eso es lo que soy para Saoirse. Por eso no puedo declararle mis sentimientos. Por eso no me quedará más remedio que apartarme cuando el maldito Jack Preston —no me cabe la menor duda—, vuelva a acercarse a ella.

## 22. Reconozco que estoy desesperado

### *Saoirse*

La mitad del día en el trabajo transcurre con normalidad. Firmo varios contratos y redacto algunos informes. No puedo dejar de pensar en la noche que he pasado con Jack. Cada vez que recuerdo su cuerpo musculoso y cálido junto al mío me pongo cardíaca. Uf, ya sé que dije que pasaba de los tíos. Pero ¿en serio tenía que cruzarme con el espécimen más buenorro de Estados Unidos? ¡No es justo!

—Saoirse —me llama Steven, mi secretario, por la línea—. Tienes una visita.

—¿Quién...?

Antes de que pueda terminar la frase, Jack Preston entra en mi despacho como si tuviera todo el derecho del mundo. Enderezo la espalda y abro los ojos de par en par. Debería estar furiosa con él porque haya irrumpido de esta forma. ¿Quién demonios se cree que es? Sin embargo, se me seca la boca al mirarlo. Hay algo diferente en él. Sus ojos oscuros me miran con algo cercano a... no lo sé, ¿ansiedad? ¿ganancia? ¿deseo? Hay una emoción intensa y apenas contenida en ellos.

—He intentado... —Steven se asoma a la puerta—. Lo siento, se ha colado antes de que le diera permiso.

Respiro hondo, con la vista clavada en Jack. Tiene el cabello despeinado, como si se hubiera pasado la mano por su pelo perfecto. Lleva los primeros botones de la camisa desabrochados y ha prescindido de la corbata. Le sienta bien este look de ejecutivo *desarreglado*. En fin, cualquier cosa le queda bien a este capullo engreído.

—Tranquilo, Steven —le digo a mi secretario—. Había olvidado que tenía una reunión muy urgente con el señor Preston.

Steven asiente contrariado, pues está al tanto de toda mi agenda, pero se marcha sin rechistar. Jack permanece en el centro de mi despacho, respirando sofocado, como si hubiera venido corriendo. Me cruzo de brazos y lo miro mal.

—¿Se puede saber que...?

—Una cita —me suelta con aplomo—. Quiero tener una cita contigo.

—¿Qué? —La cabeza me da vueltas—. ¡Estás en mi despacho! No puedes aparecer aquí para pedirme una cita...

—Sí puedo —extiende los brazos. Es un hombre acostumbrado a tener todo lo que quiere, pero parece fuera de sí—. No sé dónde vives. He venido hasta aquí porque sabía que era el único sitio donde te encontraría. Esta mañana te has marchado dejándome una puta nota. No es justo.

Me lo está reprochando. Enarco una ceja.

—¿Esperabas que me quedara?

—No quería que te fueras —admite sin tapujos—. Me he vuelto loco al leer tu nota. Voy a ser absolutamente sincero contigo, Ojazos: estoy desesperado. Si no puedo follarte como me muero de ganas, al menos dame la oportunidad de tener una cita contigo.

—¿Para convencerme? —pregunto con voz estrangulada.

—Sí. —Frunce el ceño. La sinceridad le acaba de jugar una mala pasada. Me dedica una sonrisa de medio lado y se encoge de hombros—. Joder, sí. Pero si al final de la cita decides que no quieres saber nada de mí, te prometo que te dejaré en paz. Al menos no me sentiré como un imbécil por haber desperdiciado la oportunidad de tener una cita con la mujer más interesante y sexy que he conocido.

—Se te dan muy bien las palabras... —Me pongo de pie. Intento no sentirme afectada—. Seguro que les dices lo mismo a todas.

—Con ninguna mujer he insistido ni siquiera la mitad. Me siento patético, un tanto humillado y bastante imbécil —admite sin tapujos—. Te lo dije, Ojazos. Te me quedaste grabada muy dentro cuando nos conocimos en aquel avión. Necesito volver a dormir ocho horas seguidas sin pensar en ti. Solo una cita. Es todo lo que pido.

El corazón me va a mil por hora. Sé que es un conquistador, pero parece muy sincero. Y hay algo arrebatadoramente sexy en su desesperación. En esa forma que tiene de mirarme, como si quisiera poseerme. Entonces recuerdo las palabras de Meg: *aprende a separar el sexo del amor*. ¿Por qué no? Si me aburro en la cita, puedo mandarlo a paseo.

—Yo pongo las reglas.

—Bien. —Sonríe satisfecho porque se ha salido con la suya—. ¿A qué hora te recojo?

—Te recojo yo.

Eso lo deja bastante contrariado.

—Tú no conoces Emerald Beach. De ser por ti, la cita sería en la habitación de tu hotel. En tu cama —puntualizo.

—Sí.

Su descaro me saca una sonrisa. Me gusta que no trate de engañarme. Quiere acostarse conmigo. Ojalá todos los hombres que he conocido fueran tan sinceros como él respecto a sus intenciones.

—No entiendo por qué estás tan interesado en mí. —Sacudo la cabeza con incredulidad—. Si es porque te rechacé en el avión y te van los retos...

Jack acorta la distancia que nos separa dando cuatro pasos, me envuelve por la cintura y apoya su boca contra la mía. Es un beso furioso e intenso que me deja sin respiración. Me empuja contra el escritorio y una pila de documentos se cae al suelo. Pone la otra mano en mi nuca y pega sus labios más a los míos, como si fuera posible. Ni siquiera los separa para decir con voz ronca:

—Me van los retos, pero esto no tiene nada que ver con que me hayas rechazado varias veces. —Me da un pequeño mordisco en el labio inferior que me provoca un gemido—. No entiendo qué tienes. No entiendo por qué me pones tanto. Pero te juro, Ojazos, que antes de irme

de Emerald Beach voy a descubrir por qué me vuelves jodidamente loco.

Y entonces sí me besa. Es un beso hambriento que me revoluciona por completo. Tengo miedo de que vaya a más, pero deja las manos quietas mientras me besa como si le fuera la vida en ello. Solo se vuelve más agresivo cuando correspondo al beso con las mismas ganas que él. Nuestras lenguas se enredan. La cabeza me da vueltas. Estoy mareada por el deseo. Jamás había sentido nada parecido al besar a un hombre. El brazo que envuelve mi cintura me estrecha con fuerza para pegarme a su pecho y siento su erección contra mis muslos. Me sobresalto y un gemido ronco brota de mis labios.

—Te follaba ahora mismo sobre tu escritorio —me susurra al oído—. Dame una buena razón para no hacerlo.

—Podría interrumpirnos alguien.

—Me pone follar con público.

*Ay, dios...*

—Y-yo no...

—¿No quieres? —pregunta con voz melosa. Me acaricia el cuello con la boca y se me escapa un suspiro trémulo—. Porque parece que sí. Estoy seguro de que si meto una mano entre tus piernas descubriré lo mojada que estás.

—Jack...

—Ojazos.

Vuelve a capturar mis labios, como si le pertenecieran. Tiene una forma increíble de besar. Joder, es que nunca me habían besado así. Como si no importara nada más. Como si yo lo fuera todo.

—Sigo esperando que me des una buena razón para no hacerlo —ruge, mordiéndome el cuello.

—N-no estoy p-preparada —balbuceo.

Jack me suelta de golpe y me invade una inesperada sensación de abandono. Ambos respiramos con dificultad. Me mira, asiente y se pasa una mano por el pelo. Luego sujeta mis mejillas y me da un beso breve y dulce que me desconcierta.

—¿A qué hora me recoges? —pregunta como si tal cosa.

—A... —Intento pensar con claridad—. A las ocho y media.

—Faltan más de siete horas. Se me van a hacer eternas. —Su pulgar traza el contorno de mi boca. Me mira con fuego en los ojos—. No me dejes tirado, Ojazos. Me partirías el corazón.

Se marcha antes de que pueda pedirle que me bese de nuevo. Me siento en el escritorio, ahogo un grito y me tapo la cara con las manos.

¿Qué demonios acaba de pasar?

¿Por qué he dejado que sucediera?

## 23. ¿Te apetece hacer de canguro?

**Max**

Lo primero que hago después de que Bruce me pida el favor de cuidar de Lizzy esta noche es ir al despacho de Saoirse para preguntarle si le apetece hacer de canguro conmigo. ¿Por qué no? No seríamos los primeros amigos que se convierten en algo más. Tal vez necesita un pequeño empujón para descubrir que puede sentir lo mismo que yo.

—Steven —saludo a su secretario—. ¿La señorita Anderson está ocupada?

—Hola, Max. Un segundo, se lo pregunto.

Steven descuelga el teléfono e informa a Saoirse de que estoy en la puerta. Su sonrisa me confirma que puedo pasar.

—Ojalá todos fueras igual de educados que tú —murmura.

—¿Y eso?

—El americano —dice con retintín—. Ni siquiera me dejó anunciarlo. Entró en su despacho hace un par de horas. Por lo visto tenían una reunión muy urgente. Yo creo que están liados...

Entro en el despacho con nauseas. Joder con el puto Jack Preston de los cojones. Cada vez que intento hacer un movimiento se me adelanta. Saoirse sonrío con sinceridad al verme.

—Hola, Max. ¿Qué necesitas?

A ti.

—Bruce va a darle una sorpresa a Meg esta noche —le explico—. Ella se ha enfadado con él por nosequé tontería. Ya sabes cómo son. Me ha pedido que haga de canguro de Lizzy. ¿Te apuntas?

En cuanto veo su expresión sé que va a decir que no. Ni siquiera necesito que me dé una explicación, pues Steven ya me lo ha dejado bastante claro: Jack ha estado aquí hace un par de horas. Ha conseguido que le dé una cita. Ni siquiera debería estar enfadado. La conozco desde que éramos unos críos. He tenido tiempo de sobra para pedirle una.

—Lo siento, Max. He quedado con una amiga. De haberlo sabido antes...

—Tranquila —le resto importancia—. Bruce y Meg discuten a menudo. Volverán a necesitar nuestros servicios.

—¿Sabes qué? —dice indecisa—. Cancelaré la cita con mi amiga. Me apetece estar con Lizzy.

—Seer —le pido más serio. No quiero ser su segunda opción gracias a la niña—. En serio, no pasa nada. Otro día será.

—Es que... —Se retuerce las manos con nerviosismo al ver que comienzo a alejarme—. Al menos quédate a tomar un café.

Me repatea ser su segundo plato, pero sé que no tengo motivos para demostrar lo enfadado que estoy, así que me siento enfrente de ella. Saoirse se levanta para preparar café.

—Me gusta...

—Ya me lo dijiste. —Me saca la lengua—. No tengo tan mala memoria.

Me pregunto cuántas cosas podría haber sabido de mí si hubiera sido sincero con ella mucho antes.

—Me gustó desayunar esta mañana contigo. —Me ofrece una taza. En lugar de sentarse en su silla, escoge la que hay a mi lado—. ¿Sabes que hubo una temporada en la que pensé que fingías que te caía bien para no cabrear a Bruce?

—¿Qué? —Frunzo el ceño—. Siempre me has caído bien.

—Yo y mis inseguridades de mierda —dice avergonzada—. Todos los amigos de mi hermano intentaban ligar conmigo. No porque les gustase, sino para acercarse a él. Pero tú nunca lo hiciste. Eres un buen tipo, Max.

Me da un apretón cariñoso en el brazo.

—Tampoco sabía si tenía alguna posibilidad... —murmuro con timidez.

Ella me mira sorprendida, pero luego se ríe.

—¡Habrías tenido una oportunidad con cualquier chica del pueblo! La mitad de las chicas estaban locas por mi hermano, y la otra por ti. ¿Te acuerdas de aquella estudiante de intercambio que te persiguió durante todo el verano? ¿Cómo se llamaba?

—Brenda. —Pongo cara de susto—. Fue bastante traumático tener que huir de ella.

Saoirse se parte de risa.

—Cualquier otro en tu lugar habría sido cruel con ella. Pero tú la rechazaste con mucho tacto, aunque ella no te hizo ni caso... —Menea la cabeza, divertida—. Lo que intento decir es que Jane tiene mucha suerte de...

—Seer, para —le pido irritado—. Jane y yo no...

La puerta del despacho se abre de par en par, por lo que no puedo terminar la frase. Meg entra como si estuviera en su casa y comienza a despotricar de Bruce. Al verme, se sobresalta y me señala con un dedo.

—¡No le digas que lo he llamado cromañón!

Finjo tener una cremallera en la boca. Me levanto porque sé cuando sobro.

—Lo siento, ¿he interrumpido algo? —pregunta Meg al ver que me marcho.

Saoirse me mira apenada. Por un instante, tengo la impresión de que quiere que me quede.

—Pues la verdad es que... —comienza a decir.

—Solo un café —respondo con las manos metidas en los bolsillos—. Nada importante.

Me percató de que Saoirse aprieta los labios cuando digo que no estábamos haciendo

nada importante. ¿Acaso quería quedarse conmigo? Nunca lo sabré, pues salgo de su despacho con el corazón acelerado, como el cobarde que soy.

## 24. Joder, estoy nervioso

*Jack*

Joder, estoy nervioso.

No tengo el número de Saoirse, así que si cambia de opinión no va a poder avisarme. Quizá tendría la delicadeza de llamar al hotel. No lo sé.

¿Por qué cojones estoy tan nervioso?

Solo es una puta cita. He tenido millones de citas. Bueno, en realidad no. Lo normal es que conozca a alguna mujer atractiva en un bar, en el gimnasio o en el trabajo y, después de un par de miradas cómplices y cuatro frases hechas, vayamos a la habitación de algún hotel para follar. Lo de las citas es nuevo. Una medida desesperada al ser consciente de que Saoirse no es la clase de chica que se acuesta con alguien que acaba de conocer. No hay nada de malo en eso. De hecho, me encantan las mujeres que saben lo que quieren. Pero si necesita conocerme un poco más antes de meterse en mi cama, no tengo ninguna molestia en pasar algo de tiempo con ella.

De hecho, si al final de la cita decide que no está preparada o que prefiere tener otra, sé que por mí no habrá ningún problema. Porque me ha dado fuerte. No se trata de que me haya rechazado. No soy irresistible. Sé aceptar un no por respuesta. Ni que fuera un imbécil. El problema es que no consigo quitármela de la cabeza desde que quise invitarla a una copa en aquel avión.

Salgo cinco minutos antes del hotel y me pongo a dar vueltas de un lado a otro. Una pareja de ancianas me mira y cuchichean. De repente, sueltan una carcajada y murmuran la palabra «novia». Pongo mala cara y les doy la espalda. Debo de parecerles muy patético. Así que me apoyo en un árbol y me cruzo de brazos fingiendo ser la clase de hombre que tiene la situación controlada.

Por suerte para mí, Saoirse llega puntual. Al verla, el alivio se apodera de mí. Me ha recogido en su Mini color rojo cereza. Me hubiera gustado alquilar un Volvo, pero sé que eso no la habría impresionado. Es la dueña de la mitad de una fábrica. No voy a comprar su interés con un coche o regalos caros.

—Has venido —digo como un bobo.

Subo de prisa por si cambia de opinión y comprende que soy un idiota. Me mira extrañada.

—¿Pensabas que te iba a dejar tirado?

—Podrías haberte echado atrás. Aunque, con el beso que te di, las tenía casi todas conmigo.

Pone los ojos en blanco.

—¿Siempre eres tan arrogante?

—No. —Sonrío de medio lado. En realidad, no tanto—. Solo cuando deseo algo con

muchas ganas o tengo miedo de no salirme con la mía. Contigo se cumplen ambas.

Se ruboriza, pero intenta disimularlo al centrar la vista en la carretera. Ir de copiloto no está tan mal. Puedo limitarme a observarla a mi antojo. Lleva el pelo suelto, me gusta que lo lleve así. Viste unos sencillos vaqueros ajustados y una blusa color granate a juego con su pintalabios. Menos mal que al final no me puse el traje y me decanté por una camisa y unos pantalones.

—Estás muy guapa.

—¡Deja de mirarme así!

—¿No puedo mirarte? —pregunto burlón.

—¡No! —exclama agobiada. Aprieta el volante con fuerza y se le escapa la risa floja—. Me pones nerviosa.

—¿Por? Soy como un libro abierto. Ya te he dicho que quiero acostarme contigo. Me pones muchísimo. Si yo fuera el que va al volante, pararía el coche y...

—¡Calla! —chilla escandalizada—. ¿Siempre eres tan...?

—¿...directo?

Resopla.

—Iba a decir cerdo.

*No tienes ni idea de lo cerdo que puedo llegar a ser, Ojazos.*

—¿Te molesta? —le pregunto en serio.

Se lo piensa durante unos segundos. Al final claudica.

—No —admite de mala gana—. Pero no estoy acostumbrada. Es... raro.

—Querrás decir excitante.

—Pues vale, tú ganas. Es raro y excitante estar con alguien que no tiene pelos en la lengua.

—¿A dónde me llevas?

—Relájate y disfruta del paisaje —me aconseja. Quiero hacerle caso. Vamos recorriendo la ladera de una montaña y las vistas de la playa son espectaculares—. Todavía faltan veinte minutos.

—Todo lo que quiero mirar lo tengo justo a mi lado —digo con sinceridad. Me adelanto antes de que abra la boca—. No, no les digo ese tipo de frases a todas.

—A casi todas —resopla.

—Si lo creyeras, no me habrías dado una cita.

Me mira de reojo y sonrío con picardía.

—El sitio al que vamos te va a gustar.

Me importa una mierda el sitio al que vayamos mientras esté con ella. Saoirse se concentra en la carretera y yo en follármela con la mirada. Ojalá la noche salga tal y como quiero

y pueda hundirme dentro de ella mientras me araña la espalda y murmura mi nombre con voz ronca.

## 25. Una cita

### *Saoirse*

No tenía del todo claro dónde llevar a Jack, pero al final me he decantado por mi restaurante italiano favorito. Está a veinte minutos en coche de Emerald Beach, así que tal vez me cruce con alguien del pueblo. Aunque supongo que no importa. Ni siquiera sé por qué le mentí a Max esta mañana. Soy una mujer soltera y puedo tener una cita con un tipo que solo quiere acostarse conmigo.

—Espero que te guste la comida italiana —digo mientras el camarero nos acompaña a nuestra mesa.

—Me encanta —admite sentándose enfrente de mí—. Eres una clienta vip, por lo que veo.

—¿Cómo lo sabes?

—El camarero te ha llamado por tu nombre y te ha dado la mejor mesa del local.

—Me flipan cómo hacen los *fettuccine* Alfredo. Suelo venir mucho con Meg.

—Te llevas genial con tu cuñada —comenta observador.

—Es mi mejor amiga desde que éramos unas niñas —le explico—. Se convirtió en mi cuñada hace poco tiempo. Aunque siempre supe que sucedería. Bruce y ella estaban predestinados.

—Suenan bonito.

Le tiro la servilleta de tela.

—Ya sé que no eres un romántico. Pero lo digo en serio. Todos en el pueblo sabíamos que iban a acabar juntos. Max y yo lo comentamos un montón de veces. No entendíamos por qué no dejaban de discutir, en lugar de admitir lo que sentían el uno por el otro.

—Max —repite ceñudo.

—Sí, Max —digo desconcertada—. ¿Qué pasa con él?

—¿Hay o hubo algo entre vosotros? —pregunta repentinamente tenso.

—¿Max y yo? —Se me escapa una risilla nerviosa—. Es el único amigo de mi hermano que jamás ha intentado ligar conmigo. No me ve de esa forma.

—Está enamorado de ti —suelta para mi sorpresa.

—¡A Max le gusta Jane!

—No sé quién es Jane, pero a Max le gustas tú. Probablemente desde hace mucho tiempo. Pero no tiene agallas para decírtelo porque teme que no sientas lo mismo. —Me observa con interés y algo más intenso—. Sé que no tengo derecho a preguntártelo, pero voy a hacerlo de todos modos. ¿Te gusta?

—¡No! —exclamo abochornada. No sé por qué me he puesto tan colorada—. Es... Max. Lo conozco desde que era una cría. Te equivocas con él. No siente nada por mí.

—De acuerdo, cambiemos de tema.

—Has empezado tú —digo algo mosqueada. Cojo la carta, aunque ya sé lo que voy a pedir cuando llega el camarero—. Coca-Cola y *fettuccine* Alfredo, gracias.

—Lo mismo para mí, gracias.

Lo miro extrañada.

—Ni siquiera has mirado la carta.

—Me fío de ti.

—¿No vas a beber alcohol?

—Me gusta estar sobrio cuando la compañía es tan placentera.

Nuestras piernas se rozan por debajo de la mesa y contengo el aliento. No sé si dice este tipo de cosas porque las siente de verdad o porque quiere hacerme perder la cabeza. Algo dentro de mí me impulsa a creerlo.

—Háblame de ti —le pido con curiosidad.

—¿Eso es lo que se hace en una cita?

—¿Nunca has tenido una cita? —pregunto estupefacta.

—No. —Se encoge de hombros—. No he tenido motivos para tener una.

—Entonces cuando...

—Reservo una habitación de hotel y normalmente no repito con la misma mujer —dice con una sinceridad abrumadora—. No tengo interés en conocerlas.

—Vaaale —digo impresionada.

—¿Te incomoda mi forma de ser?

—Supongo que esas mujeres buscan lo mismo que tú y siempre eres sincero con ellas...

—Siempre —responde tajante—. Pregunta lo que quieras, pero luego me toca a mí.

—Acabas de decir que no tienes interés en conocer a las mujeres con las que quieres acostarte.

—¿En serio tengo que explicártelo? —dice casi resoplando—. Contigo es diferente.

*Se lo dice a todas*, canturrea la voz de mi cabeza. Sin embargo, decido no hacerle caso.

—¿En qué parte de Estados Unidos vives?

—Nueva York, Manhattan. En un ático del Upper East Side.

Me imagino su ático, muy nórdico e impersonal. Techos altos. Todo blanco y frío, como el de un millonario de éxito que no deja ver sus emociones. Sí, he leído demasiadas novelas románticas.

—¿Cómo es?

—Lo decoró Serena, mi hermana. —Coge su móvil y me enseña varias fotos de un lujoso ático con suelos de madera pintado en tonos cálidos. En una de las fotos aparecen dos niños rubios jugando en el sofá—. Mis sobrinos, los hijos de Serena.

—¿Estás muy unido con tu hermana?

—Tengo tres.

Abro los ojos de par en par. No me lo esperaba.

—Háblame de ellas.

—Si supieran lo que estoy haciendo en este momento, estarían encantadas —dice con una sonrisa tierna—. Serena es la mediana. Estudió interiorismo y se encarga de todo lo relacionado con la decoración de los hoteles. Sarah es la mayor. Es neurocirujana y pasó del imperio hotelero, una decisión que disgustó mucho a nuestra madre. Es un cerebritito y no la veo tanto como me gustaría porque ambos trabajamos mucho. Y luego está June, que es abogada y se encarga de todas las cuestiones legales. Yo soy el pequeño.

Me gusta que hable con tanto cariño de sus hermanas. Se nota que es un tipo familiar, algo que no me esperaba.

—¿Cómo fue crecer con tres hermanas mayores?

—Me mangoneaban todo el tiempo. —Se hace la víctima y me entra la risa floja—. ¡En serio! Me llevo seis años con Sarah, cuatro con Serena y dos con June. Cuando esas tres se alían en mi contra, tengo todas las de perder. De pequeño me metían en un carrito de bebés de juguete y me obligan a hacer un montón de cursiladas. Era agotador... y divertido.

Le brillan los ojos al recordarlo. Se nota que adora a sus hermanas.

—¿Y qué hay de tus padres?

—Mi madre dirige el imperio hotelero con mano de hierro. Le gustarías.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Eres preciosa, inteligente y se nota que tienes buen fondo. Está deseando que sienta la cabeza con una buena chica.

Me ruborizo sin poder evitarlo.

—¿Y tu padre?

—Falleció cuando yo tenía cuatro años. Cáncer de pulmón. Los médicos no pudieron hacer nada por él —dice con tono mecánico.

—Dios, lo siento. No debería haber preguntado...

—Tranquila. —Me coge la mano por encima de la mesa y me da un apretón—. No podías saberlo. Sucedió hace mucho tiempo.

—¿Cómo te sientes al respecto? —pregunto con tacto.

Jack respira hondo, pero no suelta mi mano.

—Es complicado criarse sin el cariño de un padre. Pero tampoco puedo quejarme. Me crie en un matriarcado. Mi madre y mis hermanas son increíbles. Jamás me ha faltado de nada.

He tenido cariño, una infancia feliz y una vida acomodada. Soy un tipo afortunado.

El camarero llega con la comida y soltamos nuestras manos. Entonces, Jack sonríe ampliamente. Ya s  lo que est  pensando.

—Mi turno —dice encantado—.  Qu  hay de ti, Ojazos?

## 26. Una chica muy interesante

*Jack*

—Pregunta lo que quieras —dice desganada.

—Ojazos, no pongas esa cara de disgusto.

—Te voy a decepcionar —me advierte.

—Lo dudo. Eres una incógnita.

—Uy, sí. —Se ríe con debilidad—. Pregunta y verás.

Me acomodo en la silla y la miro con interés. En realidad, hay tantas cosas que quiero saber de ella que no sé por dónde empezar. Así que comienzo por lo típico. Le pregunto por su familia y me habla con orgullo de sus padres, su hermano y su querida sobrina.

—Me arrepiento tanto de haberme perdido sus tres primeros meses...

—¿Por qué te marchaste?

—Allá va —dice entre dientes—. Me fui porque necesitaba desconectar de todo. Mi último novio resultó ser gay. Bueno, no sé si se podría decir que estábamos saliendo. Simplemente quería que aquella vez funcionara. Que, para variar, pudiera encontrar a alguien que me respetase un poco y fuera bueno conmigo.

Aprieto los dientes. ¿La han tratado mal? ¿Quiénes? ¿Por qué? Quiero matarlos a todos.

—No has tenido suerte en tus relaciones —digo con cautela.

—Decir que no he tenido suerte es quedarse corto —responde entre dientes.

—Antes has dicho que Max es el único amigo de tu hermano que no ha intentado ligar contigo —recuerdo.

—Sí, pero no creas que tenía mucho éxito por aquella época. Los amigos de Bruce solo se acercaban a su hermanita tímida para intentar ganar puntos con él. Mi adolescencia fue complicada. La tartamudez no ayudaba.

—Solo tartamudeas cuando te pones nerviosa. A mi hermana también le pasa. No es algo de lo que avergonzarse, Ojazos.

—B-bueno —dice, tragando saliva—. L-la mayoría de la g-gente no lo ve así. Intentan acabar mis frases o se b-burlan de mí.

—Lo siento —le digo con sinceridad. Le cojo la mano para que sepa que puedo llegar a entenderla. Sarah también ha pasado por lo mismo. He visto llorar a mi hermana en infinidad de ocasiones por personas que no merecían la pena—. A veces la gente puede ser muy cruel. Sobre todo los críos.

—Y que lo digas... —dice suspirando.

—Así que te largaste para desconectar. Me parece bien que te tomaras unas vacaciones.

Tienes mucho tiempo para disfrutar de tu sobrina —digo para cambiar de tema, pues no quiero presionarla.

—Jack —dice repentinamente seria—. Ya sé que no debo aclarártelo porque no es lo que buscas, pero no vamos a tener nada serio.

Me quedo descolocado por su comentario.

—Qué claro lo tienes, Ojazos —digo irritado, sin saber por qué.

—He salido con un montón de capullos que solo querían estar conmigo porque ansiaban el dinero de mi familia o echar un polvo. Ya he llegado a la conclusión de que el chico perfecto no existe. Me prometí que iba a pasar de los hombres y... —Me mira indecisa, pero luego se recompone—. Quiero estar sola. Estos últimos meses me he reencontrado conmigo. Jamás me había sentido tan cómoda en mi piel.

—Joder, Ojazos —digo impresionado—. ¿Tan mal te han tratado?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí.

—Hubo un tipo que me convenció para donar miles de euros a una organización benéfica que no existía. —Se ríe como si fuera divertido y se me encoge el corazón—. Pero el peor de todos fue Kevin, un americano al que conocí en un viaje de negocios. Me anuló por completo. Una vez le pillé unos mensajes con otra chica y me llamó loca. Me hizo creer que estaba mal de la cabeza. Luego me engañó y lo perdoné porque pensé que... no lo sé —dice suspirando—. Supongo que cuando no te quieres a ti misma, te limitas a aceptar el poco amor que crees merecer. Sí, definitivamente Kevin fue el peor, pero no el único.

Nota mental: encontrar a Kevin y hacerlo sufrir lentamente...

—Y tenía que ser americano... —intento bromear para salir del paso, pero le acaricio el dorso de la mano con ternura.

—Y de Manhattan. Igual hasta lo conoces.

Me tenso. Realmente, conozco a un montón de hombres que se llaman Kevin y viven en Manhattan.

—¿Cuál es su apellido?

Saoirse sacude la cabeza y me regala una sonrisa triste.

—Ni de coña vamos a seguir hablando de Kevin. Sé lo que estás pensando. No quiero que ese idiota por el que ni siquiera estoy segura de haber estado enamorada arruine nuestra cita.

—Me parece bien —digo, sin dejar de acariciarle la mano—. Pero, si algún día voy paseando por Manhattan y me cruzo con ese idiota, le pegaré un puñetazo.

Saoirse se ríe. Me gusta que lo haga. Tiene una risa preciosa. Pero lo he dicho totalmente en serio. Ya hay que ser imbécil para no valorar a una mujer tan alucinante como ella.

Debería estar prohibido partirle el corazón a Saoirse Anderson. Puede que lo nuestro no vaya a ser una gran historia de amor, pero jamás la utilizaré ni le daré falsas esperanzas. Porque esta mujer, cada segundo que pasa, me gusta más. Y me va a explotar la cabeza si no hago lo que

necesito, así que me inclino y le robo un beso.

Solo es un beso breve y cálido. El preludio de lo que podría ser algo más intenso, en el caso de que ella quiera lo mismo. Pero es un beso que consigue que me hierva la sangre, se me acelere el corazón y piense que no voy a ser capaz de sacármela nunca de la cabeza.

## 27. ¿Damos un paseo?

### *Saoirse*

Estoy embriagada cuando salimos del restaurante, a pesar de que no he bebido ni una pizca de alcohol. No esperaba que hablar con Jack fuera tan agradable. De hecho, hemos tenido que irnos del restaurante porque los camareros estaban recogiendo. De lo contrario, nos habrían dado las tantas sin darnos cuenta.

—¿A dónde vamos? —le pregunto mientras caminamos hacia el coche.

—¿A dónde quieres ir? —me devuelve la pelota.

Me encantaría dar un paseo por la playa, pero temo que tanta charla lo haya aburrido. Al fin y al cabo, solo me ha pedido una cita para conseguir acostarse conmigo. Que conste que a mí me apetece muchísimo, no lo voy a negar. Pero todavía me cuesta decidirme después de varios meses de completa sequía. Además, que él sea tan apabullante no ayuda a tranquilizarme.

—Podríamos tomar una copa —sugiero pensativa—. Hay un pub a diez minutos en coche.

—Como quieras —dice con las manos metidas en los bolsillos. Vuelve a mirarme de esa forma que me estremece por completo. Entonces, ladea la cabeza y entorna los ojos—. ¿Qué te apetece hacer de verdad?

—¿A qué te refieres? —replico intimidada.

—Sospecho que lo de tomar una copa no es tu rollo. —Levanta los brazos antes de que pueda replicar—. No lo digo porque la otra noche acabases contentilla. Me gustó dormir con una chica que olía a chupitos de piruleta. —Me guiña un ojo y me regala una sonrisa arrebatadora—. Pero tengo la impresión de que no te apetece ir a ese pub del que me has hablado.

Le doy una patada a una minúscula piedra y miro al suelo. Me cuesta contenerme cuando estamos juntos, pero al mismo tiempo me da muchísimo miedo dejarme llevar. Jack es avasalladoramente sexy, no tiene filtro y da la impresión de que siempre consigue lo que quiere porque no se corta a la hora de pedirlo. Alguien así te impone.

—Me gustaría dar un paseo por la playa —digo recuperando el aplomo—. Hay una pequeña cala en Emerald Beach. A esta hora de la noche y en esta época del año está desierta y es preciosa...

—Pues demos un paseo.

—No quiero aburrirte.

—No me aburrirías ni aunque lo intentaras. Además, ¿hacer turismo nocturno con la chica más guapa del pueblo? Me apunto.

—Dios. —Me tapo la cara con las manos y suelto una risilla nerviosa—. Qué zalamero eres.

—La palabra que buscas es sincero —me corrige divertido.

Lo miro y, de repente, me entran muchísimas ganas de que vuelva a besarme. El pequeño beso que me dio en el restaurante me dejó hambrienta. Sin embargo, no parece tener la intención de repetirlo. Me pregunto por qué. ¿Quiere que me lance yo? ¿Está jugando conmigo?

—Bésame antes de subir al coche —le pido con un arrojo que no sabía que tenía.

Enarca las cejas. Me mira con una mezcla de sorpresa y satisfacción.

—Bésame tú, Ojazos.

Podría hacerme la digna, pero hago lo que de verdad me apetece. Me pongo de puntillas para cortar esos centímetros que nos separan y lo beso. Aplasto mi boca contra la suya en un beso dulce y tímido. Cierro los ojos y me concentro en el sabor de sus labios. No sé en qué momento me ha rodeado la cintura con los brazos, pero me gusta que me apriete contra él como si creyese que voy a escaparme o a romper un beso que he iniciado yo. Porque sí, yo lo he empezado, pero Jack me lo arrebató y lo hace suyo cuando su lengua se encuentra con la mía. Un jadeo inesperado brota de mi garganta. Me agarro a su camisa para no perder el equilibrio, a pesar de que me tiene bien sujeta. Y me dejo llevar... como si fuera la primera vez que me besan en la vida. Pero con él se siente así: intenso, caótico, inexperto. Como subirse a una montaña rusa sin cinturón de seguridad.

—Joder —murmura contra mis labios—, qué bien sabes.

—Te estás conteniendo —digo asombrada y algo contrariada—. No lo hagas.

—Ojazos... —Me acaricia la boca muy despacio hasta que me estremezco. Tengo los ojos cerrados y noto cómo sonrío—. No sabes lo que me estás pidiendo.

Sus manos siguen ancladas en mi cintura y estoy convencida de que está librando una batalla interior para no tocarme el culo. Se ha empalmado. Me gusta desatar semejante efecto en él solo con un beso.

—Dios. —Me da un beso fuerte y breve y luego se aparta con brusquedad—. Joder, no sabes cómo me pones.

Acto seguido, se aleja caminando y rodea el coche. Se queda parado delante de la puerta del copiloto. Me mira expectante. A mí se me ha quedado... pues eso, cara de idiota. ¿Me besa así y luego se aleja sin más? Tengo ganas de matarlo.

—¿Vamos a dar un paseo? —pregunta como si nada.

Tardo varios segundos en reaccionar. Asiento confundida, busco las llaves del coche dentro de mi bolso —tardo una eternidad en encontrarlas—, y me pongo al volante con una mezcla de deseo y conmoción.

—¿Por qué...? —comienzo a preguntar al cabo de unos minutos, con la vista clavada en la carretera—. ¿Por qué has parado?

—Porque te habría follado en el aparcamiento de ese restaurante, a plena vista de todos. Habría sido maravilloso, pero me da que te habrías arrepentido después —dice con tranquilidad, como si le hubiera preguntado qué le apetece comer. Se acomoda en el asiento y contempla ensimismado el paisaje—. Esto de ir de copiloto es nuevo para mí, pero me gusta. Me gusta mucho, Ojazos.

—Deja de llamarme así —digo enfurruñada, sin saber por qué.

—Estás enfadada conmigo porque te he dejado con ganas de más.

Aprieto el volante con fuerza y resoplo.

—Mira que eres egocéntrico.

—Tranquila. —De repente, apoya una mano en mi muslo y me invade un súbito calor—. Nunca me he hecho el estrecho con una mujer guapa y sexualmente activa.

—¡Imbécil! —le grito abochornada. Jack aparta la mano y se echa a reír. No le pego porque voy conduciendo. Sin embargo, su risa es contagiosa, tiene una personalidad incorregible y se me ha pasado el enfado de golpe. Sonrío para mis adentros, con tal de que no se me note y así no agrandarle el ego, que es del tamaño de Central Park—. Después del paseo te voy a dejar en tu hotel, cretino.

—Sí, sí —responde sin concederme una pizca de crédito—. Lo que tú digas.

—¿Qué vas a hacer si después de nuestra cita no consigues acostarte conmigo? —pregunto con atrevimiento.

—Te pediré otra cita.

—¿Y si tampoco...?

—Otra.

—¿Y si...?

—Ojazos —me pide divertido—, céntrate en la conducción. No me parece buena idea hablar de sexo mientras conduces por la carretera de una montaña.

—Cobarde.

—Si supieras lo que estoy pensando, sería lo último que me llamarías.

Quiero exigirle que lo diga si tiene valor, pero sé que no es un pusilánime y al final me contengo. Sigo conduciendo en dirección a la cala y sintonizo mi emisora de música favorita. No sé lo que nos deparará la noche.

## 28. Si pudieras verte a través de mis ojos...

*Saoirse*

Jack y yo bajamos a la playa y damos un paseo por la pequeña cala. Tenía razón: a esta hora del día está desierta. Las olas rompen en la orilla. La playa está bañada por la luz de la luna llena. Si no estuviera con un tipo como él, admitiría que es la típica escena romántica de un libro.

—¿En qué piensas? —Me da un empujoncito con el hombro—. La verdad, Ojazos.

—No pensaba en nada.

—Mientes fatal.

—Ni que pudieras leerme el pensamiento... —comento burlona—. ¿Qué te llevó a elegir Emerald Beach como destino de vacaciones?

—Necesitaba hacer una pausa en un lugar tranquilo.

—¿Cómo es tu vida en un día normal?

—Suelo viajar de un lado para otro. Un día tengo una reunión con el gerente de la cadena hotelera de Dubái, al siguiente estoy en Italia para cerrar un contrato... cosas así. Hay semanas que no piso mi casa. No es que no me guste, pero llevaba tiempo necesitando hacer una pausa.

—¿Por eso no has sentado la cabeza? ¿Tu estilo de vida te impide formar una familia?

Me mira confuso. Creo que ninguno de los dos esperaba esa pregunta. Pero me ha sido imposible no formularla. Delante de mí tengo a un hombre atractivo, inteligente y triunfador. Necesito entender por qué le tiene tanto miedo al compromiso.

—Me gusta mi vida tal cual es. ¿Para qué cambiarla? Tengo treinta años, soy joven y tengo sobrinos. No necesito más.

—Cómo si el amor se pudiera calcular o prever... —digo, sacudiendo la cabeza.

—Hasta ahora lo he evitado. Quizá soy uno de esos hombres que nunca se enamora. Hay personas a las que les gusta estar solas y resulta que yo valoro al máximo mi independencia. No me gusta dar explicaciones de lo que hago con mi vida. Y, cuando llego a casa, lo único que me apetece es relajarme en el sofá, ver una buena serie o escuchar AC/DC a todo volumen. Siento decepcionarte, Ojazos.

—No me decepcionas —admito muy tranquila—. Comprendo a la gente a la que le gusta estar sola. Estos últimos tres meses han sido muy satisfactorios para mí. Pero creo que hablas con tanta arrogancia sobre el amor porque nunca ha llamado a tu puerta. —Lo miro y me muerdo el labio—. Tal vez te enamores hasta las trancas de una chica muy especial y te tragues tus palabras.

—Tal vez la luna deje de brillar.

Pongo los ojos en blanco.

—Odio a la gente cínica.

—Soy sincero. —Deja de caminar y se queda parado delante de mí—. ¿Preferirías que te regalara los oídos como han hecho algunos hombres? ¿Qué te dijera que a partir de este momento vas a ser la única mujer de mi vida? ¿Qué por ti podría cambiar y todo ese rollo?

—No —respondo con un nudo en la garganta—. Prefiero que sigas siendo honesto, gracias.

—Ahí va un poco de honestidad: si pudiera enamorarme de alguien, elegiría hacerlo de ti.

—¡Eso no funciona así! —exclamo horrorizada—. El amor no se elige. Oh, dios... ¡No tienes ni idea!

—Sería más fácil si fuera como yo lo planteo, ¿no? —comenta con naturalidad—. Encontrar a la chica perfecta y decidir que le entregas tu corazón sin reservas.

—El corazón no se entrega voluntariamente, el amor no se escoge y... no paras de decir tonterías.

—No te enfades conmigo —me pide sin dejar de sonreír—. Si pudieras verte a través de mis ojos en este momento...

—¿Qué? —pregunto con recelo.

—Te darías cuenta de lo mucho que brillas. —Jack acorta la distancia que nos separa y me pone una mano en la mejilla—. Tienes algo diferente, Ojazos. Si regresase a Manhattan sin haber conseguido acostarme contigo, te prometo que jamás me arrepentiría del tiempo que hemos pasado juntos, porque conocerte ha sido increíble.

—¿Tendrías otra cita conmigo? —pregunto nerviosa.

—Un millón.

—¡Exagerado!

—Sincero —me corrige con algo parecido a la dulzura. Pone la otra mano en mi otra mejilla y acerca sus labios a los míos—. Contigo, siempre. Te lo prometo.

Jack me besa como si el mundo entero hubiera dejado de existir y solo fuéramos nosotros, en esta playa. Me derrito contra sus labios. Me gustaría ponerlo en su sitio, demostrarle que no tiene ni puñetera idea del amor y que algún día se comerá sus palabras. Sin embargo, decido dejarme llevar porque es lo que de verdad necesito. Y me entrego al beso sin reservas hasta que el deseo lo consume todo.

—Saoirse —murmura mi nombre con voz ronca—, qué bien sabes.

Lo atraigo de nuevo a mi boca. No quiero hacer otra cosa que no sea besarlo, tal vez durante los próximos cien años. Porque besa de una manera... no lo sé. Salvaje, hambrienta, posesiva. Me encanta.

No sé en qué momento acabamos tumbados en la arena. Me cuesta pensar con claridad. Me importa una mierda que alguien pueda descubrirnos. Jack está encima de mí. A pesar de lo excitado que debe de estar —su erección lo delata—, se limita a acariciarme por encima de la ropa y a besarme como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Cuando su boca se pierde por mi cuello, siento que me abandona la poca cordura que me quedaba.

—Debería hacerte esperar un poco más... —murmuro con malicia.

Sonríe contra mi cuello. Luego me da un pequeño mordisco.

—¿Es lo que quieres?

—No lo sé —respondo confusa—. Sigue besándome.

Jack se lo toma al pie de la letra. Decido ir un paso más allá y meto las manos por debajo de su camisa para acariciarle el abdomen. Está duro como una piedra. El gemido que brota de su garganta me deja impresionada.

—Ojazos, si me tocas...

—¿Qué?

—... creo que no voy a poder seguir conteniéndome.

—¿Te estás conteniendo? —Intento mirarlo a los ojos, pero tiene la cara escondida en mi cuello—. ¿Por qué?

—Me da miedo que te arrepientas.

Tiene razón. Sé que en el fondo la tiene. Esto es una maldita locura. Nos estamos besando en la playa como si no importara nada.

—A lo mejor necesito dejarme llevar —digo con atrevimiento—. Tú solo... ve despacio y respeta mis límites.

—Me cuesta hacerlo cuando no sé cuáles son —admite contrariado. Se incorpora un poco para mirarme a los ojos—. Prométeme que me pedirás que pare si...

—Sí —respondo ansiosa.

—Y hazme saber si hago algo que no te gusta o...

—Sí, sí —digo con una necesidad devastadora—. Vale, sigue.

Jack se ríe con incredulidad antes de volver a besarme. Su boca está por todas partes. En mi cuello, en mi garganta... mientras sus manos se atreven a desabrocharme los tres primeros botones de la blusa. Al final se arrepiente, y justo cuando voy a preguntarle qué diantres le pasa, me sube la blusa muy despacio hasta llegar a descubrir el sujetador de encaje. La respiración se me acelera. El deseo de sus ojos me consume.

—Eres una puta droga —dice con voz ronca—. Creo que nunca voy a tener suficiente de ti.

El sujetador tiene un cierre delantero y Jack lo desabrocha con una mano. No siento ni un ápice de vergüenza cuando mira mis pechos. Me pilla desprevenida cuando su boca va directa al pezón izquierdo y lo succiona. Se me escapa un gemido grave. Entierro las manos en su pelo para que sepa lo mucho que me ha gustado y no deje de hacerlo. No sé durante cuánto tiempo me devora. Creo que es muy consciente de que es capaz de hacerme llegar al orgasmo de esta manera, sin hacer nada más. Sin embargo, decide torturarme de otra forma. Su mano derecha va hasta la cremallera de los pantalones y la baja muy despacio.

—Una lástima que hayas decidido ponerte pantalones.

—¿Por...?

—Si te hubieras puesto una falda o un vestido, ya tendría la cabeza entre tus piernas.

Introduce la mano, aparta mi ropa interior y comienza a tocarme de una forma que me enloquece. Creo que le grito que no pare. No lo sé. Separo las piernas para que pueda penetrarme con un dedo. Me retuerzo de placer. Estallo en un orgasmo devastador que me deja completamente laxa y él se derrumba a mi lado. Para mi sorpresa, me da un beso tierno en la mejilla.

—Eres jodidamente increíble.

Estoy a punto de decirle que no lo entiendo. No he hecho nada. No le he dado ni una pizca de placer. Sin embargo, escuchamos un ruido y ambos nos sobresaltamos. Agradezco que haya tenido el buen juicio de no quitarme los pantalones ni desabrocharme la blusa, pues así puedo recomponer mi ropa antes de que una parejita de adolescentes baje a la playa. Cuando nos descubren, abren los ojos de par en par y sueltan unas risillas. Parece que nos hemos adelantado a ellos. Jack percibe mi malestar y me da la mano para que me levante.

—No te avergüences. No hemos hecho nada malo —me susurra al oído—. ¿Nos vamos?

Asiento con la cara completamente roja. Me gusta que entrelace nuestras manos y camine con seguridad hasta mi coche. Necesito unos segundos antes de ponerme al volante. Cuando lo hago, el corazón todavía me va a mil por hora. Son las dos y media de la madrugada y mañana entro a trabajar a las nueve. No puedo escaquearme porque tengo una reunión muy importante con mi departamento.

—Si te llevo a tu hotel... —comienzo a decir.

—Está todo bien.

—Pero... —Aprieto el volante con fuerza. No quiero que crea que me he aprovechado de él. Me resulta raro que un hombre me haya prodigado tanto placer sin recibir nada a cambio—. No he hecho nada por ti.

Jack me mira muy confundido. Entonces se pone repentinamente serio y asiente.

—Lamento que solo hayas estado con hombres que eran unos cerdos egoístas. No necesito que hagas nada por mí. Lo que ha sucedido en esa playa me ha encantado, Ojazos. No te atrevas a dudarlo.

No sé qué decir, así que permanezco en silencio mientras me trago el nudo de vergüenza que tengo en la garganta. Ha dado en el clavo. He salido con tantos cerdos que tengo una visión distorsionada del sexo. Cuando aparco delante de su hotel, tengo que contener las ganas de subir a su habitación. Podría hacerlo, pero necesito digerir todo lo que acaba de suceder esta noche. La cabeza me va a explotar.

—¿Me das tu número de teléfono? —Más que una pregunta, parece una orden. No me ofendo. Jack es así. Si quiere algo lo dice sin más. En el fondo me gusta lo directo que es—. No quiero tener que perseguirte en la oficina.

—Claro.

Nos intercambiamos los números de teléfono. Jack me mira de esa forma tan intensa que

no sé descifrar.

—¿Qué?

—No lo sé —admite con naturalidad—. Me he quedado embobado mirándote. Ahora mismo no me creo la suerte que acabo de tener esta noche. Eres preciosa. Te llamo mañana.

Se desabrocha el cinturón, me da un beso fugaz y se baja del coche. Mi corazón sigue acelerado cuando entra en el hotel. No entiendo nada. Sonrío como una idiota. No comprendo a Jack. Pero me gusta. Joder, me gusta muchísimo y me da miedo pillarme por él. Ya sé que dije que pasaba de los tíos pero, cuando alguien como Jack aparece en tu vida, no puedes mirar para otro lado e ignorar la aventura que te propone.

## 29. Es la primera vez que...

**Jack**

Me siento raro.

Me doy una ducha y me tumbo en la cama. No puedo quitarme de la cabeza lo que ha sucedido en la playa. Joder con Ojazos. Esta mujer me está volviendo loco. ¿En serio cree que me he quedado insatisfecho? No tiene ni idea. Ha sido una puta pasada. Poder besarla, acariciarla, prodigarle placer... He estado a punto de correrme sin quitarme los pantalones. Por eso me duele que tenga esa concepción tan egoísta del sexo. Quiero encontrar a todo los hombres que le hicieron daño y torturarlos lentamente.

Y luego está esa conversación tan extraña que hemos tenido sobre el amor. Me ha removido cosas, lo reconozco. No sé muy bien el qué. La mayoría de las veces no puedo pensar con claridad cuando estoy cerca de ella. Lo achaco a que el deseo me nubla el juicio.

Ya sé que le dije que la llamaría mañana, pero me entran ganas de hablar con ella y le envío un wasap por si está dormida.

**Yo:** me ha gustado muchísimo lo que ha pasado en la playa (por si todavía te quedaba alguna duda). ¿Podemos vernos mañana?

Me desespero cuando no responde de inmediato. No estoy acostumbrado a que me hagan esperar. Quizá se ha quedado dormida. Clavo la vista en el techo. Joder, parezco un maldito quinceañero. ¿Qué demonios me pasa? Para mi alivio, contesta al cabo de un rato.

**Saoirse:** sí.

**Yo:** ¿cuándo?

**Saoirse:** salgo de trabajar a las seis. Puedo recogerte.

**Yo:** iré a buscarte.

Mi hotel está a pocos minutos caminando de su trabajo. Cuando veo que tarda en contestar, me pregunto si tendrá miedo de que nos vean juntos. Max, el amigo de su hermano, se cuela en mis pensamientos. No sé si fue del todo sincera cuando me dijo que no estaba interesada en él. Eso me cabrea. Joder, me cabrea hasta un punto en el que no me reconozco porque no soy un hombre celoso.

**Yo:** ¿te molesta que nos vean juntos?

**Saoirse:** soy una mujer libre. No tengo que dar explicaciones a nadie.

**Yo:** no es eso lo que te he preguntado.

**Saoirse:** no es por ti. Siempre me incomoda que la gente del pueblo hable de mí. Siento que en el trabajo no me respetan demasiado. Si nos ven juntos, seré la comidilla de la oficina. No sé si podré soportarlo.

**Yo:** eres la jefa. Ponlos en su sitio. Además, no debería importarte la opinión de los demás.

Lo que quiero decir es que debería resbalarle, pues es una mujer estupenda. Si no la toman en serio, tiene que hacerse respetar. Pero no seré yo quien le diga cómo debe vivir su vida.

**Saoirse:** odio que tengas razón.

**Saoirse:** nos vemos mañana a la salida de mi trabajo.

Sonrío porque he conseguido salirme con la mía. Además, no estará de más que el amiguito de su hermano nos vea juntos. Así entenderá que no pienso permitir que se interponga entre nosotros durante el poco tiempo que me queda en Emerald Beach. Eso me lleva a recordar que mis vacaciones tienen fecha de caducidad. Pronto tendré que despedirme de Saoirse, lo que me produce una ansiedad inesperada en el centro del pecho.

**Saoirse:** buenas noches, cínico del amor.

Me rio al leer lo que me ha llamado.

**Yo:** buenas noches, ojazos.

Mierda, ni siquiera me he ido y ya la echo de menos. No sé qué voy a hacer cuando esté en Nueva York. Quizá sea justo lo que necesito: poner miles de kilómetros de distancia para acabar con esta atracción. Sin embargo, doy vueltas en la cama y, por primera vez en mi vida, no tengo absolutamente nada claro.

### 30. ¿Por qué tienes tan mal gusto?

**Max**

A pesar de que ayer estuve cuidando de Lizzy —hacer de canguro de la pequeña me encanta—, no he podido parar de darle vueltas a la cabeza. Cuando Bruce y Meg regresaron de su cita, me marché a casa cabizbajo, a sabiendas de que probablemente había sucedido algo entre ellos. Porque el americano la mira como si quisiera poseerla y me da que no es de los que pierden el tiempo.

—¿Va todo bien? —me pregunta Bruce.

Estamos en su despacho. He venido a revisar unos documentos, pero mi amigo se ha dado cuenta de que tengo la cabeza en otro sitio. A pesar de que somos uña y carne, jamás le he confesado lo que siento por su hermana. Desde que empecé a albergar ciertos sentimientos por Saoirse, he hecho todo lo que estaba a mi alcance para guardármelos para mí y que nadie se diera cuenta.

No me malinterpretes; sé que si hubiera una remota posibilidad de que Saoirse sintiera lo mismo, Bruce estaría encantado de que saliera con su hermana. Sin embargo, como estoy convencido de que Saoirse solo me ve como el mejor amigo de su hermano, prefiero mantenerlo en secreto para no complicarle la vida a Bruce.

—Sí —respondo desganado—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque tienes mala cara —comenta observador—. Anoche estabas cabizbajo cuando Meg y yo regresamos a casa. Pensé que estarías cansado, pues doy fe de que cuidar de un bebé es agotador. Pero a ti te pasa algo más. Llevas unos días muy raro.

Me encojo de hombros.

—Estoy igual que siempre —contesto esquivo.

—A mí puedes contármelo —insiste, pero suspira al ver que no doy mi brazo a torcer—. Como quieras, Max. Sé que eres una persona muy reservada y lo respeto, pero espero que sepas que soy ese amigo con el que puedes desahogarte de cualquier cosa.

—Lo sé.

En el fondo, siempre lo he sabido. Sin embargo, mi forma de ser me impide abrirle mi corazón. Supongo que todo sería más sencillo si Saoirse no fuera su hermana pequeña. Después de terminar de revisar los documentos, me levanto para salir de su despacho. No obstante, la preocupación por el bienestar de Saoirse me puede demasiado para dejarlo estar. Al americano se lo ve venir de lejos. No me gustaría que un tipejo volviera a partirle el corazón a Seer.

—Jack Preston está interesado en tu hermana —le suelto. Mi comentario se gana una mirada inquisitiva de Bruce—. No me fío de él. Ese tío va a lo que va.

La respuesta de Bruce consiste en tensarse y poner su típica cara de hermano sobreprotector.

—¿En serio? No me di cuenta de nada raro durante la reunión.

—Ayer tuvieron una cita. No me preguntes cómo, pero lo sé.

—Joder. —Bruce se pasa una mano por el pelo. Ahora está cabreado—. De verdad que no entiendo a mi hermana. ¿Por qué se ha fijado en ese tío? Tengo entendido que tiene un historial...

—¿Cómo el tuyo antes de sentar la cabeza con Meg? —le recuerdo.

—Peor —responde con los dientes apretados—. Gracias por comentármelo, Max. Me pegaré más a Saoirse. No quiero que vuelvan a hacerle daño.

—Ni yo —respondo en voz baja.

Al salir del despacho de mi amigo me tropiezo con Jane, su secretaria. Me ofrece una sonrisa cálida y noto que se sonroja. Jane es una chica muy guapa. Tiene el cabello largo y rubio y unos preciosos ojos azules. Soy un hombre soltero y me encantaría sentirme atraído por ella, pues lleva un par de meses lanzándome miraditas esperanzadas. Por desgracia, mi corazón le pertenece a otra persona.

—Hola, Max —me saluda—. ¿Qué tal estás?

Juega con un mechón de su pelo. Se lo coloca detrás de la oreja y se muerde el labio inferior.

—Bien, gracias —respondo por educación—. ¿Y tú?

—Creo que mejor que tú —contesta con tiento—. Tienes mala cara.

—Ya, no eres la primera persona que me lo dice —digo, torciendo el gesto.

—Lo siento, no quería ser maleducada.

—No, tranquila. —Le ofrezco una sonrisa forzada—. Tengo un día de mierda. Eso es todo.

Salgo al pasillo y me doy cuenta de que su mirada me persigue. No me gusta ser tan transparente. Durante todos estos años he logrado mantener mi coraza imperturbable. Pero la llegada del puto Jack Preston lo ha cambiado todo, pues de repente siento que voy a perder a Saoirse para siempre.

Y hablando de ella...

—¡Max! —Me saluda desde el otro extremo del pasillo. Lleva una pila de documentos en los brazos. Tiene cara de esfuerzo. Debería haberle pedido a alguien que le echara un cable.

—Te vas a matar. —Voy hacia ella y la ayudo sin preguntarle. Saoirse suspira aliviada cuando le quito el peso de encima. La sigo hasta su despacho y dejo los documentos en su escritorio—. Hasta luego, Seer.

—¡Espera! —Me toca el brazo antes de que me vaya—. ¿Por qué tienes tanta prisa? Tómate un café conmigo.

Me aparto con una irritación impropia de mí.

—No tengo tiempo.

—¿No tienes tiempo para un café? —pregunta incrédula—. Estamos a punto de terminar la jornada.

—En serio, hoy no tengo el día.

Saoirse me mira confundida. Parece dolida por mi rechazo.

—Max —me llama antes de que me vaya—. ¿Por qué tengo la impresión de que estás enfadado conmigo? ¿He hecho algo que te haya molestado?

Me vengo abajo sin poder evitarlo. Joder, soy incapaz de estar disgustado con ella cuando se preocupa por mí. Además, ni siquiera tengo derecho a sentir... lo que siento. No me debe nada. Lo sé.

—No has hecho nada malo, Saoirse.

—Pero...

—Tienes razón, me vendría bien un café —claudico—. Hoy he dormido muy poco. Necesito cafeína.

Saoirse asiente y va hasta la cafetera. Prepara un par de cafés y se sienta en el sofá de dos plazas, por lo que hago lo mismo. Luego me mira indecisa y me pregunto a qué vendrá esta actitud.

—Ayer me molestó que le dijeras a Meg que no estábamos haciendo nada importante.

—¿Estábamos haciendo algo importante cuando nos interrumpió? —replicó sorprendido.

—Bueno... estábamos hablando, como dos amigos que se ponen al día. Era una conversación agradable. Pero te marchaste como si estuvieras deseando perderme de vista.

Se me escapa una risa incrédula. Joder, esto es el colmo.

—¿Eso crees? ¿Que estaba deseando perderte de vista?

—¿Lo ves? —replica agobiada—. ¡Te pasa algo conmigo!

—No me pasa nada.

—Mientes —dice convencida—. Pero no voy a obligarte a que me lo digas si no quieres. En realidad, te he pedido que te quedaras a tomar café por otra cosa. Necesitaba... decirte algo.

La miro intrigado y suavizo mi expresión.

—¿Qué quieres decirme, Seer?

—Odio las mentiras, pero ayer te colé una cuando te dije que no podía cuidar de Lizzy porque había quedado con una amiga.

—No sigas —le pido tenso.

—Tuve una cita con Jack Preston —me ignora—. No debería habértelo ocultado. Me daba vergüenza que corriera el rumor en la oficina de que había algo entre nosotros... No sé, qué tontería. Debería haberte dicho la verdad.

—Genial. —Me levanto malhumorado—. ¿Eso es todo lo que tenías que decirme?

—Sí. —Me mira descolocada—. ¿Qué diantres te pasa conmigo?

—Nada.

—Max... —insiste cabizbaja—. No lo entiendo. ¿Podrías decirme si he hecho o dicho algo que te haya molestado?

Sé que debería dejarlo estar. Sin embargo, la rabia que tengo acumulada me sube por la garganta.

—¿Por qué tienes tan mal gusto? —Saoirse también se ha levantado y retrocede conmovida. Me mira con una mezcla de confusión y bochorno—. Sí, Seer. Me refiero a los tíos. Siempre te fijas en capullos que al final te parten el corazón. Las personas que te queremos odiamos que te hagan daño. Yo lo odio, joder. Es que no lo entiendo, maldita sea. ¿No ves que ese tipo solo quiere acostarse contigo?

Saoirse se pone roja como un tomate. Me siento fatal por ella, pero necesitaba decírselo. Entonces, para mi sorpresa, levanta la barbilla y me fulmina con la mirada.

—A lo mejor yo también quiero acostarme con él —responde furiosa—. Solo divertirme, para variar. Quizá ya no soy una imbécil que solo se fija en capullos que al final le parten el corazón. Tal vez me va el sexo sin compromiso y he decidido que enamorarse no merece la pena.

—No estás hablando en serio —digo perplejo.

—Jamás había hablado tan en serio en toda mi vida. —Está más cabreada de lo que recuerdo haberla visto nunca—. ¡Estoy harta de que todos me juzguéis! ¡Estoy agotada de que nadie en esta maldita oficina me tome en serio!

—Seer, eso no es...

—Vete a la mierda, Max —me espeta fuera de sí—. No me esperaba un golpe tan bajo de tu parte.

Entonces hace algo que me deja todavía más sorprendido. Sale de su despacho y se planta delante del escritorio de Steven, su secretario.

—¿Dónde está el informe que le pedí a Samantha? —exige saber.

—Todavía no lo ha entregado, jefa. Ha dicho que hoy le venía fatal.

—¿Ethan se ha encargado de actualizar las fichas?

—Eh... no —responde Steven con un hilo de voz.

Saoirse suelta una carcajada desprovista de humor.

—Y supongo que Susan y Stuart tampoco habrán tenido tiempo de hacer lo que les pedí. Porque nadie en esta puñetera oficina me obedece —se queja a viva voz. A estas alturas, todo el departamento de recursos humanos ha salido a ver lo que sucede. Saoirse los mira a todos con una mezcla de hartazgo y furia—. ¡S-sí! ¡T-tartamudeo cuando me pongo nerviosa! ¿Q-qué pasa? Eso no significa que sea una mujer débil a la que p-podáis mangonear ni una jefa a la que no debáis obedecer. ¡Estoy cansada de que no me respetéis!

Nadie mueve ni un músculo. Todos estamos congelados. Sé que tiene toda la razón. Los empleados del departamento de recursos humanos se comportan como si no tuvieran jefa. Suelen reírse de ella por culpa de su tartamudez y nunca la han tomado en serio. Ya es hora de que eso

cambie.

—Samantha, si no entregas el informe que te pedí antes de mañana a las seis, estás despedida —le advierte Saoirse a su empleada, que se queda lívida—. Susan, Stuart, si vuelvo a ver que os reís de mi tartamudez mientras creéis que no me doy cuenta, estáis en la puta calle.

Susan y Stuart la miran con los ojos abiertos de par en par. Saoirse repasa al resto de su departamento con una mirada furiosa y cargada de determinación.

—A lo mejor pensáis que no voy en serio y que me he despertado con el pie izquierdo. Allá vosotros. Corred el riesgo si queréis quedaros sin empleo. He hecho la vista gorda durante demasiado tiempo. He tragado mucha mierda en este departamento. Pero eso se acabó. Poneos las pilas, entregad vuestro trabajo a tiempo y respetadme como vuestra jefa. De lo contrario, haré una limpieza de todo el departamento de recursos humanos, ¿entendido?

Sus empleados asienten sin abrir la boca. Los ha dejado a todos sin palabras, incluido a mí. De repente, Steven se levanta y aplaude a su jefa. La expresión de Saoirse se suaviza un poco al mirar a su secretario.

—Gracias —le dice muy bajito—, por ser tan buen empleado.

—Una jefa como tú me lo pone muy fácil —responde Steven con una sonrisa de oreja a oreja. Luego da un puñetazo en el escritorio—. ¡Ya habéis oído a la jefa! Poneos las pilas o estáis en la puñetera calle. —Mira a Saoirse con una sonrisa de satisfacción—. Estaba deseando que esto sucediera, jefa.

—Yo también. —Saoirse le guiña un ojo, entra en su despacho para coger su bolso y sale sin mirarme.

—¡Seer! —La sigo hacia el ascensor. Por fin acabo de reaccionar—. Eso ha sido...

—Necesario —me corta con sequedad—. La próxima vez que juzgues mi vida sentimental, nuestra amistad habrá terminado.

Trago saliva. No me lo esperaba. Solo quería decirle que estoy orgulloso de que por fin les haya plantado cara a sus empleados.

—Descuida —respondo irritado—. Haz lo que te dé la gana. Eres una mujer libre. No es asunto mío.

—Pues eso.

—Genial.

—¡Estupendo!

—Adiós —me despido con frialdad.

—¡Adiós!

Saoirse entra en el ascensor y yo me quedo ahí plantado, viendo como la puerta se cierra y me dedica una última mirada furiosa. No sé cuánto tiempo permanezco ahí plantado hasta que alguien me da una palmadita en la espalda. Es Steven.

—Si tanto te gusta, díselo. No es adivina, tonto. —Estoy a punto de gritarle que no sabe de lo que habla, pero Steven pone los ojos en blanco—. Soy un tipo observador. ¿Y sabes qué he

aprendido durante todo este tiempo mientras trabajaba para ella? Que el americano puede ser un cabronazo arrogante, pero tiene más agallas que tú. Y resulta que lo único que quiero para mi jefa, a la cual adoro, es un buen tío que la respete y sepa apreciar lo mucho que vale. ¿Ese eres tú, Max?

No digo nada. Por primera vez, no lo tengo del todo claro. No sé si soy ese hombre del que habla Steven. Lo que acaba de suceder me ha dejado noqueado.

## 31. ¿Por qué todo es tan complicado?

### *Saoirse*

Salgo de la oficina con el corazón acelerado y una bola de rabia en el estómago. No puedo creer que haya discutido con Max. Jamás hemos tenido una mala palabra el uno para el otro. No sé cómo sentirme al respecto. Cuando me he dado cuenta de la concepción que tiene de mí, como si fuera una damisela en apuros a la que hay que proteger, me he sentido tan... ¿disgustada? ¿decepcionada? ¿herida? No lo sé. Max era la última persona que esperaba que me echase en cara que soy una mujer con un gusto pésimo para los hombres.

—Ojazos —dice Jack.

Me sobresalto al verlo, pues con todo lo sucedido había olvidado nuestra cita. Sigo estando un poco conmovida. No todos los días te levantas con el aplomo de leerle la cartilla a tus empleados o tener una discusión con el mejor amigo de tu hermano.

—¿Te encuentras bien? —pregunta preocupado. Acorta la distancia que nos separa y me pone las manos en los hombros—. Cualquiera diría que te alegras de verme...

—No es por ti. —Respiro hondo. Necesito tranquilizarme—. Acabo de hacerme valer delante de mis empleados.

—Vale. —Sus manos bajan hasta mis brazos y comienza a frotarlos—. ¿Cómo te sientes?

—No lo sé. —Echo la vista atrás para contemplar el edificio lleno de ventanas. Sigo un poco conmovida, pero sé que era necesario. De lo contrario, jamás me habrían respetado—. Seguro que nos están mirando.

—¿Y eso cómo te hace sentir?

—Que miren todo lo que quieran —respondo con chulería. Me gusta esta nueva versión de mí, que no se achanta por ser la protagonista ni está pendiente de lo que los demás piensen de ella. Por eso, le echo los brazos al cuello y lo atraigo hasta mis labios—. No tenemos nada que ocultar.

Jack se muestra gratamente sorprendido cuando lo beso con muchas ganas. Sus manos van directas a mi cintura y me envuelve con sus brazos, de esa forma protectora y posesiva que tanto me gusta. Si nos están observando, que disfruten del espectáculo. De todas formas, pierdo la poca cordura que me quedaba cuando mis labios encuentran los suyos. Creo que a él le pasa lo mismo, pues suelta un gruñido cuando nos separamos un poco para tomar aliento.

—¿Por qué me gustas tanto? —No sé si es una pregunta para mí o para sí mismo.

Sonrío como una idiota y le acaricio la boca para volver a besarlo cuando...

—¡Saoirse! —El grito de mi hermano me congela de golpe. Me aparto de Jack como si me hubiera pillado haciendo algo malo. Bruce se acerca a nosotros como si quisiera estrangular a Jack, por lo que me pongo delante de él para que no pueda hacerlo—. Pensé que esto solo era un acuerdo de negocios. ¿No te han enseñado que no hay que mezclar los negocios con... lo que sea

que te traigas con mi hermana?

—¡Bruce! —le pido abochornada.

Mi hermano me ignora y busca la mirada de Jack, que no está dispuesto a esconderse detrás de mí. Sale a su encuentro, completamente tranquilo, como si tuviera la situación controlada. Conozco a mi hermano y empiezo a conocer a Jack. Sé que son impulsivos. Por tanto, me da miedo que puedan llegar a las manos.

—Estoy de vacaciones —le aclara Jack sin inmutarse—. Déjame en paz, Anderson.

—Si quieres que te deje en paz, más te vale mantener las manos alejadas de mi hermana pequeña.

—¡Bruce! —Me tapo la cara con las manos. Dios mío, qué vergüenza—. Para ya, por favor.

—Conozco a los tíos como tú. —Mi hermano sigue ignorándome y centra su rabia en Jack—. No te mereces a mi hermana.

—Es una adulta —le recuerda Jack—. Aunque tú lo hayas olvidado.

—No me vengas con esas...

—Una mujer inteligente y capaz de tomar sus propias decisiones —continúa Jack—. Así que mientras ella no me pida que me aleje, estaré todo lo cerca que me permita porque me encanta disfrutar de su compañía.

—¡Serás cabrón!

Bruce está a punto de abalanzarse sobre Jack, pero la voz enérgica de Meg lo frena justo a tiempo.

—Ni se te ocurra —le ordena tajante. Mi hermano se viene abajo al ver a la madre de su hija. A pesar de ser una persona muy bajita, Meg siempre le ha impuesto—. Deja a mi mejor amiga vivir su vida como le plazca.

—No pienso permitir que...

—Bruce Anderson. —Pronuncia su nombre con una calma estudiada—. Vámonos a casa. Ya.

Jack observa con cautela a mi hermano, que lo mira como si quisiera matarlo. Bruce se rinde y acepta la mano que le tiende Meg, como si fuera un niño díscolo que al final ha entrado en razones. Sacudo la cabeza con incredulidad. De repente, tengo muchísimas ganas de llorar.

—Eres un imbécil —siseo cuando se larga con Meg, que me ofrece una mirada de disculpa en su nombre.

Jack me pone una mano en el hombro.

—¿Estás...?

—Qué vergüenza —digo muy bajito—. Lo siento.

—No tienes nada que sentir —me asegura. Luego, me da un beso en la sien que me tranquiliza un poco—. Ha sido cosa de él, no tuya.

—Que tu hermano mayor actué como un cavernícola delante del hombre con el que estabas besándote...

—No voy a defenderlo, pero tengo tres hermanas y alguna vez se me ha pasado por la cabeza hacer lo mismo cuando han salido con alguien que no me gustaba.

—Pero no lo has hecho.

—Valoro demasiado mi vida —intenta bromear para que me relaje—. Sugiero que nos olvidemos de tu hermano y de los empleados que seguramente están mirando por las ventanas. Vayamos a un sitio más tranquilo donde pueda besarte sin interrupciones, por favor.

No puedo resistirme cuando me habla de esa manera, así que acepto la mano que me ofrece y damos un paseo. No sé a dónde vamos, pero en este momento tengo clarísimo que no voy a permitir que nadie, ni siquiera mi hermano mayor, me diga cómo tengo que vivir mi vida.

## 32. Así que este es tu mundo...

*Jack*

Emerald Beach es un pueblo precioso, por lo que entiendo perfectamente que Saoirse esté enamorada del lugar donde vive. Me lleva a dar un recorrido a pie por el pueblo, paramos a merendar en la única cafetería que hay y luego damos un paseo por el bosque. Me cuenta lo que ha sucedido en la oficina y le digo que me habría encantado estar allí para verlo. Eso hace que se sonroje, pero lo digo en serio. Estoy muy orgulloso de ella. No ha debido de ser fácil plantarles cara a sus empleados después de todo el tiempo que llevan ninguneándola.

Pasamos una tarde muy agradable juntos. Cuando fui a buscarla a la salida de su trabajo no podía quitarme de la cabeza que iba a acostarme con ella. Sin embargo, ahora, siento que puedo esperar. Me sigo muriendo de ganas, pero hablar con Ojazos me encanta. Siempre tiene algo interesante que decir. Podría pasarme horas escuchándola y creo que no me cansaría de ella.

Me sorprende cuando anochece y me pregunta si quiero ir a su casa, pues vive bastante cerca de donde estamos. Le digo que sí sin pensarlo. Me apetece ver dónde vive. Como siempre, Saoirse vuelve a descolocarme. Esperaba una casa lujosa, pues puede permitírselo. Sin embargo, vive en una pequeña casa de madera de una planta. Eso sí, la ubicación es excepcional: está encima de un acantilado y tiene unas vistas inmejorables de la playa.

—Me costó salir del nido —me explica—. Pero cuando Bruce se mudó con Meg, comprendí que no podía vivir eternamente en casa de mis padres. Encontré esta cabaña y decidí reformarla.

La casa está decorada con mucho gusto y puedo ver retazos de su personalidad aquí y allá. Voy a la librería para cotillear qué tipo de libros le gusta leer.

—No toques nada, por favor —me pide nerviosa—. Soy muy maniática con mis cosas.

Levanto los brazos como si me estuviera apuntando con una pistola.

—¿Al menos puedo sentarme? —Señalo el sofá con la cabeza.

—Claro. —Pone los ojos en blanco—. ¿Qué te apetece beber?

—Lo mismo que a ti.

En realidad no quiero beber nada, pero la única opción que tengo para cotillear es cuando vaya a la cocina. En cuanto desaparece, doy un recorrido por el salón y lo observo todo con curiosidad. Lo que más llama mi atención es un pequeño barco de madera con su nombre tallado.

—Sabía que te pillaría con las manos en la masa —dice al volver, pero no parece disgustada.

Pone una bandeja con dos té en la mesita que hay enfrente del sofá y se sienta.

—No he tocado nada. —Me siento a su lado—. Cuéntame la historia de ese barco. Parece importante para ti.

—Me lo regaló mi abuelo —contesta emocionada—. Solíamos ir a navegar juntos.

Bautizó a su velero con mi nombre. Falleció hace unos años.

—¿Sigues navegando?

—Muy poco. Aunque vivamos en una zona costera, mi familia es más de seco. Bruce se marea cuando viaja en barco —comenta divertida—. Será mejor que no se lo digas. Se pone a la defensiva cuando saco el tema.

—No lo haré, aunque seguro que seguiré cayéndole mal.

Saoirse suspira.

—Los dos sois unos empresarios ambiciosos. Seguro que podéis sentaros a hablar... de negocios.

—Desde luego —la tranquilizo. No sé por qué me molesta tanto caerle mal a su hermano. Solo es un socio laboral. No voy a casarme con ella. Puede pensar de mí lo que le dé la gana.

—De verdad que siento muchísimo cómo se ha comportado. Intentaré convencerlo para que te pida disculpas.

—No las necesito.

—Le vendría bien una cura de humildad. Y yo sí las necesito.

—Entonces yo también.

Saoirse sacude la cabeza y se ríe. Me encanta el sonido de su risa.

—¿Me vas a dar la razón como a los tontos?

—No. —Todo el deseo que llevo conteniendo desde que su hermano nos interrumpió explota cuando le miro la boca—. Voy a hacer algo mejor.

La beso con la avaricia que me caracteriza. La boca de esta mujer sabe de maravilla. Ella me recibe encantada. Me gusta que siempre tenga tantas ganas como yo. Me olvido de su hermano y de todo lo que no importa excepto nosotros. Y por fin nos dejamos llevar...

### 33. No puedo pensar cuando haces esas cosas...

#### *Saoirse*

Sé lo que va a suceder. Esta vez no tengo dudas. No quiero frenar a Jack. Necesito dejarme llevar con este hombre que me toca como si fueran sus últimos minutos de vida. No quiero otra cosa.

—Jack... —murmuro mareada de deseo.

—Quiero hacerlo contigo. —Me da un mordisco en el cuello. Su mirada fogosa se cruza con la mía—. Deja que te folle, Ojazos.

—S-sí.

—Dios. —Me da un beso intenso y breve en la boca—. Hoy es el mejor día de mi vida.

Me río porque considero que exagera. Jack vuelve a besarme, y esta vez es un beso largo y cálido. Estoy sentada en su regazo, en una posición que no es del todo cómoda, por lo que me muevo para rodear su cintura con mis piernas. En esta postura su erección presiona contra esa zona tan íntima.

—Hoy me he puesto falda —le suelto.

Jack, que me estaba lamiendo el cuello, para de hacerlo. Murmullo una protesta. Él se echa hacia atrás, ladea la cabeza y me mira con los ojos entornados. Luego esboza una sonrisa de canalla.

—Esa es mi chica.

*Su chica.*

Oh, joder...

¿Por qué algo tan simple me hace sentir tan bien, sobre todo si sé que no es cierto?

—Quítate la ropa —me ordena con voz grave.

—Quítamela tú. —Mi respuesta provoca que enarque las cejas—. Quiero sentir tus manos en todas partes.

Jack obedece sin rechistar. Sus manos se trasladan a mi culo y me presionan contra su erección. Se me escapa otro gemido.

—¿Qué más quieres?

—N-no lo sé... —Me muerdo el labio. Estoy siendo sincera—. No puedo pensar cuando me haces esas cosas.

—Pues todavía no he hecho ni la mitad de lo que tengo en mente.

Antes de que pueda responder, me abre la blusa de un fuerte tirón. Los botones se desparraman por el sofá y el suelo. Me sobresalto. Pensé que esto solo se veía en las películas. Clava una mirada hambrienta en mi sujetador de encaje.

—Tienes muy buen gusto para la ropa interior. —Hunde la nariz en mi canalillo y me huele como un animal—. Lástima que te sobre.

Me desabrocha el sujetador con una mano. Tiene muchísima habilidad. Me pregunto cuántos sujetadores ha debido quitar. Ignoro esa pregunta. No me interesa. Y, en todo caso, me gusta su experiencia, siempre y cuando la emplee en satisfacerme...

Me quita el sujetador y mira mis pechos fijamente durante unos segundos, como si fuera la primera vez que los ve. Bajo su mirada ardiente me siento la mujer más sexy y poderosa del mundo. Jamás me había pasado. Suelo ser vergonzosa, pero con él me resulta imposible.

—¿Te gusta que te muerdan los pezones?

Su pregunta me acelera el pulso. Ya vuelve a decir ese tipo de cosas. Uf, me encanta.

—Solo cuando tú me lo has hecho —le confieso.

Me dedica una sonrisa engreída y me entran ganas de pegarle, pero es la pura verdad. Jamás había disfrutado tanto como en aquella playa, y eso que no llegamos a acostarnos... Por desgracia, solo me he tropezado con cerdos egoístas que estaban demasiado ocupados en su propio placer para buscar el mío. Sin embargo, con él es diferente. Jamás habría imaginado que el tipo arrogante que conocí en aquel avión pudiera ser un amante tan generoso.

—¿Qué más te gusta que te haga? —pregunta, acercando la boca a mi pezón derecho. Su respiración cálida me hace cosquillas en esa zona tan erógena.

—La playa...

—¿La playa? —Bordea mi pezón con la lengua—. Sé más concreta, Ojazos.

—Hazme... lo que me hiciste en la playa.

—Ah, conque quieres repetir. —Su lengua me atormenta de una forma deliciosa—. Yo nunca repito, Ojazos. Te lo dije.

—Jack... —le ruego desesperada.

—Tranquila, puedo hacerlo todavía mejor. —Levanta la cabeza y me guiña un ojo—. A eso me refería.

*Se merece una bofetada*, pienso. Sin embargo, me olvido de que es un cabrón engreído cuando se lleva mi pezón a la boca. Mientras lo succiona y lo muerde con delicadeza, su mano derecha aferra mi otro pecho y me pellizca el pezón. Una corriente eléctrica me sacude por completo hasta llegar a mi sexo.

—¿Te gusta? —pregunta con voz ronca, a pesar de que sabe la respuesta—. Quiero oírtelo decir.

—Sí... —jadeo, arqueando la espalda—. Oh, sí, sí, sí...

Continúa lamiéndome y tocándome de esa forma tan increíble. Sé que voy a tener un orgasmo mientras devora mis pechos. Mi cuerpo se pone rígido para recibir esa explosión de deseo, justo cuando Jack se aparta, lleva la boca a mi oído y susurra:

—Apuesto a que ahora estás muy mojada.

—Jack —protesto enfurruñada. Quiero matarlo por haberme abandonado justo cuando mi cuerpo más lo necesitaba.

—Lo siento. —Me da un pequeño mordisco en el lóbulo de la oreja—. No sé lo que quieres si no me lo pides. El sexo es comunicación.

—Eres un cabrón arrogante —farfullo acalorada.

Se ríe y me da un beso en el cuello.

—Dime algo que no sepa.

—Se te da muy bien ponerme cachonda —digo sin pensar. Jack se echa hacia atrás para mirarme sorprendido. Vuelvo a soltarle lo primero que se me pasa por la cabeza—. Así que acaba lo que has empezado.

—A tus órdenes, Ojazos.

Quiero saltar de alegría, pero me contengo. Jack me coge en brazos como si no pesara nada, me tumba en el sofá y sé lo que va a suceder a continuación. Baja poco a poco, sin dejar de mirarme. Me sube la falda hasta la cintura. Me da besos por el vientre. Luego, mirándome fijamente, me arranca las medias. Doy un respingo por su brutalidad, pero me ha gustado. En lugar de bajarme las bragas, las aparta a un lado para mirarme.

—Me gusta tu coño —dice, respirando contra esa zona tan íntima—. Me muero de ganas de estar dentro de él.

Me da un pequeño lametón, de abajo a arriba. Suelto un gemido ronco, grave y gutural. Nunca me ha gustado el sexo oral. No he tenido la suerte de tropezarme con ningún tipo que lo hiciera bien. Sin embargo, eso ha sido...

—¿Te ha gustado? —exige saber. Me da una palmada en el sexo para que responda.

—Sí. —Separo las piernas para que vuelva a hacerlo—. Oh, dios. Sí.

Sé que está sonriendo. Me da igual. Puede presumir todo lo que quiera mientras me dé lo que necesito. Jack frota la palma de su mano por mis pliegues y me retuerzo de placer. Luego vuelve a darme otra palmada. Me está... *pegando* justo ahí. Es algo sucio, y no sé por qué me gusta tanto. Quiero que vuelva a hacerlo. Para demostrárselo, arqueo las caderas para buscarlo.

—Así que eres una chica mala... —Otra palmada. Me retuerzo de placer. Clavo las uñas en la colcha del sofá—. ¿Quieres que te castigue?

—No lo sé... —consigo balbucear. ¿No lo sé? Joder, ni idea—. Quiero... que hagas que me corra.

—Mala y exigente. —Lo veo sacudir la cabeza y sonreír—. ¿Qué voy a hacer contigo?

—Lo que quieras.

—No me tientes —dice más serio.

—Lo que quieras... —Arqueo las caderas para buscarlo de nuevo—. Por favor...

—Si me lo pides así —acerca su boca a mi sexo—, tendré que dártelo.

Me lame lentamente. Cierro los ojos y abro la boca. Se me escapa otro gemido. Jack

vuelve a hacerlo, esta vez acercándose un poco más al clítoris. Me está follando con la boca. Dios, me encanta. Entonces, cuando creo que no puedo soportarlo más, vuelve a pegarme una bofetada. Chillo de placer. Separo más las piernas.

—¡Más! —le pido sin reconocerme—. Más, más, más...

Cuando se queda inmóvil durante demasiado tiempo, abro los ojos para mirarlo y descubrir qué va mal. A lo mejor he hecho o dicho algo que le haya molestado. Sin embargo, Jack me está mirando... alucinado. Entonces comprendo que mi reacción le ha encantado y le sonrío con timidez.

—Eres una caja de sorpresas —dice devolviéndome la sonrisa—. Solo por eso voy a comerte el coño como te mereces.

—Jack...

—Bueno, vale. —Me agarra los muslos y me abre por completo—, y porque desde que nos conocimos en aquel avión he soñado con tenerte justo así. Abierta de piernas, anhelante y mojada.

—Jack...

No se puede negar que sea un hombre que no cumple lo que promete. Su lengua me lame por todas partes. Es... increíble. Jamás había sentido nada igual. Los ramalazos de placer recorren todo mi cuerpo. Cuando me penetra con un dedo y murmura que le encanta lo húmeda que estoy, no puedo más y estallo en un orgasmo devastador. Jack no deja de lamerme hasta que me tranquilizo. Entonces, me da un beso en el interior del muslo.

—Me encantas.

—A mí... me encanta lo que me haces.

—Mira lo que tú me haces a mí. —Coge mi mano para llevarla a su entrepierna.

Me incorporo a pesar de que estoy extenuada. Necesito verlo desnudo y tocarlo. Le desabrocho la camisa con manos temblorosas y noto que él se estremece. Lo voy besando mientras lo desvisto. En el cuello, en el pecho, en el abdomen... y me percató de que le encanta que lo haga. Le gusta muchísimo, de una forma irracional, que no logro entender porque no estoy haciendo nada del otro mundo.

—¿Sigues muriéndote de ganas de estar dentro de mí? —le pregunto con tono arrogante.

—Joder, Ojazos —dice como si ahora fuera yo quien lo está matando—. La respuesta a esa pregunta siempre será sí.

Le ofrezco una sonrisa arrogante y satisfecha antes de levantarme y bajarme la falda. Dejo caer las braguitas. Me deshago de lo que queda de mis medias ante su atenta mirada. Luego, le doy la mano para que me acompañe. Jack ni siquiera lo duda. Acepta mi mano y deja que lo guíe hasta mi habitación. No sé quien de los dos se tumba antes en la cama. Lo ayudo a desvestirse y se me escapa un gemido de admiración cuando lo veo desnudo. Es... impresionante.

Trago saliva cuando veo que se inclina para coger un preservativo del bolsillo de sus pantalones. A pesar de la faceta que ha mostrado antes, ahora le tiemblan las manos. No puedo

creer que esto, lo que estamos a punto de hacer, le imponga tanto a un hombre con su experiencia. Se lo arrebato para hacerlo yo. Él me mira complacido cuando se lo pongo. Ni siquiera lo pienso al sentarme a horcajadas encima de él. Me penetra muy despacio y ambos aguantamos la respiración.

—Joder... —murmura casi sin respiración—. Vas a acabar conmigo...

—Todavía no.

Mi boca encuentra la suya. Me besa con desesperación. Le pongo una mano en el pecho para apartarme y me mira contrariado, hasta que empiezo a moverme. Entonces, Jack pone las manos en mis caderas y me observa como si fuera una puñetera diosa. Acelero el ritmo. Sé que ambos estamos a punto.

—Saoirse... —La forma en la que pronuncia mi nombre me acelera la respiración—. Oh, Saoirse...

Jack se tensa, clava las manos en mis caderas y suelta un gruñido. Segundos después, el orgasmo que me alcanza es tan intenso que me dejo caer encima de él. A los dos nos falta el aliento. De repente, me entra la risa floja. No sé por qué. Mi reacción lo desconcierta un poco, no es para menos.

—Perdona —digo con los ojos brillantes de algo nuevo. Me aparto un poco para mirarlo a la cara—. Es que... me ha gustado mucho.

—Y a mí. —Me pone las manos en las mejillas y me mira de una forma que no sé descifrar—. No sabes cuánto.

—Bueno. —Me muerdo el labio—. Me hago una idea.

Jack sacude la cabeza, y entonces también se ríe.

—No, qué va —dice entre risas—. En absoluto.

Su risa es contagiosa y vuelvo a reírme, esta vez con él. En el fondo sé lo que nos pasa. Acabamos de descubrir que tenemos una química brutal en la cama. Tengo la impresión de que algo así es muy complicado de encontrar. Quizá a él ya le ha pasado otras veces, con otras mujeres. No obstante, para mí es algo nuevo. Por eso me tumbo encima de él y lo abrazo, para que no se vaya. Quiero repetirlo dentro de un rato, cuando nos recuperemos. Si va a marcharse dentro de unos días, me gustaría aprovechar el tiempo que nos queda juntos...



## 34. ¿Puedo quedarme a dormir?

*Jack*

Saoirse y yo lo hacemos dos veces más antes de rendirnos al cansancio y el hambre. A la hora de la cena me ofrezco a preparar la comida, pero como no estoy acostumbrado a cocinar, termino quemando la tortilla con verduras con las que me he propuesto impresionarla. A mi espalda, Ojazos se parte de risa. Me gusta que se lo tome con humor. Folla de vicio, es preciosa y divertida, ¿tiene alguna falta?

—¡Se te da fatal cocinar!

—Soy mejor comiendo lo que me gusta —le suelto con atrevimiento, y mi mirada desciende intencionadamente hasta sus piernas—. ¿O no?

—Jack... —Se sonroja y juega con un mechón de su pelo. Me parece adorable. Hace un momento, la tenía entre mis brazos y no estaba avergonzada. Me encanta que sea tímida, pero se suelte conmigo—. Eres lo peor...

—Lo peor, eh. —La envuelvo con mis brazos y le doy un beso en la mejilla—. ¿Tengo que recordarte que hace unos minutos no pensabas lo mismo?

Se revuelve y me pega sin fuerza en el hombro.

—¡Sinvergüenza!

—Como si no te gustara... —Me rio y esquivo otro golpe—. ¿Hay algún restaurante al que podamos pedir?

—¿Pizza o sushi?

—¿Qué te apetece?

Odio el sushi. Por favor, que pida pizza...

—Pizza —decide para mi alivio—. Con el sushi siempre me quedo con hambre.

Saoirse va a buscar su teléfono para pedir la pizza. Me pregunta de qué sabor la quiero y le respondo que de cualquiera que no contenga piña, por lo que me gano una mirada aprobadora de su parte. Genial, hasta en eso somos compatibles. Acabo de encontrar a la compañera sexual perfecta y tengo que marcharme dentro de unos días. ¿Cómo voy a sobrevivir sin volver a besarla o estar dentro de ella?

Una mezcla de pánico y ganas me invade, así que en cuanto termina la llamada voy a su encuentro, la levanto del suelo y la llevo en brazos a la cama.

—¡Jack! —protesta riendo—. La pizza llegará dentro de media hora...

—Puedo darme prisa —miento. Porque, cuando se trata de su cuerpo, lo último que tengo es prisa.

\*\*\*

Hemos cenado en la cama. Al final, el pizzero llegó dos minutos después de que me corriera. Ahora estamos acurrucados debajo de las sábanas mientras vemos un concurso de televisión en el que Saoirse acierta todas las preguntas.

Guapa, divertida y lista. ¿Se puede pedir más? Desde luego que no.

—¿Mañana trabajas?

—Sí —suspira desganada.

—Tómame el día libre.

Lo que quiero decir es: quédate conmigo.

—No puedo. Tengo una reunión muy importante.

Debería acostarse si quiere llegar descansada al trabajo, pero soy demasiado egoísta en ese sentido. Teniendo en cuenta el poco tiempo que nos queda juntos, en este momento solo la quiero para mí.

—¿Puedo quedarme a dormir?

La pregunta nos sorprende a los dos. Frunzo el ceño. ¿Acabo de preguntarle si puedo pasar la noche en su casa? Joder, no me reconozco. Y, por la cara que pone Ojazos, sé que ella tampoco.

—¿Estás seguro de que quieres quedarte a dormir? —pregunta aguantándose la risa—. Pareces asustado.

—Sí.

—Oh, estás asustado.

—No, joder —responde nervioso—. Sí a lo de quedarme a dormir, si a ti no te importa.

Se queda pensativa, lo que me molesta y me pone todavía más nervioso. Sé por qué quiero quedarme. Ahora mismo este es el único lugar en el que quiero estar. Si me dice que me largue va a ser un duro golpe para mi ego. De verdad que no me reconozco, pues jamás he dormido con una mujer. Siempre he mantenido esa distancia: después de follar es mejor dormir separado para no confundir las cosas. Sin embargo, con ella...

—Quédate —decide.

—Lo dices como si fuera...

—Quiero que te quedes —me interrumpe con sinceridad—. Simplemente me has sorprendido.

—Ya somos dos —admito con naturalidad—. Es la primera vez.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Por qué?

—No lo sé. —Saoirse me mira y sé que merece algo más que una respuesta indecisa, así que añado—: Porque me gusta muchísimo estar contigo y me iré dentro de unos días.

—Entiendo.

Por algún motivo, mi respuesta parece haberle molestado.

—¿Qué pasa? —pregunto con suavidad.

—Nada, es que... —Se muerde el labio, pero sé que va a ser sincera conmigo. Hasta el momento, ambos lo hemos sido con el otro—. Creo que si te quedaras más tiempo acabaría enamorándome de ti como una idiota, a pesar de que me he prometido que paso del amor. Por suerte para mí, te marchas y esto solo será... una aventura.

No sé cómo sentirme.

¿Podría enamorarme de Saoirse?

¿Por qué me late el corazón tan deprisa?

¿Por qué cojones tengo tanto miedo?

## 35. A la mierda las dudas

*Max*

El día es bastante raro en el trabajo. Tenemos una reunión en la que coincido con Saoirse, pero ella no me dirige la palabra. De hecho, ni siquiera me observa cuando la busco con la mirada para descubrir si está muy enfadada. Al final, hago de tripas corazón y comprendo que merece una disculpa. Puede que me duela que esté viéndose con Jack, pero sé que no tengo derecho a juzgarla.

—Seer —la llamo cuando salimos de la reunión.

Ella se tensa. Luego, acelera el paso en dirección a su despacho.

—No me llames así.

—Me dijiste que te gustaba.

—Pues ahora me molesta.

Genial, esto va a ser más difícil de lo que pensaba...

—¿Podemos hablar un momento de...?

—No, Max. Estoy cansada de... —Saoirse frena antes de doblar la esquina y estoy a punto de chocarme con ella. Me hace un gesto para que guarde silencio cuando voy a preguntarle a qué viene esto. Entonces lo comprendo al escuchar un corrillo de voces. Reconozco a algunas personas. Son algunos empleados del departamento de marketing. Están hablando de ella.

—No sabía que pudiera ser tan bruja —dice una chica—. Al final resulta que la tartamuda tiene agallas.

Los demás se ríen. Voy a salir a hacerles frente, pero Saoirse me pone una mano en el pecho. Tiene el rostro muy serio.

—Parece que, de buenas a primeras, a la niñita le gusta ser el centro de atención —comenta un tipo que creo que se llama John—. ¿La visteis besarse con Jack Preston el otro día, delante de la oficina? No sabía que así se firmaban los contratos...

—¿Os estáis divirtiendo? —Saoirse sale a su encuentro. Todos se quedan pálidos. Ahora ninguno de ellos se ríe—. Ya veo que tenéis mucho tiempo libre. Supongo que por eso lo desperdiciáis hablando de mí. Tendré que comentárselo a Meg, vuestra jefa. Por suerte para vosotros, no formáis parte de mi departamento. De lo contrario, ya estarías despedidos.

Todos agachan la cabeza mientras Saoirse los estudia como si fueran hormigas a las que no aplasta por pena. Yo, sin embargo, los contemplo con rabia. No soporto que hablen así de ella.

—Debería daros vergüenza —les ladro indignado—. Sois...

—No pierdas el tiempo —me pide Saoirse—. No merece la pena.

Da un paso y todos se apartan para dejarla seguir su camino. Clavo una mirada furiosa en

John, que es el primero que tengo delante.

—Yo no soy tan benévolo como ella. Si vuelvo a oír que la criticáis, convenceré a Bruce de que os despida. Ya sabéis el mal carácter que tiene.

Luego voy tras ella, que se ha encerrado en su despacho. Estoy cabreado y nervioso. No voy a negar que no he escuchado que anoche se besó con Jack. Y eso... todavía me enfurece más. Porque soy un cobarde. Porque llevo demasiado tiempo callándome lo que siento.

—Max, en serio —protesta sin mirarme—. Primero ellos me insultan y ahora tú me sigues a mi despacho cuando te he dicho que me dejases en paz. ¿Qué tengo que hacer para que la gente me respete?

—Tengo algo importante que decirte.

Se vuelve hacia mí. Parece cansada.

—¿Qué es eso tan importante que...?

No la dejo terminar. Acorto la distancia que nos separa y la beso con decisión. A la mierda las dudas.

## 36. Pero ¿qué...?

### *Saoirse*

El beso de Max me pilla absolutamente desprevenida.

Si me hubieran preguntado qué era lo que iba a suceder hoy en la oficina, jamás habría respondido que Max iba a besarme.

El dulce, amable y bueno de Max.

Me besa de una forma cálida y tierna, pero también un poco exigente. Como si quisiera demostrarme muchas cosas. Como si le diera igual que alguien nos sorprendiera. Como si hubiera deseado besarme desde hace mucho tiempo. Y, lo reconozco, que te besen de esta forma es francamente halagador.

Estoy tan conmovida que no consigo reaccionar. No hago nada. No me aparto. Tan solo siento el tacto de sus labios, presionando contra los míos. Max me está agarrando de los brazos, pero no lo hace con fuerza. Podría apartarme si quisiera.

¿Quiero apartarme? No besa mal, en absoluto. Reconozco que este beso me está aturdiendo, quizá porque no lo había visto venir. Ni siquiera necesito que me explique por qué lo ha hecho, pues me está diciendo un montón de cosas al besarme. Verdades profundas, que siempre han estado ahí y, por alguna razón, he estado demasiado ciega para reconocer.

Sin embargo, no es la boca de Jack, autoritaria y decida. Sus labios no saben a él. Podría dejarme llevar y devolverle el beso, pues Jack me ha dejado muy claro que no es un hombre que esté buscando una relación seria. Pero lo último que quiero es tratar de olvidar lo que sucedió anoche entre nosotros besando a Max. Por eso me aparto.

Max me mira a los ojos y tengo ganas de acariciarle el pelo y decirle que lo siento, no sé por qué.

—Seer —dice con voz grave—, me gustas desde hace mucho tiempo.

—Max...

—No —me pide agobiado—. Tú solo déjame hablar, ¿vale?

Asiento con la boca seca. Max respira hondo. Es evidente que le ha costado mucho esfuerzo tomar esta decisión.

—No hay otra mujer para mí. La chica de la que te hablé... —Me mira y sonrío con tristeza—. Eres tú, no Jane. Para mí, siempre has sido tú.

—Oh, Max —es todo lo que puedo decir.

—Sé que en este momento no tengo ninguna oportunidad. —Me lee la mente—. Pero necesito que seas sincera conmigo, por favor.

—Vale —respondo nerviosa.

—¿La habría tenido si hubiera hecho esto antes? —Se lamenta—. ¿Habría existido

alguna posibilidad de que me devolvieras el beso si no hubieras conocido a Jack? O si yo hubiera sido más valiente antes de que él apareciera en tu vida...

Arrugo la frente y pienso bien la respuesta. Para mi sorpresa, no estoy del todo segura. Max es un hombre apuesto, divertido y sensato. Es amable y un amigo leal. Sé que jamás me haría daño a propósito. Es... un buen chico. Y yo siempre he querido enamorarme de un buen chico.

—No lo sé —respondo con sinceridad—. Creo... tal vez sí. No lo sé, Max. Sé que no es la respuesta que esperabas oír, pero...

—Lo entiendo —asiente mientras se pasa una mano por el pelo—. De verdad que lo entiendo, Seer.

—No quiero que las cosas cambien entre nosotros —digo apenada—. Para mí eres alguien muy importante.

—Tengo que irme. —Me ofrece una sonrisa derrotada.

Quiero abrazarlo o hacer algo para que se sienta mejor, pero se va antes de que consiga reaccionar. Solo entonces me llevo una mano a los labios y comprendo que el beso me habría gustado más si no hubiera conocido a Jack. Pero, en este momento, mi cabeza es incapaz de pensar en otro hombre que no sea él. Así son las cosas. Tal vez Max y yo hubiéramos tenido una oportunidad en otro momento. No lo sé. He sido sincera con él.

## 37. Quiero hacerte feliz

*Jack*

Noto un poco rara a Saoirse cuando la recojo. Le pregunto qué sucede y responde que ha tenido un día duro en el trabajo. Tengo la impresión de que me miente, pero lo dejo estar porque quiero que el día sea perfecto. Ella no merece menos.

—¿A dónde vamos? —pregunta extrañada cuando entrelazo nuestras manos y dirijo el paseo.

—Ya lo verás.

Quería darle una sorpresa. El pueblo es pequeño y ayer me lo enseñó, así que me muevo como pez en el agua. Nos dirigimos al puerto y a ella se le ilumina la expresión al ver el velero que he alquilado.

—Ya sé que no es el Saoirse, pero... —le sonrío con nerviosismo—, espero que te guste. ¿Te apetece navegar conmigo?

—¡Por supuesto que sí!

Le doy la mano para ayudarla a subir al barco. Luego suelto el cabo y me pongo al timón. Ayer no le dije que sabía navegar. En cuanto me contó que le gustaba salir a navegar con su abuelo supe que le daría una sorpresa.

—Hay refrescos y sándwiches en esa nevera —le digo.

—Has pensado en todo.

—Me gusta estar preparado, Ojazos.

Le guiño un ojo y ella se ríe.

Aunque insisto en tomar el timón para que ella pueda disfrutar del viaje, me dice que le apetece ponerse al mando, así que nos vamos turnando. Me pregunta dónde aprendí a navegar y le explico que me enseñó mi tío, el hermano de mi padre. Está atardeciendo cuando conduce el barco hasta aquella cala en la que estuvimos a punto de acostarnos.

—¿Me estás lanzando alguna indirecta? —le pregunto con una media sonrisa—. La respuesta es sí.

—No, idiota. —Se ríe como si fuera un caso perdido—. Me encanta ver la puesta de sol desde aquí.

Vamos a sentarnos en la proa y contemplamos la puesta de sol en silencio. Ella tiene la cabeza apoyada en mi hombro y una sonrisa apacible en los labios. Está preciosa. Me gustaría capturar este momento para siempre.

—¿Por qué me has traído aquí? —pregunta mientras se pone el sol.

—Porque me dijiste que te encanta navegar...

—Jack. —Se vuelve para mirarme con intensidad—. Te dije que cabía la posibilidad de que me enamorase de ti si te quedabas más tiempo. Y ahora haces esto por mí. Es que... no lo entiendo. —Aprieta los labios—. ¿Por qué haces esto por mí si no quieres una relación seria? Ya has conseguido lo que querías: acostarte conmigo.

Me aparto de ella, un poco dolido. No entiendo a qué viene esa pregunta. He alquilado este barco porque quería verla sonreír. Porque mataría por cada una de sus sonrisas. Porque me encanta estar con ella, aunque lo nuestro tenga fecha de caducidad.

—Quería hacerte feliz —le confieso, colocándole un mechón de pelo detrás de la oreja—. ¿Es malo que quiera hacerte feliz?

—No. —Se le escapa un suspiro—. En absoluto.

—Pareces triste, que es lo contrario a lo que yo quería.

—¡No estoy triste! —exclama alarmada—. Es solo que... a veces no te entiendo. Me gustaría llegar hasta ti.

—Ya me tienes. —Cojo su mano y la pongo en el centro de mi pecho—. Has llegado a mí, Ojazos. Eres la única persona que lo ha hecho.

—Prométeme que no me olvidarás —me pide—. Prométeme que, cuando vuelvas a tu vida en Nueva York, no te olvidarás de mí.

—Saoirse —digo poniéndome serio—. Es imposible que te olvide. Te has metido dentro de mi piel. Pensé que ya lo sabías.

—¿Saber qué?

—Si existiera una posibilidad de que me enamorase de alguien, tú serías esa persona.

—Pero... no crees en el amor.

—No es que no crea, sino que... —medito mis palabras, pues ya no estoy seguro de nada —, no es para mí.

Sin embargo, cuando le paso un brazo por los hombros para atraerla hacia mí, dudo de lo que acabo de decir. Porque, francamente, en este momento no quiero nada que no sea estar con ella.

## 38. Un día raro

### *Saoirse*

El ambiente en la oficina me resulta extraño. Después de haberle leído la cartilla a los empleados de mi departamento, ahora todos me muestran el respeto que siempre he ansiado. Incluso los empleados del departamento de marketing a los que pillé hablando de mí se muerden la lengua y agachan la cabeza. Una parte de mí quiere disfrutar de la situación, pero no puede porque no dejo de pensar en Jack.

Anoche tuvimos una velada maravillosa en el velero. Hacía mucho tiempo que no salía a navegar. Me gustó que me diera aquella sorpresa, pero sigo sin entenderlo. ¿Por qué es tan bueno conmigo si no va buscando nada serio? Y lo peor de todo es que soy incapaz de hacerme ilusiones, a pesar de que me prometí que no volvería a caer en las redes de ningún hombre. ¿En serio tengo que hacerme ilusiones con uno que me ha advertido que no cree en el amor?

Para colmo, al reencontrarme con Max en el trabajo noto que me evita. Ahora estoy hecha un lío. No puedo dejar de darle vueltas a la cabeza. Max siempre me ha parecido guapo y agradable. Por eso, cuando me preguntó si le habría devuelto el beso de no haber conocido a Jack, fui sincera con él. No lo sé, es la pura verdad. En el fondo, estoy convencida de que me habría dejado llevar si no me hubiera cruzado con ese americano de sonrisa arrogante.

—Hola, Max —lo saludo cuando nos cruzamos en la cafetería.

—Hola, Saoirse.

Ya ni siquiera me llama Seer. No sé cómo sentirme al respecto. Recuerdo con todo lujo de detalles el beso que me dio. La verdad es que no estuvo nada mal. O quizá estoy viendo cosas donde no las hay porque me gustaría que Jack apostara por nosotros, pero sé que es imposible. Por tanto, mi estúpido corazón decide hacerse ilusiones con Max, un chico al que sí le gusto.

Joder, yo no soy así.

Max no es mi segundo plato. Jamás lo utilizaría de esa manera tan horrible. Tal vez por eso me atrevo a seguirlo hasta la mesa en la que se sienta para tomar el café y el bollo que ha comprado.

—Ey —digo algo nerviosa. Señalo la silla que hay a su lado—. ¿Está ocupada?

—No, pero... —Max levanta la cabeza y me mira indeciso—. Prefiero estar solo, Saoirse.

—¿Ya no me llamas Seer? —le pregunto apenada.

—Ayer me dijiste que no te gustaba.

—Te mentí.

Max me mira con una mezcla de confusión y cansancio.

—¿Qué quieres?

Me armo de valor y me siento a su lado.

—Quiero seguir siendo tu amiga.

—Para mí ya no es posible. Ahora sabes la verdad. —Max clava la mirada en sus zapatillas. Me doy cuenta de que ha debido de dormir fatal, pues tiene unas profundas ojeras—. De hecho, me siento bastante incómodo. Por eso te he estado evitando. Necesito tiempo para hacerme a la idea de que entre nosotros no va a surgir nada.

—Vale —respondo con un nudo en la garganta. Lo último que quiero es incomodarlo. Por eso me levanto y le pongo una mano en el hombro—. No quería hacerte daño, Max...

—No es culpa tuya —me aclara con vehemencia—. Supongo que nadie tiene la culpa.

De repente, tengo la impresión de que alguien me está observando y me doy la vuelta para encontrarme con la mirada penetrante de Jack. Esta mañana le envíe un mensaje en el que le pedía que viniera a recogerme un par de horas antes, pues he adelantado mucho trabajo. No sé qué hora es, así que supongo que habrá entrado al ver que no salía de la oficina. De inmediato, aparto la mano del hombro de Max como si me hubiera pillado haciendo algo malo.

—Hasta luego, Max —me despido de él.

Max y Jack se miran. No parece una mirada amigable.

—Pásalo bien, Saoirse —dice. No hay acritud en sus palabras, pero sí una profunda tristeza.

Voy a encontrarme con Jack. Cuando lo abrazo, se muestra más rígido de lo normal.

—Cualquiera diría que te alegras de verme... —le riño.

—Perdona. —Sus músculos se aflojan y me rodea con sus brazos. Me da un beso en la sien—. Por supuesto que me alegro de verte. De hecho, llevaba diez minutos esperando fuera y he entrado porque me moría de ganas de besarte. Espero que no te importe que nos vean juntos.

—Para nada.

—¿He interrumpido algo importante? —Sé que se refiere a Max. Puedo notar los celos implícitos en su pregunta.

—Una charla entre amigos —le resto importancia. No quiero que crea que hay algo entre Max y yo, pero en este momento tampoco me apetece contarle la verdad. Él me advirtió que le gustaba a Max y no le hice caso—. ¿Nos vamos?

—Donde tú quieras.

Le sonrío y luego nos dirigimos a mi coche. Conduzco directamente a mi casa, pues no me apetece estar en otro sitio. Se va dentro de muy pocos días y lo lógico es que aprovechemos el tiempo que nos queda juntos haciendo lo que mejor se nos da.

—Es un detalle por tu parte que me hayas invitado a merendar a tu casa —dice con tono jocoso.

—¿Te he dicho alguna vez lo idiota que eres?

Jack se ríe cuando me pongo a desvestirlo con rapidez. Al final acabamos desnudos en el

sofá. Tengo demasiadas ganas para molestarme en llegar a la cama. Me arrodillo a sus pies y me mira con los ojos abiertos de par en par.

—¿Qué vas...?

—¿Tampoco te he dicho que hablas demasiado? —pregunto con un deje de chulería.

Cojo su erección y comienzo a masturbarlo sin dejar de mirarlo a los ojos. A él se le escapa un gemido. Luego se relaja con la espalda apoyada en el sofá y los ojos entornados. Sé que debo estar haciéndolo muy bien, pues murmura mi nombre. Por eso voy un paso más allá y lamo la punta de su pene.

—Saoirse...

—¿Qué? —replico con una sonrisa traviesa.

—Me estás matando...

—Tienes muy poco aguante, señor Preston. —Le doy otro lametazo y noto como todo su cuerpo tiembla—. Me decepcionas.

—Luego te voy a castigar por...

No consigue acabar la frase, pues me la meto en la boca. Me esfuerzo para que recuerde este momento. Cuando se marche a Nueva York quiero que sea incapaz de borrar esta imagen de su cabeza.

—Oh, Ojazos... —Jack entierra las manos en mi pelo y levanta las caderas para buscar mi boca—. Sigue, me encanta...

Es lo que hago. Sigo masturbándolo y acariciándolo con la lengua hasta que está a punto de correrse. Entonces, Jack me agarra de los hombros para que me levante. Busca un preservativo, se lo coloca con rapidez y me pide con la mirada que me siente encima de él.

—Ah... —Echo la cabeza hacia atrás. Me sigue sorprendiendo lo bien que encajan nuestros cuerpos—. Jack...

—Lo sé —responde con voz ronca. Me da un beso en la sien—. Joder, lo sé...

Quiero preguntarle qué es lo que sabe, pues yo no estoy segura de nada en este momento. Acelero el ritmo cuando noto que está a punto de correrse. Me da una cachetada en el culo que me pone a cien y es todo lo que necesito para llegar al orgasmo unos segundos antes que él. Termino medio tumbada sobre su pecho mientras él me acaricia la espalda.

—¿Te sigo pareciendo un idiota?

—Sí. —Nos reímos porque sabemos que he mentido.

—Me gustaría que estas vacaciones no terminaran nunca —me confiesa. Sus palabras me sorprenden, por lo que me alejo un poco para mirarlo a los ojos. Jack me aparta el pelo de la cara con delicadeza y me sonríe. Parece vulnerable, algo impropio de él—. Estar contigo se ha convertido en mi pasatiempo favorito.

—No tienes por qué irte —le suelto sin pensar—. Podrías alargar tus vacaciones...

—Entonces no me iría nunca de tu lado.

Un cosquilleo me sube por el estómago.

—Pues no te vayas —digo muy bajito.

—Saoirse —se tensa—. Siempre he sido sincero contigo. Mi vida está en Nueva York. No puedo...

—Lo entiendo —digo decepcionada, intentando que no se me note—. De verdad, no tienes que darme explicaciones. Ha sido un comentario ridículo y fruto del momento.

Me levanto para ir al baño. Jack me persigue con la mirada y le ofrezco una sonrisa falsa. Cuando me encierro en el baño tengo ganas de gritar o romper algo. No sé por qué le he pedido que se quedara. ¿Se puede ser más tonta? Jack Preston no va a enamorarse de mí. Nos estamos divirtiendo. Eso es todo. ¿Por qué sigo creyendo en los cuentos con final feliz? Es obvio que nuestra historia tiene fecha de caducidad.

## 39. Todo es confuso y difícil

**Jack**

Mi corazón se resquebraja cuando Saoirse se encierra en el baño. Sé que mi respuesta le ha dolido, aunque haya intentado fingir lo contrario. Empiezo a conocerla. Pero ¿alargar mis vacaciones? ¿quedarme en Emerald Beach? ¡Es una locura! Mi vida está en Nueva York. De hecho, suele ser tan ajetreada que solo tengo tiempo para un revolcón esporádico con alguna atractiva desconocida.

Sí, es cierto que lo paso de maravilla a su lado. Estos días están siendo un regalo inesperado. Soy plenamente consciente de que he conectado emocionalmente con Saoirse. Lo nuestro va más allá del sexo, aunque tenemos una química brutal. Sin embargo, no puedo abandonar la vida que he construido por una mujer a la que acabo de conocer.

Es absurdo.

Incluso si quisiera, no podríamos estar juntos. Nos separan miles de kilómetros, ¿cómo íbamos a conseguir que funcionara? No tengo experiencia en una relación romántica. La acabaría cagando. Le haría daño y jamás podría perdonármelo...

Además, está ese imbécil de Max. Todavía no estoy seguro de que Saoirse no sienta nada por él. Es evidente que él está enamorado de ella. Y esta tarde, cuando los he visto juntos, he sentido un inesperado ataque de celos que me ha dejado patidifuso. Esa es otra de las razones por las que no es una buena idea que mantengamos una relación a distancia. Acabo de darme cuenta de lo posesivo que soy cuando una persona me gusta. Me comería la cabeza a miles de kilómetros de ella, pensando en lo que estaría haciendo. Temiendo que se hubiera dado cuenta de que estar con Max fuese más fácil.

Mierda, nunca había estado tan asustado.

¿Por qué todo es tan confuso y difícil? Debería estar contento porque he conseguido acostarme con ella. Sin embargo, ahora que la he conocido me he dado cuenta de que no voy a poder olvidarla. La petición que me hizo anoche en el velero no tenía ningún sentido.

*¿Olvidarte, Saoirse? ¿Lo dices en serio? Sería imposible, aunque lo intentara con todas mis fuerzas...*

## 40. Si va a ser la última vez que nos veamos...

### *Saoirse*

Jack y yo pasamos un puñado de días maravillosos juntos. Volvemos a salir a navegar, nos encerramos en mi casa para hacer maratón de sexo y hablamos de cualquier cosa que se nos ocurra.

A su lado me siento rabiosamente feliz, aunque sé que lo nuestro tiene fin. Quizá por esa razón ninguno de los dos menciona que tiene que marcharse, hasta que llega el viernes. Mañana a primera hora coge un avión con destino a Nueva York. Ahora, tumbada con él en la cama, no puedo dejar de pensar que hoy es nuestra última noche. ¿Volveremos a coincidir? ¿Será esta la última vez que nos veamos?

—Una moneda de oro por tus pensamientos.

Tengo la cabeza apoyada en su pecho mientras él me acaricia el pelo. Me encanta que lo haga.

—Ya sabes lo que estoy pensando, Jack.

—Sí. —Respira hondo—. Lo sé, Ojazos...

—¿A qué hora te marchas?

—Tengo que estar en el aeropuerto a las diez en punto.

—Tendrás que salir de aquí a las ocho. Si quieres puedo acercarte.

Jack está más callado de lo normal, lo que es inusual, pues suele hablar por los codos.

—¿Tan malo es que quiera despedirme de ti? —pregunto algo indignada.

—No. —Jack deja escapar el aire de golpe—. Simplemente haces más difícil que me vaya.

*Pues no te vayas*, pienso. Sin embargo, me trago mis palabras porque ya sé lo que sucedió la última vez que se lo propuse.

—¿Qué habría pasado entre nosotros si vivieses en Irlanda?

Tarda bastante en responder.

—Si viviera en Irlanda me habría replanteado muchas cosas.

—¿Sobre el amor?

—Sobre todo lo que creo saber de la vida.

Su respuesta me gusta, pero también me confunde.

—Podemos seguir en contacto —sugiere—. Tengo tu número.

Lo medito durante unos segundos. Creo que si Jack me llama por teléfono solo intensificará el dolor que ya empiezo a sentir por su partida. Además, sé que no podemos ser

amigos. No puedo seguir en contacto con él. De lo contrario, acabaría entregándole el corazón.

—No puedo, Jack.

—Saoirse...

—He dicho que no puedo —me apoyo en su pecho para mirarlo—, no que no quiera. Es diferente, Jack. En el fondo, entiendes mis motivos.

—Mi dulce Saoirse. —Me mira como si fuera lo mejor que le ha pasado en la vida, lo que hace que todavía lo entienda menos—. Te voy a echar demasiado de menos.

—Te olvidarás de mí —respondo enfurruñada—, con la primera mujer atractiva con la que te cruces.

—Me duele que creas que eres tan fácil de olvidar. —Me estrecha entre sus brazos y me da un beso en la frente—. Para mí eres única, Ojazos.

Soy incapaz de no creerlo cuando me habla de esa forma. Algo dentro de mí sabe que le importo. Tal vez Jack tenga razón y sea incapaz de enamorarse. Sin embargo, mi intuición me dice que, si ambos viviéramos en la misma ciudad, no tendría tanto miedo de apostar por lo que estamos viviendo. O, al menos, eso es lo que elijo pensar para sentirme un poco mejor.

—Quédate a dormir —le pido, aunque es ridículo que lo haga porque ha pasado las últimas noches en mi casa—. Mañana te acercaré al hotel y luego te llevaré al aeropuerto.

Se me escapa un bostezo. Ya no puedo contener el cansancio.

—Duérmete, Ojazos. —Me abraza para que recueste la cabeza en su pecho y me da un beso en el hombro.

—Jack... —digo antes de rendirme al cansancio—. Habría sido bonito que hubiéramos vivido más cerca.

—Si viviésemos más cerca, Saoirse...

No consigo escuchar lo que va a decir, pues me quedo profundamente dormida. Sueño con un final feliz en el que sí acabamos juntos. En ese final, este hombre que no cree en el amor se da cuenta de que está perdidamente enamorado de mí.

Soñar es tan bonito...

## 41. Carta de despedida

*Jack*

Sé que seré incapaz de despedirme de ella si me acompaña al aeropuerto, así que salgo de la cama al cabo de un par de horas. Me duele que esta sea la última vez que nos veamos, pero no puedo actuar de otra forma.

*Si viviésemos más cerca, Saoirse, nada ni nadie me alejaría de ti.*

Pero ella es irlandesa y yo soy estadounidense. Su vida está en este precioso pueblo de acantilados verdes, mientras que la mía en un ático del Upper East Side.

No puede ser.

Aunque quiera, lo nuestro es una historia imposible.

Además, joder, tengo tanto miedo...

Nunca había sentido nada parecido por otra mujer. Ojazos es única. Si me acompaña al aeropuerto no subiré al avión. Por eso me visto sin hacer ruido y decido dejarle una nota, a pesar de que no me reconozco. Yo no soy este cobarde que huye de la chica increíble que ha conocido. Sin embargo, parece que escoger la opción fácil es la única salida que encuentro para mantener a raya mi corazón.

Cuando salgo de su casa sé que no hay marcha atrás.

La voy a echar de menos, pero es ridículo que albergue la esperanza de mantener una relación a distancia con ella. Nos estoy protegiendo a ambos, o eso me digo cuando me subo al taxi que me lleva de regreso al hotel.

## 42. Como si no le importara

*Saoirse*

Me desperezco en la cama.

—Jack —digo con voz ronca—. Vas a perder el avión...

Sé que algo no va bien en cuanto estiro los brazos para tocarlo y me percató de que no está. Abro los ojos con la esperanza de encontrarlo. Me levanto y lo llamo mientras lo busco por toda la casa.

¿Se ha ido sin despedirse de mí? No puede ser. El Jack que he conocido durante estos días jamás haría algo así. Es el hombre que me dijo que soy inolvidable. No es justo. Me duele que se haya largado sin decirme adiós. Entonces descubro la nota que hay en mi mesita de noche. La cojo con manos temblorosas y la leo.

*No puedes acompañarme al aeropuerto. Ambos sabemos que no subiré al avión si tengo que despedirme de ti. Lo siento, Ojazos. Sé que cuando leas esta carta te enfadarás conmigo. No creas que no me importas. Ese es el problema: me importas demasiado. Quiero quedarme con esta última imagen de ti. Estás preciosa mientras duermes.*

*Gracias por estos maravillosos días.*

*Por favor, no me odies.*

JACK.

Releo la carta un par de veces, como si así pudiera encontrarle sentido. Es una carta en la que un hombre que dice que le importo se ha marchado sin despedirse de mí. Si tiene alguna lógica, soy incapaz de verla.

No estoy enfadada. Ya tendré tiempo de estarlo. En este momento, me limito a tumbarme en la cama y a llorar como la tonta que soy. Porque en el fondo, una parte de mí pensó que Jack se quedaría a mi lado. Porque, a pesar de todo, sigo creyendo en los finales felices.

## 43. Un mes después...

### *Saoirse*

La vida es muy curiosa. Hay gente que pasa por tu vida sin pena ni gloria, pero, de repente, conoces a alguien durante un puñado de días y ya no puedes borrarlo de tu cabeza.

Maldito Jack.

¿Por qué acepté tener una cita con él? Ahora no puedo olvidar lo bien que lo pasamos juntos, el tacto de sus manos o las sonrisas que me dedicaba. El caso es que ha pasado un mes en el que no he tenido noticias de él. Sé que me pidió que siguiéramos en contacto y yo me negué, así que no puedo quejarme. En realidad, lo que más me duele es que se marchara sin despedirse. La ridícula carta en la que me dijo adiós con un puñado de líneas no cuenta.

He intentado seguir con mi vida, pues no sé qué otra cosa hacer. Paso más tiempo en la oficina para tener la mente ocupada. Ahora todos me tratan con el respeto que merece una jefa. Al menos, en eso he salido ganando. Sin lugar a duda, irme de vacaciones y conocer a Jack tuvieron un efecto positivo en mi autoestima, pues jamás me había sentido tan segura de mí misma. Sí, echo de menos a Jack, pero estoy convencida de que la razón por la que se marchó tiene más que ver con él que conmigo.

Respecto a Max, este último mes ha estado muy distante conmigo. Aunque me duela, le he concedido el espacio que me pidió. Meg se dio cuenta y me preguntó si había sucedido algo entre nosotros, por lo que le conté la verdad. No se sorprendió cuando le dije que Max me había besado. Se limitó a encogerse de hombros, como si ya hubiera sopesado aquella opción.

Hablando de Max, entra en el ascensor sin darse cuenta de que yo estoy dentro. Últimamente somos los últimos en salir de la oficina, como si al centrarnos en el trabajo pudiésemos olvidarnos de nuestros problemas.

—Hola —lo saludo con timidez.

Max se sobresalta. Tengo la impresión de que está a punto de escapar, pero no le da tiempo porque la puerta se cierra.

—Hola —responde sin mirarme.

Abrazo el bolso contra mi costado. No quiero presionarlo, pero la tensión que hay entre nosotros me está matando.

—¿Te apetece tomar algo en el pub?

—No, gracias. Estoy agotado. Iré directo a casa.

Aprieto los labios. Una parte de mí está furiosa con él, aunque la otra lo entiende. A ver, ya sé que lo que ha sucedido no es plato de buen gusto para él. Pero ¿acaso tengo la culpa? ¿Para mí también es muy difícil gestionar esta situación!

—Nunca será un buen momento, ¿no? —digo algo irritada.

—No te entiendo.

—Jamás volverás a quedarte a solas conmigo. Me pediste espacio cuando en realidad querías decirme adiós. Por desgracia, trabajamos juntos y tienes que verme todos los días.

Max se vuelve para mirarme.

—¿Estás enfadada conmigo? —pregunta sorprendido.

—Me fastidia que me hayas apartado de tu vida con tanta facilidad —admito dolida.

—Para mí es complicado, ¿vale? —dice con voz queda.

—¡Para mí también! —exclamo alterada. No sé por qué estoy tan molesta, pero todos los sentimientos que llevo guardados bajo llave salen a la superficie sin que pueda controlarlos—. No sé cómo tratarte, Max. Si te ignoro, siento que le estoy haciendo el vacío a un buen hombre que conozco desde que era una cría. Si te hablo, siento que te molesta. No sé... cómo hacerlo bien.

—Es cosa mía. No tienes que...

—También me afecta a mí —lo interrumpo con acritud—. Actúas como si no me importaras.

—No te importo de esa forma.

—¡Me importas! —grito indignada—. Joder, Max. ¿Por qué lo haces tan difícil? Eres de los pocos amigos que tengo. Has estado en todos mis cumpleaños. Confío en ti. No puedes levantarte un día con el pie izquierdo y mandar a la mierda nuestra amistad...

—Levantarme un día con el pie izquierdo. —Se ríe sin dar crédito. Su reacción me deja pasmada—. ¿Crees que te he pedido espacio porque soy un crío que se ha enfadado cuando le dijiste que no me ves de la misma forma? Saoirse, no entiendes nada. Yo ya lo sabía. Sin embargo, fui valiente porque necesitaba quitarme un peso de encima. El problema es que no tenía ni idea de que mirarte a los ojos pudiera ser tan doloroso.

—¿Te duele mirarme? —pregunto horrorizada.

La puerta se abre, pero ninguno de nosotros sale. Max levanta la barbilla y me mira con una mezcla de anhelo y tristeza que me sobrecoge. Echo de menos a mi amigo. No quiero seguir sintiéndome sola. Quizá por esas razones acorto la distancia que nos separa y le pongo una mano en la mejilla. Max entorna los ojos y se le escapa un suspiro.

—No deberías tocarme.

—¿Por qué? —pregunto en un susurro.

—Porque sigo muriéndome de ganas de besarte.

Observo sus labios sin poder evitarlo. Ya sé a lo que saben. A una dulzura que en este momento me hace mucha falta, pues necesito sentirme mejor. Cuando Max se percata de que le miro la boca, abre mucho los ojos.

—Seer, ¿qué...?

—Has vuelto a llamarme Seer —digo complacida—. Lo echaba de menos.

—Seer...

—Te echaba de menos.

Doy otro paso, hasta que me quedo a escasos centímetros de su boca. Max me pone las manos en los hombros, como si quisiera detenerme o estuviera muy asustado. Creo que se me ha ido la cabeza. De todos modos, sigo queriendo besarlo.

—¿Qué pasa con Jack? —pregunta con recelo.

Me molesta cuando pronuncia su nombre. Solo quiero olvidar. Tal vez estoy siendo egoísta, pero necesito enamorarme de un buen chico que no me romperá el corazón ni huirá de mí. Por eso envuelvo su cuello con mis brazos y acerco mi boca a la suya muy despacio.

—Jack está a miles de kilómetros de distancia...

—Solo te pido que no pienses en él cuando me beses —me ruega con voz trémula—. Tienes todo el poder de hacerme daño.

Aplasto mi boca contra la suya y una sensación cálida y líquida se desliza por mi vientre. El placer es tan inesperado que se me escapa un gemido. No pienso en Jack, lo juro. En realidad, me pregunto por qué no habremos hecho esto antes si besarnos se nos da tan bien como ser amigos.

En cuanto Max descubre que no voy a arrepentirme, me estrecha entre sus brazos y suelta un gruñido de satisfacción. Sé que me tiene muchísimas ganas, pero se conforma con besarme en lugar de ir un paso más allá. Nuestras lenguas se enredan mientras sus manos descansan con firmeza en mis brazos.

—Seer... —musita cuando nos separamos para tomar aliento—. Eres todo lo que siempre he querido.

Me gusta sentirme deseada, anhelada y querida. Es una sensación maravillosa. Desde que me dijo que le gustaba, he sentido la tentación de descubrir lo que nos depararía la vida. Porque con Max todo es tan fácil...

—¡Saoirse! —grita mi hermano—. ¿Max? Joder, ¡Max!

Es oficial: mi hermano tiene un don para interrumpir mis besos. Estoy colorada y respiro con dificultad. A mi lado, Max parece un poco más entero mientras le sostiene la mirada a su mejor amigo.

—¿Se puede saber que...? —Bruce parece más confundido que enfadado—. No lo entiendo. Vosotros dos. ¿Desde cuándo?

—Es la primera vez que nos besamos —lo informo. Luego hago memoria y añado—: La segunda, pero no es asunto tuyo.

—¡Tú eres mi hermana y él mi mejor amigo! —protesta Bruce.

—Sigue sin ser asunto tuyo. Ya somos mayorcitos.

—Vale. —Interviene Max. Levanta los brazos como si fuera un árbitro—. Bruce, tengo que hablar contigo.

—Eso parece. —Bruce lo fulmina con la mirada.

Pongo los ojos en blanco y resoplo.

—No tienes que darle explicaciones —le digo a Max, poniéndole una mano en el hombro—. En serio, ya soy mayorcita.

—Tengo que ser sincero con él —me tranquiliza Max—. Lo necesito.

Asiento porque entiendo a qué se refiere. Salimos del ascensor y Bruce nos mira de forma alternativa. Me molesta que siempre vaya a tratarme como su hermana pequeña. Cuando Max y Bruce se pierden por el pasillo, sé que no hay nada que pueda hacer y me dirijo a la salida. Espero que las cosas vayan bien entre ellos.

## 44. Ten cuidado, amigo

**Max**

—Estoy enamorado de tu hermana —le digo en cuanto nos quedamos a solas.

Bruce me mira con los ojos abiertos de par en par. Hay pocas cosas que puedan dejar sin palabras a mi mejor amigo. Es un hombre muy impulsivo y temperamental, así que espero que haga o diga algo. Sin embargo, se limita a pasarse una mano por el pelo y a respirar hondo.

—¿Bruce?

—Joder —dice al fin—. Es que... joder.

—Me gusta desde hace muchos años —le confieso—. Ya ni siquiera recuerdo cuándo empecé a mirarla con otros ojos. Quería decírtelo, pero sabía que te pondría en una tesitura. De haber creído que tenía alguna posibilidad con ella, habría hablado primero contigo para que supieras que no pensaba actuar a tu espalda. Jamás le haría daño a Saoirse. Quiero que sepas que voy a respetarla si ella... me da una oportunidad.

—Tío. —Bruce se acerca y me pone las manos en los hombros—. Eso ya lo sé. La mujer que salga contigo será muy afortunada. No tienes que prometerme que no le harás daño a mi hermana. Ahora mismo estoy conmocionado porque no me lo esperaba. Me duele haber estado tan ciego. Ojalá hubiera sabido ver más allá de lo que mostrabas.

—No es culpa tuya —lo tranquilizo—. ¿Está todo bien entre nosotros?

—Siempre —responde para mi alivio—. Ya sabes que eres como un hermano.

—¿No te importa que Saoirse y yo podamos ser algo más? Es decir, ni siquiera entiendo lo que acaba de suceder entre nosotros. Pero después de hablar contigo voy a pedirle una cita.

—Pareces muy seguro.

—¿Te molesta? ¿Crees que hago mal?

—No es eso, Max. —Mi amigo niega con la cabeza—. Por primera vez tengo miedo de que sea Saoirse quien le haga daño a alguien. No estoy seguro de que lo vuestro pueda funcionar. Creo que ella no te ve de esa forma. Ten cuidado, amigo.

Yo también lo pensaba, hasta que me ha dado eso beso que lo ha cambiado todo.

—Necesito arriesgarme.

Bruce asiente, aunque sé que no está convencido.

—Lo entiendo.

—¿De verdad?

—Tío. —Me dedica una sonrisa de las suyas—. Me encantaría que fueras mi cuñado. Ojalá me lo hubieras contado antes.

—He sido un cobarde —digo abochornado—. Pero esta vez quiero dejarme llevar.

—Joder, sí que estás enamorado de ella.

—Pues... sí —respondo colorado como un tomate.

Bruce me pide que me largue cuando busco a Saoirse con la mirada. Salgo de la oficina creyendo que ya se ha ido pero, para mi sorpresa, está de brazos cruzados apoyada en su Mini. Me está esperando. Al darme cuenta de que no se ha marchado, me acerco a ella con el corazón acelerado.

—No te has ido.

—El beso ha estado bien —dice con una sonrisa tímida—. ¿Le tienes que dar alguna explicación más a mi hermano o ya puedes prestarme atención?

—No seas mala —le pido—. Ya sabes lo cercanos que somos Bruce y yo.

—¿Entonces...?

—Me apetece mucho ir a tomar algo contigo, si la oferta sigue en pie.

Saoirse finge pensárselo durante unos segundos. Luego me mira y me dedica una sonrisa cálida.

—Pues claro que sigue en pie, tonto.

Así es como un día que empezó siendo una mierda se tiñe con un inesperado brillo de esperanza.

## 45. ¿Qué me pasa?

*Jack*

—¡Jack! —exclama Serena—. ¿Se puede saber qué te pasa?

Salgo de mi ensimismamiento. Todos los ojos están puestos en mí. Me doy cuenta de que he vuelto a quedarme en babia. He venido a pasar el fin de semana a Los Hamptons con mi familia. En lugar de jugar con mis sobrinos, salir a navegar o picar a mis hermanas, llevo todo el fin de semana encerrado en nuestra casa de vacaciones como un alma en pena.

—Tío Jack —dice George, mi sobrino—. ¿Te estás muriendo?

Mi hermana June se atraganta con la bebida. Serena pone los ojos en blanco y Sarah ladea la cabeza y me mira con suspicacia. Las tres me conocen de sobra. Saben que me pasa algo.

—Estoy sano como un roble, George —lo tranquilizo.

—Y pensativo —puntualiza mi madre.

—Así lleva todo el fin de semana —se queja Serena—. Pareces un muermo, hermanito.

—Quién te ha visto y quién te ve —se burla June.

—Dejadlo en paz —las sermonea Sarah.

—Gracias —le digo sin hablar.

Después del almuerzo voy a encerrarme en mi habitación para que no sigan con sus preguntas. Desde que volví a Nueva York he pasado por todos los estados de ánimo. He estado enfadado, desganado y arrepentido. No he podido dejar de pensar en Ojazos. Me pregunto qué estará haciendo, si habrá pensado en mí o si estará rehaciendo su vida con otro hombre. La última posibilidad es la que me cabrea.

—Jack. —Mi hermana Sarah asoma la cabeza—. ¿Puedo pasar?

Asiento de mala gana, pues sé que Serena y June la han obligado a llamar a mi puerta. Ayer se quedaron a cuadros cuando una atractiva morena intentó ligar en vano conmigo en el restaurante al que fuimos a cenar. Sinceramente, no me reconozco. Saoirse es la última mujer con la que me he acostado. En condiciones normales estaría subiéndome por las paredes debido a la abstinencia sexual, pero cada vez que pienso en tocar a otra mujer se me retuerce el estómago.

No sé qué demonios me pasa.

No sé qué es lo que siento.

No sé... absolutamente nada.

—Ey. —Sarah se sienta en el borde de la cama—. ¿Estás bien?

Ha elegido formular la única pregunta que soy incapaz de contestar sin sinceridad. Me derrumbo delante de ella, pues Sarah es la hermana que mejor me conoce y con la que estoy más

unido.

—No. —Exhalo de golpe—. No estoy bien.

—Oh, Jack. —Me da un abrazo de los nuestros—. Todas estamos muy preocupadas por ti. Llevas raro desde que regresaste de Irlanda. Saltas a la mínima, estás desganado y has perdido un par de kilos. Jamás te había visto tan mal.

—Muchas gracias —respondo con ironía.

—Nos preocupas.

—Diles a esas dos que salgan de su escondite —le pido agotado. Ya no tengo ganas ni fuerza de seguir escondiendo lo que me pasa.

—¡Ya lo habéis oído! —les grita Sarah.

Serena y June, que estaban escuchando detrás de la puerta, entran en la habitación con caras de circunstancia. Serena se planta delante de mí y se cruza de brazos.

—George es muy fantasioso, pero empiezo a preocuparme. ¿Has ido al médico y te han dicho que tienes algo chungo? ¿Nos lo estás ocultando? —exige saber.

—¡S-serena! —le riñe Sarah, que todavía tartamudea cuando se enfada.

—¡Qué! —exclama agobiada—. ¡Solo quiero saber lo que nos oculta!

—Ha dejado embarazada a una de sus amantes —suelta June.

—¡Mierda! ¡Eres idiota, Jack! —me riñe Serena—. ¿Ya se te ha olvidado aquella charla que te di sobre educación sexual?

—Es imposible de olvidar —le digo con frialdad—. Para vuestra información, no voy a ser padre.

—Entonces ¿qué narices te pasa? ¿Por qué andas con esa cara de mustio a todas horas? —pregunta June con la impaciencia que la caracteriza.

—Oh, Jack. —Sarah se levanta de un salto y me mira con los ojos abiertos de par en par—. ¡Estás enamorado!

—¡Ay, madre! —exclama Serena.

—¡No puede ser! —chilla June.

—¿Qué? —Me pongo de pie—. No, no estoy...

—¿Cómo se llama la chica que has conocido? —insiste Sarah.

—No he dicho que...

—¿Es irlandesa? —pregunta June sin dejarme terminar.

—Dios. —Me froto la cara. A veces olvido lo insistentes que son mis hermanas—. No estoy enamorado.

—Detalles —exige Serena—. Luego hablaremos de tus sentimientos.

—Se llama Saoirse —claudico—. ¿Os acordáis del contrato que fui a firmar a aquel pueblo de Irlanda? Conocí a Saoirse Anderson. Me volvió loco en todos los sentidos y ahora no

puedo dejar de pensar en ella. La echo de menos. Nunca... me había sentido igual de perdido.

—¿Estás de bajón por una chica? —pregunta June alucinada.

Sarah le da un codazo.

—D-déjalo, tonta. Es la primera vez que se enamora.

—¡Y dale! —protesto—. Solo pasé diez días con ella. Nadie se enamora en diez días.

Mis hermanas se miran y acto seguido se parten de risa. De verdad que no las entiendo.

—No se trata del tiempo, Jack —me explica Serena—. Esa chica te ha hecho sentir un montón de cosas en solo diez días. Quizá no estás enamorado, pero imagínate lo que habrías sentido si hubieras pasado más tiempo a su lado. Eso es lo que importa.

—¿Por qué no la llamas? —sugiere June—. Dile que la echas de menos.

—No puedo. —Agacho la cabeza y me miro los pies. Ahora estoy avergonzado—. Me pidió que no mantuviéramos el contacto. Además, me fui sin despedirme.

—¿Qué hiciste? —chilla Serena.

De mala gana, les cuento que tuve un ataque de pánico y le escribí una nota. Mis hermanas me observan como si quisieran golpearme. Entonces comprendo lo mucho que la he cagado.

—Todos los tíos sois idiotas.

—No te pases, June —le pide Sarah. Luego me dedica una mirada comprensiva—. ¿Qué piensas hacer, Jack?

—Nada —digo agobiado—. Lo nuestro no podría funcionar. Ella vive en Irlanda y yo en Nueva York. Todo el mundo sabe que las relaciones a distancia están abocadas al fracaso.

—Si tanto te gusta esa chica, encontrarás la forma de estar con ella —insiste Sarah—. O puedes seguir llorando por las esquinas, fingir que no la echas de menos y darnos pena.

—Y das bastante pena —señala Serena.

—No sé qué haría sin vosotras —refunfuño.

—Seguirías engañándote. —Sarah me da la mano—. Si no vas a buscarla, dentro de unos años te preguntarás que habría podido suceder entre vosotros si hubieras sido valiente. Esa duda te perseguirá durante el resto de tu vida. Podrías estar dejando escapar al gran amor de tu vida.

—Él no cree en el amor —se burla June.

Sarah la fulmina con la mirada y Serena le da una colleja.

—Sí creo —digo en voz baja. Las tres me miran sorprendidas—. Ojazos me hizo ver la vida de otra forma, pero estaba ciego y tenía muchísimo miedo. Por eso me largué.

—¿Quién es Ojazos? —pregunta Serena.

—La chica de mis sueños —respondo emocionado—. La mujer que nunca debí dejar escapar.



## 46. ¿Podría funcionar?

### *Saoirse*

Max y yo llevamos una semana quedando. Solemos ir al pub después del trabajo y hablamos de todo. Cuando me mira de esa forma tan devastadoramente sincera no sé qué pensar. Es cierto que me apetece darle una oportunidad. Me siento muy cómoda a su lado. Sin embargo, todavía no me he acostado con él. Por supuesto, Max no me ha presionado.

—Coge el dardo de esta forma —me explica.

Hago lo que me dice. Max sube mi codo unos centímetros. Ha dejado la otra mano en mi cintura como si tal cosa. Me gusta su cercanía, pero no siento ese cosquilleo que experimentaba cuando Jack me tocaba.

*Oh, Jack...*

*¿Por qué no puedo dejar de pensar en ti?*

*Acabo de encontrar al chico perfecto. Debería elegirlo sin pestañear. Sin embargo, cada vez que me acuerdo de ti siento que estoy poniéndole un parche a mi corazón.*

Lanzo el dardo con todas mis fuerzas y lo clavo en el marco de la puerta que hay al lado. Max se parte de risa.

—De acuerdo, esto no es lo tuyo...

—Parece que no —respondo avergonzada—. ¿Qué tal si nos tomamos otra copa?

Max va a la barra y yo me siento en una mesa tranquila. Esta es otra gran diferencia. Cuando estaba con Jack no sentía la necesidad de beber alcohol. Con Max, por el contrario, me apetece tomar una copa porque así me desinhibo. Lo he hablado con Meg, que ha sido muy tajante al respecto. Según mi amiga, estoy siendo una egoísta utilizando a Max para olvidar a Jack. Me sentí como una mierda, pero en el fondo sé que tiene razón.

—¡He vuelto! —Max se deja caer a mi lado en el sofá—. ¿Desde cuándo bebes tanta cerveza?

—Desde siempre —miento.

Le doy un largo trago y me mancho el bigote de espuma. Empiezo a estar mareada por culpa del alcohol.

—¡Eh, para el carro! —me pide Max.

—Estoy bien.

Me mira con suspicacia, pero lo deja estar.

—¿Te apetece ir mañana al cine?

—¡Claro! —respondo con excesivo entusiasmo—. ¿Qué película quieres ver?

—Han estrenado una de miedo —al ver mi cara de espanto, vuelve a reírse—. También

hay otra de acción.

—Odio las pelis de miedo. Me asusto.

—De eso se trata. —Me aparta el pelo de la cara y me mira con un profundo cariño—. Hoy estás muy guapa.

—Estoy igual que siempre —respondo con una risilla.

—Qué va —insiste sin perder la sonrisa—. O será que te veo más guapa que nunca porque me has dado una oportunidad.

—Max...

—Sé lo que te pasa —dice comprensivo—. Pero albergo la esperanza de que con el tiempo te olvides de él y puedas llegar a quererme. Lo pasamos bien juntos, ¿no?

—Claro que sí —respondo con las mejillas encendidas.

—Seer. —Me mira emocionado—. Estoy enamorado de ti.

—Max —digo impresionada. No sabía que me quisiera. De lo contrario, jamás lo habría besado en el ascensor. No quiero que se haga ilusiones cuando yo estoy muy confusa—. Yo no...

—Lo sé —me tranquiliza, acariciándome la mejilla—. Puedo esperar, Seer.

—P-pero... —balbuceo.

Voy a decirle que no estoy segura de poder quererlo como merece, pero Max se inclina para besarme. Lo hace con tanta dulzura que me entran ganas de llorar. Quiero amarlo. Sería más sencillo. Por desgracia, en el preciso momento que su boca toca la mía me doy cuenta de que estoy siendo tan cruel como todos los hombres que me han utilizado. De repente, tengo la impresión de que alguien me observa y me aparto de Max.

Entonces lo veo.

Jack Preston está en la entrada del pub, observándome como si le estuviera gastando una broma pesada. Aprieta los puños, sacude la cabeza y se da la vuelta. Lo último que veo antes de que desaparezca son sus ojos oscuros brillando con rabia.

—Jack...

—¿Qué? —Max me mira con el ceño fruncido—. ¿Acabas de decir el nombre de ese idiota mientras nos besábamos?

—Lo siento, yo... —Me aparto de él—. Esto no va a funcionar, Max.

—¿Por qué? —pregunta decepcionado.

Me armo de valor y decido ser sincera con él, aunque le haga daño.

—Porque no puedo dejar de pensar en él —digo a punto de echarme a llorar—. Hace un momento he creído verlo dentro del pub. Es obvio que el alcohol me ha jugado una mala pasada. El caso es que da igual que Jack y yo no vayamos a tener una oportunidad. No es justo para ti.

—Me da igual que no sea justo.

—Max —digo con determinación. Me levanto con bastante esfuerzo. Estoy muy mareada

—. Lo siento de corazón. Eres un hombre maravilloso. Ojalá pudiera enamorarme de ti. No debería haberte besado aquel día en el ascensor. Fui una completa egoísta que ha intentado olvidar a Jack. No sabes cuanto lo siento...

Max asiente. Tiene los ojos vidriosos y la expresión desolada.

—¿Quieres que te lleve a casa?

—Pediré un taxi —digo para no molestarlo—. Max, lo sien...

—No digas nada más —me pide cabizbajo—. En serio, no hace falta.

Salgo del pub sin ser capaz de contener las lágrimas. No sé cómo he podido jugar con sus sentimientos. He sido una imbécil. Para colmo, he bebido más de la cuenta y he imaginado que Jack venía a buscarme, como si se hubiera dado cuenta del error que cometió al marcharse.

Llamo a un taxi y me siento en un banco a esperar. Ojalá la noche acabe pronto.

## 47.        ¡Has vuelto!

### *Saoirse*

Bajo la ventanilla del coche y saco la cabeza como si fuera un perro. Necesito que me dé el aire, pues estoy mareada por culpa del alcohol. A duras penas contengo las lágrimas. Me siento fatal por haber utilizado a Max. No sé en qué estaba pensando. No puedo creer que me haya convertido en *ese* tipo de persona.

Todo es por culpa de Jack.

Me gustaría decir que ojalá no lo hubiera conocido, pero estaría mintiendo. Los diez días que pasamos juntos fueron maravillosos. Me ayudó a reconciliarme con el sexo. Me hizo sentir atractiva y valiosa, hasta que se largó dejándome aquella ridícula nota.

Jack...

Lo echo tanto de menos que lo veo en todas partes. Antes estaba en el pub y ahora camina a toda prisa por el arcén. Se me escapa un suspiro cargado de tristeza. El taxista le pita para que se aparte y Jack se hace a un lado.

Un segundo...

—¿El hombre que hay en la carretera es real? —pregunto alucinada.

El taxista me mira a través del espejo retrovisor. No es una mirada amigable.

—Por supuesto que es real. ¿Cuánto has bebido, criatura?

—¡Pare el coche! —le ordeno.

El taxista suelta una maldición, pero obedece. Bajo del coche y echo a correr hacia Jack, que se vuelve en ese momento. En lugar de regalarme una de sus sonrisas me mira con la misma rabia que mostró en el pub. Entonces comprendo que no fueron imaginaciones mías. Estuvo en el pub y me vio besarme con Max.

—Jack —lo saludo jadeando por culpa de la carrera—. Has vuelto.

—Ojalá no lo hubiera hecho —responde crispado—. Ya veo que no has perdido el tiempo.

Su comentario me duele. No tiene derecho a hacerme ninguna recriminación. Soy una mujer soltera, al igual que él.

—Seguro que tú tampoco.

Esta vez sí sonrío, solo que de una forma muy irónica.

—¿Eso crees?

—Te largaste sin despedirte —le recriminó.

—Te dejé una nota —responde con las manos metidas en los bolsillos—. Ni siquiera debería haberme molestado en escribirla.

—¡Eres un idiota! —le grito dolida—. No puedes decirle a alguien que te importa y luego no tener agallas para despedirte de esa persona.

—Lo que tú digas, Ojazos.

—Sabes que tengo razón. —Acorto la distancia que nos separa y lo miro a los ojos—. ¿Por qué has vuelto, Jack?

—Negocios.

—Mentira.

—¿Qué otra cosa iba a traerme a Emerald Beach?

—Yo —respondo con atrevimiento—. Este es un pueblo pequeño. Seguro que fuiste a buscarme a mi casa y alguien te dijo que estaba en el pub. Aquí todos nos conocemos.

No lo niega. Se limita a clavar los ojos en mí con una rabia que me obliga a retroceder. No soporto que me mire de esa forma.

—No debería haber vuelto.

—Lo que ha sucedido entre Max y yo... —comienzo a decir, pero luego me cabreo porque en realidad no tengo que darle explicaciones. Seguro que él ha estado rodeado de mujeres preciosas—. Sabes que no tienes derecho a recriminarme nada.

—No lo estoy haciendo. Me estoy despidiendo de ti. ¿No es lo que querías? Adiós, Saoirse.

Se aleja caminando, rompiéndome de nuevo el corazón.

—¿En serio, Jack? —protesto indignada. No puedo creer que haya venido hasta aquí para comportarse como un imbécil—. ¡Sigues siendo un cobarde!

Jack se vuelve con furia.

—Un cobarde que ha recorrido miles de kilómetros para verte. O más bien un idiota.

—Lo sabía —digo en voz baja.

—Estás borracha —responde agotado. Se dirige al taxi y habla con el conductor. Luego regresa hacia donde estoy—. Te llevará directamente a casa.

—No te vayas. —Intento agarrar su mano, pero me rechaza—. Habla conmigo, por favor.

—Has rehecho tu vida con ese imbécil. Voy a fingir que me alegro por ti. Adiós, Saoirse.

—¡Jack! —grito en vano.

Los ojos se me llenan de lágrimas. No puedo creer lo que está pasando. Al cabo de unos segundos, el taxista carraspea.

—No va a volver, chiquilla. Sube al taxi.

Obedezco de mala gana, pues sé que tiene razón. Jack Preston acaba de demostrarme por segunda vez que es un inmaduro emocional. Tal vez sí que tengamos una oportunidad, pues yo he sido igual de inmadura al utilizar a Max. Por desgracia, no quiere hablar conmigo y mi orgullo me impide ir detrás de él.



## 48. Lucha por ella

*Jack*

Siento que me han arrancado el corazón del pecho y lo han tirado a la basura.

Ayer tuve un impulso y compré un billete con destino a Irlanda. Necesitaba hablar con Saoirse. No tenía muy claro lo que iba a decirle. Lo único que sabía es que no podía seguir guardándome mis sentimientos, sobre todo después de que mis hermanas me leyesen la cartilla.

¿Y todo para encontrarla en brazos de Max?

Cuando llegué al pub y la vi besándose con él... Por poco cometí una locura. Menos mal que respiré hondo y me fui. Para colmo, Saoirse me ha llamado cobarde. ¡Cobarde! De acuerdo, lo fui cuando me marché dejándole una nota. Pero he vuelto. Joder, he regresado a Emerald Beach porque quería pedirle una oportunidad.

Soy tan imbécil...

Ahora entiendo por qué la gente sufre por amor. Maldita sea, no merece la pena. Quiero dejar de sentirme así. Es horrible.

Un conductor me pita para que me aparte del arcén. Joder, qué impacientes son los irlandeses. La carretera es lo bastante ancha para los dos. Le hago una peineta y continúo mi camino. Ni siquiera sé a dónde voy. Lo único que quiero es olvidar.

El coche va más despacio hasta que se coloca a mi lado. Me vuelvo para mandar a la mierda al conductor y me encuentro con la mirada sombría de Max. Mierda, el que faltaba. No entiendo por qué Saoirse se ha ido en taxi. Hace un rato estaban besándose.

—Preston —me saluda.

—Vete al infierno.

—Yo tampoco me alegro de verte.

Dejo de caminar y me vuelvo para encararlo. Si quiere pelea estaré encantado de dársela.

—¿Qué quieres?

—Saoirse comentó que te había visto en el pub, pero había bebido demasiado y creyó que fue una alucinación.

—La has dejado irse sola a casa —le recrimino.

—No me ha dejado acompañarla.

—¿No deja que el tipo con el que está saliendo la acompañe a su casa? —pregunto incrédulo.

Max suelta un suspiro. Me mira irritado.

—Saoirse y yo no estamos saliendo. Hemos tenido algunas citas desde que te fuiste. — Levanto los brazos para que me ahorre los detalles, pero Max continúa—. Solo nos hemos

besado un par de veces. Ni siquiera hemos llegado a acostarnos.

El alivio se apodera de mí. Luego recuerdo que se han besado y vuelvo a ponerme de mala leche. Saoirse ha besado a otro. Yo ni siquiera he sido capaz de mirar a otra mujer con deseo, pues solo podía pensar en ella.

—¿Por qué has vuelto? —me pregunta.

—Porque soy idiota.

—Has vuelto a por ella —dice comprensivo—. Pero te vas al ver que intenta rehacer su vida con otro hombre.

—¿Se supone que debo quedarme?

—Si yo fuera tú, por supuesto que me quedaría. Es lo que un hombre hace cuando le gusta una mujer. Yo llevo mucho tiempo enamorado de ella. Me arrepiento de haber sido un cobarde, ¿sabes? Si le hubiera dicho la verdad antes de que tú aparecieras en su vida, tal vez habría tenido una oportunidad con ella. Sin embargo, solo me ha utilizado para intentar olvidarte.

—Saoirse no es así —la defiende.

—Me lo ha confesado antes de cortar conmigo. Estoy hecho polvo, pero al menos tengo la amabilidad de ser sincero contigo porque quiero que alguien salga beneficiado de esta historia. Sé que le gustas. Sé que te gusta. No quiero ser el motivo por el que no tengáis una oportunidad.

Respiro hondo. No esperaba que Saoirse hiciera algo así. Sigo estando molesto con ella, pero en el fondo sé que no tengo motivos. No somos pareja. Me fui sin despedirme. Por supuesto que podía intentar rehacer su vida. Aunque me duela, no puedo culparla.

—Sube —me pide impaciente.

—¿Qué...?

—Lucha por ella —me ordena—. No seas la clase de pringado que vuela desde Nueva York a Irlanda y luego regresa a su país con el rabo entre las piernas porque la mujer por la que suspira ha intentado olvidarlo con otro. Sé un hombre, joder.

—No me des órdenes —replico indignado. Luego me lo pienso mejor. Sé que tiene razón—. Gracias, tío.

Subo al coche. Max me mira como si quisiera matarme, pero hubiera decidido que no merece la pena.

—Llévame a su casa, por favor.

—Te habría llevado aunque no me lo hubieras pedido.

—¿Por qué haces esto? —pregunto sin entender.

—¿No es evidente? —responde agotado—. Quiero que sea feliz. A veces el amor es dejar ir.

Guardo silencio, pues no sé qué podría decirle para que se sienta mejor. Acabo de descubrir que respeto a Max. Ha estado enamorado de Saoirse durante muchos años. Se ha atrevido a pedirle una oportunidad, aunque sabía que ella no sentía lo mismo. Ahora le toca

enfrentarse al desamor.

—Suerte —me desea con sinceridad cuando aparca delante de la casa de Saoirse.

—Te deseo lo mejor, Max.

Me despido del hombre al que veía como un rival con un apretón de manos. Luego respiro hondo y camino con decisión hacia la casa de la mujer que nunca debí dejar escapar.

## 49. ¿Qué haces aquí?

### *Saoirse*

Estoy en la cama cuando llaman al timbre. Quiero seguir dormida, por lo que supongo que la persona que esté llamando se cansará al cabo de un rato. Sin embargo, es muy insistente, así que no me queda más remedio que levantarme. Ni siquiera me molesto en cambiarme de ropa. Llevo puesto el pijama y tengo el maquillaje estropeado de haber estado llorando.

Al abrir la puerta veo a Jack, que casi se cae encima de mí porque seguía aporreando la puerta como si quisiera tirarla abajo. Me enderezo de golpe. Mierda, ojalá me hubiera cambiado de ropa.

—Jack —digo con un hilo de voz—. ¿Qué haces aquí?

—Tú eres el único motivo por el que estoy en Emerald Beach.

Entra sin invitación y me veo obligada a retroceder. Pone sus manos en mis mejillas mientras me empuja contra la pared.

—No he podido dejar de pensar en ti, Ojazos.

Intento contener a duras penas las lágrimas. He pasado un mes esperando oír esas palabras. Sin embargo, ahora que acaba de pronunciarlas tengo miedo de que vuelva a marcharse.

—¡Te fuiste sin despedirte! —le recrimino dolida.

—Tenía miedo...

—¿De qué?

—De ti —me confiesa con voz queda—. De lo que me hacías sentir. De nosotros.

—Max y yo... —Me muerdo el labio. No sé cómo explicarle por qué he estado quedando con Jack—. He intentado olvidarte.

—Lo sé.

Lo miro sorprendida. Jack suspira.

—Max me lo ha contado. Es un buen tipo.

—Yo también he pensado en ti —admito en un susurro—. Dime a qué has venido.

—He venido a pedirte una oportunidad, Ojazos —dice con una determinación que me deja sin aliento—. No debería haberme marchado sin despedirme. En realidad, no debería haberme marchado sin haberte dicho que quería intentarlo contigo.

—Jack —digo emocionada a la par que indecisa—. Tú vives en Nueva York y yo aquí. No sé cómo lo vamos a hacer.

—Yo tampoco —responde con calma—. Ya lo averiguaremos. Prefiero estrellarme al intentarlo que regresar a Nueva York y seguir echándote de menos. Este mes separado de ti ha

sido una tortura. Te veía en todas partes. Vagaba como un alma en pena por mi casa. Apenas podía concentrarme en el trabajo. No quiero una vida sin ti, Saoirse.

—¿De verdad quieres que lo intentemos? —pregunto maravillado.

Me acaricia las mejillas con los pulgares y asiente mirándome a los ojos. Esta vez sí me regala la sonrisa que he echado tanto de menos.

—No se me ocurre otra forma de poner remedio a lo que siento —dice más serio.

—¿Qué sientes?

—Creo que me estoy enamorando de ti —me confiesa, dejándome ver su lado más vulnerable—. Diez días han bastado para que te colaras en mi corazón. No quiero ponerles frenos a mis sentimientos.

—Jack —susurro a escasos centímetros de sus labios—. He soñado que me decías eso muchas veces. Siento haber intentado reemplazarte con Max. Sé que he sido una idiota. Supongo que tú también habrás tenido tus líos...

—No he vuelto a tocar a otra mujer desde que nos vimos por última vez. —Se que está siendo sincero. No tiene por qué mentirme. Sonríe como una idiota y Jack me dedica otra sonrisa, esta vez más tímida que la anterior—. ¿Puedo besarte ya?

—Ven aquí.

Lo atraigo de la camisa para besarlo. En el momento que mis labios tocan los suyos descubro que nuestra química está intacta. Este es el hombre del que me estoy enamorando. Por primera vez en mi vida no tengo miedo ni dudas. No sé qué saldrá de una relación a distancia, pero necesito apostar por nosotros.

Jack Preston y yo.

Sé que podría funcionar.

Una irlandesa y un neoyorkino.

—Ojazos... —Me estrella entre sus brazos—. Te había echado tanto de menos...

## 50. Tres meses después...

### *Saoirse*

Vivo en una nube. Me da igual que mi novio y yo hayamos tenido que hacer malabares para vernos. La verdad es que ambos hemos puesto de nuestra parte para que nuestra relación funcione. En estos tres meses Jack ha venido a Emerald Beach y yo he estado en su ático del Upper East Side. Incluso he conocido a sus hermanas, que son encantadoras.

Al final, Bruce tuvo que tragarse sus palabras al comprobar que a Jack le importo de verdad. Al principio Bruce mostró bastante recelo, pero el otro día lo pillé hablando con Jack. Cuando me acerqué para pedirle que dejase en paz a mi novio, se dieron la mano.

Todo es tan perfecto...

A ver, no del todo perfecto. Mantener una relación a distancia es muy complicado. Nuestros trabajos nos impiden vernos todo lo que nos gustaría. Así ha sido como he descubierto el sexo telefónico. Algo es algo.

—¡Mirad! —exclama Bruce eufórico. Viene corriendo con Lizzy en brazos—. ¡Ya no llora cuando la cojo!

La sostiene como si fuera un trofeo. Meg y yo intentamos aguantarnos la risa. Me encantaría que Max estuviera aquí para que pudiese ver lo bien que mi hermano se desenvuelve como padre. Ha tardado en perderle el miedo a la paternidad, pero se nota que adora a su hija.

Hace tres meses, Max pidió una excedencia. Mi hermano me contó que se largó a ver mundo. No hemos mantenido el contacto, pues comprendo que necesita el espacio que en su día le negué. Solo espero que sea muy feliz y encuentre a una chica que lo quiera como merece.

—¿Esperas visita? —me pregunta Meg cuando llaman al timbre.

—No —respondo extrañada.

Voy a abrir y me encuentro a Jack. Al verlo salto a sus brazos. Me dijo que esta semana no podría venir a verme.

—¡Has venido!

—Te he hecho un hueco en mi apretada agenda —bromea.

Le golpeo sin fuerza en el hombro. Luego nos besamos con muchas ganas. Hacía un par de semanas que no nos veíamos. Cada día que paso separada de él es una tortura.

—Preston —lo saluda mi hermano—. ¿Quieres coger a tu sobrina?

Jack retrocede como si lo estuvieran apuntando con una pistola.

—No, gracias. —Fuerza una sonrisa—. Los bebés no se me dan bien.

—¿Y qué vas a hacer el día que seas padre? —le pregunta Bruce.

—¡No lo agobies! —le pido.

En realidad, su pregunta me ha agobiado a mí. Jack y yo todavía no hemos hablado del tema. A mí me gustaría ser madre, pero por ahora no es el momento.

—Bruce —le dice Meg—. Creo que deberíamos irnos.

—¡Acabamos de llegar! —protesta mi hermano.

Meg me mira como diciendo: *¿ves lo que tengo que aguantar?*

—Seguro que los tortolitos quieren estar a solas. —Empuja a Bruce hacia la salida—. ¡Pasadlo bien! Esas maletas parecen muy grandes, Jack.

En cuanto se marchan me percato de que Meg tiene razón. Jack ha traído dos maletas enormes. Suele viajar ligero de equipaje, pues solo se queda por unos días. Lo miro sorprendida y él esboza una sonrisa tímida.

—Te quiero.

—¡Qué! —exclamo sorprendida.

—Te quiero —repite convencido—. Te quiero, Saoirse.

—Oh —respondo sonrojándome—. ¿Estás seguro?

Jack se echa a reír. Luego acorta la distancia que nos separa y sostiene mi rostro. Me mira con una ternura que me provoca ganas de llorar.

—Estoy absolutamente convencido de que me he enamorado de ti, Saoirse Anderson.

—Yo... —Trago el nudo que tengo en la garganta—. Yo también te quiero, Jack.

—Era lo que esperaba oír —dice aliviado—. Por eso he venido con tanto equipaje.

—No te entiendo.

—He aceptado el puesto que mi madre me ha ofrecido para encargarme de la filial de hoteles de Europa. La sede está en Dublín. Solo está a una hora en coche de Emerald Beach. Puedo ir y venir a diario. Tendré que seguir viajando de vez en cuando, pero no será con tanta asiduidad. Si a ti te parece bien, por supuesto.

—¿M-me e-estás preguntando s-sí puedes mudarte c-conmigo? —pregunta alucinada.

Jack asiente muy despacio.

—Sí, Ojazos.

—¿Estás...?

—Sí —me interrumpe—. Ha sido una decisión muy meditada. Quizá debería habértelo consultado antes, pero quería darte una sorpresa. Estos tres meses manteniendo una relación a distancia me han servido para darme cuenta de muchas cosas. Estoy profundamente enamorado de ti, eres la mujer con la que quiero construir mi futuro y no quiero pasar ni un segundo más separado de ti. ¿Qué te parece?

—Bien —respondo emocionada.

—¿Solo bien?

Se me saltan las lágrimas. Jamás había llorado de felicidad.

—Jack Preston. —Acerco mi boca a la suya—. Me has hecho muy feliz.

—¿Sabes qué pensaba mientras viajaba en el avión? —Lo miro intrigada—. Le daba gracias al destino por haberte puesto en mi camino en aquel vuelo.

—¿Crees en el destino?

—Creo que mi destino es estar contigo.

—Eres un poco cursi cuando te enamoras —bromeo.

—Te voy a demostrar lo cursi que soy —responde con una sonrisa repleta de chulería. Me coge en brazos y camina hacia el dormitorio—. Te quiero, Ojazos.

Nunca un *te quiero* me había hecho sentir tan bien. Me alegro de no haber dejado de creer en los finales felices. Al fin y al cabo, todos merecemos ser los protagonistas en el cuento de otra persona.

El amor siempre merecerá la pena. Quien diga lo contrario no tiene ni idea de nada...

## Sobre mí

No soy muy amiga de las redes sociales, pero si te ha gustado este libro o quieres enviarme un mensaje, puedes escribirme al siguiente email: [beccadevereuxautora@gmail.com](mailto:beccadevereuxautora@gmail.com) ¡Te responderé lo antes posible! Además, te avisaré de las próximas publicaciones.

Mi única red social es Instagram. Si quieres seguirme: @Becca.devereux

Espero que esta historia te haya hecho pasar un rato muy agradable.

¡No olvides dejar tu opinión en Amazon! Gracias por leerme.

**PD: AQUÍ TIENES UN LISTADO CON TODAS MIS HISTORIAS ORDENADAS POR FECHA DE PUBLICACIÓN.**

1. Querido plan b.
2. ¿Por qué no?
3. Sms: Soltera Muy Selectiva
4. La pareja imperfecta
5. Sms: Sigo muy soltera
6. ¡Este highlander no es para mí!

### **El club de las solteras**

1. Cuánto más lejos mejor, mi amor.
2. ¡No te enamores del vikingo!
3. Un caballero para Lola.
4. El italiano.
5. Irresistiblemente tú.

### **La historia de Meg y Bruce**

1. Las siete reglas de Bruce
2. El chico perfecto
- 3.

### **Dark romance de mafia**

1. Massimo: nadie como tú

